ASÍ ES
COMO EMPIEZA
LA AUSENCIA
LORENA FRANCO

ASÍ ES COMO EMPIEZA LA AUSENCIA

ASÍ ES COMO EMPIEZA LA AUSENCIA

Lorena Franco

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 2170 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Así es como empieza la ausencia

Copyright © Edición original 2023 por Lorena Franco

Todos los derechos están reservados.

Registro SafeCreative: © 2305054229390

Diseño de cubierta: J. Brescó

Imágenes cubierta:

©Rytis Bernotas ©Wirestock / IstockPhoto

Primera edición digital: Julio, 2023

ISBN: 979-8391990857

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y circunstancias, aunque no sean por completo fruto de la imaginación, se utilizan con fines narrativos. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, con acontecimientos o espacios reales debe ser considerado pura coincidencia.

SINOPSIS

Anne tenía dieciocho años cuando desapareció durante la madrugada de la noche de San Juan de 2008, entre fuegos artificiales, hogueras, música y jolgorio, tras una fuerte discusión con su novio Mikel.
Han pasado diez años y la desaparición de Anne sigue siendo un misterio. No apareció. Ni viva. Ni muerta.

Pero ahora es Mikel, atormentado por el pasado, quien desaparece dejando en el aire muchas incógnitas. Antes de esfumarse sin dejar rastro, Mikel le dejó un inquietante mensaje a su hermana Amaia, quien, dos meses después, deja atrás su vida en París y regresa a Coaña, Asturias.

Amaia no solo deberá enfrentarse a sus demonios, también a la oscuridad de los otros, hasta resolver un rompecabezas repleto de muertes, ausencias y secretos difíciles de asumir, al tiempo que le es imposible sucumbir al encanto del primer amor.

¿Cuántos latidos perdemos a lo largo de la vida?
¿Cuántas pérdidas somos capaces de soportar?

A un viejo amigo

Nunca hubiera podido imaginar
que una ausencia ocupara tanto espacio,
mucho más que cualquier presencia.

ANA MARÍA MATUTE

El camino al infierno está hecho de buenas intenciones.

Marina, CARLOS RUÍZ ZAFÓN

Así es como empieza la ausencia

Coaña, Asturias – París

9 de marzo de 2018

La desaparición de Mikel

Así es como empieza la ausencia:

—Amaia. Amaia, soy yo, Mikel. Oye, tengo que… tengo que irme antes de que me encuentren. Voy a hacer algo malo, muy malo. Ni siquiera tú vas a poder salvarme esta vez. Por favor, perdóname. Perdóname y no vengas. No llames a la policía. No confíes en nadie. Y, sobre todo, no juegues a su juego. No juegues a su…

La vida se precipitó por una llamada inquietante y delirante interrumpida abruptamente, que estuvo en las sombras de un contestador automático durante veinticuatro horas. En casos como este, el tiempo es crucial, y Amaia y Mikel, los dos hermanos, lo sabían.

Cuando Amaia escuchó la voz rota de Mikel, fue catapultada a un pasado que se había esforzado mucho en olvidar poniendo miles de kilómetros de por medio. Sin embargo, hay sucesos que te persiguen y te marcan aun cuando crees que forman parte del pasado. Al final, la vida te enseña que no existen verdades sin desenmascarar ni tampoco un final sin un inicio, pero hay finales tramposos que dan comienzo a algo más peligroso, que se desatan en el momento en el que creías estar a salvo. Mientras Amaia había huido, con todas las pérdidas que una huida así conlleva, su hermano Mikel había decidido que lo mejor era enfrentarse a la tormenta, aun sabiendo que las descargas eléctricas de según qué tormentas pueden matarte.

Capítulo 1
Diez años antes

Coaña, Asturias
Madrugada del 24 de junio de 2008 – La noche de San Juan

La desaparición de Anne

Anne tenía dieciocho años cuando desapareció durante la madrugada de la noche de San Juan, entre fuegos artificiales, hogueras, música y jolgorio.

Tras una fuerte discusión con su novio Mikel, Anne se largó de la fiesta.

Anne lloraba. Un torrente de lágrimas caía por sus mejillas encendidas. Nadie percibió el incendio sin control que se estaba propagando en su interior.

Su intención era volver a casa.

Volver…

Pero a Anne la devoró la noche.

Nunca llegó a aparecer. Ni viva. Ni muerta.

Y Mikel, a quien llegaron a señalar como sospechoso de la desaparición de Anne, jamás encontró el perdón, ni el propio ni el ajeno, algo que echaría su vida a perder.

Cuatro jóvenes, vecinos de Villacondide, que esa noche habían abusado del alcohol y las drogas y recorrieron los sinuosos caminos de los alrededores del Arroyo Sarriou para evitar los controles de alcoholemia de las carreteras principales, tardaron en testificar por miedo a las represalias al haber cogido el coche en esas condiciones. Sin embargo, eran buenos chicos, conocían a Anne de vista, de las fiestas, podían eludir el tema del alcohol y las drogas y querían ayudar. Al cabo de unos días, fueron a comisaría a testificar.

Aseguraron que estuvieron a punto de arrollar a una chica de las mismas características que Anne. A pesar de la oscuridad y del lamentable estado en el que se encontraban, los cuatro amigos coincidieron en lo mismo: Anne estaba ida y tenía la ropa rasgada. ¿Sangre? No recordaban mucho, solo que Anne (o una chica parecida

a ella) corría en dirección a los yacimientos Castro de Coaña, donde se la buscó por tierra y aire sin éxito. Tal era el alcohol y la droga que circulaba en la sangre de los chicos, que no se les ocurrió socorrerla, pensar que se encontraba en apuros, que si corría haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban era porque huía de alguien.

Las drogas distorsionan la realidad, se lamentaron.

—Es que parecía un fantasma. Una de esas apariciones que te encuentras en las carreteras secundarias, como en las historias de miedo que se cuentan delante de una fogata, ¿sabe? —se excusó uno de los chicos temblando por el recuerdo, por la culpabilidad de lo que podrían haber hecho y no hicieron.

Capítulo 2
Presente

A 40 kilómetros de Coaña, Asturias
28 de mayo de 2018

Casi tres meses después de la

desaparición de Mikel

«No juegues a su juego».

Amaia tiene esas cinco palabras grabadas a fuego en su memoria. Pero un SMS como los que se enviaban hace años, antes de la comodidad de WhatsApp, ha cambiado su visión. Porque, si no juega a su juego, sea cual sea, no volverá a ver a su hermano Mikel. Es una terrible intuición que la inquieta desde hace días.

Detiene el coche en un área de descanso con la intención de alargar el momento de llegar a Coaña. Cuarenta kilómetros la separan del pueblo de sus veranos más felices, de esas noches estivales de cielos oscuros salpicados de estrellas titilantes a las que les pides deseos con los ojos cerrados. Veranos adolescentes de momentos inolvidables que jamás regresarán, no de la forma que querríamos.

Hace diez años que Amaia no pisa el pueblo. Concretamente, desde el verano en el que Anne, la novia de su hermano, se esfumó como la niebla y la gente, cruel, empezó a hablar mal de su familia. Que los genes se heredan, decían. También la maldad. Aseguraban que tenían un antepasado del que Mikel y Amaia no sabían nada, al que habían ejecutado por asesinato a finales del siglo XIX. Podía tratarse de una invención, pura fantasía, leyendas que pierden su autenticidad por el boca a boca y el paso de los años, tal y como decían los abuelos, reticentes a hablar al respecto. Pero fue tal la ansiedad y el bloqueo, que Amaia se prometió romper con todo y no regresar. La situación la superó. Fueron días difíciles. Había otro motivo de mayor peso que la incumbía a ella de manera muy personal, pero el fantasma de Anne se apoderó hasta de eso. Así que Amaia dejó atrás aquellos veranos inolvidables que suelen tener nombre de algún chico especial. No

obstante, en estos momentos la distancia se acorta en la que va a ser su última parada. El trayecto desde París se le está haciendo eterno. Ignorando el dolor que se le ha instalado en las lumbares, camina hacia el bar de carretera con la mirada fija en la pantalla del móvil.

SIGO AQUÍ

¿Cómo es posible que dos únicas palabras posean tanto impacto, tanto poder?

El mensaje, recibido hace una semana, procede del número de teléfono móvil de su hermano Mikel. Pero su hermano Mikel se encuentra en paradero desconocido desde hace casi tres meses, y ella se había prometido no regresar a Coaña.

Pasara lo que pasara.

Incluso después de escuchar la voz rota de su hermano en el buzón de voz a principios de marzo:

«Perdóname y no vengas».

«No juegues a su juego».

«No vengas».

La policía no ha sido capaz de rastrear el móvil de Mikel, un Nokia antiguo.

¿Pero ese mensaje lo ha escrito él?

¿Desde dónde?

¿Por qué no ha dado más señales de vida?

Las preguntas se amontonaron en su cabeza desde el mismo instante en que recibió el mensaje. Amaia contestó en cuanto lo leyó: «¿Dónde estás? ¿Qué puedo hacer por ti? Por favor, Mikel, contéstame».

Pero no obtuvo respuesta. Tampoco al último: «Voy para allá» que escribió hace dos días. El teléfono de Mikel sigue sin dar señal, está apagado o fuera de cobertura desde que le dejó aquel extraño mensaje en el buzón de voz.

«Voy a hacer algo malo, muy malo», le había dicho una semana antes de que denunciaran su desaparición y el agente Artos, de la Policía Local de Coaña, la llamara.

—¿Tu hermano se ha puesto en contacto contigo?

Fue lo primero que el agente le preguntó.

—No —mintió ella, pensando que es lo que Mikel querría que hiciera, aun a riesgo de que estuviera en peligro, de que le hubiera ocurrido algo tan malo como aseguraba que iba a hacer.

¿Pero qué iba a hacer Mikel? ¿Qué había hecho? ¿De qué o de

quién se escondía? ¿Por qué siempre le decía que no se fiara de nadie, que, quien menos imaginaba, podía ocultar un monstruo en su interior?

«Paranoico. Estás paranoico», le decía ella con un desprecio del que ahora se arrepiente, como suele ocurrir cuando ya es demasiado tarde y no estás a tiempo de pedir perdón.

Mikel, con quien Amaia llevaba años de tensa relación y distancia, desapareció el 9 de marzo. Las similitudes con la desaparición de Anne son desconcertantes, pero que Mikel pareciera haber seguido sus pasos no fue algo en lo que se detuvieron a pensar al principio. El último lugar donde un anciano aseguró haberlo visto, al igual que cuatro jóvenes ebrios a Anne diez años atrás, fue en el camino que conduce a los yacimientos Castro de Coaña, uno de los más emblemáticos de los doscientos cincuenta castros que hay en Asturias y que data del siglo IV antes de Cristo. Tanto Anne como Mikel sentían una extraña fascinación por ese lugar que frecuentaban a menudo cuando no había turistas, algo complicado en la época estival en la que el pueblo se llenaba de la vida de la que carecía el resto del año.

—Buenas tardes. Un café con hielo, por favor —le pide Amaia al camarero, acomodándose en un taburete de la barra y observando la desolación que hay a su alrededor. Las paredes amarillentas necesitadas de una buena capa de pintura, las baldosas del suelo pegajosas y, en la entrada, una máquina expendedora de bolas con regalos en su interior que ha perdido el atractivo que causaba en los niños de épocas pasadas. Tan solo hay un par de mesas ocupadas por camioneros solitarios que han levantado la vista al verla pasar.

La vida cambia en un segundo. Pestañeas y ¡puf! Aquello que creías seguro se desvanece como algunas personas con destino incierto.

Hasta hace un par de semanas, Amaia tenía un buen empleo como publicista en una prestigiosa agencia de París que decidió, de la noche a la mañana, prescindir de sus servicios porque les salía muy cara. Desde su acomodada vida parisina en un apartamento alquilado con vistas a la Torre Eiffel que, sin trabajo, no puede seguir manteniendo y, con todo su pesar, ha tenido que dejar, le comunicaron la desaparición de Mikel. Por lo visto, alguno de los pocos amigos que le quedaban en Coaña denunció su desaparición después de una semana sin noticias de él. Cuando el agente Artos la llamó, ella ya llevaba días con un nudo de ansiedad instalado en el pecho que le dificultaba respirar. La llamada de Mikel la tenía confundida. Desquiciada. No sabía qué hacer. Si seguir ajena a los problemas de su hermano tal y como él le había pedido, o, como siempre hizo él, enfrentarse a la tormenta.

Mientras le da un sorbo al café, evoca el momento en que la desaparición de su hermano se hizo oficial y, por tanto, real para Amaia hasta el punto de hacerla sentir incómoda en una vida que estaba muy lejos de ser perfecta.

Capítulo 3
Dos meses antes

París
19 de marzo de 2018

Amaia acababa de llegar a su apartamento tras una larga jornada laboral repleta de reuniones y dolores de cabeza. Esa tarde se había entretenido un poco. Siempre que necesitaba calma y poner en orden sus pensamientos, paseaba sin rumbo por las calles de París, cuyo aire olía a castaños en flor, a pan y canela.

Había llegado hasta el Pont Neuf, el más antiguo sobre el Sena, desde donde contempló maravillada la isla que en otro tiempo fue el corazón de la capital francesa, la Île de la Cité. El Sena irradiaba partículas de la luz procedente de las farolas a lo largo de la orilla, guirnaldas refulgentes que las olas deformaban.

Nunca se cansaba de París, de descubrir algo nuevo en cada uno de sus paseos, aunque creyera conocer cada rincón de memoria.

De regreso a casa, se detuvo en su pastelería favorita y compró una caja de *macarons* de colores vibrantes y variados sabores, y *pains au chocolat*, su perdición. Abrió la puerta de su apartamento, en el sexto piso de la codiciada Avenue Elisée Reclus. Se descalzó, dejó los zapatos de tacón tirados de cualquiera manera en el vestíbulo, y fue hasta la cocina, integrada en el salón.

Se sirvió una copa de vino blanco, una costumbre para mantener bajo control el estrés y los nervios. Tras el primer sorbo que le supo a gloria, sonó el teléfono. En un principio iba a ignorar la llamada. Dada su poca vida social, dedujo que sería por trabajo aunque ya estuviera fuera del horario laboral, pero al ver que la llamaban desde Asturias, el estómago le dio un vuelco.

El agente Artos, de la Policía Local de Coaña, la llamaba para informarle de que su hermano estaba en paradero desconocido. Alguien había denunciado su desaparición.

«Vale. Así que está desaparecido. Desparecido, pero no está muerto», pensó en aquel momento, aliviada, con esa frialdad a la que se ha acomodado, porque así los golpes inevitables que da la vida parece que duelan menos.

—¿Tu hermano se ha puesto en contacto contigo? —le preguntó el agente Artos.

—No —mintió Amaia, realizando círculos con el dedo índice alrededor de la boca de la copa de vino.

Artos se quedó en silencio más tiempo del que a Amaia le habría gustado, como si sospechara de ella o supiera que estaba mintiendo. ¿Tenían en su poder el móvil de Mikel? ¿El registro de llamadas donde, con total seguridad, la última que había realizado había sido a ella? Puede que de ahí hubieran sacado su número de teléfono, no había caído en ese detalle. Pero con la mentira hay que ir a muerte hasta las últimas consecuencias, igual que con las negociaciones. Mostrarse implacable, no dar nunca marcha atrás.

—¿No se ha puesto en contacto contigo a lo largo de la última semana? —insistió Artos, a Amaia le pareció que con un deje de desconfianza en su tono de voz.

—No.

—¿Sabes si tenía enemigos? ¿Le debía dinero a alguien?

Amaia dejó ir un suspiro.

—Hace meses que no sé nada de Mikel.

—¿Tienes pensado venir a Coaña?

«Perdóname y no vengas».

—No —negó Amaia con el corazón en un puño—. Es que no puedo, tengo mucho trabajo en París —se excusó—. Por favor, llámame si hay algún avance.

Después de esa primera llamada del agente Artos, Amaia salió al balcón. Terminó su copa de vino contemplando los últimos destellos del atardecer cayendo con su pátina dorada sobre la Torre Eiffel. Privilegios de su impostada vida parisina que, por aquel entonces, no preveía que estaba a unas pocas semanas de llegar a su fin.

Esa noche, Amaia soñó con Mikel. Al día siguiente, no recordaría qué le había dicho su hermano en sueños, solo quedaría la sensación de que su voz sonaba como vidrios rompiéndose. Era un sonido agudo y entrecortado que provocó que a Amaia se le helaran las entrañas y se despertara percibiendo un olor dulce y putrefacto que fue perdiendo intensidad a medida que despuntaba el alba. Amaia casi nunca recuerda lo que le muestra el mundo onírico, ese que lo sabe todo de nuestro subconsciente. A pesar de todo, fue a trabajar como si fuera un día corriente más. Trabajar la mantendría ocupada, pensaba, aunque fuera mentira, para dejar atrás el mal presentimiento que se cernía sobre ella con respecto a la desaparición de Mikel.

Capítulo 4
Presente

De camino a Coaña, Asturias

Amaia sacude la cabeza como si así pudiera deshacerse del mal agüero. Han pasado ya dos meses (casi tres) desde aquella llamada del agente Artos. Y todo el mundo sabe que *casi* tres meses es demasiado tiempo «sin noticias de…».

Los finales felices solo existen en los cuentos y la desaparición de Anne, que todavía sigue siendo un misterio sin resolver, es una prueba irrefutable de ello. En otras circunstancias, Amaia habría denunciado la huida de su hermano a la policía. Porque para ella es un fugitivo, aunque todavía no entienda por qué. Si ha hecho algo malo, el agente Artos no lo sabe. Nadie lo sabe. Así que Amaia se pone en lo peor. Lo peor que puede hacer un ser humano, que es terminar con la vida de alguien. Sí, en otras circunstancias, Amaia mostraría el mensaje que Mikel le dejó en el contestador, con la esperanza de que puedan ayudarla y obtener respuestas. Y les suplicaría que lo encontrasen. No se siente con fuerzas para sufrir una pérdida más, conoce el sentimiento y es un vacío insoportable que te arrastra hacia el abismo, por muchas capas y escudos con los que intentes protegerte para seguir respirando con un poquito de normalidad. Pero Mikel le pidió que no llamara a la policía. Que no confiara en nadie. Y eso es lo que Amaia ha hecho durante estos meses de ausencia.

Hasta hoy.

Hoy su SMS lo cambia todo.

«Sigo aquí».

«Estoy llegando, Mikel. Estoy llegando».

En un principio, para no alarmarla innecesariamente, el policía zanjó la llamada diciéndole a Amaia que darían con el paradero de Mikel pronto. Lo raro es que su coche sigue aparcado delante de la casa que pertenece a su familia desde hace tres generaciones. Sin coche, no ha podido llegar muy lejos, a no ser que esté muerto. Tampoco ha habido movimientos bancarios, y a Amaia le consta que la cuenta de Mikel estaba bastante saneada gracias a la herencia de sus padres. Espera que no se lo haya fundido todo en alcohol y drogas,

sombrías compañeras de Mikel en los últimos años. Un año después de la muerte de sus padres, Mikel se instaló en la casa de Coaña, conocida por todos como la casa azul, porque decía que Madrid le ahogaba.

Nadie sabe que poco antes de desaparecer, Mikel llamó a su hermana. Que Amaia tiene información privilegiada que, por el momento, es mejor no desvelar. Puede ser un as bajo la manga. ¿Qué habría ocurrido si hubiera podido contestar a la llamada de Mikel? ¿Qué demonios estaba haciendo ella en aquel momento? No lo recuerda. El caso es que Mikel no aparece. Como Anne. Ni vivo. Ni muerto.

Pero toda desaparición tiene una explicación, ¿no?

La gente no desaparece así como así.

Tan acostumbrada estaba a una vida sin su hermano, que no se siente del todo extraña aun sabiendo que ahora pertenece al temido archivo policial de personas desaparecidas y de que algo grave ha debido de pasar. Amaia, ahora que no tiene obligaciones ni un puesto de trabajo al que acudir cada mañana y ni siquiera cuatro paredes a las que llamar hogar, siente el peso de la culpa trepando por su espalda.

Termina el café. Toca ponerse en marcha. Y lo más difícil: superar el temblor que se ha apoderado de sus rodillas al saber que, en una hora, volverá a estar en el punto de partida.

Paga la cuenta y, ante la atenta mirada de los camioneros y el camarero, sale al exterior de vuelta a su coche para recorrer los últimos kilómetros que la separan del lugar donde, supone, sigue Mikel.

«Sigo aquí», repite para sus adentros esperanzada.

«*Aquí* debe de ser Coaña. No puede ser otro lugar».

La esperanza es lo último que se pierde. Eso dicen.

Tal vez estas eternas semanas de incertidumbre no han sido más que una broma pesada para llamar su atención, como siempre hacía Mikel cuando era pequeño y ella, la hermana mayor, no le hacía caso.

Capítulo 5

Coaña, Asturias
En el bar de Alejandro

Alejandro, quien en el pasado llegó a tener grandes aspiraciones que incluían salir del pueblo, nunca se imaginó comprando una casa en ruinas para reformar, ni que terminaría regentando el bar de su padre en Coaña.

Su vida social se reduce a las mismas caras de siempre, salvo cuando llegan veraneantes y turistas a visitar los yacimientos, el atractivo de la zona, y no hay una sola mesa que quede libre. El resto del año se aburre bastante, a menudo piensa que no podría haber elegido una vida más anodina, más fácil. Al menos huele mejor que las vacas y los cerdos de las explotaciones ganaderas que hay a las afueras, se consuela mientras prepara una infusión para Adela, la vecina del pueblo poco agraciada y eternamente enamorada de él.

Son las siete de la tarde y el sol de finales de mayo aún brilla tras las montañas, cuando Jaime, Ricardo y Xoan entran directos a la barra y piden unas cervezas después de saludar a Adela con el recurrente:

—Qué pasa, Adelita, ¿no tienes casa o qué?

Adela, a quien consideran una repelente desde niña, pone los ojos en blanco y les da la espalda al grupo de hombres que, aun habiendo cumplido los treinta, parece que sigan anclados en la pubertad.

—¿No han corrido las noticias por aquí, Alejandro? —pregunta Jaime, apoyando los codos encima de la barra, mientras Alejandro saca tres botellines de cerveza de la nevera.

—¿Qué noticias?

—Hay un BMW de la hostia aparcado en la casa azul —empieza a decir Xoan, al tiempo que Alejandro lucha por contener la sacudida que se apodera de su vientre.

Todos en Coaña saben de quién es la casa pintada de azul que, antaño, presumía de una gran colección de macetas de barro con geranios. De eso hace mucho, cuando los abuelos de Mikel y Amaia vivían todo el año. Ahora esa casa de entrada solemne y ventanas de estuco blancas que destacan sobre el azul de su fachada, está

necesitada de cuidados, de volver a albergar vida en su interior. Aunque Mikel, antes de esfumarse, la habitó durante un año, no le prestó demasiada atención y la tenía bastante descuidada.

—Amaia ha vuelto al pueblo —resuelve Ricardo con una sonrisa maliciosa al ver que Alejandro se ha quedado del mismo color blanco que lucen las paredes del bar.

—Ya era hora —interviene Adela, si bien la idea de que Amaia haya vuelto no sea de su agrado. Ella cree, equivocadamente, que Alejandro la desea en secreto, que si la ignora es por culpa de los zopencos de sus amigos y que, tarde o temprano, le pedirá la ansiada cita que lleva esperando media vida. La llegada de una ex puede hacer peligrar ese sentimiento. Amaia podría confundirlo. Tuerce el gesto y añade, ocupando el silencio—: Llevo la cuenta, y hace casi tres meses que Mikel desapareció, parece que ni a su propia hermana le preocupa en qué líos anda metido. Yo siempre he pensado que Mikel mató a Anne y la enterró por ahí, que volvió al pueblo para que su secreto se mantuviera a salvo, que Amaia lo sabía y…

—*Baxai una*[1], Adela, haz el favor de cerrar el pico —le sugiere Jaime, interrumpiendo su discurso delirante y defendiendo a capa y espada al que un día consideró su amigo.

Si Mikel no está ahí para defenderse, ya está Jaime para hacerlo por él. Siempre ha sido así. Él fue el primero en alarmarse y en denunciar su desaparición al no verlo por el pueblo ni en el bar, su segunda casa, donde hacía temblar las reservas de *whisky* cada vez que tenía un día malo. Y parecía que, para Mikel, todos los días desde que Anne se evaporó eran malos. Desde aquella madrugada de San Juan de hace diez años, Mikel no había vuelto a ser el mismo. Tampoco ayudó que lo acusaran de cometer un crimen y la gente hablara mal de él a sus espaldas. Ahora que han transcurrido casi tres meses desde que no saben nada de él, Jaime y el resto se temen lo peor. Han dejado de esperar que Mikel aparezca por la puerta del bar con sus desvaríos. Han asumido que, tal vez, jamás se descubra qué le ha ocurrido.

Alejandro, absorto en su propio mundo tras la noticia, traga saliva con fuerza, frenando la tentación de cerrar el bar y conducir hasta la calle More que tantas veces recorrió en el pasado, para ir a buscar a Amaia, su primer (y único) amor.

Capítulo 6

Coaña, Asturias
María Luisa

María Luisa, con la excusa de que el verde de los prados cercados por muros de piedra que tiene como vistas la relajan, se pasa el día entero mirando por la ventana con el único sonido de fondo de los pajaritos y el mugido de las vacas. Cuando llega el buen tiempo, no hay quien la saque de la silla de mimbre que coloca en el porche, pero se aburre rápido, pues, salvo en verano, apenas pasa gente por este camino que no conduce a ninguna parte. No hay vecinos a su alrededor. Ya no. Los que tenía los perdió, murieron o se fueron a la ciudad. La casa azul de enfrente está vacía desde que Mikel se volatilizó. Eso dicen. Que está vacía. Y que Mikel se volatilizó. El chico siempre la saludaba, nunca le ha tenido miedo, pero hay un remedio infalible para hacer desaparecer el miedo que nos paraliza y nos impide vivir: que ya te haya ocurrido lo peor que te podría ocurrir. Quizá, a Mikel no le daba miedo María Luisa porque también tenían miedo de él. Miedo por lo que creen que hizo. Hablaba con ella. Le preguntaba… cosas. Cosas que solo alguien con toda una vida vivida y una intuición muy desarrollada sabe responder.

A veces, de madrugada, María Luisa observa desde su ventana cómo las luces de la casa azul se encienden y una sombra cruza la estancia. A los pocos segundos, las luces se apagan. Luego, se vuelven a encender. Y así hasta que lo que sea que pase en la casa azul se cansa y se vuelve a sumir en la penumbra. Hay un espíritu cabreado ahí dentro.

A María Luisa la llaman loca por ver cosas que no debería ver. Las ve desde que tiene uso de razón y, por mucho que cierre los ojos, esas cosas siguen acechándola aunque la gente diga que no existen. Por eso no se casó ni tuvo hijos, por ser la rara, la loca, la apestada en un pueblo donde todos se conocen y se habla mucho, y ahora, a sus setenta y ocho años, es una vieja solitaria e infeliz que le da de comer a los gatos callejeros.

Hoy, sin embargo, tiene una corazonada. Algo va a ocurrir. Ese *algo*, al menos el inicio de lo que está por llegar, ocurre en forma de

coche de alta gama recorriendo con lentitud el camino de tierra y entrando por la ligera pendiente que conduce al terreno de la casa azul. Aparca el coche detrás del de Mikel que, de vez en cuando y de hurtadillas, María Luisa limpia para que no se vea abandonado ni sucio. Y es que María Luisa odia la suciedad, y más si le enturbia su preciado campo de visión.

La mujer, con la boca entreabierta, pega la cara contra el cristal de la ventana y ve salir a una mujer alta, bien vestida, de cabello castaño recogido en un moño y ojos grandes que, aunque desde la distancia es incapaz de distinguir, sabe que son del color de un tarro de miel cuando miras el sol a través de él. Se parece mucho a Mikel. Ambos heredaron el atractivo de la madre, en paz descanse, porque el padre era más bien feúcho, de facciones toscas y poco harmoniosas. Hay que ver las desgracias que ha sufrido esta familia, parece que les cayera una maldición desde lo de Anne.

Amaia, sintiéndose observada, levanta la cabeza y la ve. María Luisa, a pesar de percibir cómo se le tensa el rostro, desconoce que su presencia le provoca un escalofrío a la joven, así que levanta la mano a modo de saludo. Pero no es correspondida. Amaia opta por ignorarla y abre el maletero del coche. Saca una maleta de color rojo que parece muy pesada y una caja de zapatos. Seguidamente, se acerca al coche de Mikel, mira por la ventanilla ahuecando las manos contra el cristal, entra en casa y enciende la luz.

—¿Lo ves, Mikel? Amaia ya está aquí. Te dije que volvería. Ha tardado, pero yo sabía que volvería al pueblo. Del pasado, aunque le pongas empeño, es imposible escapar. Tarde o temprano te acaba encontrando.

Capítulo 7

Coaña, Asturias
En la casa azul

Esa mujer, empeñada en asustar a todo aquel que pasara cerca de su casa, despertó en Amaia una especie de aversión injusta hacia las personas mayores. Para ella, María Luisa siempre fue vieja. Aunque no lo fuera en realidad. No solo su aspecto y su forma de vestir, siempre de negro, como las brujas, le provocaba antipatía, también las historias que contaba sobre Coaña y cómo las contaba. El otro mundo que aseguraba que existía y que se abría ante los mortales en fechas señaladas. Y cómo miraba, con esos ojos tan claros que, lejos de atraer, resultan turbadores. No obstante, María Luisa no ha sido la causa por la que Amaia ha recorrido los últimos kilómetros con las manos en tensión apretando con fuerza el volante.

En cuanto ha salido del coche y ha cogido la maleta y la caja de zapatos donde conserva algunos de los recuerdos más bonitos de su vida en forma de postales y cartas, ha echado un vistazo al coche de Mikel. Le ha sorprendido lo limpio que está por fuera. En su interior, ha alcanzado a ver un paquete de tabaco *Lucky Strike* y un mechero. Está segura de que Mikel pensaba regresar. No se iba a ninguna parte sin sus cigarrillos.

La casa la recibe fría, aunque siente alivio al ver que todo, pese al polvo acumulado y la suciedad, está tal y como lo recordaba. Le da la sensación de que el tiempo se ha congelado entre las paredes de la casa donde veraneaba desde que nació. También siente la pena del abandono. Los diez años que ha estado sin venir, como si del pasado se pudiera escapar, caen sobre ella.

El salón tiene los mismos muebles antiguos y las mismas fotografías familiares enmarcadas. Habría que cambiar el papel floreado de la pared, que empieza a desprenderse por los bordes y se asemeja a pedazos de piel colgante. Nadie ha cancelado los suministros de la casa, así que hay luz, agua y gas. Mikel, antes de que Amaia le dijera aquello que ahora le quema por dentro, corre con los gastos, domiciliados en su cuenta bancaria, que va menguando cada mes de forma automática, ya que hace tiempo que no trabaja y no

tiene ingresos.

Amaia deja la maleta y la caja de zapatos en la entrada. Qué poco espacio ocupa una vida. Con la palma de la mano, arrastra el polvo de la mesa donde se sentaban todos juntos a comer y a cenar durante los días estivales. Los abuelos, sus padres, Mikel, ella… Poco a poco, todos, de una manera u otra, se fueron yendo, dejándola sola, haciéndole creer que está maldita, pero mejor no pensar en eso.

Primero se fue el abuelo, de un infarto fulminante mientras veía la televisión que ahora Amaia contempla sin parpadear dudando de que aún funcione. Siete meses más tarde, la abuela, de un cáncer de páncreas que se la llevó en poco tiempo a la tumba, sus padres en un accidente de coche hace dos años y Mikel… sea lo que sea lo que le haya pasado a Mikel.

La desolación de la ausencia también cabe en una casa, una casa que una vez fue un hogar y ahora es una extraña. La cuestión es que Amaia no siente a su hermano ahí dentro, en los latidos del corazón, agitado porque las personas a las que más quiso ya no existen.

En el salón y en la cocina no hay rastro del tiempo que su hermano habitó entre estas cuatro paredes, tiempo muerto, le dijo antes de que ella le soltara aquellas palabras terribles que tensaron su relación. Solo hay un par de botellas medio empezadas de *Jack Daniel's* que siguen ahí para recordarle el problema que Mikel tenía con la bebida. La nevera está vacía. Si había algo ahí, se lo llevaron para que no se pudriera.

—¿Mikel? —lo llama, por si es verdad que está aquí, que sigue aquí, tal y como indica el SMS que es incapaz de sacarse de la cabeza. Pero no tarda ni un minuto en sentirse idiota. Ingenua e idiota.

Mikel no está aquí. Ni en ninguna parte que ella conozca. No sabe por qué, pero se siente estafada, como si hubiera caído en una trampa que la ha conducido hasta el lugar al que se prometió no regresar.

A pesar de todo.

Entonces, si no fue Mikel, ¿quién le escribió ese mensaje? ¿Quién tiene su número de móvil? ¿Quién ha querido hacerle creer que su hermano sigue con vida? Es retorcido. Retorcido y cruel.

Sale a la terraza que da a la parte de atrás, a salvo de la mirada indiscreta de María Luisa. Desde aquí, hay unas vistas privilegiadas de la montaña. Respira aire puro y cierra los ojos, embelesada por la suave brisa del atardecer acariciándole la cara. De niña, le encantaba contemplar las estrellas desde esta terraza que ahora le parece mucho más pequeña. Fue su abuelo quien le dijo que, cuando miramos las estrellas, en realidad estamos viajando en el tiempo, porque atisbamos su pasado, el brillo de épocas pasadas.

¿Por qué todo parece más grande cuando somos niños? ¿Por qué todo parece más bonito cuando lo hemos perdido?

Es la primera vez en este día eterno y agotador en el que Amaia siente un poco de paz. Deja las puertas abiertas para que la estancia se ventile y desaparezca este olor a cerrado y a humedad. Coge la maleta y la caja de zapatos y sube las escaleras hasta la segunda planta de techos abuhardillados. Vista desde fuera, no parece grande, pero alberga tres dormitorios y un cuarto de baño. La puerta que abre, porque de momento no se ve con coraje para abrir las puertas que dan a los dormitorios de sus abuelos y sus padres, es la del dormitorio que compartía con Mikel cuando venían a pasar los veranos. Ahí siguen las dos camas, la de la izquierda por hacer, porque a Mikel siempre le pareció absurdo hacer la cama si por la noche había que volver a desarmarla. Es un dormitorio austero sin apenas pertenencias personales, como una vida que no llega a vivirse con plenitud, pero cuántas confesiones adolescentes se han quedado ancladas en este espacio.

***

«—Mikel, ¿te gusta Anne?

—Mucho. La verdad es que me gusta mucho.

—Yo creo que a ella también le gustas. Lánzate y díselo, que el verano pasa volando y luego…

—¿Y si me dice que no?

—Pues si te dice que no, no pasa nada, el mundo no se acaba. Y no te quedarás con la duda».

***

Amaia tiene la seguridad de que Mikel durmió aquí. Podría haber dormido en la cama de matrimonio de sus abuelos o en la de sus padres, más cómodas y amplias que esta, que seguro que se le quedaba pequeña, pero eligió esta habitación, la que compartía con ella.

Sabe que la policía estuvo en casa cuando Mikel desapareció. Uno de sus amigos, Amaia aún no sabe quién, tiene una copia de las llaves y les abrió. Deduce que peinaron la habitación de cabo a rabo, algo que ahora ella hace con el corazón en un puño, especialmente cuando abre el armario y comprueba que Mikel se dejó la ropa. Hay jerséis en

las baldas, camisetas, tejanos, un par de abrigos colgados en dos perchas y unas botas de montaña con las suelas manchadas de barro. En los cajones, calzoncillos y calcetines revueltos; quizá la policía buscó algo en este cajón y no lo volvieron a ordenar.

—¿Dónde te has ido sin ropa? —le pregunta al vacío, tropezando con una tabla de madera suelta y cayendo encima de la cama que pertenecía a Mikel.

Capítulo 8

Coaña, Asturias
En el bar de Alejandro

Alejandro lleva toda la mañana raro e irascible. No atina con la máquina de café, se ha cortado dos veces con el cuchillo al preparar unos bocadillos, jamás había dicho tantas veces seguidas «joder», y devuelve el saludo a los pocos clientes que han venido a desayunar con un gruñido. No ha pegado ojo en toda la noche, así que a las cinco y media de la mañana, cuando aún no había amanecido, ha salido a correr por el monte. Los cuatro cafés que se ha tomado para mantenerse despierto y activo, no han hecho más que ponerlo nervioso.

Anoche, después de cerrar el bar, condujo hasta la casa azul para comprobar si es cierto que Amaia ha vuelto. Lo quería ver con sus propios ojos, lo necesitaba como el aire para respirar. Lo que no esperaba era verla, aunque no fuera de cerca. Detuvo el coche a pocos metros de distancia para no ser visto. Apagó el motor y las luces y se quedó más de diez minutos observándola, hasta que otros ojos indiscretos, los de María Luisa desde su ventana, lo vieron a él, haciéndole sentir un acosador.

Amaia estaba en la terraza de la parte de atrás de la casa, mirando en dirección al cielo estrellado y a las montañas engullidas por la noche. Cada dos por tres, como si tuviera un tic nervioso, se apartaba un mechón de pelo que le caía en la cara. Alejandro tiene muchos recuerdos con Amaia en esa terraza. Era su lugar favorito de la casa. Por lo visto, lo sigue siendo. La vio de perfil, pero la reconocería hasta de espaldas pese al tiempo transcurrido.

—¡Ahí está la *doble A*!

Así era como los llamaban. La *doble A*. Amaia y Alejandro, Alejandro y Amaia, inseparables desde el primer verano que se conocieron, a la tierna edad de ocho años. Donde estaba uno, estaba siempre el otro. Almas gemelas con una conexión especial, única. Alejandro prefería jugar con Amaia antes que con sus amigos, a los que tenía muy vistos el resto del año, haciendo caso omiso de sus burlas y de las canciones de enamorados que les tarareaban para

sonrojarlos.

A los catorce llegó el primer y ansiado beso bajo una caseta del auto de línea repleta de carteles que anunciaban las ajetreadas agendas de las fiestas de verano de los pueblos vecinos. Estaban sentados juntos, muy juntos, algo habitual. Alejandro extendió su mano y rozó con torpeza el muslo de Amaia. Ella, con la respiración irregular, lo miró con intensidad, se levantó y se sentó a horcajadas encima de él. Le rodeó el cuello sin percibir el temblor en las rodillas de Alejandro, aproximó lentamente su cara a la de él como había visto cientos de veces en las películas románticas, cerró los ojos y se desvivió para que el primer beso fuera inolvidable. Y lo fue. Desde ese momento, no pudieron dejar de besarse, sus bocas eran como imanes. Se necesitaban, se deseaban, se volvieron adictos al contacto de sus labios y a esa sensación efervescente en la que te falta el aire.

Pero nada es perfecto. Y nada dura para siempre.

A finales de junio, cuando terminaban las clases, Amaia y su hermano viajaban a Coaña. Qué bien les sentaba abandonar Madrid durante tres meses y medio. Por aquel entonces, no había distancia que consiguiera separar a Amaia y a Alejandro. Durante el año, se enviaban postales y cartas que ambos han conservado en cajas de zapatos que guardan debajo de la cama. Esas cartas y postales sumadas a las innumerables fotografías, la muestra irrefutable de cómo pasa el tiempo y de cómo las personas cambian más que los lugares, es lo único tangible que queda de lo que hubo entre ellos.

Y luego pasó lo de Anne, y a la distancia se le sumó el tiempo y el dolor, aunque no el olvido, que terminó en una fingida indiferencia.

Diez años sin verse. Sin saber nada el uno del otro.

Diez años de promesas incumplidas, de un amor profundo y real, que pudo ser pero no fue. Y ahora Alejandro no se la puede sacar de la cabeza. Amaia siempre fue su talón de Aquiles. Lo malo, lo que le ha estado atormentando a Alejandro estos últimos años, es que Amaia le hizo creer que él también era su debilidad. No dista mucho la desaparición de Anne y la de Mikel con la de Amaia. La única diferencia es que la vida siempre te da la oportunidad de regresar a los lugares de los que renegaste y donde aún queda gente que te piensa y te quiere.

Capítulo 9

Coaña, Asturias
María Luisa

En cuanto María Luisa, que lleva toda la mañana vigilando la casa azul, ve que Amaia sale por la puerta, desciende las escaleras y sale a la calle con una agilidad que ya quisieran muchas de treinta.

—¡Amaia! —la llama, al tiempo que abre la verja—. ¡Espera, Amaia, no te vayas!

Amaia, a punto de subir a su coche, duda si ignorarla y salir corriendo o esperar, a ver qué tiene que decirle. No quiere ser antipática pese al rechazo que le provoca la presencia de la mujer, pero es posible que sepa algo de Mikel y, si ha venido hasta aquí, es, sobre todo, para encontrar respuestas.

—¿Has visto a Mikel? —le pregunta María Luisa, sin llegar a cruzar el umbral que separa la calle del terreno de la casa azul, por lo que Amaia, para escucharla mejor, es la que se acerca y se sitúa frente a ella.

—Mikel desapareció en marzo —contesta Amaia con una punzada de dolor, deduciendo que la mujer debe de tener demencia senil o sabe menos de lo que hasta hace un minuto esperaba.

—No, no —niega María Luisa muy segura de sí misma—. Él sigue aquí. Has tardado mucho en venir. ¿Por qué?

«Porque él me pidió que no viniera».

Amaia se muerde la lengua y se le humedecen los ojos. Es inevitable. En el momento en que le da la espalda a María Luisa para evitar que la vea llorar, esta la agarra del brazo obligándola a detenerse.

—Tú y yo no somos tan distintas, Amaia. Las personas a las que queríamos desaparecieron. Las dos estamos solas, pero yo soy capaz de ver lo que es invisible a los ojos y te repito que Mikel sigue aquí, que te ha estado esperando todo este tiempo. ¿Acaso no recuerdas lo que te dice en sueños? Tienes que estar más atenta —la amonesta frunciendo el ceño.

«Sigo aquí».

Amaia, paralizada, traga saliva con fuerza sintiendo el miedo

trepando en su interior. ¿Quién es esta mujer? ¿Por qué, de repente, sus palabras cobran tanto sentido?

—Ten paciencia, Amaia. La verdad os terminará encontrando. Solo la verdad os salvará.

Dicho esto, María Luisa es ahora quien le da la espalda de regreso a su casa, donde se pasará buena parte del día espiando tras los visillos almidonados de la ventana.

«Solo la verdad os salvará», repite Amaia mentalmente, aun siendo consciente de que hay verdades que es mejor mantener enterradas.

—¡¿De qué verdad me está hablando?! —pregunta Amaia a gritos, cuando María Luisa cruza la verja de su casa esbozando una sonrisilla de satisfacción, dedicándole una última mirada extraña que parece encerrar todas las respuestas del universo.

Capítulo 10

Coaña, Asturias

A Amaia se le ha quedado mal cuerpo después de la rara y escueta conversación con la vecina. Hace horas que no prueba bocado, el estómago le ruge de hambre, así que antes de acercarse al colmado, aparca frente al único bar de Coaña para tomar un café que la despeje y comer un bocadillo. Es el bar de los padres de Alejandro, otra de las razones por las que cruzó el letrero que da la bienvenida al pueblo temblorosa como un flan. Pero ha pasado mucho tiempo. Duda que Alejandro siga aquí. En esta era digital es fácil saber de la vida de los otros con solo teclear su nombre en Facebook, Twitter o Instagram; sin embargo, Alejandro no tiene nada de eso. Él no cree que tenga nada interesante que mostrar al mundo. Y Amaia, quien se ha pasado media vida trabajando en la publicidad de grandes marcas y apoyando sus redes sociales, las aborreció hasta tal punto, que no quiere dejar su huella digital. Solo tiene una cuenta de Instagram anónima que no llega a doscientos seguidores, en la que comparte de vez en cuando obras pictóricas, una de sus pasiones. No hay museo en París que Amaia no haya visitado. No obstante, la obra que más se repite en su cuenta de Instagram desde todos los ángulos posibles, es el óleo con laminillas de oro y estaño sobre lienzo del pintor austríaco Gustav Klimt, *El beso*, que se expuso por primera vez en mayo de 1908 en Viena. Amaia, siempre tan ocupada, nunca ha encontrado el momento de viajar a la ciudad de la música para ir a la galería Belvedere a contemplar en directo la obra que tanto le entusiasma y le recuerda a la pasión que vivió con Alejandro.

El caso es que parece que ninguno de los dos quieren ser encontrados, pero nadie es más fuerte que su destino.

***

En el bar de Alejandro

Cuando Amaia abre la puerta del bar, reconoce a Alejandro, que está de espaldas a ella detrás de la barra preparando un café, aunque no hay ningún cliente al que servir. Tan absorto está en su mundo, que no se percata de su presencia y Amaia titubea, pensando en retroceder de vuelta al exterior. Si lo hiciera, Alejandro no se daría cuenta. ¿Pero va a poder estar en Coaña sin verlo? ¿Sin coincidir? ¿Va a ser capaz de evitarlo o, tarde o temprano, si su estancia se alarga, tendrá que enfrentarse a él, a su mirada, esa que desde siempre le ha cortado la respiración?

«Las tiritas, cuanto antes se arranquen, mejor. Duele menos», le decía siempre su madre, y parece que visualizar su sonrisa como si volviera a tenerla delante dándole todo su amor, le da valor.

No esperaba encontrárselo. Una parte de ella quería, pero la otra… Alejandro siempre decía que Coaña se le quedaba pequeño, que algún día saldría de aquí, estudiaría Arquitectura y recorrería el mundo entero. A la vista está de que al tiempo se le da bien romper sueños. Y Amaia está cansada de huir, de sentirse una cobarde y de evitar a la gente que en su momento le importó.

Alejandro aún le importa. A su manera.

Este momento tenía que llegar, estaba escrito, y, cuanto antes suceda, más liviana será la carga. Si bien no se siente preparada por lo inesperado de la situación ni sabe cómo va a reaccionar Alejandro, un «hola» ahogado brota de sus labios, momento en que vuelve a ver, después de diez años, la mirada del que fue su primer (y único) amor.

Alejandro no reacciona.

Su rostro es un mapa indescifrable.

Impasible, se la queda mirando.

Es difícil asimilar tanto de golpe. Los pensamientos son un remolino incontrolable que, de manera inevitable, les catapulta a todo lo que vivieron y fueron juntos. Ambos se reconocen el uno en el otro pese a haber cambiado, no solo físicamente. Más hombre, más mujer, distinta manera de vestir, gestos parecidos a los de la tímida adolescencia, misma mirada, piensa Alejandro, cuando Amaia, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja, se acerca y se acomoda en un taburete de la barra.

Están nerviosos, indecisos, asombrados por cómo la vida se encarga solita de resolver las rendijas del pasado. Alejandro, quien pensó que, llegado este momento, sería incapaz de mirarla a la cara, ahora no puede apartar los ojos de ella. Le tiembla la mano cuando recoge la taza de café y la deja encima de la barra, frente a Amaia.

—¿Con leche?

—Sí, por favor —contesta ella, logrando relajarse un poco dada la cotidianidad de la situación.

Alejandro calienta la leche y la sirve. Inspira hondo mientras Amaia espolvorea el azúcar y la disuelve con la cucharilla en el café, al que da un primer sorbo que la revitaliza hasta el punto de sentirse capaz de hablar sin que se le quiebre la voz.

—No esperaba verte.

—Ni yo a ti.

—Diez años…

—La vida.

—La vida —repite Amaia, asintiendo con la cabeza. Tanto a ella como a Alejandro, se les humedecen los ojos, se les nubla la visión por la emoción del instante. Los dos saben que, si se lo proponen, son capaces de leer el código de barras interno del uno y del otro. Aunque el vuelco en el estómago inicial se ha disipado, el nudo atenazándoles la garganta es persistente—. ¿Me vas a dar un abrazo o tengo que entrar en la barra y obligarte a hacerlo?

«No puede ser tan fácil, Amaia, joder. No puedes llegar después de diez años y pensar que te lo voy a poner tan fácil», se muerde la lengua Alejandro, a pesar de las ganas, dedicándole una mirada que a Amaia le parece fría y distante.

—Desapareciste —le recrimina Alejandro al cabo de un rato. Sostiene su mirada en la de Amaia y algo que debía estar estático en su interior se agita—. Te llamé cientos de veces. Tu madre siempre decía que no estabas en casa, pero estabas, ¿verdad? No querías hablar conmigo. También te escribí. ¿Crees que para mí fue fácil asumir que te había perdido? Yo siempre te defendí. No te hice nada malo. Nunca. No había ningún motivo para que… —De pronto, hablar supone un esfuerzo enorme. Alejandro se detiene, tensa la mandíbula, añade entre dientes—: Para que te fueras de esa manera, sin decir nada, sin decir adiós. Defendí a tu hermano, defendí a tu familia, pero me ignoraste como…

Amaia tuerce el gesto y termina por él:

—Como a Mikel. Quieres decir que te ignoré como he ignorado a Mikel desde que nuestros padres murieron.

Algo se agita dentro de Amaia al recordar a sus padres y las trágicas circunstancias que los arrastraron a un final tan inesperado como devastador. Alejandro no le dio el pésame. Y se enteró. Porque todo el pueblo de Coaña se enteró y aquí las noticias corren como la pólvora. Ni un mísero wasap, y sabe que a Alejandro no le habría costado conseguir su número, pero, después de todo, ¿qué le va a echar en cara? Nada. No puede. Ahora la culpa, la maldita culpa, se la lleva ella por alejarse de él, aun teniendo motivos.

—Pero tú no sabes nada, Alejandro —añade Amaia con una rabia contenida—. No tienes ni idea del infierno en el que he vivido.

«Yo habría ido al infierno por ti», piensa Alejandro.

A veces, nos definen más las palabras que no decimos que las que sí. Los silencios pueden llegar a ser más reveladores.

—Llegué a pensar que, en cuanto te enteraras de la desaparición de Mikel, volverías. Pero no sé en quién te has convertido, porque parece que no te importa nada.

¿Qué esperabas, Amaia? ¿Que te recibirían con flores y una alfombra roja?

—Él… —Amaia carraspea para aclararse la voz, que parece que se le haya quedado atascada en la garganta con tanta discordia. Está a punto de decirle que Mikel le dejó un mensaje en el contestador. Que no viniera, le suplicó. Que no viniera, que iba a hacer algo malo, muy malo… que ni ella podría salvarlo esta vez. Y su reciente SMS diciéndole que sigue aquí. Aquí. Y por eso ella, muy a su pesar, ha regresado a Coaña. Pero, al final, opta por preguntar—: ¿Mikel venía mucho aquí?

—Más de lo que debería, teniendo en cuenta que lo llegué a considerar un buen amigo.

—No estaba bien.

—No, no lo estaba.

—Vale… —suspira Amaia, encajando el golpe y terminando de un sorbo el café. Se le ha pasado el hambre de golpe. Introduce la mano en su bolso, saca el monedero y deja dos euros sobre la barra, un euro más de lo que cuesta el café que se acaba de tomar. Quiere largarse cuanto antes de aquí, alejarse de la mirada hostil que le dedica Alejandro, después de todo lo que compartieron y de lo impensable que era que la vida los distanciara de esta forma—. Adiós, Alejandro —se despide Amaia en un murmullo.

Alejandro no dice nada, pero, con una mirada que parece condensar toda la tristeza del mundo, sigue la trayectoria de Amaia hasta que sale por la puerta y la pierde de vista. Se cruza con Adela, a quien Amaia ni ve, y esta, por primera vez en años, entra en el bar sin la sonrisa que le provoca Alejandro, a quien ve desencajado y reprimiendo las ganas de llorar. Eso le encanta de él. Que es un hombre de apariencia fuerte, pero, tras esa coraza, se esconde un gran corazón, sensible y humano. Lo que no le encanta tanto a Adela, es que la razón por la que lo encuentra tras la barra más hecho polvo que cuando saltaron las alarmas por la desaparición de Mikel, es que el motivo no sea otro que el regreso de Amaia.

Capítulo 11

Coaña, Asturias
En las dependencias de la Policía Local

Amaia, sobrecogida por su frustrante encuentro con Alejandro, aparca frente al Ayuntamiento de Coaña, donde se encuentran las dependencias de la Policía Local. Ahí pregunta por el agente Artos, el mismo que le dijo que seguro que darían con el paradero de Mikel pronto para no preocuparla.

Aunque Artos la esperaba a los pocos días de la desaparición, cuando todavía había alguna posibilidad de encontrar un rastro de Mikel, la recibe amable y la invita a pasar a una sala donde poder hablar con privacidad. En las paredes hay más de una grieta y está iluminada por una ventana de vidrios esmerilados que no se puede abrir. A Amaia le da la sensación de encontrarse en uno de los purgatorios de la vida, esos lugares donde uno no querría entrar nunca: centros de rehabilitación, urgencias médicas, despachos de aduanas en aeropuertos…

—Al fin podemos hablar en persona.

Artos pone énfasis en las dos últimas palabras. Amaia no contesta. ¿Cuándo se irá la culpabilidad? ¿El miedo, ese miedo que lleva arrastrando media vida? ¿Cuándo será capaz de perdonarse a sí misma? Lo que piensen los demás debería darle igual, pero tiene ganas de gritar a los cuatro vientos que si no vino fue porque Mikel se lo pidió expresamente. Desapariciones sin resolver y asesinatos son cosas que ocurren en otras familias, a otras personas. Puede tocarte más o menos de cerca, como el caso de Anne, pero que tu propio hermano se volatilice así, de la noche a la mañana, resulta impensable y frustrante. Ante el silencio, el agente Artos sigue hablando:

—Después de este tiempo sin saber nada de Mikel, no sé qué decirte, Amaia —empieza a decir el policía con una sinceridad que encubre su falta de profesionalidad. Amaia sopesa que al policía le quema por dentro no haber dado con el paradero de Mikel. Eso parece. Artos conoce a Amaia de cuando venía a Coaña en verano. Al igual que Mikel, era bastante popular, y él es solo cuatro años mayor, pero ella no lo recuerda. Es un tipo corriente y discreto que pasa

desapercibido cuando va vestido de paisano—. No hay muchos sucesos en Coaña, por lo que he tenido tiempo para revisar el caso una y otra vez con ayuda del inspector Castaño de la comisaría de Oviedo, y así asegurarme de que no se nos haya pasado algo importante. Sabrás, por el caso de Anne, que en los concejos pequeños como este no tenemos muchos efectivos. Aun así, no hemos encontrado nada. Ni una sola pista que nos conduzca a Mikel tras su paso por las cercanías de los yacimientos, tal y como aseguró un vecino, que tampoco es un testigo del todo fiable dada su avanzada edad.

—¿Registrasteis la casa? —quiere saber Amaia, aun teniendo la seguridad de que sí lo hicieron.

—Sí. La llave nos la facilitó Jaime, tiene una copia. También fue él quien, además de denunciar la desaparición de Mikel, nos facilitó tu número. Tu hermano se lo dio.

—¿Mikel le dio mi número a Jaime?

—¿Conoces a Jaime?

—Sí, claro. Hace diez años que no vengo a Coaña y tampoco tenía mucho contacto con él, pero lo recuerdo.

—Podrías quedar con él. Es un buen tipo y es el mejor amigo de Mikel. Bueno, al menos desde que vino a vivir hace…

—Un año. Mikel vino a vivir aquí un año después de que murieran nuestros padres —aclara.

—Siento la muerte de tus padres. Eran buena gente.

—Lo eran, sí. Fue inesperado, a mi hermano le afectó mucho —declara Amaia, conteniendo la emoción y tratando de apartar de su pensamiento las últimas palabras que le dedicó a Mikel, las palabras que son como el veneno que todo lo corroe y que ahora, como si el karma le viniera de vuelta en busca de venganza, la están destrozando.

No han pasado ni veinticuatro horas desde que Amaia ha llegado a Coaña, y ya piensa que igual no ha sido tan buena idea regresar, enfrentarse a sus demonios, a los fantasmas del pasado. Igual tendría que haberse quedado en París y tirar de contactos para conseguir un buen puesto en otra agencia. Con los ahorros que tiene, podría haber subsistido durante un año sin problemas y ofertas nunca le han faltado, incluso cuando tenía trabajo. Igual se ha rendido demasiado pronto. Quizá, en el fondo, deseaba estar en Coaña y el SMS procedente del móvil de Mikel haya sido el empujón que necesitaba para tomar la drástica decisión de dejar atrás una vida que, si bien no era plena ni feliz, no estaba tan mal.

Al ser humano lo definen sus abundantes contradicciones, pero sin ellas, perderíamos nuestra esencia. Amaia saca el móvil ante la expectante mirada de Artos. Entra en la bandeja de mensajes y se lo

tiende:

—Hace una semana recibí este SMS. Procede del móvil de Mikel, pero sé que no lo pudisteis rastrear.

—«Sigo aquí» —lee el policía con el ceño fruncido—. ¿No hay nada más?

—Como ves, respondí, pero no me ha vuelto a escribir —continúa Amaia, ocultando el mensaje en el buzón de voz. Desde el principio tuvo claro que el SMS podía ser clave y no cree que tenga ningún problema al mostrarlo, pero la llamada de Mikel, reconociendo que iba a hacer algo muy malo, no. Podría ir en su contra y su intención es protegerlo. Ella, aun sin estar presente, siempre ha querido proteger a su hermano pequeño—. También le he llamado, pero me salta el contestador, apagado o fuera de cobertura —añade—. En un principio, pensaba que era Mikel y vine con la esperanza de que… de que estuviera en casa. —A Amaia se le apaga la voz y sigue hablando en un tono bajo, casi sin fuerza—: Pero no está. Está toda su ropa, su coche y él… No sé qué esperaba, la verdad.

—Si esto no lo ha escrito Mikel, alguien tiene su móvil —deduce Artos con gravedad.

—Y no hay ninguna probabilidad de localizarlo. Al principio pensé que podía ser él, era lo que necesitaba pensar, pero ahora estoy segura de que esto no lo ha escrito mi hermano.

«Desde que llegué ayer y me instalé en el lugar donde ha estado viviendo todo este tiempo, no lo siento en el corazón —se calla—. Ahí donde debería ir su latido, hay un vacío que, como todos los vacíos, terminan consumiendo por mucho que trates de ignorarlo y seguir con tu vida como si nada».

—¿Pero para qué te lo han mandado? ¿Es una broma?

Amaia mastica la respuesta, dejando el suspense en el aire. Inspira hondo y, con la misma gravedad con la que habla el policía, contesta:

—Para que vuelva. Si no ha sido Mikel, alguien me ha mandado este mensaje para que yo también vuelva a Coaña.

A veces parece que la vida se confabule para hacerte terminar en el lugar del que tantas veces has renegado. Si la agencia no la hubiera despedido, ¿habría regresado?

Entonces, recuerda su encuentro con María Luisa, la vecina, y sus inquietantes palabras: «La verdad os terminará encontrando. Solo la verdad os salvará».

—Por cierto, ¿hablasteis con María Luisa, la vecina de la casa de enfrente?

—Sí —confirma Artos—. Siempre ha sido una mujer bastante excéntrica. Peculiar… No fue de mucha ayuda, la verdad. Nos dijo que apenas se relacionaba con Mikel. Vecinos que se saludan con un gesto cuando se ven y poco más.

—El caso es que hoy me ha dicho algo muy raro. Que la verdad nos terminará encontrando. Que solo la verdad nos salvará.

—¿*Nos* salvará? ¿En plural?

—¿A lo mejor se refería a Anne? —tantea Amaia, escudriñando con atención el gesto confuso del policía—. Tal vez podrías volver a hablar con ella, a ver qué te dice a ti.

—Sí, claro. Claro, lo haré. Yo aún no era policía cuando Anne desapareció, pero es curioso que ambas desapariciones nos conduzcan a los yacimientos Castro de Coaña, ya lo comentamos una vez por teléfono. Fue el último lugar donde se les vio a los dos antes de desaparecer, a Anne en peores condiciones que a Mikel, según las declaraciones de aquellos chicos que iban en coche y se cruzaron con ella.

—Era ahí donde María Luisa situaba sus historias —rememora Amaia con inquietud.

—¿Sus historias?

—Sí —asiente Amaia, distraída, sacando a la luz algo que creía haber olvidado—. Cuando era niña, le gustaba mucho meternos miedo a Mikel y a mí. Decía que ahí, en los yacimientos celtas Castro de Coaña, se abría un portal a otro mundo en fechas señaladas.

—La noche de San Juan, por ejemplo —agrega Artos con suspicacia—. ¿No creerás en serio en esas cosas, no?

—Solo sé que Anne y Mikel no han aparecido. Ni vivos. Ni muertos. Que Anne desapareció durante la madrugada de San Juan de hace diez años. Y que toda desaparición tiene una explicación. La gente no desaparece así como así, ¿no, agente?

El policía chasquea la lengua contra el paladar y aparta la mirada de Amaia, disfrazando el desdén de preocupación.

Capítulo 12

Coaña, Asturias
Agente Artos

Cuando Amaia se marcha dejando la estela de un perfume exquisito que al agente Artos, Antonino para los más allegados, le recuerda a los campos de lavanda de Brihuega que visitó de niño, se esconde en su claustrofóbico despacho y se sirve una copa de *whisky*.

Que Amaia haya vuelto a Coaña no le da buena espina. Él mismo intentó disuadirla de que viniera, y ella lo tranquilizó al no parecer estar por la labor, aunque se tratara de la desaparición del descarriado de su propio hermano. Que haya recibido un mensaje procedente del móvil de Mikel, la razón por la que finalmente ha decidido regresar a Coaña, le provoca urticaria. Porque el teléfono móvil de Mikel no apareció. Porque Mikel debería estar muerto y, sin embargo, lo subestimaron hasta el punto de dejar que se saliese con la suya. Hay mucho en juego. No pueden permitirse ni un cabo suelto más.

Extrae una llave escondida en el fondo del lapicero. Abre el tercer cajón y saca un móvil desechable con el que realiza una llamada que tiene que permanecer en las sombras. Al cuarto tono, una voz contesta al otro lado de la línea:

—¿Qué pasa?

—Amaia ha venido.

—Ya. No se habla de otra cosa en el pueblo.

—Ha recibido un mensaje que procede del móvil de Mikel, lo he visto con mis propios ojos. Le ha escrito que sigue aquí.

—Joder. ¿Eso quiere decir que Mikel sigue vivo?

—No sé. Pero no… no creo, no es posible que sobreviviera, había mucha sangre. Amaia no entra dentro del plan. No tendría que haber venido. Ella no debería estar aquí.

—Todo pasa por algo. La presencia de Amaia nos puede venir bien. Es la única que nos puede traer de vuelta a Mikel, ya sea vivo o muerto, él haría lo que fuera por su hermana. No puede quedar ni un puto cabo suelto más, ¿entiendes?

Artos se lleva la mano al entrecejo, donde presiona con fuerza para deshacerse del dolor de cabeza que le ha entrado de repente.

—Nos puede traer problemas —murmura Artos entre dientes.

—¿Registraste bien la casa?

—Eh… sí. Sí, eso creo.

—Pues no tienes nada de qué preocuparte, Antonino.

—Mikel no se nos tendría que haber escapado, hostia. La cagamos.

—No me incluyas. La cagaste tú, no lo olvides. No hagas nada más, Antonino, el juego sigue su curso. Llama a la vieja, a ti te hace caso. Con lo loca que está, seguro que tiene controlada a Amaia.

El policía cuelga la llamada. Vuelve a esconder el móvil desechable y coge el suyo, el habitual. Se avergüenza de su tía María Luisa. Siempre fue la extravagante de la familia. La rara, la incomprendida, la loca, la que estuvo interna en un manicomio por oír voces, por ver cosas que... Bah. Tonterías. Tendría que haberle dicho a Amaia el parentesco que lo une con su vecina, a quien interrogó para no levantar sospechas cuando Mikel se le escapó sin que esta tuviera mucho que decir. Será raro si Amaia se entera por su cuenta que María Luisa es su tía, hermana de su madre. No se lo ha dicho hoy, que ha tenido ocasión, aunque se consuela pensando que aquí en Coaña todos son familia, que no es un detalle relevante por el que pueda desconfiar de él.

Levanta el auricular y marca el número de teléfono fijo de su tía tras buscarlo en la agenda del móvil. María Luisa, a quien ha pillado metiendo un pitu de caleya en el horno, contesta con la respiración agitada:

—¿Dígame?

—María Luisa, soy Antonino.

—¡Hijo! ¡Dichosos los oídos!

—Tengo que preguntarle algo.

—Adelante.

—¿Por qué le ha dicho a Amaia que la verdad los encontrará? Que solo la verdad los salvará. ¿De qué habla, tía? ¿A quiénes salvará? ¿Sabe algo que no me haya contado cuando la interrogué por la desaparición de Mikel Vila? —presiona, más desesperado de lo que quería sonar, pensando en la última vez que vio a Mikel con la cabeza tan empapada de sangre que era imposible que siguiera con vida.

—Anda, ¿yo he dicho eso? Pues no recuerdo, hijo. Te tengo que dejar, Antonino, que se me quema el pitu.

El agente Artos pone los ojos en blanco. No le ha dado tiempo ni a preguntarle sobre esas historias que contaba de los yacimientos Castro de Coaña cuya atmósfera, especialmente de noche, cuando la niebla engulle el paraje, puede resultar tan atrayente para algunos como terrorífica para la mayoría. Bien lo sabe él, que no ha vuelto a cruzar el territorio celta desde aquella madrugada de San Juan de 2008 que, por odio, por venganza, por pasar el rato, por la borrachera que los

volvía agresivos, tarumbas e inconscientes, por vete a saber qué más, se les fue de las manos, convirtiéndolos en el temido monstruo que anida en el interior de cada uno de nosotros.

Capítulo 13

Coaña, Asturias
En los yacimientos Castro de Coaña

Después de llenar la nevera, comer poca cosa y poner en orden la casa, Amaia conduce hasta los yacimientos Castro de Coaña, a menos de tres kilómetros del pueblo. Es uno de los yacimientos más emblemáticos del noroeste peninsular por ser uno de los más grandes y el primero en ser estudiado en el siglo XIX. Situado en el margen izquierdo del río con un paisaje verde e incomparable a su alrededor, está rodeado por una gran muralla sobre la colina.

Los elementos más trascendentales del asentamiento son la acrópolis, un recinto de planta triangular rodeado por una muralla, cuyo acceso estaba protegido por un torreón desde donde se realizaban labores de vigilancia, un elemento más del poblado, del que se deduce que hubo edificios termales protohistóricos del año 10 antes de Cristo al 140 después de Cristo, hasta el abandono del territorio en época romana.

En el castro, dividido en barrios y formado por ochenta cabañas bajo la muralla del acrópolis, la mayoría de casas de planta circular, se calcula que llegaron a habitar entre 1500 y 2000 celtas.

Antes de subir al coche, Amaia se ha instruido un poco sobre el mundo feérico. Y lo ha hecho con incredulidad. Quizá María Luisa se refería a eso cuando hablaba del otro mundo que habita bajo tierra de los yacimientos, algo que Amaia ha leído con interés pero con su parte racional muy despierta.

En internet se compara a las criaturas que pueblan el folclore de los pueblos celtas de las Islas Británicas con los de la mitología asturiana. Se trata, pues, de un mundo inmanente y paralelo al de los hombres, que se manifiesta en lugares específicos o en determinadas fechas como la noche de San Juan, la víspera del 1 de mayo o la de Todos los Santos, el 1 de noviembre. Son fechas que constituyen puntos de conexión entre el mundo de los mortales y el mundo feérico, también conocido como mundo de las hadas o universo mágico, donde habitan seres mitológicos como duendes hadas,

gigantes, enanos, ondinas, ninfas, sirenas, elfos, trolls…

—Pura fantasía —ha murmurado Amaia para sí misma.

Tampoco cree en el mito más popular de la mitología asturiana, la de la *xana*, de la que tanto le gustaba hablar a su abuela cuando Mikel y ella eran niños y aún creían en la magia. Decía que cada parroquia asturiana dispone de una o más fuentes habitadas por *xana*, este ser sobrenatural a cuyos hijos, según el folclore, se les llama *xaninos*. La leyenda cuenta que, como sus madres no podían encargarse de ellos, los endosaban a las aldeanas, cambiándoles su verdadero hijo por un *xanín* cuando estas iban a lavar al río. Las madres empezaban a sospechar del cambio, porque a la criatura le crecían todos los dientes en solo unos meses. La manera de comprobar la naturaleza humana o sobrenatural del bebé era mediante un ritual: ponían pucheros y cáscaras de huevo en la lumbre y, si resultaba que la criatura era un *xanín*, este exclamaría: «*Fai cien años que nací y nunca tantos pucheros na llume vi*», cuya traducción sería «Hace cien años que nací y nunca tantos pucheros en la lumbre vi». La madre, entonces, acudía a la fuente donde vivía la *xana* para que esta le devolviera a su verdadero hijo. Es prácticamente el mismo folclore que el de las Islas Británicas, con leyendas similares en las Tierras Altas de Escocia y rituales en Irlanda, con la diferencia de que ahí, a los hijos de las hadas, se les llaman *changelings*, fuente de inspiración para escritores y artistas, destacando la obra *El sueño de una noche de San Juan*, de William Shakespeare.

Amaia detiene el coche y se adentra, como si de un viaje al pasado celta del occidente se tratara, en los yacimientos Castro de Coaña, cuyas piedras musgosas acaricia, al tiempo que ve cómo el cielo se vuelve gris. *Orbayu*, como decía su abuelo, asturiano de pura cepa, refiriéndose a la llovizna casi imperceptible e inesperada que, aunque no lo parezca, acaba calándote hasta los huesos.

Siglos de historia, excavaciones y hasta pruebas del Carbono 14 realizadas en un laboratorio de Florida, aseguran que el origen de Castro de Coaña es prerromano.

Es cierto que el paraje desprende un aura especial, magnética, piensa Amaia, aspirando el olor intenso a tierra, pero aun así, sigue sin creer que las desapariciones de Anne y Mikel tengan algo de sobrenatural. Los trolls no mandan SMS. Las *xanas* no rasgan las ropas de una chica ni la hacen temblar de miedo. La mente humana siempre busca explicaciones y patrones ante la tragedia, y por eso somos víctimas de cuentos de hadas y tonterías.

—¿Qué tenía este sitio de especial para Anne y para Mikel? —le pregunta al vacío, contemplando el paisaje velado por la neblina.

Amaia se sienta encima de una piedra que en su día sustentó una de las casas de planta circular. Dirige la mirada al cielo, del que

empiezan a caer las primeras gotas de lluvia. Cierra los ojos, los párpados tensos, apretados. Piensa que aquí tendría que sentir algo, el latido de su hermano que hace meses que no siente, como aquel latido que perdió hace diez años como si hubiera sido el castigo que merecía por escabullirse de la tragedia. Y que también aquí, podría visualizar a Anne y a Mikel como aquella jovencísima pareja a la que le gustaba recorrer los yacimientos fantaseando con que eran los habitantes celtas a los que nunca conocieron. Pero lo único que consigue, ya lo decía su abuelo, es pasar frío y subirse al coche calada en el momento en que el viento se despierta furioso moviendo la maleza. Este ha sido uno de esos días de canícula que terminan con el cielo de color betún y una tormenta cargada de olor a asfalto ardiente. Los árboles comienzan a agitarse, es como si la naturaleza se rebelara contra Amaia por haber tenido la mala idea de venir hasta aquí. Ahora llueve a mares y las gotas golpean el techo del coche como mazas sobre latas de metal. Conduce hasta la casa azul con precaución; parece que todo a su alrededor vaya a echar a volar.

Capítulo 14

Coaña, Asturias
María Luisa

María Luisa, a pesar de estar acostumbrada al clima imprevisible de Asturias, odia la lluvia y el viento. Es contradictorio, ya que el agua mantiene verdes y frescos los prados que tanto le relaja contemplar. Sin embargo, todas las desgracias de su vida han ocurrido en días de lluvia. La muerte de uno de sus hermanos con solo dos añitos. La de sus padres. El día en el que enterraron a Enrique, un hombre casado del que siempre estuvo enamorada en secreto, hace más de cuarenta años. Qué joven murió, el pobre, se lamenta María Luisa a diario, evocando la mirada esquiva que le dedicaba, un quiero y no puedo, un sí pero lo nuestro nunca sucederá.

En cuanto la mujer ha visto los primeros nubarrones grisáceos apoderándose del cielo, ha dibujado una cruz de sal en el lado derecho de la puerta de entrada, el famoso ritual para ahuyentar la lluvia.

—Que aguanten la lluvia los gallegos —ha murmurado al incorporarse, quedándose quieta debajo del alero de la entrada, al oír el motor de un coche aproximándose—. Anda, mira, Amaia. ¿La ves, Mikel? ¿La estás viendo?

***

Amaia ve a María Luisa hablando sola en susurros. Solo espera que no la intercepte; no está de humor para aguantar tonterías.

¿Qué es esa cruz blanca que hay en el lado derecho de su puerta? Prefiere no saberlo. Si es cierto que existen las brujas, lo que le falta ahora es que tenga a una como vecina.

Sale del coche y echa a correr bajo el aguacero, al tiempo que saca las llaves. Al introducirla en la cerradura, le extraña que abra a la primera sin necesidad de dar dos vueltas. No le da importancia porque

ha salido de casa con la cabeza en mil asuntos, hasta que ve una figura sentada en el mismo sillón orejero donde su abuelo falleció hace ocho años mientras veía la televisión.

Capítulo 15

Coaña, Asturias
En el bar de Alejandro

—¡Hostia, la que está cayendo! —exclama Xoan, exaltado, dando grandes zancadas hasta resguardarse en el bar de Alejandro.

Ricardo va detrás de él, camina un poco cojo.

—¿Y Jaime? —pregunta Alejandro, sacando dos botellines de cerveza. Le extraña que no haya venido con Ricardo y Xoan. Los tres, socios de una empresa de construcción y reformas y solterones empedernidos, son inseparables. Es la primera vez en mucho tiempo que uno de los tres falta. Se acostumbraron a la ausencia de Mikel, que, sabiendo la hora exacta a la que los tres amigos llegaban, se unía a ellos hasta que Alejandro bajaba la persiana. La tarde, lluviosa y oscura, ha disuadido a que la gente salga de sus casas, incluida Adela.

—Dice que tiene cosas que hacer —contesta Ricardo sin darle importancia, encogiéndose de hombros y sentándose pesadamente en el taburete—. Joder las lumbares, qué dolor… —suelta.

—¿Qué te pasa en la cara, Alejandro?

—¿Qué me pasa de qué?

—Estás como agrio —espeta Xoan con humor, dándole un sorbo ávido a la cerveza con sus manazas callosas del duro trabajo diario.

—Amaia ha estado aquí esta mañana.

—¿Y qué pasó? —se interesa Ricardo, burlón, colocando la mano bajo la barbilla y pestañeando repetidas veces.

—Pues nada, ¿qué va a pasar?

Alejandro ha revivido el momento cien veces en su cabeza. Ha sido decepcionante. Doloroso. Regresan las mismas ganas de ayer, cuando le dijeron que Amaia había vuelto a Coaña, de conducir hasta la casa azul. Pero esta vez armado de valor para llamar al timbre y entrar. No obstante, el pasado pesa más. El pasado siempre pesa. Y no le perdona que se esfumara de su vida sin explicaciones. La desaparición de Anne no le vale, ella no tenía nada que ver a pesar de ser la novia de Mikel.

Tampoco le perdona que haya tardado diez años en regresar. Que para venir a Coaña, hayan tenido que transcurrir casi tres meses de la desaparición de su hermano, aunque se distanciaran, algo de lo que Mikel nunca quiso hablar.

¿A qué ha venido Amaia en realidad?

¿Por qué ahora?

—¿Y Adela? —se interesa Xoan—. Si ya es raro que Jaime no esté aquí, lo de Adela habría que mandarlo a *Cuarto Milenio* —ríe, con la guasa que lo caracteriza.

—Esta mañana no la he tratado demasiado bien —reconoce Alejandro, cabizbajo, rascándose la nuca.

—¿Y eso? ¿Qué le has hecho?

—En realidad, nada. Ha tropezado con Amaia y, bueno, ya sabéis cómo es Adela. Se ha puesto un poco pesada, ha hecho preguntas, y yo no tenía ganas de hablar. Se la llevan los demonios si me ve hablando con otra.

—No, con otra no, con Amaia, ojo. Amaia no es cualquiera —aclara Ricardo—. ¿Te acuerdas, Xoan, la tragedia que teníamos que aguantar cuando el verano acababa y Amaia volvía a Madrid? Cojones, Alejandro, llorabas por todos los rincones.

—Exagerado —resopla Alejandro.

Pero Ricardo no miente ni exagera. Alejandro tachaba los días en el calendario a medida que el verano expiraba, con una aflicción que no ha vuelto a sentir ni por Candela, una mujer de Oviedo con quien estuvo saliendo durante tres años. Parecía que iba a terminar en boda, pero, al final, Alejandro se sinceró y le dijo que había otra mujer. Una mujer que, pese a estar ausente, no podía arrancársela de dentro, y Candela merecía algo mejor, ser el único universo de un hombre, algo que con él jamás podría conseguir por mucho que se esforzara. Al corazón no se le puede mandar, va a su aire. No podemos forzar a que los amores que vienen después del primer amor tengan la misma intensidad; en la mayoría de los casos, acaban convirtiéndose en réplicas. Y una réplica, por muy bien hecha que esté, jamás va a sustituir al original.

Capítulo 16

Coaña, Asturias
En la casa azul

—¿Quién eres? —pregunta Amaia, sobrecogida, en el momento en que enciende la luz y no reconoce al hombre, que se levanta del sillón como un resorte.

—Perdona. Perdona, no quería asustarse. Es que estaba lloviendo, tenía las llaves y… Perdona —repite azorado—. No ha sido buena idea, tendría que haberte esperado dentro del coche. Soy Jaime.

—Ah. Jaime. Qué cambiado estás, no te había reconocido —cae en la cuenta Amaia, observándolo con más atención. Es la barba que le puebla la cara, más rechoncha que antaño, lo que ha hecho que no lo identifique como aquel chaval de dieciocho años de ojos hundidos, poco vello facial y delgado como un palo—. Fuiste tú quien denunció la desaparición de Mikel y quien le abrió la casa a la policía para que registraran sus cosas.

—Sí.

—El agente Artos me ha dicho que podría hablar contigo.

—Bueno, he… he venido para darte la copia de las llaves —titubea Jaime, mirando a Amaia con los ojos entornados. Siempre fue guapa, la veraneante más guapa de Coaña, pero los años han potenciado su atractivo, otorgándole una gran distinción.

—Vale.

Amaia, desde la distancia, tiende la mano y Jaime le devuelve las llaves. No le hace gracia que cualquiera pueda colarse en la casa cuando se le antoje, como ha sido el caso, provocándole un susto de muerte.

—¿Mikel le dio una copia a alguien más? —quiere saber Amaia, tratando de ocultar la angustia que eso le causa.

—No, tranquila, solo a mí. Me dijo que solía perder las cosas y que no es de los que dejan llaves debajo de macetas, así que se sentía más seguro si alguien de confianza se las guardaba.

—¿Quieres tomar algo? No tengo nada de alcohol, pero té, café…

—No te molestes, gracias. Supongo que querrás hablar de Mikel.

—Claro. No entiendo... —Amaia, incómoda, se detiene. Su mente

es un torbellino desde que pisó la casa azul. Una parte de ella creía que Mikel estaría aquí y que su secreto, el extraño mensaje que le dejó en el buzón de voz, nunca sucedió. Tampoco sabe hasta qué punto puede fiarse del tipo que tiene delante—. No entiendo nada. No entiendo cómo alguien puede desaparecer sin dejar rastro —resuelve, pensando en Anne, porque eso es lo que ocurrió con ella.

—Nadie entiende qué pasó, Amaia. Como ocurrió con… ya sabes, con Anne —rememora, inquietando a Amaia, como si le hubiera leído el pensamiento—. Mikel me dijo de pasada que teníais una relación distante, pero no hablaba mucho del tema ni de ti, parecía que le dolía. Vives en París, ¿no?

—Hasta hace dos días vivía en París, sí. Ya no. Me han despedido del trabajo y he dejado el apartamento. Llegué ayer, no tengo ningún otro lugar al que ir —confiesa Amaia, sentándose en el sofá que hay frente al sillón orejero donde se vuelve a acomodar Jaime.

—A todos nos extrañó que no vinieras cuando denuncié la desaparición de Mikel y le di tu contacto a Antonino. —Amaia lo mira con extrañeza. «¿Quién es Antonino?», inquieren sus ojos. Jaime recapitula y precisa—: Al agente Artos.

—Ah.

—No soy nadie para juzgar, no me malinterpretes. Denuncié su desaparición a la semana, a lo mejor demasiado tarde, y me siento culpable por ello, sobre todo porque su coche seguía aquí, su ropa y sus cosas y…

—Como si tuviera pensado volver —deduce Amaia.

—Exacto. Mikel tenía problemas, a veces desaparecía un par de días, tres… por eso al principio no le di importancia. El viejo que lo vio aseguró que estaba bien, que lo saludó y todo parecía normal. Antonino ha deducido que el viejo confundió fechas, que se cruzó con Mikel días antes de su desaparición, porque era bastante asiduo a visitar los yacimientos.

—Sí, me ha dicho que no es un testigo fiable.

—Exacto. Tan poco fiable que lleva un par de semanas en una residencia. Demencia senil. Tiene noventa y dos años.

—Y a Anne la vieron cuatro chicos.

—Borrachos y drogados —apunta Jaime.

—Ya… Testigos poco fiables.

—Sí, también.

—¿Sabes si Mikel continuaba grabándolo todo?

—¿Grabando? ¿A qué te refieres? —se extraña Jaime.

—Quería ser cineasta —rememora Amaia con una media sonrisa—. Lo grababa todo, tenía varias cámaras. Me acuerdo de que a Anne la tenía harta, odiaba que la grabaran y le hicieran fotos, pero a Mikel le encantaba verlo todo a través de un visor. Decía que quería

inmortalizar cada instante porque la memoria a veces falla, mientras que las imágenes que se perpetúan siempre son fidedignas —le cuenta a media voz.

—No… no tengo ni idea. Por no tener, Mikel no tenía ni cámara de fotos en el móvil. Era uno antiguo, un…

—Un Nokia, lo sé. Uno de los motivos por los que he venido ahora, es porque recibí un mensaje de su número. Un SMS que decía: «Sigo aquí».

Jaime frunce el ceño.

—¿Un SMS desde el número de Mikel? —pregunta incrédulo.

—¿Sabes quién puede tener su móvil?

—Daba por sentado que desapareció con él.

Amaia endurece el gesto escudriñando con atención la reacción de Jaime, igual que ha hecho esta mañana con el agente Artos. Le da la sensación de que la gente sabe más de lo que dice, que no le cuentan toda la verdad, como si ella fuera frágil como una muñeca de porcelana. O puede que esté empezando a ver fantasmas donde no los hay, sugestionada por la vecina y su extraño encuentro de esta mañana.

—Si no fue Mikel quien me mandó el mensaje, alguien tiene su móvil —elucubra Amaia al cabo de un rato—. No me ha vuelto a escribir, está apagado o fuera de cobertura, pero, por lo que parece, y en el caso de que no se confundiera con las fechas, el anciano que lo vio paseando por los alrededores de los yacimientos no fue la última persona que lo vio.

Jaime no dice nada. Se siente incapaz. Por no poder, no puede ni mirar a Amaia a los ojos. Quien persigue con ahínco la verdad, está destinado a encontrarla, y Amaia no parece ser de las que se achantan ni se rinden fácilmente, inconsciente de que por no mirar hacia otro lado, su vida pueda estar en riesgo. Tarde o temprano, darán con el paradero de Mikel. Jaime está convencido de ello.

Capítulo 17

Coaña, Asturias
María Luisa

A María Luisa nunca le ha gustado Jaime. Le genera desconfianza. No le gusta cómo mira o, más bien, cómo no mira, porque casi siempre tiene la vista clavada en el suelo, igual que los mentirosos.

Lo ve salir de la casa azul cabizbajo y meditabundo, yendo en dirección a su coche, que ha dejado estacionado en el camino. Pero bueno, tampoco le hagamos mucho caso a María Luisa, porque a ella no le gusta el noventa y nueve por ciento de los jóvenes. Tampoco se fía de Ricardo ni de Xoan o Alejandro, y mucho menos de los maleantes de Rufus y Edgar, que cumplen condena en prisión y que siempre andan trapicheando con las drogas como si creyeran que el apacible pueblo de Coaña es Colombia. Su sobrino Antonino o agente Artos, como ahora exige que le llamen hasta los que son de la familia, el muy petulante, ha hecho más de una vez la vista gorda. Y es que igual Antonino se mete de esas cosas, sopesa María Luisa, pensando en lo alelado que está a veces y en lo incompetente que es como policía, mientras ve pasar el coche de Jaime a toda velocidad bajo esta llovizna fina que, por mucha cruz de sal en el lado derecho de la puerta, no se larga a Galicia.

No tiene sueño, así que se queda veinte minutos más mirando por la ventana. Sigue con la mirada la silueta de Amaia moviéndose inquieta por la casa.

Espera, quién viene por ahí.

Anda. Otro coche.

Desde que Amaia está en la casa azul, esto parece la M-30.

El coche se detiene, pero no el parabrisas, con su movimiento hipnótico y frenético. El conductor apaga las luces; no quiere ser visto. Es Alejandro. A María Luisa no le cabe la menor duda. El joven se queda en el coche diez minutos, como la noche anterior, hasta que la pilla mirándolo como un espectro cotilla. Es entonces cuando Alejandro arranca y se marcha. Menuda guardiana está hecha María

Luisa, no se le escapa nada.

—Este lo que quiere es volver a tirarle los trastos a tu hermana, Mikel. ¿Tú qué opinas? ¿Es bueno para ella? Apuesto es un rato largo, ya habría querido yo que un mozo así me cortejara en mi juventud, ¿pero es bueno o, como todos, también tiene secretos que no se contaría ni a sí mismo?

Capítulo 18

Junio, 2018

Coaña, Asturias

En la casa azul

Amaia lleva tres días sin salir de la casa azul. Ha puesto todo patas arriba. Cajones, armarios, zócalos sueltos donde su hermano solía esconder sus juguetes más preciados… no se ha dejado ni un solo hueco sin examinar salvo el sótano que tanto temía de niña. De hoy no pasa, se ha dicho. Hoy bajará. Ya es adulta, no hay nada que temer, los fantasmas no existen. A ver qué encuentra ahí, aunque tampoco cree que mucho. Mikel también sentía aversión por el sótano, así que duda que bajara alguna vez durante el tiempo que vivió aquí.

Amaia no ha perdido la esperanza de dar con un lápiz de memoria, una cámara sin batería o incluso alguna vieja cinta de vídeo con algún mensaje revelador de su hermano hablando a cámara. Habría sido tan sencillo para entender su llamada, su mensaje, su huida, qué es eso malo que iba a hacer o ha hecho... Pero la vida real no es una película ni los misterios se resuelven con tanta facilidad. Lo único que ha encontrado, y le ha parecido simbólico, ha sido un papel arrugado con un nombre y un número de teléfono que no ha dudado en marcar. Pero ese número está apagado o fuera de cobertura. Como el de Mikel. El nombre le suena vagamente. Gonzalo. Si no está equivocada, Gonzalo era un chico del pueblo que rondaba su edad, pero ni el agente Artos ni Jaime lo han mencionado, por lo que es probable que ya no viva aquí. Alejandro no tiene Facebook. Si lo tuviera, habría buscado entre sus contactos, por si, con un poco de suerte, daba con el tal Gonzalo. Busca a Antonino Artos. Tampoco tiene redes sociales. ¿Es que el siglo XXI no ha llegado a Coaña? ¿Y cómo se apellida Jaime? Amaia, frustrada, deja el móvil en el salón.

Va a la cocina y prepara una taza de café en la Nespresso que se trajo de París. Por un momento, su característico aroma flotando en el aire la transporta a la rutina de su apartamento parisino. Al café engullido con prisas para no llegar tarde al trabajo. El propietario no

habrá tardado en encontrar un nuevo inquilino pese al precio desorbitado del alquiler. Se pregunta quién contemplará ahora la Torre Eiffel desde el que durante años fue su balcón. Echa de menos las comodidades. La bañera de porcelana en la que podía pasarse horas relajándose al finalizar el día. Aquí, cada vez que se ducha, las tuberías emiten un golpeteo que le pone los pelos de punta, especialmente cuando sube de intensidad y se convierte en un gemido grave, como si un monstruo atrapado en las paredes acechara, gritando para salir. Pero lo que más echa de menos son las vistas. La copa de vino blanco saboreado a sorbos pequeños, el placer del día que obraba el milagro de hacer desaparecer el estrés. Y los atardeceres tiñendo de oro la capital francesa. A menudo, imaginaba que la Torre Eiffel, lo último que veían sus ojos antes de sucumbir a los brazos de Morfeo, era el faro que la guiaba. Ahora, cuando apenas atisba luz ni vida a su alrededor, se siente un poco perdida. En un lugar donde no se oye nada, cualquier mínimo sonido puede llegar a perturbar, y más sabiendo que el sonido viaja de formas extrañas. No obstante, Amaia se dice a sí misma que son solo paranoias de alguien que lleva demasiado tiempo viviendo en la ciudad, en la que los ruidos lo llenan todo. Y, cuando de repente solo hay silencio, es casi más angustioso que el propio bullicio. Ramas que se quiebran, perros que aúllan, búhos que ululan. Tan diferente al zumbido de los coches a los que estaba acostumbrada cuando vivía en París.

Trata de visualizar a Mikel en la casa. Qué hizo en ella durante el tiempo que habitó aquí. El televisor no funciona. Hay dos libros de bolsillo en el estante en el que también ha encontrado la llave del coche de Mikel. Café en mano, mira los libros como se mira a un extraño del que desconfías. Coge uno, *Causa justa*, de John Grisham, pasa las páginas, por si de alguna de ellas se escapa algo, una nota, una frase marcada, lo que sea.

Nada.

Coge el otro, *La campana de cristal*, de Sylvia Plath, y, de este, concretamente de la página ciento treinta y siete, se escapa un papel decepcionante en el que no pone nada. No hay misterio; Mikel lo usó de punto de libro. No terminó de leerlo. Amaia recoge el papel del suelo y lo coloca donde estaba. Si Mikel regresa y retoma la lectura, que no se pierda, piensa, con un nudo estrujándole la garganta y un ligero temblor en el mentón.

Termina de un trago el café. Deja la taza en la encimera de la cocina. Tiene pensado salir de casa y llamar al timbre de la vecina por si recuerda al tal Gonzalo. Que su hermano tuviera anotado su nombre y su número de teléfono debe de significar algo. A lo mejor estuvo implicado en la desaparición de Anne y Mikel escarbó demasiado hasta el punto de hacer algo malo y tener que esfumarse como la

niebla tras las montañas.

Amaia no sabe qué le inquieta más. Si desconocer sus acciones o su paradero. Lo único seguro, y pondría la mano en el fuego, es que sea lo que sea lo que le haya ocurrido a su hermano, tiene que ver con la desaparición de Anne. Porque nunca la olvidó. A medida que la esperanza de encontrarla se fue desvaneciendo, creció la rabia, la impotencia, la misma que ahora siente Amaia por no tener respuestas. Tan ensimismada está en su mundo que, cuando suena el timbre, se sobresalta y da un respingo.

—¿Quién es? —pregunta de camino a la puerta, pero nadie contesta al otro lado.

Amaia, precavida, mira por la ventana antes de abrir. Ve a una mujer alta y muy delgada cuyo cabello negro le cubre media cara como una aparición fantasmal.

—¿Quién es? —insiste, esta vez levantando la voz.

La mujer se gira despacio y clava sus ojos saltones de color miel en Amaia. Con una sonrisa que está lejos de resultar amable, contesta:

—¿No te acuerdas de mí?

Capítulo 19

Coaña, Asturias

María Luisa

María Luisa, asomada como de costumbre a la ventana porque con este clima absurdo de nubarrones y llovizna constante es imposible salir, mira con desagrado a la chica que espera tras la puerta de la casa azul.

—Anda, mira la Adela. Qué rara ha sido siempre. Y dicen de mí, ¡ja! Esa está más cucú que yo, que ya es decir. Y encima es mala. Muy mala y muy dañina… Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad, Mikel? ¿Qué hago? ¿Salvo a tu hermana de Adela o que se apañe solita?

Capítulo 20

Coaña, Asturias

En la casa azul

—¿Debería acordarme de ti? —la reta Amaia, abriendo la puerta y apoyándose en el marco para obstaculizarle el paso.

—Tú, como siempre, tan engreída. Tú, tú y solo tú, ¿verdad, Amaia? ¿Te crees el ombligo del mundo? Eres como Anne. Las dos igual de zorras.

Amaia tarda en reaccionar. Perpleja y sin saber a cuento de qué esta mujer ha llamado a su puerta para insultarla y escupir cosas sin sentido, la mira de arriba abajo. Le desagrada su vestimenta invernal a pesar de estar a principios de junio, la falda con estampado escocés que le llega hasta los tobillos, la blusa blanca de lino con botones dorados y la chaqueta con aspecto de provocar urticaria del mismo color verde que los prados.

—No tengo ni idea de quién eres. Y no sé con qué derecho vienes a mi casa a insultarme, así que ya puedes dar media vuelta y no volver.

—Soy Adela.

Tanta gente, tantos nombres… diez años. Diez malditos años sin venir y no recuerda ni a la mitad.

—Claro, para ti solo existía Alejandro. El resto éramos sombras sin importancia, por eso no te acuerdas de mí. Pero yo de ti sí me acuerdo…

La tal Adela tiene una cara peculiar que no pasa desapercibida, y, aun así, a Amaia le cuesta ubicarla por mucho que bucee en su memoria para rescatar algún recuerdo que la una a la susodicha. Porque la mujer tiene razón. A Amaia el resto del mundo le daba igual si estaba con Alejandro. Hasta que pasó lo que pasó y se asustó y prefirió vivir el infierno en soledad antes que arrastrar a Alejandro al abismo con ella. Tuvo miedo de sí misma. De lo mucho que le sobrepasaba sentir tanto por alguien. Tuvo miedo de la vida. Del amor. Fue una cobarde. Y al miedo le da lo mismo que paralices tu

vida por él.

Ahora se fija en esta desconocida que la mira como si tuviera la lepra. Además de tener los ojos saltones, destaca la nariz aguileña y los labios tan finos que parecen inexistentes. No solo su ropa le desagrada, Amaia no se considera tan superficial, si bien en París no parecía haber una sola mujer que vistiera mal, algo que influyó en su impecable gusto a la hora de elegir indumentaria. Todo en esta mujer resulta desagradable y perturbador; desprende mala energía.

—Lo siento, pero no te ubico, no…

—Mi visita va a ser rápida —la interrumpe Adela de malas formas—. Aléjate de Alejandro, ¿entiendes? No vuelvas al bar, no hables con él. Te olvidó. No tienes que venir a remover el pasado. ¡No le hagas más daño! ¡Tu momento pasó! —le grita, y Amaia se aparta componiendo una mueca de asco al ver saltar partículas de saliva de esa boca infame.

—¿Pasa algo, jovencitas? —interviene María Luisa, con los brazos en jarra, esquivando primero el coche de Amaia y luego el de Mikel, recorriendo a paso de tortuga la ligera pendiente que conduce a la escalinata donde se encuentran Adela y Amaia—. ¿Qué problema tienes ahora para venir a molestar a la muchacha, Adela?

—Métase en sus asuntos, vieja loca —escupe Adela, dándole la espalda a Amaia y bajando las escaleras, al tiempo que María Luisa pone un pie en el peldaño con la mirada fija en Amaia.

—Uy, uy, uy, nos hemos levantado de mal humor, señorita. ¿Tu madre no te ha enseñado modales, Adela? ¿Desde cuándo eres tan mal educada, tan macarra? ¿Desde cuándo le haces a los demás lo que no querías que te hicieran a ti, eh? —inquiere María Luisa con segundas intenciones, que Adela capta al vuelo y que Amaia ignora.

María Luisa mira en dirección a su ventana y guiña un ojo. Adela, tan obcecada en sí misma y en lo que ha venido a hacer, que no ha sido otra cosa que hacer el ridículo, no se da cuenta. Pero Amaia sí, y da un par de pasos al frente y levanta la mirada en dirección a la ventana donde María Luisa ha guiñado un ojo. Percibe un movimiento de cortina minúsculo, casi imperceptible, pero no ve a nadie detrás. Será que la vieja está loca de verdad. Adela, llena de rabia, vuelve a enfrentarse a Amaia, que todavía tiene la cabeza levantada en dirección a la casa de la vecina, y le dedica unas últimas palabras:

—No te lo quiero repetir más, Amaia. No te acerques a Alejandro.

—Anda, muchacha, anda, vete a casa con tus culebrones y cállate un mes —le suelta María Luisa riendo y barriendo el aire con la mano, como espantando a un moscardón.

—Vieja loca —murmura Adela entre dientes, sacudiendo la cabeza como si tuviera un tic nervioso, alejándose bajo la intermitente llovizna sin que parezca que le importe empaparse.

—¿Te ha molestado mucho? —pregunta María Luisa, subiendo las escaleras y situándose frente a Amaia que, en otras circunstancias, ya habría cerrado la puerta, pero justamente iba a hacerle una visita para preguntarle por Gonzalo, un simple nombre escrito en un papel arrugado, que quizá sea relevante en lo que sea que le haya ocurrido a Mikel. Por el momento, es lo único que tiene.

—No, para nada. Ni siquiera sé quién es. ¿Quiere pasar?

La pregunta pilla desprevenida a María Luisa, que entra mirando a su alrededor. Sonríe.

—Cuánto tiempo, casa azul. Cuánto tiempo…

—¿A quién le ha guiñado un ojo?

—¿Cómo?

—La he visto guiñar un ojo en dirección a la ventana de la segunda planta de su casa desde donde me espía.

—Uy. ¿Que yo te espío? No, no, Amaia, no te des tanta importancia. Yo miro el paisaje. Me gusta contemplar el paisaje, que bien bonito es. ¿A ti no? Entiendo que eches de menos tu apartamento con vistas a la Torre Eiffel, pero más de uno querría estas montañas y respirar este aire puro cada día. Apreciemos lo que tenemos, aunque sea poquito, que cuando nos falte, nos arrepentiremos de no haberlo valorado a tiempo...

Amaia la mira extrañada. ¿Cómo sabe esta mujer que vivía en París? ¿Que su apartamento tenía vistas a la Torre Eiffel? ¿Que hasta que esa mujer tan rara, Adela, ha irrumpido en su casa para insultarla, estaba pensando en su apartamento, en el balcón, en el vino blanco, en sus atardeceres en soledad dorados e hipnóticos?

—¿Quiere café?

—No, gracias. El café me descompone la flora intestinal y luego no voy bien de vientre.

—Ah. Bueno, me gustaría…

María Luisa se sienta en el sillón orejero donde murió el abuelo de Amaia. Acaricia el reposabrazos y compone un gesto afirmativo repetidas veces con los ojos cerrados.

—La energía de tu abuelo sigue aquí. Suele ocurrir. Nunca abandonamos los lugares donde hemos amado la vida y, oh, sí, tu abuelo amó mucho la vida desde este sillón.

—María Luisa, por favor, yo no creo en…

—Ya, ya, no crees en fantasmas ni en energías ni en almas que siguen vagando por el mundo en busca del rayito de luz. Pero crees en los latidos de tu corazón. Dime, Amaia, cuando tus padres tuvieron aquel accidente de coche, ¿qué te ocurrió? —Amaia traga saliva, no contesta—. Que te caíste. Te torciste el tobillo en el mismo instante en que los corazones de tus padres dejaron de latir. Tu corazón se ralentizó. Intuiste que había ocurrido algo malo. Deberías hacer más

caso a tu intuición, la tienes más desarrollada de lo que crees.

—¿Pero usted cómo sabe todo eso?

—Porque sé ver. Yo no miro. Yo veo. Y ahora, ¿por quién quieres preguntarme?

—Por… —Amaia titubea, mira a la mujer con miedo, recelo, respeto. A lo mejor no está tan loca. A lo mejor tiene un don y, después de todo, ¿quién es ella para no creer? Si la mismísima policía acude en ocasiones a médiums y videntes para resolver casos, es que algo existe, algo que escapa a toda comprensión lógica, aunque le aterre y no le guste lo más mínimo que la mujer que tiene delante la pueda descifrar en su totalidad—. Gonzalo.

—Ah… Gonzalo. Sí, sí, me acuerdo de él. Hace años se fue a vivir a Madrid. Encontró un buen empleo y se llevó a la madre con él, siempre han estado muy unidos, que es lo que pasa cuando una mujer cría sola a los hijos. Amparo también estaba un poco amargadilla en el pueblo.

—¿Sabe su apellido?

—Como para olvidarlo. Es un apellido muy curioso. Su padre era un historiador francés que vino a ver los yacimientos celtas. Se enamoró de la guapa de Amparo, que era muy amiga de tu madre cuando eran mozas. Vivieron un amor de verano y ella se quedó en cinta. Aunque el historiador, que estaba muy bien posicionado, reconoció a Gonzalo como hijo, le dio su apellido y les mandaba cada mes la manutención hasta que cumplió la mayoría de edad, nunca llegó a vivir con ellos. No volvió por el pueblo.

María Luisa se detiene y vuelve a cerrar los ojos. Sonríe, sacude la cabeza, como si la invadieran los recuerdos o estuviera invocándolos adrede.

—En fin… a mi edad pesa más el pasado que el futuro, ya lo entenderás algún día. No sé qué es peor.

—Pero ¿cuál es el apellido de Gonzalo? —se desespera Amaia, sin querer entrar en debates filosóficos.

—Ber-ge-ron. B, E, R…

—Sí, sí. No hace falta que me lo deletree. Conocí un Bergeron en París.

—Eso es. Gonzalo Bergeron. Y ahora, si no me necesitas para nada más, que diría que no, me marcho, que tengo un pitu de caleya en el horno y no quiero que se me queme.

Capítulo 21

Buscan a Gonzalo Bergeron, desaparecido desde el 9 de marzo. Una cámara registró su última imagen en una gasolinera de Tres Cantos, Madrid. Allí se le pierde la pista.

No hay rastro de Gonzalo Bergeron desde la noche del 9 de marzo. Tampoco se ha encontrado su coche, un todoterreno negro marca Opel Grandland con matrícula 4903-KXZ. Todas las hipótesis están abiertas.

«Voy a hacer algo malo, muy malo», piensa Amaia mientras sigue leyendo la noticia, con la voz de su hermano incrustada en el cerebro, porque recuerda con exactitud el día en que le dejó el mensaje en el contestador.

Fue el viernes, 9 de marzo.

En una semana se cumplirán tres meses. Aún lo tiene guardado y lo escucha de vez en cuando, por si desentraña algo nuevo que no haya sabido ver, especialmente referente a lo de «no juegues a su juego».

¿El juego de quién?

Por más vueltas que Amaia le haya dado a esa expresión, retrocediendo incluso a la infancia que vivió con Mikel, para ella no tiene ningún sentido. Y ahora sabe que Gonzalo Bergeron, el nombre que escribió su hermano en un papel, lleva desaparecido desde el mismo día que él.

Lo busca en Facebook, donde no le es difícil localizarlo. Lo consigue a la primera. Su muro está inundado de buenos deseos, de incertidumbre, de dolor, desde los más escuetos hasta los más religiosos y de consuelo a su madre, aunque Amaia comprueba que Amparo no tiene perfil en la red social.

«Vuelve pronto, Gonzalo».

«Te queremos».

«Te echamos de menos».

«Amparo, mucha fuerza para estos duros momentos. Aparecerá. Seguro».

«Cada noche enciendo una vela y le pido a Dios que estés bien. Que vuelvas sano y salvo».

Amaia pulsa sobre su fotografía de perfil. Gonzalo le sonríe abiertamente al objetivo de la cámara que inmortalizó el momento. Parece feliz, relajado. Al igual que todos en Coaña, su cara le suena vagamente; en diez años la gente puede cambiar mucho. Los que un día fueron adolescentes desgarbados sin un solo pelo en la cara se dejan crecer barba, se rapan para disimular la calvicie, engordan, adelgazan, se musculan, maduran, necesitan gafas graduadas…

Adela tiene razón. A Amaia solo le importaba Alejandro, el resto eran sombras, gente con la que no se esforzó lo más mínimo en conectar durante sus veranos en Coaña. No recuerda si llegó a hablar con el adolescente que fue este hombre, en paradero desconocido, que la mira desde una fotografía publicada en el verano de 2017. Parece estar hecha desde un yate con el mar brillante de fondo y un cielo azul sin una sola nube que lo enturbie.

Lee los comentarios. Ninguno relevante ni amenazador. No parece haber una mujer en la vida de Gonzalo que, en estado civil, indica que está soltero. No hay información sobre su puesto de trabajo. Busca entre sus amigos, el perfil de Gonzalo es bastante transparente, y, entre los tres Jaime que hay, le sale el amigo de Mikel. Jaime Artime. El mismo tipo que se coló en su casa para devolverle la copia de las llaves y que se largó dejándola con una mala sensación. Ni siquiera puede estar segura de que realmente fuera el mejor amigo de su hermano. Su perfil en la red social no dista mucho del que no tiene Alejandro. O bien Jaime valora mucho la privacidad, o la única publicación que ha hecho fue en 2016 y no tiene mucha validez, porque se trata de su fotografía de perfil subida el mismo día en que se creó la cuenta. En ella, se ve a Jaime de lejos posando en los yacimientos Castro de Coaña en una actitud chulesca, apoyado sobre las piedras de una de las estructuras de planta circular.

Capítulo 22

Coaña, Asturias

En el bar de Alejandro

El bar de Alejandro se ha quedado vacío. Cerrar tarde no le sale a cuenta, pero no soporta lo solo que se siente cuando llega a casa. El vacío, el frío. Allí hace siempre mucho frío. Nunca imaginó que su vida fuera así, tan gris, tan triste. A los treinta años, Alejandro se había visualizado con mujer y un par de críos, y, aunque oportunidades no le han faltado, ninguna mujer era la correcta.

Ninguna mujer era Amaia.

Pero una cosa es lo que crees que harás y tendrás con treinta cuando tienes quince, y otra es la hostia de realidad que nos depara el futuro.

Son las siete de la tarde, llueve a cántaros, pero confía en que Jaime, Ricardo y Xoan estén al caer y le entretengan lo que le queda hasta bajar la persiana. Últimamente no paran, se están haciendo de oro. Parece que a todo el mundo le ha dado por hacer reformas en casa. Sin embargo, quien entra no es la tropa, sino Amaia, como si de tanto pensar en ella la hubiera invocado. Lo mira de soslayo, lo saluda con un gesto de cabeza y se entretiene en el umbral de la puerta porque el paraguas se ha rebelado en su contra y le cuesta cerrarlo.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta Alejandro, socarrón, desde detrás de la barra.

Transcurren dos minutos hasta que Amaia consigue dominar y cerrar el paraguas. Lo deja en un cubo mojado que hay al lado de la puerta. Seguidamente, se sienta en un taburete de la barra y le pide a Alejandro una copa de vino blanco. Por un momento, se miran como si se fueran a devorar, conscientes de la atracción que existe entre ambos. Pero controlan los nervios, la sacudida en el vientre que se provocan mutuamente, la sensación de que no ha transcurrido una década desde la última vez que se vieron, y tratan de mantener una

conversación cordial aprovechando que no hay nadie en el bar.

—Sé por tu hermano que vives en París —empieza a decir Alejandro.

—Vivía —aclara Amaia, sin saber cuántas veces más tendrá que contar lo mismo—. Me despidieron de la agencia de publicidad en la que llevaba trabajando cuatro años hace una semana. No creo que vuelva. Ahora mismo, no tengo ningún otro lugar al que ir.

Lo que es una desgracia para unos, a veces es una alegría para otros. Alejandro oculta la felicidad que le causa la percepción de haber retrocedido en el tiempo y de volver a tenerla aquí, tan cerca, como si fuera capaz de dejar atrás el rencor que siente hacia ella por haberse ido de su vida sin un adiós y sin darle explicaciones. La madre de Alejandro, al verlo destrozado, le dijo que una persona que no es capaz de entender el amor termina huyendo incluso de sí misma. Y esa fue la excusa, si bien Alejandro aún se pregunta qué fue lo que impulsó a Amaia a no regresar, cuál fue el detonante. No obstante, no se atreve a formular la pregunta por si la respuesta le hiere más de lo que le hirió creer que no volvería a verla. Al final, los años pasan tanto como pesan. A Alejandro le metieron ideas en la cabeza a base de escuchar diversas opiniones que no tenían por qué ser ciertas. Que Amaia se largó y se distanció no por no quererlo, sino por no entender qué sentía, por la paranoia y el miedo que se apoderó del pueblo cuando Anne no aparecía, por las habladurías respecto a su familia y, sobre todo, por la juventud. Amaia era demasiado joven, cualquiera en su lugar habría querido largarse y no volver a saber nada.

—Bueno, todo saldrá bien —le dice Alejandro al cabo de un rato, esbozando una media sonrisa—. Encontrarás algo pronto. Sea donde sea.

—No tengo prisa. Primero quiero saber… ya sabes.

—Dónde está Mikel.

—¿Crees que le ha pasado algo? ¿Que, como Anne, no va a aparecer? —Alejandro se encoge de hombros sacudiendo la cabeza. No sabe qué contestar. Mikel es un tipo complejo, con muchos problemas, pero no quiere angustiar más a Amaia. No le diría nada que ella no sepa, aunque, según Mikel, habían perdido el contacto desde que sus padres murieron y apenas sabían nada el uno del otro. Alejandro no le llegó a preguntar por qué, aun muriéndose de curiosidad—. El caso es que, aunque aún me falta bajar al sótano, he estado buscando por casa algo que me diera alguna pista —sigue hablando Amaia con voz queda—. Lo único que he encontrado ha sido un papel arrugado con el nombre de Gonzalo y su número de teléfono. He llamado, pero está apagado o fuera de cobertura.

—¿Gonzalo? ¿Gonzalo Bergeron? —se extraña Alejandro.

—El mismo.

Amaia se calla que, de no ser por María Luisa, aún estaría dándole vueltas al apellido y no tendría en su poder la información que la inquieta.

—Hace años que no sé nada de él. Se fue a Madrid hace siete u ocho años, y no ha vuelto ni de vacaciones.

—El caso es que Gonzalo se encuentra en paradero desconocido desde el 9 de marzo. —Alejandro traga saliva con fuerza—. Igual que Mikel.

—No. La desaparición de Mikel fue más tarde. Jaime la denunció una semana después, no me preguntes qué día, pero el 9 no fue.

—Mikel… —Amaia ve el desconcierto en la mirada sombría de Alejandro. Solo ella sabe que las fechas coinciden, que el 9 de marzo fue el día que Mikel la llamó. Aunque denunciaron su desaparición una semana más tarde, sabe que Mikel y Gonzalo desaparecieron el mismo día, por lo que, de algún modo, lo que sea que les haya ocurrido tiene que estar conectado.

—Mikel no estaba bien —sentencia Alejandro, en vista de que Amaia se ha quedado muda, decidiendo si hablarle de la llamada desesperada de su hermano o no—. Bebía demasiado, se drogaba… no sé, andaba metido en mil líos, Amaia. También se veía con Rufus y Edgar, conocidos como los camellos de Coaña que cumplen condena en prisión. A lo mejor se metió con quien no debía y tuvo que desaparecer. Sin más. Gonzalo está en Madrid, su desaparición no tiene nada que ver con lo que sea que le haya pasado a Mikel —zanja, con fingida despreocupación.

—Te importa una mierda lo que le haya pasado a mi hermano, ¿verdad? ¿Tanto me odias? Estoy convencida de que pagaste los platos rotos con él. Lo que tendrías que haber hecho es no servirle bebida. Ayudarlo a superar sus vicios. Eso es un amigo, no lo que tú has…

—Eh —la frena Alejandro, colocando su mano encima de la de Amaia, que la retira como si le hubiera dado un calambre—. Mira, esto no es Alcohólicos Anónimos, Amaia, esto es un bar. Un negocio —replica, señalando la caja.

—Un negocio. Claro. Eso era Mikel para ti. Un negocio.

—Amaia… —intenta resolver Alejandro, pero Amaia ya se ha levantado y se aleja con decisión hacia la salida, en el momento en que Jaime, Ricardo y Xoan entran formando el barullo de siempre. Se cruzan con Amaia que, de tan enfurecida como está, sale por la puerta sin dignarse a saludarlos.

—Ya la has cabreado —comenta Xoan, esbozando una risilla.

Jaime mira a Alejandro con gravedad mientras Ricardo, ausente, se acomoda en un taburete llevándose la mano a las lumbares.

—Joder, este cuerpo ya no es el que era —se queja Ricardo, sacudiéndose el polvo de los pantalones.

—¿Qué ha pasado? —se interesa Jaime, dirigiéndose a Alejandro.

—Que soy gilipollas, eso es lo que ha pasado —se frustra Alejandro, sirviendo tres botellines de cerveza y recogiendo la copa de vino que Amaia se ha dejado a medio beber.

—Ese es su paraguas, ¿no? —se percata Xoan—. Se lo ha dejado. Ya tienes una excusa para ir a hacerle una visita y hacer las paces —resuelve, divertido, guiñándole un ojo.

Capítulo 23

Coaña, Asturias
Agente Artos

La casa azul no le cae de paso, pero cada noche desde que Amaia llegó a Coaña, el agente Artos pasa por delante con la esperanza de que su tía no lo descubra escondida tras el visillo. No llamará a la puerta de Amaia, que sabe que apenas ha salido de casa porque las luces siempre están encendidas, hasta que no tenga alguna noticia que darle. Está deseando que Mikel aparezca muerto y ser él quien le dé la noticia. Se empalma con solo imaginarlo, tan nítido en su cabeza que hasta parece un momento real.

Nadie sobrevive a un golpe como el que él mismo le propinó. Nadie. Si en estos meses no han sabido nada de él, debe de estar muerto. Mikel empezó a indagar, a escarbar en un pasado que tenía que dejar tan muerto como Anne, y descubrió la verdad. Descubrir la verdad nunca trae cosas buenas, y él seguirá haciendo lo que sea para ocultarla. Aun así, ¿cómo logró escapar? ¿Dónde cojones está Mikel? Y, si sigue vivo, ¿dónde han quedado las ansias de venganza? ¿La justicia que intentó tomarse por su mano con fatales consecuencias?

¿Es que el chaval que fue no tenía derecho a equivocarse? El policía daría lo que fuera por retroceder en el tiempo. Por decirle al idiota que anida en su interior que la obsesión nunca trae nada bueno. Que si te dicen que no es que no. Que no hay que forzar nada. Que la violencia y la sangre termina llamando a más violencia y a más sangre. Mucha más.

—Así no hay quien viva, joder —murmura Artos, pagando su frustración contra el volante al que le propina un par de golpes, en el momento en que deja atrás la casa azul en la que, cuatro minutos después, va a detenerse otro coche en la furtividad de la noche.

Capítulo 24

Coaña, Asturias

María Luisa

Hay una regla básica en el arte de espiar durante la noche, esa que nos convierte en sombras escurridizas que pocos perciben, con el falso convencimiento de estar a salvo en el calor de sus hogares o en las calles aparentemente desiertas. Si el que espía ve al espiado, el espiado puede ver al que espía, salvo que el espía tenga práctica y sepa que tiene que tener todas las luces apagadas y esconderse tras las cortinas, cuanto más tupidas mejor, usando un solo ojo para ver. Por eso Antonino nunca ve a su tía, que no usa la misma táctica con quien sí quiere que la descubran fisgando, como Alejandro, que, indeciso, sale del coche con un paraguas y se dirige a la casa azul. Está a punto de llamar a la puerta, cuando María Luisa sacude la cabeza pensando todavía en su sobrino y en la costumbre que tiene últimamente de aminorar la marcha cuando pasa por delante de la casa azul. Esta calle no le cae de paso a nadie, y menos a él, que vive en la otra punta del pueblo.

—Qué animal es. Qué animal más malo, más bruto… Qué fuerte te dio en la cabeza, Mikel, qué fuerte. Pero quién me va a creer a mí, si piensan que estoy loca, si cuando ocurrió lo de Anne yo estaba en el manicomio porque aseguraba ver cosas y oír voces y predije lo que al final sucedió. Tranquilo. Tranquilo… Porque no hay paz para los malvados. Nunca encuentran la paz, los muertos no olvidan y les acosan en sueños. Pero, ya lo sabes, las personas más peligrosas son las que están llenas de miedo. Son capaces de todo… —murmura con tono lastimero, emitiendo un profundo suspiro cuando Amaia abre la puerta y, tras unos segundos de confusión, permite que Alejandro entre en su casa.

Ay, esos dos… cómo acabarán, se pregunta la parte romántica que aún, pese a la vejez y a la falta de oportunidades, queda en ella. A María Luisa le gustaría ver de cerca cómo se miran, saber qué se

dicen, qué van a hacer… bueno, hay cosas que es mejor dejarlas en la intimidad, no es necesario verlo todo. A ella le gusta controlar el exterior, la calle, el campo, de un verde intenso por estos días grises con una fina llovizna que no cesa, y de puertas para adentro, quién sabe lo que está a punto de suceder.

Capítulo 25

Coaña, Asturias
En la casa azul

Amaia acaba de cenar con desgana un sándwich de pollo. La pena no se le va. Debería subirse al coche y volver a desaparecer de Coaña. Regresar a Madrid o a cualquier otra ciudad donde nadie la conozca y pueda pasar desapercibida.

Pero Mikel… Es posible que Mikel la necesite aquí.

En el momento en que va a salir a la terraza con una copita de vino para intentar encontrar algo de paz en medio de tanta angustia, alguien llama a la puerta. Son las diez y media de la noche. ¿Quién viene a visitarla a estas horas? Mira por la ventana tal y como ha hecho esta tarde cuando Adela ha irrumpido con sus amenazas, y atisba en la oscuridad el perfil de Alejandro con la mirada fija en el felpudo.

Amaia traga saliva con fuerza, las pulsaciones se le disparan.

Después de la breve discusión que han tenido en el bar de donde ella ha salido enfurecida, ¿cómo va ahora a mirarlo a la cara?

El enfado ha pasado, solo un poco, pero sigue ahí, como una espinita clavada que, al igual que la tristeza, no desaparece. No obstante, sabe que Alejandro es quien tiene más derecho a estar enfadado que ella, pero ahora, diez años más tarde, ¿qué sentido tendría contarle por qué desapareció? ¿Cómo va a entender que esa chica de veinte años que fue, estaba tan asustada que prefirió echarlo de su vida antes que enfrentarse a algo que, en realidad, nunca existió?

Amaia inspira hondo antes de abrir la puerta. La noche es tan negra que no hay luna, los nubarrones la ocultan. Esta oscuridad proyecta sombras sobre el rostro de Alejandro que endurecen sus facciones harmoniosas, la mandíbula marcada, la nariz recta, los labios carnosos más apetecibles si cabe bajo una barba descuidada de

cuatro días que potencia su atractivo. Sus ojos de color pardo se enfrentan a los de Amaia como si fuera la primera vez que se ven.

—Pasa —dice Amaia en un bisbiseo, y Alejandro, cabizbajo, entra tendiéndole el paraguas que se ha dejado en el bar—. Me he ido tan nerviosa que ni me he dado cuenta. Gracias por traérmelo, pero no hacía falta, creo que está roto.

Le da la impresión de que las palabras se le atascan, porque sí era necesario que Alejandro viniera. Y volver a estar a solas con él. Mirarlo a los ojos y entender que nunca lo ha olvidado. Que su presencia lo era todo para ella. Todo. Quizá hasta demasiado. Que ha echado de menos sus besos, intensos y adictivos. Lograr perdonarse a sí misma por lo que hizo para, tal vez, poder seguir hacia adelante sin rencores. Sin más culpabilidad machacándole la espalda, porque ahora parece que sus problemas son una nimiedad en comparación con lo que de verdad importa, con lo que la ha traído hasta aquí: dar con el paradero de Mikel. Averiguar qué fue lo que lo destruyó hasta el punto de hacerle cometer algo malo, tan malo, que se vio obligado a desaparecer.

«Sigo aquí».

Alejandro mira a su alrededor. Cuántos recuerdos entre estas cuatro paredes, dicen sus ojos entornados. La terraza con la puerta medio abierta. Amaia iba a salir, deduce, al atisbar una copa de vino sobre la mesa.

—¿Quieres? —le pregunta Amaia, señalando la copa que Alejandro se ha quedado mirando.

—Sí, gracias.

Alejandro no se pierde ni un solo movimiento de Amaia, que va hasta la cocina y sirve una copa de vino. Está tan guapa como siempre. No, para qué engañarse, está aún más guapa. Los años se han portado bien con ella. Inconscientemente, a Alejandro se le escapa un suspiro. Amaia sale de la cocina y le da su copa de vino. Sus dedos se rozan durante una milésima de segundo, suficiente para que a ambos les atraviese una corriente eléctrica que los transporta al pasado, a las noches estrelladas que parecía que no iban a terminar nunca entre besos, caricias y abrazos que tenían el poder de hacer que el mundo se desvaneciera, porque el mundo, entonces, consistía en ellos dos. Con qué poquito se conformaban entonces. Hay sensaciones que, de tan bonitas como son, tendríamos que poder embotellarlas, e instantes que deberían congelarse para revivirlos una y otra vez.

—¿Salimos? —pregunta Amaia señalando la terraza.

Alejandro asiente con una timidez que a Amaia le recuerda al chico que le costó horrores dar el primer paso para aproximarse a ella y besarla. Es como si pudiera notar sus labios enredados en los suyos, aun cuando se mantienen a una distancia prudencial apoyados en la

barandilla de la terraza con vistas a las montañas negras, siniestras a estas horas de la noche en la que a duras penas se percibe el contorno de sus sinuosas formas.

—¿Has dejado a alguien en París?

Amaia sonríe, baja la mirada. Niega con la cabeza.

—No hay nadie. Después de ti… bueno, algunos, pero nada serio. Al mes me cansaba. ¿Y tú? —pregunta con miedo a la respuesta y un ligero temblor en la voz fruto de los nervios. Alejandro comprime los labios y también niega—. Hoy ha venido Adela. No me acuerdo de ella. ¿Puede que saliera poco de casa? No sé. El caso es que me ha pedido que no me acerque a ti. Que no vaya al bar. Que no remueva el pasado y no te haga más daño.

Alejandro esboza una risa seca y breve.

—Ni caso. Está como un cencerro.

—Está enamorada, que viene a ser lo mismo.

—Amaia… —«No he sido capaz de olvidarte, de arrancarte de mí. Y ahora, si me dejas, quiero besarte. Te quiero. Aún te quiero. Quédate conmigo y volvamos a…»—. Siento lo de antes.

—Ya… yo también. He exagerado, últimamente parezco una lunática y… y no han sido las formas correctas, perdona. Además, soy la menos indicada. Me distancié de Mikel, apenas hablábamos. Tendría que haberlo ayudado y no hice nada.

—Me sabe mal —murmura Alejandro inspirando hondo, agobiado de repente, porque el orgullo se impone y no le permite hacer ni decir lo que de veras querría. Sabe que ha llegado el momento de irse en el preciso instante en que desea extender la mano y acariciarle la mejilla —. Será mejor que me vaya, Amaia.

—Pero si aún no has probado el vino.

—Ya. Pero tengo que conducir y… —se excusa, saliendo de la terraza donde de repente le ha faltado el aire. Deja la copa de vino encima de la mesa.

—Vale. Pues ya nos veremos —se despide Amaia con un nudo en la garganta, al percatarse de la última mirada que le dedica Alejandro antes de cerrar la puerta tras él. Tiene los ojos brillantes, le escuecen por los recuerdos, por todo lo que ella, pese al tiempo transcurrido y la distancia, le hace sentir. Pero Amaia no lo sabe. Ella cree que Alejandro la detesta. Tienen tantas conversaciones pendientes, tantas verdades sin desvelar, que verlo irse así le rompe el corazón.

—Sí. Ya nos veremos por ahí —se despide él.

Alejandro sale de la casa azul ante el escrutinio secreto de María Luisa escondida tras el visillo. Hoy no quiere que Alejandro la vea. La vecina está decepcionada porque solo han transcurrido veinte minutos desde que entró. O bien no ha ocurrido nada o es eyaculador precoz. Oh. Qué decepción.

Alejandro se sube al coche y cierra de un portazo cargando su frustración contra la carrocería. Apoya la frente en el volante y sacude la cabeza repetidas veces diciéndose a sí mismo que es un imbécil, antes de arrancar y alejarse calle abajo en dirección a su casa sin alma vacía y fría. Siempre tan fría…

Capítulo 26

Coaña, Asturias

En casa de Carmen, la madre de Anne

Como si Amaia tuviera la rara sensación de que en el sótano hay *algo* esperando a ser descubierto, retrasa un día más el momento de bajar y conduce hasta la casa de Anne. Solo queda Carmen, la madre. Pascual, el padre de Anne, falleció hace poco más de un año de un cáncer de hígado que se lo llevó en dos meses. El cáncer estaba muy avanzado, se lo detectaron tarde. No había nada que hacer, salvo intentar que sufriera lo menos posible.

Carmen vive en una finca rodeada de campo alejada del pueblo, en una casa de piedra antigua con tejado de pizarra a dos aguas. Hay un sauce llorón en la entrada cuyas ramas desfallecidas parecen darle la bienvenida a Amaia con su vaivén al son del viento.

Recorre los últimos metros hasta plantarse frente a Carmen, que la espera en el quicio de la puerta y la recibe con un abrazo que la pilla por sorpresa.

—Qué mayor estás, Amaia —murmura, acariciándole el cabello y haciéndola sentir incómoda pese a pensar, al mirar los ojos tristes de Carmen, que su madre tendría ahora la misma edad que ella de no haber muerto—. Mi hija ahora sería como tú. Toda una mujer —añade, y Amaia calla que su madre también sería como ella. Carmen se separa y apoya las manos en sus hombros. Recorre el rostro de Amaia con suma concentración, fijándose en las pequeñas arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios que Anne nunca llegó a tener, suspendida eternamente en los dieciocho—. Pasa, por favor. He preparado café.

—Gracias.

La casa, tan sombría y dejada como su propietaria, huele a café y está repleta de retratos de Anne. No hay ninguna fotografía en la que aparezca Pascual, su marido, la otra ausencia de Carmen; aquí solo hay espacio para la hija perdida. En una de las fotografías enmarcadas

en una mesita al lado del sofá, Anne aparece junto a Mikel. Ese instante, Amaia lo recuerda bien, se inmortalizó unos días antes de su desaparición. Fue Amaia quien hizo la foto en As Covas da Andía, donde las jóvenes parejas fueron a pasar el día. A su lado estaba Alejandro, que se reía y animaba a Mikel a que agarrara más fuerte a Anne, como si se le fuera a escapar, y ella, que odiaba posar para las fotos, aparece con los ojos achinados y la lengua fuera.

—No saber qué le pasó a mi niña es terrible. Terrible. No hay nada más desolador que alguien a quien quieres no aparezca. Ni viva, ni… —Carmen sacude la cabeza. No puede decir la palabra «muerta», aunque ya habla de Anne en pasado. Lo suyo le costó, pero era eso o cortarse las venas de las muñecas, donde Amaia dirige una mirada disimulada al ver las cicatrices, los trazos inexactos de heridas superficiales que no condujeron a Carmen al hospital, pero sí quedaron marcadas para recordarle a diario lo cobarde que es para abandonar la vida—. ¿Se sabe algo de Mikel? —pregunta, sirviéndole a Amaia una taza de café.

—Nada. No se sabe nada.

—Dios mío. ¿Pero qué pasa aquí? ¿Acaso estamos malditos? Lo he pensado muchas veces.

—No, Carmen, las maldiciones no existen —replica Amaia con serenidad.

—Sí, Amaia, sí existen y te voy a contar algo que yo nunca he reconocido delante de nadie y tu madre, en paz esté, tampoco.

Amaia la mira interrogante, con curiosidad por la mención a su madre. Le da un sorbo al café con leche espumoso, excesivamente dulzón.

—Yo no quería hijos —declara con la voz entrecortada—. No quería tener a Anne. Me quedé embarazada por accidente. Y tu madre… tú eras su niña bonita, no quería más hijos, ella solo te quería a ti, pero se quedó embarazada de Mikel. Los nuestros fueron embarazos no deseados, accidentales, y ahora, Anne y Mikel no están. No están porque, aunque cuando nacieron los quisimos con toda nuestra alma y se convirtieron en nuestra razón de ser, cuando eran del tamaño de un garbanzo en nuestro vientre no los queríamos… No los queríamos, Amaia… Y esa ha sido nuestra maldición.

Carmen se lleva las manos a la cara y empieza a llorar. No hay consuelo, sigue destrozada, sin respuestas. El tiempo no mitiga el dolor, lo intensifica. Hay sucesos que jamás se superan, ni aunque lo intentes con todas tus fuerzas. Amaia, optando por el silencio, el mejor aliado en estas situaciones, coloca una mano en la espalda encorvada de Carmen, y, entonces, entiende por qué su madre aceptó sin dramas acompañarla a una clínica especializada en abortos.

Capítulo 27

Diez años antes

Madrid
Agosto, 2008

Fue el verano más duro para Amaia y su familia. El más confuso. Y terrorífico. A la desaparición inexplicable de Anne, se le sumó la angustia que Amaia se tragó ella sola al percatarse de que hacía dos meses que no le venía la regla. Al principio pensó que era por los nervios y la inestabilidad de esos días, por las interminables vigilias en las que, junto a Mikel y Alejandro, participó en los grupos de rescate. Medio pueblo, en solidaridad con los padres de Anne, se unió a la búsqueda para encontrarla. Y entonces, cuando habían transcurrido veinticinco días sin rastro de Anne y la policía no tenía más hilos de los que tirar tras varios interrogatorios, empezaron las habladurías. Las miradas de reojo, los cuchicheos. La desconfianza hacia Mikel, quien no tenía una coartada sólida y, pese a la falta de pruebas que lo incriminaran, la gente había visto cómo Anne y él discutían en plena verbena de San Juan. Elucubraban, pero no sabían nada. La gente habla, habla mucho, pero nunca sabe nada.

Amaia le dijo a su madre que quería irse a Madrid, que no aguantaba más en ese pueblo, que no quería volver nunca. Se lo dijo entre lágrimas y con el cuerpo encogido por los horribles pinchazos que se habían apoderado de su vientre hinchado. Últimamente no hacía más que vomitar todo cuanto ingería, dormía mal, tenía pesadillas y se levantaba por las mañanas pálida y mareada.

—Amaia, ¿desde cuándo no te viene la regla? —se preocupó su madre.

Amaia tragó saliva con fuerza y solo fue capaz de componer un gesto negativo con la cabeza. Enterró la cabeza en el pecho de su madre como cuando era pequeña y tenía miedo del monstruo que aseguraba que se escondía debajo de la cama. Un test de embarazo hecho con prisas y a escondidas confirmó lo que madre e hija ya sabían. Amaia estaba embarazada. No entendía cómo había podido

ocurrir, por qué a ella, si siempre iban con mucho cuidado. Leyó que el riesgo de embarazo usando bien el preservativo es más o menos de tres por cada cien.

—A lo mejor el preservativo se rasgó y no os disteis cuenta —trató de tranquilizarla su madre, que nunca le echó nada en cara.

Al día siguiente, Amaia y su madre se fueron a Madrid sin dar explicaciones a nadie, ni siquiera a los abuelos ni al padre, que supusieron que lo que le había ocurrido a Anne, fuera lo que fuera, las había agobiado hasta el punto de necesitar largarse del pueblo. Amaia ni siquiera se despidió de Alejandro. Él se enteró de que había vuelto a Madrid por Mikel, quien no dedicaría ni un segundo de su pensamiento a su hermana, puesto que Anne no aparecía y era lo único que le atormentaba, llevándolo a una obsesión enfermiza que arrastraría hasta el fin de sus días.

Cuando llegaron a Madrid, la madre buscó información sobre clínicas de interrupción del embarazo, que era lo que Amaia le pidió, y eligió la que mejores opiniones tenía, que era Sergine Médica, en la calle Toledo, no muy lejos de donde vivían. Llamó y concertó cita para al cabo de tres días.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —le preguntó la madre la noche anterior a la cita en la clínica. Amaia estaba tumbada en la cama en posición fetal incapaz de conciliar el sueño. Se sentía peor que nunca, aterrada por la intervención—. A mí no me desagradaría ser abuela, de verdad. Y creo que Alejandro… bueno, no pongo la mano en el fuego por nadie, pero es un buen chico y te adora. Creo que sería un buen padre y podrías seguir estudiando, te ayudaríamos en todo. También creo que Alejandro merece saberlo… Tienes veinte años, ya no eres una niña y…

La madre se calló de golpe al ver la cara desencajada de su hija, la tez pálida, los ojos vidriosos, las ojeras oscuras. Le pareció que Amaia miraba a través de ella. No había nada detrás de esa mirada. Desde que habían llegado a Madrid, Amaia no había contestado ni a una sola de las llamadas de Alejandro, confuso porque se hubiera ido sin decirle nada, sin tan siquiera despedirse. La madre se había quedado sin excusas que darle al chico y habían optado por no coger el teléfono. Ella era la que llamaba a su marido para averiguar cómo iban los avances respecto a la búsqueda de Anne. Nada, no había nada nuevo, le contaba él con voz queda, y Mikel está cada vez más hundido, más desesperado, añadía.

—Tendrías que estar aquí con Mikel. Nos necesita a los dos —le decía. El padre tampoco entendía por qué su mujer se había ido a Madrid con Amaia, por qué los habían abandonado así, de la noche a la mañana.

Fue en la sala de espera de la clínica cuando Amaia, acariciándose

el vientre de manera inconsciente, abrió los ojos y pensó en cómo sería su vida con un bebé. Imaginó su carita, su olor… incluso lo visualizó, influenciada por sus fotografías de pequeña y las que la madre de Alejandro le enseñaba de él, amontonadas en un grueso álbum de piel marrón. Las preguntas no tardaron en invadir su mente: ¿Se parecería a Alejandro o a ella? ¿De qué color tendría los ojos? ¿Y el cabello? ¿Sería diestro o zurdo? ¿Niño o niña?

Miró a su alrededor y sus ojos se entrelazaron con los de una chica de no más de quince años que también iba acompañada de su madre. Ambas, por solidaridad o empatía, se dedicaron una sonrisa triste, la más triste que Amaia había visto en sus veinte años de vida. Y entonces, apartó la mirada de la chica y miró a su madre, que hojeaba una revista del corazón para dejar la mente en blanco, consciente de que no decirle nada a su marido sobre el embarazo de Amaia que estaban a punto de interrumpir, abriría una brecha entre ellos.

—Mamá.

—Dime, cariño.

—Voy a tener el bebé. Vámonos de aquí, no quiero abortar. Cuando me sienta preparada, llamaré a Alejandro y tendremos a este niño. O niña. Vas a ser abuela, mamá.

La madre abrió los ojos con sorpresa y su sonrisa se ensanchó.

—¡Voy a ser abuela! —gritó emocionada, levantándose como un resorte ante las miradas contenidas de la adolescente y su madre, llevándose a su hija de ese lugar al que no querría haber ido nunca.

Pero la alegría duró solo tres días, suficientes para hacer mil planes, mirar ropita de bebé y accesorios, pensar en nombres.

Ocurrió en el mismo momento en que Amaia se acercó al teléfono sintiéndose preparada para hablar con Alejandro, cuando empezó a sangrar y a sentir un dolor muy intenso en el vientre, como si le estuvieran clavando cientos de agujas. Aterrorizada y sin moverse, llamó a su madre, que acudió enseguida, y al ver la sangre que empapaba las sábanas floreadas, supo que algo iba mal.

Fueron al hospital. De entre toda la palabrería técnica y sin alma que Amaia fingía escuchar desde la camilla en la que estaba tumbada con las piernas abiertas, solo retuvo tres: «No hay latido».

Lo ocurrido a lo largo de esa última semana de agosto quedaría entre Amaia y su madre. Nadie lo sabría. Jamás. El día en que el bebé murió dentro de su vientre, la Amaia que fue, la que amó con locura a Alejandro, también murió. Pensó que el alma de ese bebé, que no había llegado a alcanzar el tamaño de un limón y quienes no entendían cómo se sentía lo llamaban feto, se marchó de su interior para colarse en el vientre de una madre que sí lo había deseado desde su concepción.

Culpabilidad y dolor por haber estado a punto de deshacerse de él, llenaron a Amaia de amargura. Rompió con todo, y ese todo incluía a Alejandro y sus veranos en Coaña. Solo sobreviviría el recuerdo, y, aunque en ese momento no sabía cómo, aprendería a mantenerlo bajo control para que no irrumpiera en su día a día y así poder seguir hacia delante sin mirar atrás. Sin embargo, y aunque el primer latido que pierdes es el que más te destroza y te cambia por dentro, nunca sabes qué caminos te obligará a recorrer la vida. Anne no apareció. Murieron sus abuelos. Murieron sus padres. Desapareció Mikel.

¿Cuántos latidos perdemos a lo largo de la vida?

¿Cuántas pérdidas somos capaces de soportar?

Capítulo 28

Presente

Coaña, Asturias

El secreto del sótano de la casa azul

No ha sido buena idea visitar a Carmen. Se han despertado viejas heridas en Amaia que creía superadas, sin caer en la cuenta de que las heridas no se superan, sino que uno aprende a vivir con ellas. Empieza a entenderlo, el pasado remueve. Vuelve a sentirse indefensa, desprotegida ante los caprichos del destino.

Entra en la casa azul echando terriblemente de menos a su madre, si bien una parte de ella agradece que esté muerta, porque duda que pudiera soportar como le toca soportar a ella la desaparición de Mikel.

Está sola. Se siente sola. Más que nunca.

¿Cómo habría sido la vida si no hubiera perdido el latido de su bebé? ¿Y cómo habría sido Mikel si Anne jamás hubiera desaparecido?

El sol se ha puesto. Solo se filtra un leve destello azul por las ventanas. La hora azul, la llaman, procedente de la expresión francesa *l'heure bleue* que tanto ha oído a lo largo de estos últimos años viviendo en París, cuando la luz residual del sol adquiere una tonalidad azul eléctrico y tiñe la parte del mundo que anochece de ese color. Y es durante la hora azul en la casa azul cuando Amaia, sin posponer más el momento, baja al sótano asqueada por la cantidad de telarañas que se le pegan en el pelo en su descenso.

Atraviesa el arco, alumbra con una linterna el sótano de paredes desconchadas, negras por la humedad y el abandono. El techo con vigas vistas es de dos niveles y Amaia tiene que agacharse en el primer tramo hasta llegar al centro de la sala cuadrada. Aquí se despiertan todos y cada uno de sus sentidos. Desde el sótano, se puede oír el funcionamiento interno de la casa: el agua circulando por las tuberías, la llama de la estufa de gas, el ronroneo del extractor. A su alrededor, intuye el contorno de los trastos viejos. Baúles, cajas amontonadas,

mobiliario viejo, roto, desfasado, y una muñeca de porcelana polvorienta sentada en un catre que su abuela dejó ahí hace años porque a la niña que fue le provocaba terrores nocturnos.

Levanta la cabeza en dirección al techo y tira de la cadena para comprobar si la bombilla desnuda, que oscila como un péndulo, funciona. Una luz tenue, al principio inestable, se activa crepitando y llenándolo todo de sombras, incluida la de Amaia, que se alarga hasta la pared donde hay un conjunto de ventanas con cristales biselados por donde de día los rayos del sol se filtran dándole un brillo brumoso a la estancia.

Y es ahí, hacia esa pared, donde Amaia acude al percibir una tonalidad distinta que no tiene nada que ver con las manchas de humedad. Con la linterna aún activada, se acerca. Un escalofrío le recorre la espalda al percatarse de que hay una mancha marrón y reseca. Conduce la mano y la arrastra, acercándosela seguidamente a la nariz. No huele a nada, pero sabe que es sangre. Que, tiempo atrás, habría percibido su olor metálico. Y, además, hay dos pelos castaños incrustados que bien podrían ser de Mikel. También de Gonzalo, cuyo cabello, según su fotografía de perfil de Facebook, es más oscuro que el de su hermano, aunque es posible que la sangre lo haya aclarado.

El peor suceso retumba en la imaginación de Amaia como si de verdad hubiera ocurrido, como si lo pudiera visualizar a modo de *flashback*. Es tan solo una intuición, pero un terror profundo se instala en su pecho agitando su respiración.

Le da la espalda a la mancha, repara en un par de colillas en el suelo, signo inequívoco de que Mikel, fumador empedernido, estuvo aquí, y abre las cajas y el baúl, en busca de… ¿de qué?, se pregunta, temblorosa, pasando hojas y más hojas amarillentas con los bordes rotos de documentos antiguos de compra venta de terrenos y ganado de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, con las letras desdibujadas. También hay fotografías en blanco y negro y color sepia que no le dicen nada. No conoce a nadie, si acaso identifica a su abuela de niña acompañada de dos mujeres vestidas de negro y con delantal, que crían malvas desde hace tiempo.

Echa un vistazo debajo de la cama ignorando la mirada muerta de la muñeca de porcelana, pero no encuentra nada. Si había algo de cierta relevancia, ya no está. Si Mikel le había dejado algo, un vídeo, una carta, lo que sea, alguien se ha encargado de eliminar pruebas. O a lo mejor nada de eso ha existido y Amaia está tan paranoica que quiere ver conspiraciones donde no las ha habido nunca. La respuesta tiene que ser más simple, puede que aparezca cuando ya no la busque, como los objetos que pierdes y un día, cuando ya no piensas en ellos ni te preocupan, los encuentras, y aun así…

—Mikel… —murmura mirando a su alrededor en busca de una

señal. Las palabras le arañan la garganta y, de pronto, se siente deshidratada, con una sed urgente—. Mikel, qué hiciste… ¿Supiste qué le pasó a Anne? ¿Has tenido algo que ver con la desaparición de Gonzalo? —le pregunta a la nada desatando sus conjeturas, consciente del eco de su propia voz, mientras clava los ojos en la mancha marrón de la pared. Sangre, es sangre. No le cabe ninguna duda de que el sótano ha sido testigo de algún tipo de violencia iniciada, seguramente, por su propio hermano, de quien, muy a su pesar, empieza a sospechar. Es probable que, en esta ocasión, Mikel no sea una víctima e, internamente, le aliviaría, porque eso significa que, tarde o temprano, volverá a ella su latido. Mikel está vivo. Tiene que estarlo. No puede dejarla sola. Él no, no así, sin haberle dado tiempo a pedirle perdón.

Ya en el salón, está a punto de marcar el número de teléfono del agente Artos. Quiere preguntarle si registraron el sótano, aunque lo duda, porque habrían encontrado la sangre y no le comentó nada de eso. Pero algo la hace cambiar de opinión. Al levantar la cabeza en dirección a la ventana desde donde siempre cotillea su vecina María Luisa, ve, con la misma turbación que la otra vez, cómo el visillo se mueve sin que, visiblemente, haya nadie detrás. Porque María Luisa no está ahí. La mujer, aprovechando que hoy no llueve, está sentada en una silla de mimbre en el porche delantero, disfrutando como una niña del atardecer y de un vaso de limonada que sorbe por una cañita de color rosa fosforito.

Capítulo 29

Coaña, Asturias

María Luisa

—María Luisa —la llama Amaia acelerada, con el móvil en una mano y las llaves de la casa azul en la otra. María Luisa, sorbiendo de la cañita la limonada, levanta la cabeza y la mira como si no la conociera—. María Luisa, sé que el agente Artos le hizo preguntas después de que mi hermano desapareciera, pero ¿vio algo raro? ¿Vio a alguien? A… ¿A Gonzalo Bergeron?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Has bajado al sótano, verdad?

—¿Cómo lo sabe? —se asusta Amaia, observando a la mujer como si fuese un rompecabezas que trata de resolver.

María Luisa se echa a reír y la señala.

—Porque tienes telarañas en el pelo. Anda, maja, ve a darte una duchita, que a lo mejor esta noche tienes visita y no querrás que te vea con estas pintas —sigue riendo la mujer, ante el desconcierto de Amaia.

—María Luisa, por favor, vio algo o…

—Shhh… ¿Lo oyes?

—¿El qué?

—El silencio —murmura la mujer—. Mientras el silencio nos acompañe, no tienes nada de qué preocuparte, Amaia… Mikel sigue aquí. Está más cerca de ti de lo que crees.

—¿Cerca? ¿Dónde? —recela Amaia, alzando la voz más de lo que debería sin que la vecina, que parece saber más de lo que dice, se inmute.

—Tú no lo puedes ver, claro, pero yo sí. Sigue aquí —repite con indiferencia, volviendo a centrarse en el verde de los campos que hay enfrente mientras sigue sorbiendo de la cañita.

—Usted no estaba aquí cuando Anne desapareció —cae en la cuenta Amaia—. ¿Dónde estaba?

María Luisa se encoge de hombros y su mirada esquiva se vuelve

opaca.

—¿Dónde estaba? —insiste Amaia.

—En el infierno —zanja María Luisa entre dientes y con voz ronca, dando muestras de cuánto le molesta hoy la presencia de Amaia. Termina la limonada sorbiendo ruidosamente y se pone en pie para encerrarse en casa sin tan siquiera despedirse.

***

Media hora más tarde, María Luisa empieza a hablar frente al televisor donde emiten *Pasapalabra*, su programa favorito, el único con el que logra desconectar y acallar las voces. Hoy no tiene ganas de estar de pie mirando por la ventana. No, hoy no está de humor, y eso que ha dejado de llover. Está cansada, inquieta. Se le han hinchado las varices de las piernas, más que de costumbre, presagio de que algo malo va a ocurrir. Si por ella fuera, que el mundo llegue a su fin, que bien poco le importa.

—Hay que ver, Mikel, tu hermana es como un grano en el culo. No la recordaba yo tan apasionada, tan… tan… Vamos, que casi prefería a la Amaia que me tenía miedo y no se me acercaba, a esta que no tiene respeto ni por los muertos, carajo.

Capítulo 30

Coaña, Asturias
En el granero de los hermanos Arruza

Rufus y Edgar, los maleantes de Coaña, han salido esta mañana de prisión después de haber estado encerrados durante noventa días por sus habituales trapicheos con las drogas. Y aun así, no escarmientan. La cárcel es un buen lugar para hacer contactos, se acabaron los negocios de poca monta. El próximo desafío los conducirá a A Coruña, donde se encuentran los narcotraficantes más poderosos de toda Galicia, con quienes los hermanos siempre han deseado codearse. Ellos dos son peleles aficionados, pero de todo se aprende, especialmente de los errores, y ya llevan unos cuantos a cuestas. Sus deseos por escalar peldaños en el mundo oscuro de la droga y hacerse de oro no cesan tras años de intentos fallidos y varias entradas y salidas breves de prisión.

Estacionan el coche, un destartalado Seat de los años 90, frente a un granero que usan como almacén a las afueras de Coaña rodeado de bosques, campos de cultivo y privacidad. Todavía persiste el olor a vacas que antiguamente habitaron ese espacio cuando vivía el padre, muerto de un infarto fulminante por el que la madre de Rufus y Edgar, antes de retirarles la palabra y echarlos a patadas de casa, les culpó por los disgustos que le daban. Pero en esta ocasión, nada más abrir el portón de madera con la pintura roja descascarillada, no es el olor a vacas el que inunda sus fosas nasales, sino algo más turbio y putrefacto por el que, pese a estar acostumbrados a todo, tienen que contener una arcada.

Rufus es el primero en atisbar el cadáver putrefacto, en avanzado estado de descomposición e irreconocible, que yace sobre un montón de paja. La piel ha empezado a desprenderse y a adquirir una tonalidad verdosa que a Rufus le parece una visión asquerosa de la muerte que nadie debería ver. Alrededor del cuerpo revolotean moscas y el vientre ha sido escarbado por gusanos y otros insectos.

Debe de llevar meses pudriéndose.

Lo dejaron ahí poco después de que los hermanos ingresaran en prisión sabiendo que, salvo ellos dos, nadie entra nunca aquí. Es la

conclusión a la que llegarán los hermanos cuando sean capaces de pensar con claridad.

Edgar, detrás de Rufus, abre tanto los ojos que parece que se le vayan a salir de las órbitas.

—Hostia puta.

—Tenemos un problema —masculla Rufus, conteniendo las respiración y creyendo, por un momento, que no es real. Es por las drogas, que le han consumido las neuronas provocando que vea cosas que en realidad no existen, se dice, o está soñando, se trata de una pesadilla dantesca. Sí, eso es, es una pesadilla fruto de los nervios por la salida de prisión. Aún no ha salido de la cárcel. No, no está aquí, no hay un jodido cadáver descomponiéndose en el granero. Pero su hermano, tan impresionado como él, también lo está viendo, así que tiene que estar pasando—. Joder, joder, joder —masculla entre dientes, dando vueltas y llevándose las manos a la cabeza.

—¿Quién es? —pregunta Edgar, llevándose la mano a la boca y a la nariz abotargada que le partieron hace una semana en una pelea en el patio de la cárcel.

—¿Y yo qué cojones sé, Edgar? —se cabrea Rufus, saliendo del granero a toda prisa para despejarse y respirar aire puro—. Es repugnante, es… tiene la cara destrozada, tío, ¿has visto los sesos? ¡Se le veían los sesos, joder! Podría ser cualquiera.

Capítulo 31

Coaña, Asturias
En el bar de Alejandro

Como Amaia no quiere volver a pisar el bar de Alejandro, al menos de momento, tira de contactos para conseguir su número. Llama a Carmen, la madre de Anne, y esta, a su vez, se pone en contacto con la madre de Alejandro, que le facilita el número móvil de su hijo.

Qué manera de complicarte la vida, Amaia.

Amaia piensa entonces que le encantaría visitar a los padres de Alejandro. Siempre la trataron con mucha amabilidad, la hacían sentir una más en la familia.

Alejandro sirve tres cervezas a Jaime, Ricardo y Xoan, que hablan de la puesta en libertad de Rufus y Edgar, ignorando a Adela, en la otra punta de la barra tomándose un té verde. Como de costumbre, está absorta en su mundo, solo ella decide cuándo salir de su burbuja extraña.

—La volverán a liar —predice Jaime.

—A ver si se largan y la lían en otra parte —espeta Xoan.

—En un mes vuelven a estar en la cárcel —augura Ricardo con seguridad.

—¿Creéis que Rufus y Edgar tuvieron algo que ver con la muerte de Anne? —interviene Adela, escudriñando a los tres amigos y a Alejandro, que, desde detrás de la barra secando un vaso con un paño, se queda parado como si el tiempo y según qué instantes se pudieran congelar.

—¿Con la muerte de Anne? —reacciona Alejandro al cabo de un rato en el que Jaime, Xoan, Ricardo y él se han mirado entre ellos con extrañeza—. Anne no apareció, Adela, ¿cómo estás tan segura de que está muerta?

—A ver, diez años sin aparecer… no hace falta mucho para deducir que está muerta, ¿no? —resuelve Adela con calma, sorbiendo escandalosamente el té—. ¿Qué hacían esos dos aquella noche? ¿Vosotros lo sabéis? —insiste.

—¿Y qué hacías tú, Adela? —se le encara Ricardo—. Ya está bien

de culpar a todo dios, hostias. Que si Mikel, ahora Rufus y Edgar… —zanja, resoplando y poniendo los ojos en blanco, sin ocultar la antipatía que siente por Adela. Ha sido así desde que eran críos. Si Adela muriera mañana, en su opinión no sería una de esas personas a las que se echan de menos.

—Yo solo digo que esos dos son mala gente, lo peor que ha visto Coaña en años, y que no se les investigó como es debido.

—¿Qué te ha dado últimamente con el tema? Han pasado diez años —argumenta Xoan.

—Como si han pasado treinta, Xoan —se pone a la defensiva Adela—. ¿Y Mikel? ¿Qué esconde Mikel para desaparecer así, de la noche a la mañana? ¿Y por qué Amaia ha vuelto, si tanto ha parecido renegar del pueblo y de su hermano durante los últimos años? —sigue preguntando, desvariando para sí misma sin lograr su propósito, que no es otro que el de llamar la atención.

—A Amaia déjala tranquila —le advierte Alejandro elevando la voz—. Me he enterado de que has ido a su casa a increparla y a decirle tonterías.

—Porque no quiero que te haga daño, Alejandro. Eso es todo… —dice con tono melifluo, ignorando las risas contenidas de los idiotas que la miran como si le faltara un tornillo—. ¡¿De qué os reís?! ¡Madurad ya! Panda de inútiles… —masculla, haciendo un amago de levantarse para finalmente quedarse sentada en el taburete, cuando el móvil de Alejandro vibra encima del congelador.

—¿Sí? —contesta Alejandro ante la atenta mirada de todos, especialmente de sus amigos, que vuelven a reírse al ver cómo se sonroja. Hasta Adela adivina que quien le ha llamado es Amaia, y su cara se congestiona en una mueca amarga que, vista desde fuera, denota la malicia que corre por sus venas.

Capítulo 32

Coaña, Asturias

Mismo momento, en la casa azul

—Necesito hablar contigo, Alejandro —le pide Amaia—. No puedo con tanta carga yo sola y… y la única persona en la que confío es en ti.

Amaia oye barullo de fondo. Risas. Se tensa ante el silencio que se prolonga en la línea seguido de un suspiro profundo.

«Ahora confías en mí. Ahora», se lamenta internamente Alejandro, que querría dejar a Amaia tan atrás como ella lo dejó a él sin que hiciera nada para merecerlo.

—Vale —acepta Alejandro en voz baja, susurrante, y lamenta que haya personas como Amaia con la capacidad de romperte el corazón para luego recomponerlo con su mera presencia, haciéndote sentir alguien imprescindible—. Cuando cierre el bar voy para allá.

—Aquí te espero.

A la sangre seca en el sótano y a los dos pelos incrustados que podrían ser de Mikel, se le une su último descubrimiento: una grabadora en la que la voz de su hermano se entrelaza con otra que no reconoce, pero que supone que se trata de la de Gonzalo, grave y profunda, con un deje de amargura, miedo e irritación.

Esta segunda revelación del día, del todo inesperada, ha ocurrido cuando Amaia ha subido al dormitorio que compartía con su hermano. La tabla de madera con la que tropezó la tarde en la que llegó, cayendo de bruces en la cama de Mikel, se ha partido en dos crujiendo estrepitosamente y dejando al descubierto una grabadora antigua, de esas reliquias que funcionan con casetes y que había pertenecido a su padre. No estaba muy sucia, cubierta por una capa de polvo como cabría esperar, por lo que Amaia ha deducido que no debe de llevar mucho tiempo ahí escondida. Con el corazón en la garganta y el convencimiento de que daría con algo importante que poder presentarle al agente Artos, Amaia se ha agachado y ha cogido la

grabadora. Le ha dado al PLAY, rebobinando y avanzando varias veces, pero no ha tardado en comprender que, o bien la grabación se inició a media conversación, o alguien se ha encargado de borrar una parte, lo cual tendría sentido por el ruido blanco que se oye al principio y al final.

Capítulo 33

Tres meses antes

Coaña, Asturias

9 de marzo de 2018

Desde el momento en que Gonzalo recibió la llamada de Mikel, sabía que estaba perdido. Lo había descubierto. O casi. ¿Cómo? No tenía ni idea. Pensaba que Antonino, desde su posición de Policía Local en Coaña, lo tenía todo controlado; sin embargo, hacía tiempo que Gonzalo había aprendido que el ser humano no tiene el control sobre absolutamente nada, aun cuando necesita creer que sí para mantenerse cuerdo.

No había un solo día desde aquella madrugada de la noche de San Juan de hacía diez años, que el arrepentimiento no viniera a visitar a Gonzalo. El rostro de Anne se le presentaba en sueños difuso y monstruoso. Sus ojos grises, esos por los que Gonzalo había suspirado tanto en la adolescencia, se volvían rojos de ira haciéndole sentir dentro de su incontrolable mundo onírico, en el mismo infierno que ella vivió.

Él no era un mal chico. No se había convertido en un mal hombre. Eso creía, que no había un ápice de maldad en él, hasta que aquella noche se le fue de las manos y el deseo lo convirtió en el mismísimo diablo.

Desde entonces, Gonzalo cree en la posibilidad de que energías oscuras se apoderan de tu ser y que un lugar como los yacimientos Castro de Coaña, con ese halo magnético que todo lo envuelve, es un lugar propicio a que suceda algo malo.

Nada más colgar la llamada, dispuesto a conducir hasta el pueblo y verse con Mikel en la casa azul, pensó que merecía saber la verdad pese a haber verdades que, a según qué personas, les conviene mantener enterradas. Él era el primer interesado en que jamás se supiera lo que había ocurrido, pero tal vez había llegado el momento de pagar por lo que hizo, después de diez años de silencio, amargura y

remordimiento.

El crimen no había prescrito, por lo que Gonzalo ya se veía entre rejas compartiendo celda con matones que lo violarían en las duchas metiéndole un jabón por el ano, si es que esas leyendas son ciertas, desangrándose por apuñalamiento con un punzón hecho con prisas en el patio, o humillado en el comedor con comida pastosa en bandejas de plástico que no engullirían ni los perros. Su aspecto no era el de alguien que termina cumpliendo condena, y, de ser así, no duraría ni veinticuatro horas entre rejas. Él era un respetable banquero con amigos médicos, abogados, psicólogos, arquitectos… y que, como a todos los madrileños, le gustaba conducir hasta las playas de Valencia, alquilar un yate, tostarse al sol, alojarse en los mejores hoteles y comer paella en las terrazas de los chiringuitos ubicados en el paseo marítimo, donde la brisa marina te acaricia la piel y los rayos del sol te dan de frente en la cara.

La vida iba bien, hasta que Mikel lo encontró y los recuerdos se avivaron. Tendría que haberle hecho caso a Antonino. Jamás debió abrirse una red social con la estúpida idea de presumir de estilo de vida.

Antes de salir de casa, un adosado en el barrio de Salamanca, Gonzalo abrió el armario empotrado de su dormitorio. Apartó la tabla que ocultaba un doble fondo y pulsó el código que abría la caja fuerte. En ella guardaba dinero en efectivo, documentos importantes y… la tarjeta de memoria de la primera cámara de vídeo que tuvo. Esa tarjeta que llevaba diez años acumulando polvo y cuyo contenido solo se había atrevido a ver una vez, ahora podría ser su seguro de vida.

Mikel no era el único al que le gustaba inmortalizar momentos detrás del objetivo de una cámara.

Gonzalo condujo las seis horas que lo separaban de Coaña sin decir nada a nadie, ni siquiera a su madre, con quien estaba muy unido, tanto, que ninguna mujer parecía ser lo suficientemente buena para él. Pensaba regresar a Madrid, claro. Esposado, seguramente. Aunque, si caía él, caerían todos; Gonzalo ya les había amenazado más de una vez. No sería el único idiota que pagaría los platos rotos de los demás, de eso ni hablar, porque, por sí solo, jamás habría hecho lo que hizo. Ellos tuvieron la culpa de que el diablo se apoderara de él y le destrozara la vida. Vivir con la culpa no es vivir plenamente. Ellos, ellos fueron los que lo arrastraron a hacer lo que hizo.

Al fin, Gonzalo llegó a Coaña. Por petición de Mikel, dejó el coche aparcado lejos de la casa azul, en un descampado.

—Ni se te ocurra aparcar delante de casa —le había advertido, y el tono amenazante de Mikel casi provoca que diera media vuelta de regreso a la capital.

Pero sería inútil. Mikel volvería a encontrarlo. Gonzalo percibió

que Mikel no solo quería saber qué le ocurrió a Anne o dónde dejaron su cuerpo ultrajado y destrozado. También tenía sed de venganza. Y Gonzalo no quería más muertes. Por eso, no quería que Antonino ni nadie se enterara de que regresaba a Coaña para redimirse y confesar la verdad. Una verdad que, tal vez, a Mikel no le gustaría oír, porque, detrás de lo que le ocurrió a Anne, había algo más. Algo que, Gonzalo estaba convencido de ello, solo sabía él.

Gonzalo recorrió a pie el kilómetro y medio que lo separaba de la casa azul sintiendo que no había pasado el tiempo. Que en cualquier momento iba verse a sí mismo haciendo botellón con sus amigos con la espalda recostada en los muros de piedra que flanqueaban los senderos de tierra de donde sobresalían moras silvestres que engullían como golosinas, jugando al futbolín en el bar de los padres de Alejandro o saliendo a pasear en bicicleta con los veraneantes que se unían a los del pueblo. Ojalá poder regresar al pasado, a una vida sencilla sin más problemas que los típicos de la juventud y los amores no correspondidos, sin remordimientos de conciencia ni actos terribles para los que, una vez cometidos, no hay vuelta atrás.

Con el corazón latiéndole a mil, Gonzalo llamó a la puerta de la casa azul desvaída por el paso del tiempo. Atrás había quedado el azul intenso de la fachada que lucía años atrás, cuando los abuelos de Mikel vivían.

Mikel no tardó en abrir. Le estaba esperando. A Gonzalo le costó reconocerlo, parecía que le habían caído veinte años encima. Había adelgazado mucho desde la última vez que se vieron, en una de esas eternas noches en las que, linterna en mano, buscaban a Anne por los bosques junto al resto de vecinos de Coaña, y unas profundas ojeras oscuras bajo sus ojos, tan inyectados en sangre que la esclerótica había dejado de ser blanca, indicaban que llevaba días sin dormir. Apestaba a alcohol, a sudor y a algo más. Puede que marihuana. A duras penas sostenía un cigarrillo entre los dedos manchados de nicotina. Lo primero que el banquero pensó, pese a estar fuera de lugar, fue que, si Anne siguiera con vida, jamás se habría fijado en un tipo como Mikel. A lo mejor, ahora, él se habría llevado a la chica, como si esta no fuera más que un trofeo para lucir delante de los amigos.

—Gonzalo —empezó a hablar Mikel con voz ronca. Daba la impresión de que al hablar se le estuvieran desgarrando las cuerdas vocales—. Pasa. Cierra la puerta.

Gonzalo, por si las moscas, dejó la puerta entreabierta, sin sospechar que estaba cometiendo el peor de los errores.

El interior de la casa azul desprendía un tufillo insoportable a rancio. No fue el desorden ni la suciedad lo que impactó a Gonzalo, sino el olor, que se coló por sus delicadas fosas nasales, provocándole una arcada que contuvo llevándose la mano a la nariz.

—¿Cerveza, *whisky*…? Tengo de todo.

—No quiero nada, gracias.

—Bien. Vamos al sótano a hablar.

Gonzalo desconfió. ¿Al sótano? ¿Para qué quería Mikel bajar al sótano?

—Podemos quedarnos aquí —propuso Gonzalo, señalando los dos sillones.

—No. Aquí nos pueden oír —deliró Mikel—. En el sótano no nos verá nadie.

—¿Quién nos va a oír aquí? —se resistía Gonzalo. ¿Mikel iba fumado? ¿Drogado, tal vez?

—Va, Gonzalo, no te hagas el tonto. Tú también estás metido en el ajo. Todos estáis metidos en algo muy gordo, me lo ha dicho Anne. En sueños. Ella viene a verme en sueños y os señaló. Ella os señaló —siguió desvariando, dándose golpecitos en la sien con el dedo índice—. Sabes que van a por mí, que han puesto micrófonos por toda la casa menos en el sótano. Ahí no se atreve a bajar nadie. Está maldito.

—Mikel, no…

—Me lo debes —sentenció Mikel sin darle otra opción.

Gonzalo inspiró hondo, agachó la cabeza y lo siguió. Mikel avanzaba en dirección al sótano encorvado y tambaleante, al tiempo que Gonzalo, echando un vistazo rápido a sus pantalones raídos, por si de la cinturilla o de los bolsillos traseros sobresalía un arma, pensó que no tenía nada que hacer contra él. Mikel iba borracho y drogado, con un solo golpe podría tumbarlo. No le ocurriría nada. No había nada que temer.

Afortunadamente, el sótano no olía tan mal pese a su aspecto lúgubre. Mikel encendió la bombilla pelada del techo y el espacio se llenó de sombras. Tiró el cigarrillo al suelo, lo aplastó y se encendió otro. Tras dar un calada honda, miró desafiante a Gonzalo, en alerta cuando Mikel se llevó la mano al bolsillo. Pero, en lugar de una navaja o una pistola, armas mortales que la imaginación de Gonzalo había fabricado, Mikel extrajo una inofensiva grabadora, que alzó arqueando las cejas.

—Me lo debes —repitió. Gonzalo, dispuesto a confesar, a redimirse de la culpa que lo asfixiaba como si una culebra le retorciera el pescuezo, asintió con resignación. Mikel puso en marcha la grabadora y empezó a hablar—: Parecías tan inocente, Gonzalo. Nos engañaste a todos con tu cara de niño bueno. Te uniste al grupo de rescate para encontrar a Anne, aun sabiendo dónde estaba, qué le había pasado. Es algo más normal de lo que la gente cree. Los asesinos acuden a los entierros de sus víctimas. Hablan con los periodistas. Salen en televisión. Incluso lloran. Se lamentan. Putos mentirosos compulsivos. Psicópatas que no merecen vivir. Se unen a los vecinos y se pasan la

puta noche buscando… ¿buscando qué? ¿Cómo se puede buscar a alguien si ya sabes dónde se encuentra? ¿Cómo se puede fingir tan bien? Y no lo supe ver. No lo supe ver. Yo… yo quiero saber dónde está —se rompió Mikel, emitiendo un sollozo que más que humano parecía animal—. Quiero saber dónde está… qué pasó aquella… qué pasó… por qué ella… por qué —se derrumbó. Apenas era capaz de vocalizar.

—Mikel, siento ser yo quien te lo diga, pero tú no conocías a Anne como la conocíamos nosotros. Tú solo venías en verano, nosotros estábamos con ella durante todo el año y no era buena. No era buena… Anne era pura maldad. Se metía con todos. Se reía de todos. Si supieras lo que te hizo… la de cuernos que llevabas a cuestas, Mikel… Era una…

—¡No digas esa palabra! ¡No la digas! —se le encaró Mikel, amenazante, avanzando un par de pasos en dirección a Gonzalo y señalándolo con el dedo—. ¿Eso os dio derecho a hacerle lo que le hicisteis? Dónde está…

—Si hubieras estado con ella nada de esto…

—¡No me vengas con mierdas, Gonzalo!

Gonzalo, quien entendió que, por muchos kilómetros que pongas de por medio es imposible huir del pasado, quería preguntarle cómo había llegado a la conclusión de que él también estaba implicado en la desaparición de Anne.

¿Lo había puesto a prueba por ser el más débil de todos y le había salido bien la jugada?

¿Había alguien más que sabía lo que le hicieron aquella noche a Anne? ¿Pero por qué ahora? ¿Por qué después de diez años?

No le dio tiempo a averiguarlo. Arriba se oyó un ruido. Instintivamente, Gonzalo y Mikel levantaron la cabeza en dirección al techo, atentos a los pasos inquietantemente lentos que recorrían el salón.

Mikel, sin quitar ojo a Gonzalo, apagó la grabadora para que esta no captase ningún sonido de lo que la voz en la cabeza le dictaba que hiciera.

Matarlo.

Mikel quería matar a Gonzalo, estrangularlo con sus propias manos y vengar a Anne, a pesar de no haberle sonsacado dónde la habían enterrado. Primero caería él. Después, el resto. Por su parte, Gonzalo, mientras los pasos se escuchaban cada vez más cerca, se llevó la mano al bolsillo trasero de los tejanos, sacó una tarjeta de memoria, y se la tendió a Mikel.

—Ten —le dijo con urgencia—. Esconde la tarjeta. Escóndela. Aquí está todo. Se grabó todo… Nadie sabe que esto existe. Nadie lo sabe, Mikel… Ahí tienes la verdad de lo que le pasó a Anne, nosotros no...

Mikel, perplejo, guardó la tarjeta en el bolsillo de su pantalón e interrumpió a Gonzalo.

—¿A quién le has dicho que venías aquí? ¡¿Es que no has cerrado la puerta, joder?! —inquirió Mikel.

—A nadie, no se lo he dicho a nadie. Te lo juro —contestó Gonzalo, acobardado y con voz temblorosa, apartando la mirada de Mikel para enfocarla en la figura aún sin rostro situada tras el arco por el que se accedía al sótano.

Capítulo 34

Presente

Coaña, Asturias

En la casa azul

Después de escuchar la breve grabación, con casi tanto silencio como palabras acusadoras, Alejandro, inquieto, mira interrogante a Amaia.

—¿Y esto es todo? ¿No hay más? —Amaia niega torciendo el gesto. Le da un sorbo a la copa de vino, aparta la mirada de Alejandro y la fija en el cielo estrellado—. Lo que dice Gonzalo no tiene mucho sentido. Vale que yo no estuviera pendiente de la vida de nadie, pero si Anne le era infiel a Mikel, yo se lo habría dicho. Era… —recapitula, se muerde el labio inferior y prosigue, negándose a hablar de él en pasado—: es mi amigo. Le habría advertido de lo que pasaba en el pueblo en su ausencia para que decidiera si seguir con ella o no. Y eso de que era pura maldad… joder, no sé. Se reía de Adela, sí, pero todos se ríen de Adela, incluso ahora, y ya no tenemos quince años... Y de los chicos pasaba, no vi nunca que se metiera con ellos…

¿Por qué mientes, Alejandro?

—De todas formas, eso no da pie a que Gonzalo...

Alejandro sacude la cabeza. No puede ser, algo no cuadra, le suena muy loco. Gonzalo siempre fue un buen chico, el más tranquilo y pacífico de todos, pero, claro, nadie lleva un cartel pegado en la frente advirtiendo que es un asesino y hasta el que parece más inocente puede mentir. Un psicópata no tiene cara de psicópata ni se comporta como tal en público.

—No me entra en la cabeza que Gonzalo la matara y la enterrara o la escondiera vete a saber dónde, por lo visto muy bien, porque en diez años no se ha descubierto nada —zanja Alejandro con voz queda.

—Mikel habla en plural. Le dijo a Gonzalo: «Eso os dio derecho a hacerle lo que le hicisteis…». Gonzalo no es el único asesino de Anne, hay más, seguramente los ves a diario, Alejandro. «Voy a hacer algo malo, muy malo», me dijo mi hermano —murmura Amaia, quien,

antes de permitir que Alejandro escuchara la grabación, le ha hablado de la última llamada de Mikel y de la desaparición de Gonzalo, noticia que no ha trascendido en Coaña, y ahora tiene un debate interno sobre si presentar todas estas pruebas al agente Artos, guardarlas, o eliminarlas definitivamente para seguir protegiendo a su hermano—. ¿Qué pasó cuando apagó la grabadora? ¿Por qué no hay más? Alejandro, ¿crees que mi hermano fue capaz de matar a Gonzalo cuando reconoció el crimen?

Alejandro clava sus ojos en los de Amaia y aún puede ver a aquella chica de veinte años asustada por la desaparición de la novia de su hermano. Trata de ponerse en la piel de Mikel. Si en lugar de Anne hubiera sido Amaia, a él no le habría temblado el pulso a la hora de matar al culpable. Hay quien tiene un sentido de la justicia equivalente al que comete el mal, algo que, tal vez, no ocurriría si las leyes fueran más duras, rápidas y, valga la redundancia, más justas.

—Sí. Sí lo creo —contesta al fin, y Amaia se echa a llorar, al tiempo que a Alejandro le rompe por dentro verla así.

Titubeante, Alejandro pasa un brazo por la espalda de Amaia. Está temblando. La arrima a su pecho y ella, estremecida por el íntimo contacto que la devuelve a un pasado más tierno que el presente incierto, le revela algo que nadie sabía hasta hoy:

—Creo… creo que fui la última persona que vio con vida a Anne —dice Amaia.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de que aquella noche te dije que tenía frío, que iba a acercarme a casa a buscar una chaqueta? —Alejandro asiente, aunque no lo recuerda, porque donde iba uno siempre iba el otro y a él le extraña que no la acompañara. Ha pasado tanto tiempo, que es normal confundir fechas, noches…—. Vi a Anne. Hablé con ella. Nunca se lo dije a nadie, ni siquiera a Mikel. No me atreví y tenía otras cosas… —Amaia inspira hondo. No, para esa íntima revelación todavía no está preparada—. Tenía otras cosas en la cabeza. Y luego… luego nada. Podría haberla acompañado hasta su casa. Pero, entonces, podría haberme pasado a mí. Podría haberle pasado a cualquiera, a no ser que tuvieran a Anne en el punto de mira y solo la quisieran a ella. El miedo a que algo así ocurra, ahora que intuimos por la grabación que Gonzalo fue uno de sus verdugos, no desaparece nunca. Porque ocurre a diario, en todas partes, por culpa de descerebrados que se creen con derecho a todo. Le pasó a Anne y estoy segura de que, además de aquellos chicos de Villacondide que conducían borrachos y drogados, yo fui la última persona que la vio con vida. ¿Cómo te perdonas algo así? ¿El hecho de pensar que podrías haber evitado una tragedia y no hiciste nada? ¿Cómo podía saber yo que esa sería la última vez que la vería?

Capítulo 35

Diez años antes

Coaña, Asturias
La noche de San Juan de 2008

Amaia aún era capaz de fingir que no tenía preocupaciones de ningún tipo. La ignorancia también da la felicidad, cuando no piensas que la vida puede cambiar en un solo segundo mostrando su peor cara. Ante Amaia, se presentaba un verano más junto a Alejandro. Uno de esos veranos idílicos en los que la fiesta, la diversión y la tan ansiada intimidad entre ambos parecían no tener fin, hasta la temida llegada del mes de septiembre con su correspondiente bofetada de realidad.

Todo empezaba con la verbena de la noche de San Juan. Amenizaba la fiesta una orquesta en un descampado cedido por el Ayuntamiento y, en el centro, una fogata por la que los más atrevidos saltaban, provocando risas histéricas entre la multitud.

Amaia y Alejandro, abrazados como si fueran lapas, como si no concibieran la vida sin poder tocarse, lo observaban todo desde la distancia. Él iba un poco pasado, se había excedido con los cubatas, mezcla de ron con Coca-Cola que Xoan, Ricardo y Jaime guardaban en el maletero de un coche. Emborracharse así era más barato que acercarse a la barra del bar móvil.

En un momento de la fiesta, cuando el reloj marcaba la medianoche, Amaia se percató de que algo iba mal entre su hermano y Anne. Hablaban en voz baja, susurrante, no se les oía, pero sus gestos eran violentos. Amaia conocía el fuerte temperamento de su hermano, su impulsividad, su mala costumbre de soltar por la boca palabras hirientes.

Anne se largó. Cabizbaja y llorando.

Mikel se quedó en la fiesta con la mirada clavada en el fuego, como si en cualquier momento fuera a atravesarlo.

Amaia se acercó a su hermano.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le has dicho para que se vaya así de

cabreada?

—No lo quieras saber, Amaia.

—¿El qué?

Mikel miró a su hermana y fue como si ella pudiera ver a través de él. En esa mirada de ojos acuosos por el alcohol y los dos porros que Mikel se había fumado, fue como si Amaia le hubiera leído el pensamiento.

—No puede ser.

—Sí, Amaia. Sí…

—¿Estás seguro?

—Sí.

Parecían hablar en código. Los hermanos se entendían. Amaia inspiró hondo, llena de rabia, fue hacia Alejandro y le dio un beso en los labios. Él, mirándola desde la embriaguez, pensó en la buena suerte que tenía. Estaba con la chica más guapa de la fiesta.

—Empiezo a tener un poco de frío, voy a casa a por una chaqueta y ahora vuelvo —le dijo Amaia al oído.

—Acércate a la hoguera.

—El fuego me da miedo, ya lo sabes —murmuró Amaia, mirando a su hermano, perdido en alguna parte, solo entre la multitud.

—¿Te acompaño?

—No, no hace falta, está aquí al lado. Ahora vengo.

Amaia salió corriendo con la esperanza de encontrar a Anne por el camino. Sí, tenía frío. Pero su intención era hablar con Anne. Si es que las palabras no se le atragantaban en la garganta.

Amaia encontró a Anne a pocos metros de su casa, la casa azul, con todas las luces apagadas. Sus abuelos ya dormían pese al alboroto de la verbena sonando a lo lejos, y sus padres habían salido a cenar con unos amigos y llegarían tarde.

—¡Anne! —la llamó para que se detuviera. Pero Anne no se detuvo —. Anne, espera —insistió hasta alcanzarla. Anne no quería que Amaia la viera llorar—. ¿Qué ha pasado?

—Se acabó, Amaia. Tu hermano es… algo no va bien.

—Pero si hace dos días se os veía genial.

—Mikel y yo no somos como Alejandro y tú, Amaia. No somos almas gemelas, no estamos hechos el uno para el otro. Yo no tengo la necesidad de estar las veinticuatro horas con él, empieza a agobiarme, ¿entiendes?

—¿Te gusta alguien? Hay alguien que…

—Amaia, déjame, tú no entiendes nada. No tienes ni puta idea de cómo es el pueblo cuando se acaba el verano y nos quedamos los de siempre. Es una mierda. Y tu hermano no está bien, deberíais llevarlo a un psicólogo.

Anne suspiró, se deshizo de las lágrimas, pero de sus ojos brotaban

más y más… no podía parar de llorar, mientras Amaia la contemplaba sin emoción.

—Bueno, me voy —dijo Anne—. Tengo ganas de llegar a casa.

—¿Estarás bien? —se preocupó Amaia.

—Claro. Claro, sí, no te preocupes.

Amaia la abrazó. Ahora, la que quería echarse a llorar era ella. Anne, tensa, dejó los brazos a ambos lados de su cuerpo sin corresponder al cariñoso abrazo de su amiga. Unos metros más adelante, alumbrada por las escasas farolas del camino, Anne atisbó a Adela, a quien Amaia no conocía. Era la chica rara del pueblo, la que no caía bien ni se relacionaba con nadie. Aseguraban que le faltaba un tornillo, que le faltó oxígeno al nacer, algo que Anne se había encargado de destapar para pagar su frustración contra alguien. Adela apenas salía de casa, especialmente en verano, cuando el pueblo se llenaba de vida. Decía que no le gustaba la gente, pero, en realidad, a la gente no le gustaba Adela, y ella lo sabía.

—Mira, por ahí va la imbécil de Adela —espetó Anne en un arranque de ira que no había mostrado nunca delante de Amaia.

—¿Quién?

—Bah, nadie, una loca —contestó Anne con desprecio—. Pero al menos me hará compañía en lo que me queda de camino hasta llegar a casa.

—Vale, descansa. Mañana lo verás todo con más claridad.

Fue lo último que Amaia le dijo a Anne, sin sospechar todavía que no habría un mañana. Que para Anne no volvería a salir el sol. Y que faltaban escasas horas para que saltara la alarma de que Anne no había regresado a casa. Empezó la búsqueda. El verano, la época más esperada del año, se volvió fría y sombría. Todo llegó a su fin antes de tiempo.

Capítulo 36

Presente

Coaña, Asturias

En la casa azul

—Le estuve dando muchas vueltas a esa conversación que, poco a poco, la vida y sus obligaciones fueron disipando. Sé que mi hermano podía ser violento a veces… abusaba de las drogas del alcohol y comprendo que Anne se cansara. Secretamente, me dio por pensar que había sido él quien le había hecho algo a Anne. Quería decirles que buscaran en los yacimientos, que igual ahí podrían dar con ella, que mi hermano tenía obsesión con ese lugar, pero es sagrado, así que a nadie se le ocurriría enterrar un cuerpo ahí, ¿no? Lo visitan cientos de personas al año, sería arriesgado, una locura.

—Y dices que Anne te dijo que Adela andaba por ahí.

—Sí. Doy por sentado que es la misma mujer que vino a casa a insultarme.

—No hay ninguna otra Adela en el pueblo —comenta Alejandro extrañado. Sus recuerdos sobre aquella época reviven y la imagen de Anne metiéndose con Adela y riéndose de ella en público por algo tan banal como sus atributos físicos, le hace dudar—. ¿Y Anne se fue con ella?

—Eso dijo Anne.

—Pero Adela apenas salía de casa. ¿Qué hacía a esas horas por ahí?

Amaia, indiferente a ese nombre, a esa mujer desagradable con lengua viperina pero de apariencia endeble, se encoge de hombros.

—¿Crees que es importante? ¿Que Adela sabe algo?

—Joder, claro —cae en la cuenta Alejandro—. Tú no fuiste la última persona que vio a Anne con vida y no puedes seguir culpándote por eso ni por no haberlo dicho. No creo que tenga importancia, de verdad, pero si Adela andaba por ahí, fue ella.

—Entonces, crees que Adela…

—No, no, me refiero a que Adela fue la última persona que vio a Anne y no lo dijo. No creo que Adela le hiciera nada. Vamos, imposible —niega tajante Alejandro—. Pero lo que me extraña es que Anne dijera que se iba a casa con ella. A no ser que no quisiera continuar hablando contigo y fuera una manera de escabullirse. No se llevaban bien. Anne era bastante cruel con Adela por ser como… bueno, ya sabes, por ser como es.

—No me hizo falta mucho para hacerme una idea, pero Anne no era cruel. No lo era en verano, cuando estaba con Mikel… siempre fue muy agradable con nosotros.

—Anne tenía una doble cara. Lo que Gonzalo le dijo a Mikel, que en realidad no conocía a Anne, es verdad —dice Alejandro señalando la grabadora—. Esto cada vez me huele más raro, Amaia.

—Yo tengo una opresión en el pecho que no me deja respirar, Alejandro —confiesa en un murmullo—. Porque mi hermano… no sé si está vivo, si está muerto, si se cargó a Gonzalo, si se le ha ido la cabeza del todo, o si…

—Intento recordar algo de aquella noche, aunque es difícil. Iba bastante borracho —le interrumpe Alejandro con voz grave—. Mikel se quedó un rato en la fiesta después de que Anne se largara. No lo recuerdo hablando con nadie. Y luego se largó a casa. Pero no estoy seguro.

—Sí… creo recordar que, cuando volví al descampado, Mikel seguía ahí. Luego tú y yo nos fuimos… Y al llegar a casa y entrar en la habitación, él ya estaba dormido. Había un bulto en la cama, yo qué sé, no sería la primera vez que colocaba una almohada para que pensaran que estaba ahí. Pero a saber qué hora era, ha pasado mucho tiempo... No me acuerdo.

—Bueno, tú y yo solíamos quedarnos hasta tarde por ahí, sí —evoca Alejandro con una media sonrisa que desarma a Amaia y provoca que, por un momento, el pasado que los une se imponga a la turbación de los últimos acontecimientos, a la oscuridad que ha envuelto su conversación, que dura ya dos horas. Por eso, sin pensar, como por inercia, Amaia levanta la mano y la conduce a la mejilla rasposa de Alejandro, que inclina un poco la cabeza para sentir con más intensidad su contacto. Inspira hondo, se muere por besarla, pero…—. No creo que sea el mejor momento para… Ya sabes.

—Contigo siempre lo es, Alejandro. Eso no ha cambiado. Y nunca cambiará. Seguimos siendo tú y yo —le dice, susurrante, cerca, cada vez más cerca, tanto que sus alientos se entremezclan y la suave brisa les acaricia al mismo tiempo—. Nunca te he olvidado. Nunca te he dejado de querer —confiesa entre lágrimas, notando las manos de Alejandro en la nuca para atraerla hacia él, hasta que sus labios se rozan y, tras reconocerse de hace años, de otras vidas, se funden

desatando una pasión que tenían reprimida hasta hoy. Hasta ahora. Que todo parece cobrar sentido aunque no lo tenga.

Las palabras ahora sobran. Alejandro y Amaia se funden en esta noche en la que las estrellas deben de vernos tan diminutos como nosotros a ellas. No somos nada para este universo infinito; sin embargo, Alejandro y Amaia lo son todo el uno para el otro, todo lo que importa, siempre ha sido así y con eso debería bastar.

Amaia es quien toma la iniciativa después de tantos años deseando un momento como este. Sin poder despegar sus labios de los de Alejandro y sin poder dejar de tocarse y acariciarse, suben de la mano hasta la planta de arriba. Ahí, en mitad del pasillo, es cuando una duda la acecha. ¿Dónde deberían hacerlo? Porque va a pasar. El anhelo siempre nos precipita. Finalmente, Amaia abre la puerta que conduce a la habitación donde dormía con su hermano cuando los veranos eran normales y felices y la casa azul estaba rebosante de vida. Pero ahí donde tendría que haber un vacío, está Mikel, de brazos cruzados, y la mira fijamente con una ceja levantada y una sonrisa burlona. Amaia se sobresalta y grita, asustando a Alejandro.

—¿Qué pasa?

Amaia, sintiendo el corazón en las sienes, mira a Alejandro con los ojos muy abiertos dejando entrever el terror que la atenaza, y, seguidamente, vuelve a mirar hacia la cama donde hasta hace escasos segundos habría jurado que estaba Mikel.

Pero su hermano no está. Nunca ha estado ahí.

Su imaginación le ha jugado una mala pasada, o tal vez haya sido el vino, que se le ha subido a la cabeza. No obstante, la excitación del momento se apaga y Alejandro se muerde las ganas pero se muestra comprensivo.

—Amaia, demasiadas cosas en muy poco tiempo. Tenemos la cabeza hecha un lío. Será mejor que me vaya.

—No. No, por favor, quédate conmigo. Quédate esta noche. No puedo estar sola… no puedo quedarme aquí sola, entre tantos fantasmas.

Capítulo 37

Coaña, Asturias

En el granero de los hermanos Arruza

Cuando Rufus llama al agente Artos, este ya conoce el motivo. Lleva semanas preparándose para este momento. Hace un esfuerzo por contener la risa ante el tartamudeo del maleante, que no atina con las palabras. Verás lo bien que se lo pasa haciéndoles creer que sospecha de ellos. El abuso de poder que puede ejercer contra esos peleles le pone cachondo.

—Antonino, soy Rufus. Es… es urgente.

—Para ti soy el agente Artos, que no se te olvide. ¿Qué pasa?

—Un ca-ca-cadáver. Hay un…

—¿Un cadáver? ¿Dónde? Tranquilízate, que así no hay quien te entienda.

—Va-va-vale… mi hermano. Y yo. Estamos. Estamos aquí. Estábamos en la cárcel, nos encerraron allí un porrón de días por unas historias en Vigo, y hemos llegado a-a-aquí, donde mi padre tenía las vacas, ¿sabes? Pues sí, aquí. Y hay un… hay un jodido cadáver.

—¡Y huele que da asco! —interviene Edgar a gritos, para que el policía lo oiga al otro lado de la línea.

Tras emitir un resoplido, el agente Artos espeta, con toda la tranquilidad de la que es capaz:

—Voy para allá. No toquéis nada.

Antes, por supuesto, el ritual de siempre. Es demasiado orgulloso como para verlo, pero es solo un mandado, un títere en manos de quién mueve los hilos en las sombras. Extrae la llave escondida en el fondo del lapicero. Abre el tercer cajón y saca el móvil desechable, sin sospechar que en poco tiempo pasará de estas formalidades. Hoy tarda más en cogerle el teléfono, ¿qué estará haciendo?

—Qué.

—Han encontrado el cuerpo.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Capítulo 38

Coaña, Asturias

Agente Artos

Artos estaciona el coche de servicio detrás del de los hermanos Arruza, que han perdido peso durante su estancia en prisión. La confusión, el tartamudeo y el asco no han desaparecido de sus caras feas, desencajadas por la visión del cadáver encima del montón de paja. Parece que el brazo derecho, lo primero que se ve, esté a punto de descolgarse del cuerpo. Es una visión terrible, incluso para Artos, que ha visto de todo y nada bueno.

—A ver, ¿qué tenemos aquí? —pregunta el policía nada más salir del coche.

—Pa-pasa… y… y mira… —balbucea Rufus, aunque el agente Artos diría que es Edgar. No hay manera de distinguir a los hermanos, si hasta hablan y se mueven con la misma torpeza.

Los pasos decididos con los que el agente Artos entra en el granero se vuelven erráticos cuando el olor fétido de la muerte atraviesa sus fosas nasales. Un olor así quedará impregnado en el lugar durante mucho tiempo. Artos retrocede sin dejar de mirar el cuerpo sin vida, cuyos ojos han localizado con rapidez, porque fue él mismo quien lo dejó ahí. Pronto se cumplirán tres meses de aquel día.

«Con qué rapidez empeoran los cadáveres, carajo», piensa, sacudiendo la cabeza.

Por otro lado, Rufus y Edgar son tan zopencos que no se han dado cuenta de que Artos, antes de entrar, ya sabía hacia dónde mirar.

—¡Joder! —se le escapa. Y es real. Lo más real que Artos ha soltado por la boca en estos últimos días, desde que Amaia llegó a Coaña con ojillos tristes y desesperación por dar con el paradero de su hermano, el desgraciado de Mikel—. ¿Qué cojones habéis hecho?

A los hermanos Arruza les cambia la cara, que adquiere una tonalidad blanquecina como la leche de las vacas que habitaron hace años el lugar. Al policía le divierte cómo lo miran con ojos de cordero degollado y tartamudean, nerviosos, buscando una excusa plausible

para dejar claro que ellos no han sido. Hace años, el propio Artos cambiaba de acera si tropezaba con ellos, con miedo de que le robaran o le dieran una paliza. Pero claro, qué sentido tendría haber escondido el cadáver de vete a saber quién en su propio territorio y después, mucho tiempo después, porque debe de llevar meses ahí, llamar a la autoridad de Coaña.

—Repito. ¿Quién es? ¿Qué coño habéis hecho?

—Rufus, tranquilo —trata de manejar la situación Edgar—. Antonino…

—Agente Artos.

—Perdón. Agente Artos, hemos estado en la cárcel noventa días. Hemos salido hoy. Al llegar, nos hemos encontrado al pájaro ahí. El forense determinará el tiempo que lleva muerto y eso nos desvinculará del crimen.

—Coño. ¿De dónde has sacado tú eso? —se extraña Rufus, que de repente siente un profundo respeto por el intelecto de su hermano.

—De *CSI*.

—Ah.

—Lo mismo puede llevar ahí más de noventa días —carraspea Artos, fingiendo desconfianza.

—No tenemos nada que ocultar —alega Edgar.

—No os mováis de aquí. Voy a hacer unas cuantas llamadas. Esto se llenará de policías, hay que peinar el lugar que, desde ahora, queda acordonado. No os quiero perder de vista, ¿me oís? Y no toquéis nada.

—S-s-sí… —sigue tartamudeando Rufus.

«Joder, qué cachondo me he puesto», piensa Artos, recolocándose el cinturón y esbozando una sonrisa afilada, mientras se aleja de los hermanos Arruza para realizar las primeras llamadas que darán comienzo a un juego que espera que no se les vaya de las manos.

Capítulo 39

Coaña, Asturias

En el bar de Alejandro

Dormir en la casa azul, tan cerca de Amaia, que se quedó dormida enseguida debido a lo cansada que estaba, ha sido una especie de tortura para Alejandro. Ahora, detrás de la barra del bar, intenta pensar en otra cosa que no sea en sus besos. En el cielo encapotado que augura lluvia, por ejemplo. En las estrellas que esta noche, aunque estén, no se verán. En la noche de San Juan, tan próxima, y en la llegada de los veraneantes. En la contratación de un par de camareros en el bar para la temporada alta en la que el bar no suele estar como está ahora, tan solo, tan triste y tan poco rentable. En que están a punto de cumplirse diez años de la desaparición de Anne.

«No, no pienses en eso. Ahora no», inspira hondo Alejandro, mirando a su alrededor.

Hoy Adela no ha venido. Jaime, Xoan y Ricardo entran por la puerta mustios, sin el cachondeo habitual. Parece que regresen de un entierro.

—Vaya, qué cara traéis. ¿Ha pasado algo? —se preocupa Alejandro, sacando tres botellines de cerveza de la nevera.

—Rufus y Edgar, cómo no. Los hermanos Arruza vuelven y Coaña se llena de problemas —empieza a decir Xoan. Alejandro lo mira sin entender.

—Han encontrado un cadáver en el granero, el que era de su padre y ahora usan para sus mierdas —cuenta Jaime componiendo un gesto de preocupación.

—Joder. Es…

—No se sabe quién es, tío —se encoge de hombros Xoan torciendo el gesto—. No sueltan prenda, pero, por lo visto, el cuerpo llevaba bastante tiempo ahí.

—Joder —repite Alejandro en una exhalación, sin saber qué decir, pensando en Amaia, en la posibilidad de que el cuerpo sin vida que han hallado sea el de Mikel—. Perdonad, tengo que hacer una

llamada.

—¿A Amaia? ¿Qué tal anoche, le devolviste el paraguas? —se interesa Jaime.

—¿Eh? ¿El paraguas? Ah, sí —contesta distraído Alejandro, buscando el contacto de Amaia en el móvil.

Capítulo 40

Coaña, Asturias

María Luisa – En la casa azul

—¿Qué? ¿Como que han encontrado un cadáver?

—Tranquila. Si se tratara de Mikel, Artos te habría llamado —trata de apaciguarla Alejandro, fingiendo una seguridad que en realidad no siente. Ahora mismo, nada le gustaría más que estar con ella, mirarla a los ojos, abrazarla, ser el hombro sobre el que se desahogara y pudiera llorar si eso es lo que necesita—. Oye, cerraré el bar antes. En media hora estoy contigo, ¿vale?

Amaia es incapaz de hablar, pero asiente, como si Alejandro la pudiera ver.

A los pocos minutos, Amaia sale de casa y camina en dirección a la de María Luisa. Llama al timbre con determinación. La mujer no tarda en abrir la puerta, pero no la invita a entrar. Parece estar de tan mal humor como ayer.

—Ayer por la tarde me dijo que Mikel seguía aquí, conmigo. ¿Está muerto? Usted puede ver… ¿usted puede ver a los muertos?

A Amaia le sorprende estar haciendo esa pregunta, ¿pero qué más puede ser? Esta mujer es tan extraña que no sería tan descabellado que tuviera algún tipo de poder que escapa a toda lógica. María Luisa podría contestar a esa pregunta. Claro que podría, si ella fue quien contestó a las preguntas de Mikel cuando invocaron a Anne, algo que nadie comprendería ni aceptaría, y menos un juez, pero, en lugar de eso, deja más confusa a Amaia volviendo a repetir las palabras de ayer:

—¿Hay silencio, Amaia? ¿Escuchas el silencio? Cuando dejes de escucharlo, preocúpate. No merece la pena vivir angustiada por el pasado. Ni por el futuro. Ni por lo que no ha sucedido aún. Céntrate en el presente, es lo único que tenemos seguro. Y ahora, si me permites, estoy liada, que tengo un pitu en el horno.

María Luisa le cierra la puerta en las narices.

¿En qué momento han intercambiado los papeles?

Amaia recorre los pocos metros que la separan de casa con el móvil en la mano buscando el contacto del agente Artos. En el momento en que cruza la pendiente que la conduce a la casa azul, ve que no será necesario llamarlo. Su coche aparca frente a la valla, las pulsaciones de Amaia se disparan, su imaginación se desata. Tendemos a visualizar catástrofes en todas partes por el miedo innato que tiene el ser humano de perder a quienes más quieren. Accidentes de tráfico, enfermedades graves, muertes súbitas, desapariciones… normalmente, es un sufrimiento sin sentido por algo que no llegará a ocurrir, pero a Amaia no le ha hecho falta imaginar nada de eso. A ella sí le ha ocurrido. Y ha tenido que aprender a seguir hacia delante con cada una de esas tragedias. La destrucción trae consigo la transformación. En ocasiones, a uno no le queda más remedio que derribar las estructuras que lo rodean para descubrir la verdad, para hallar la fuerza central y conocerse a sí mismo. Y aun así, cuando el agente Artos baja del coche, ella lo espera en la entrada temblando como una hoja arrastrada por el viento. Llora antes de que al policía le dé tiempo siquiera de darle las buenas tardes. Los latidos, esos que se han disparado en una milésima de segundo, de pronto se ralentizan. Y uno se apaga. El de Mikel.

—Es Mikel, ¿verdad? —se adelanta Amaia con la voz entrecortada, cuando el agente Artos se sitúa frente a ella con expresión grave—. Han encontrado el cadáver de Mikel.

—¿Puedo entrar?

Amaia abre la puerta. No es capaz de mirar al policía a la cara, no quiere oír lo que tiene que decirle.

—No, no es Mikel. El cadáver que han encontrado es de Gonzalo Bergeron, no sé si te acuerdas de él. Lo han encontrado en el granero Rufus y Edgar, más conocidos como los hermanos Arruza, seguro que te suenan.

«Voy a hacer algo malo, muy malo».

Ruido. Ruido. Ruido.

Alivio. Angustia. Mucha angustia. Y luego otra vez el alivio. Los latidos recuperan su ritmo habitual. Aún hay esperanza de que Mikel siga vivo. Sí, todavía la hay, pero…

«Voy a hacer algo malo, muy malo».

—Gonzalo vivía aquí, en Coaña. Se fue con su madre a Madrid hace años. Denunciaron su desaparición hace tres meses, justo cuando Mikel también desapareció. Es la fecha aproximada en la que se cometió el crimen que ha acabado con la vida de Gonzalo. Su cuerpo estaba en un estado de descomposición bastante avanzado. Muy desagradable, Amaia. Mucho. He venido para avisarte de que vamos a registrar la casa. Traigo una orden de registro.

El agente Artos saca el documento del bolsillo trasero del pantalón

y se lo tiende a Amaia, que lo mira como si hubiera perdido la capacidad de leer.

—Pero ya registrasteis la casa, ¿no?

—No a fondo, me temo, solo para buscar alguna pista que nos condujera al paradero de Mikel. Esto es distinto.

—Porque crees que Mikel fue…

—Tranquila. —El agente Artos coloca la mano sobre el hombro de Amaia. A ella ese gesto la repulsa, aún más cuando la mano se mueve en un intento de caricia torpe. Amaia se aparta con brusquedad para que le quite la mano de encima—. Seguramente no encontraremos nada. Mira, en confianza, ahora mismo todo son elucubraciones, incluida la de que Gonzalo podría haber sido el responsable de la desaparición de Anne y, por eso, Mikel buscó venganza. No de la mejor manera, Amaia. Como entenderás, uno no puede tomarse la justicia por su mano. Con Gonzalo muerto y Mikel desaparecido, lo de Anne sigue siendo un misterio. Se han abierto varías vías de investigación, pero no hay nada claro. ¿Has recibido algún otro mensaje procedente del móvil de Mikel?

—No.

—¿Me estás ocultando algo, Amaia? —recela Artos. Amaia lo mira con desdén y vuelve a negar, pensando en la sangre reseca del sótano que debería haber limpiado, aunque en caso de que utilicen luminol, sabrían que ese fue el escenario del crimen, el lugar donde, con total probabilidad, murió Gonzalo—. ¿Sabes si Mikel tenía una pistola?

—¿Una pistola? —A Amaia se le corta la respiración y empieza a temerse lo peor. Si Mikel disparó a Gonzalo, lo sensato es que el arma desapareciera con él—. No, claro que no. Y aquí no vais a encontrar ninguna pistola. Mi hermano no es un asesino. Cómo… ¿qué le pasó a Gonzalo?

—Un tiro en la frente, a la altura de la ceja. El calibre del arma, con un diámetro de 6,35 milímetros, era tan pequeño que a priori apenas se apreciaba el orificio y en un principio se creyó que había muerto a causa de un golpe traumático. —En vista de que Amaia es incapaz de hablar, Artos emite un suspiro y zanja—: Bien. Los compañeros deben de estar al caer. Puedes quedarte o irte, como veas.

—Necesito… necesito salir de aquí —balbucea Amaia, ante la repentina falta de aire. El agente Artos asiente, parece estar pensando que es lo mejor.

Amaia se da la vuelta y sale al jardín. Inspira una profunda bocanada de aire.

No quiere ver cómo una decena de desconocidos invaden la casa de su familia y revuelven sus pertenencias, las pocas que sus abuelos, sus padres o Mikel, dejaron aquí. Pero entonces, cae en la cuenta de que en el dormitorio está la grabadora con la conversación de Mikel y

Gonzalo. Tiene que ir a por ella. No pueden encontrarla.

—Perdona, tengo que subir a la habitación a por una chaqueta.

—No hace frío. Estamos a principios de junio, Amaia, esto es Asturias, ya, pero hoy no hace frío —recalca con insistencia.

—Es que soy muy friolera.

—De acuerdo. Adelante —le da permiso el agente Artos, señalando la escalera con complejo de duque del siglo XIX.

Amaia sube hasta la segunda planta, por poco no tropieza en el último escalón de los nervios. Entra en el dormitorio, mira en dirección a la cama de Mikel esperando no volver a tener una visión como la de anoche, truncando su velada romántica con Alejandro. Abre el primer cajón de la cómoda y coge la grabadora. La mete en el bolso, que tiene encima de la cama. Aprovecha el poco tiempo que sabe que tiene antes de que el policía sospeche, y busca la pequeña pistola que terminó con la vida de Gonzalo. Por si acaso. Introduce la mano en la tabla de madera rota donde había la grabadora, alarga el brazo lo máximo que puede y busca a tientas, pero no halla más que pelusa.

—Aquí no hay nada. Nada con lo que te puedan culpar, Mikel —murmura para sí misma, deseando con todas sus fuerzas que así sea, que no encuentren nada con lo que poder incriminar a Mikel por el asesinato de Gonzalo.

Coge una chaqueta cualquiera y se la pone. Mala idea. Estos nervios le provocan unos sofocos de mil demonios y llevar encima una prenda más hace que la sensación de ahogo se intensifique.

Finalmente, sale del dormitorio y baja las escaleras aparentando calma y normalidad, aunque no puede controlar el temblor que se ha apoderado de su mano izquierda.

—Voy a dar una vuelta —le dice al agente Artos, que mira la hora en la pantalla del móvil y asiente—. Por favor, no desordenéis mucho.

—Haremos lo que se pueda.

No le gusta la mirada que el policía le dedica desde el quicio de la puerta de entrada cuando sube al coche y arranca el motor. Da marcha atrás con cuidado de no equivocarse de pedal. No querría golpear el coche de su hermano, que ha acumulado polvo desde que María Luisa no sale a limpiarlo. En cuanto se aleja de la casa azul, Amaia llama a Alejandro por el manos libres.

—Dime —contesta agitado, como si hubiera corrido una maratón para contestar la llamada, justo cuando Amaia estaba a punto de colgar.

—No vayas a casa, se va a llenar de policías. Tienen una orden de registro… te espero en los yacimientos y te cuento.

—Vale. Estoy recogiendo, salgo en cinco minutos.

Capítulo 41

Coaña, Asturias

María Luisa

María Luisa, que lo ha observado todo desde la ventana de la planta superior de su casa, sacude la cabeza.

¿Por qué Amaia se ha ido?

¿Qué es lo que pasa?

¿Han encontrado al muerto?

No tardará en enterarse; pese a lo poco que María Luisa sale de casa, la noticia está a punto de correr como la pólvora.

Antonino es un inútil, piensa, cuando lo ve entrando en la casa. ¿Cómo es posible que Amaia lo haya dejado solo campando a sus anchas?

—De ese no te puedes fiar, niña.

Tendría que advertirla. Pero está cansada. Teme que la devuelvan al manicomio del que algunos dicen que jamás debió salir. Si ahora se mete con el policía, no saldría indemne, por muy familiar suyo que sea. Si la propia madre de Antonino, que es la hermana pequeña de María Luisa, la encerró hace años por creer que padecía esquizofrenia, ¿qué no haría el policía, ese desgraciado que lleva el mal en la sangre? Menudo dilema. No quiere volver a relacionarse con los locos, la volvían más loca aún, provocaban que sus visiones y las voces desaparecieran, cuando ahora, más que nunca, a María Luisa le interesa conservarlas. Y, sin embargo, están tan calladitas… tanto, que María Luisa se teme lo peor.

Al cabo de pocos minutos, María Luisa, escondida tras la cortina, ve a Antonino cruzar uno de los dormitorios de arriba. Parece que está mirando a su alrededor. ¿Eso que lleva en la mano es una pistola? En un principio no le extraña, pero está convencida de que no la ha extraído de la cinturilla donde tiene su arma reglamentaria. No. Esta no es su arma reglamentaria, juraría María Luisa, a quien los años no le han afectado la visión y, aun así, le es inevitable perder de vista a su sobrino cuando este se agacha.

—¿Qué puñetas hace? —pregunta María Luisa en voz alta, en el momento en que un par de coches y un furgón aparcan delante de la casa azul, que no tardará ni un minuto en llenarse de extraños—. Empieza el ruido. Las voces están a punto de regresar. Ahora sí tenemos que empezar a preocuparnos, Mikel. Ahora sí. Está a punto de volver a pasar.

Capítulo 42

Coaña, Asturias

En los yacimientos Castro de Coaña

Los yacimientos Castro de Coaña están envueltos en bruma. No hay tregua para el norte de España, siempre tan frío, lluvioso e impredecible, aunque sea junio.

Pronto va a anochecer; Amaia espera que Alejandro no se retrase. No quiere estar aquí sola cuando la noche engulla el paraje, cuya energía procedente de las piedras que cobijaron a los celtas la hace sentirse observada, paranoica.

Cualquier ruido la sobresalta.

Ahora mantiene los nervios bajo control, pero la pena, el miedo, la incertidumbre, la culpa… no, eso no se va, esos sentimientos son más difíciles de controlar. Ha perdido la cuenta de las veces que ha escuchado el mensaje que Mikel le dejó en el contestador. También las voces de la grabadora: la voz de un muerto y la de un desaparecido, su propio hermano, que puede que ya no esté en este mundo, por cómo la vecina habla de él.

¿Qué ocurrió cuando Mikel detuvo la grabación?

Capítulo 43

Tres meses antes

Coaña, Asturias

9 de marzo de 2018

«¿Cómo me ha descubierto? ¿Cómo ha sabido que vendría para poner en riesgo el secreto que nos ha unido durante diez años? ¿Habrá visto mi coche?».

Fue lo que Gonzalo se preguntó cuando Antonino, que efectivamente había visto su coche aparcado a un kilómetro y medio de la casa azul y ató cabos, atravesó el arco y se adentró en el sótano, desvelando su rostro cubierto de sombras.

Todo sucedió muy rápido. Tanto, que Gonzalo y Mikel no tuvieron tiempo de reaccionar.

Gonzalo creyó que le había advertido a Mikel del peligro, que se girara, venga, rápido, que huyera, aún había tiempo, pero quizá la voz no había emergido de su garganta. El miedo lo paralizó. Como aquella maldita noche de hacía diez años. Ese es uno de los efectos del miedo, empequeñece y debilita a las personas.

Gonzalo presenció lo que ocurrió a continuación con estupor, como si estuviera dentro de un mal sueño y fuera incapaz de moverse del sitio. Antonino se acercó a Mikel por la espalda y, sin que este pudiera defenderse, le propinó un fuerte golpe en la cabeza con la empuñadura de la pistola. Mikel cayó al suelo de cemento como una marioneta rota y la sangre no tardó en manar de su cabeza corriendo en oscuros regueros. Antonino le propinó una patada en el bajo vientre. No reaccionaba.

«Está… joder, ¿lo ha matado?», temió Gonzalo para sus adentros.

Antonino apartó a Mikel como si fuera un bicho molesto pegado a la suela del zapato. Seguidamente, con movimientos lentos, se agachó y le arrebató la grabadora de la mano inerte. Al tiempo que Artos se incorporaba, guardó el arma reglamentaria en la cinturilla, gesto que alivió a Gonzalo, quieto contra la pared, justo debajo de las ventanas

con cristales biselados que apenas dejaban pasar la luz del sol de media tarde.

—¿Qué voy a encontrar en esta grabadora? —preguntó el policía.

—Nada que te incrimine. Ni a ti ni a...

—Pero ibas a contárselo… todo.

—Merece saber la verdad. Y nosotros merecemos pasarnos el resto de nuestra puta vida en la cárcel —se le encaró Gonzalo, sin sospechar las consecuencias que su repentina valentía iba a acarrearle.

Antonino no movió ni un solo músculo facial. Su expresión era difícil de descifrar, todo un misterio. Gonzalo era consciente de que, si se hubiera quedado en Coaña, ya estaría muerto.

—Vamos. Salgamos de aquí. Se va a cabrear contigo.

—¿Sigues permitiendo que te controle? ¿Hasta cuándo? —pregunta Gonzalo sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué? Más amor propio, Antonino. Es lo que necesi…

Antonino lo calló de golpe y para siempre con un arma pequeña distinta a la reglamentaria que Gonzalo, con los ojos fijos en Mikel mientras se pasaba de listo, no vio venir.

La bala le dio de lleno en la ceja derecha, atravesándolo y reventándole los sesos, provocándole la muerte en el acto. La sangre de Gonzalo quedó derramada en la pared, mientras que la que seguía manando sin control de la cabeza de Mikel no tardaría en ser eliminada del suelo de cemento.

—Para ti soy el agente Artos —espetó, observando el cadáver de Gonzalo con la misma frialdad con la que se despidió de Anne.

Capítulo 44
Presente

Coaña, Asturias
En los yacimientos Castro de Coaña

Aún no ha anochecido cuando Amaia, atenta a cualquier mínimo ruido que rompa este silencio denso y claustrofóbico en el que no ha dejado de sentirse vigilada, ve aparecer a Alejandro entre la niebla. Alejandro sonríe, pero no es una sonrisa esbozada con ganas, sino con pena, la misma pena que se aferra a ella, y no parece que vaya a soltarla.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta, tensándose de repente porque no sabe cómo saludarla. Si con dos besos formales, si con un beso en la boca después del acercamiento de ayer o con un abrazo. Un simple abrazo bastaría, se dice, pero ninguno de los dos da pie a que haya ningún acercamiento. Lejos quedan los años en los que ella, enérgica, la viva imagen de la felicidad, corría hacia él y él, entre risas, la agarraba en volandas. Ahora parecen dos desconocidos incómodos, la preocupación invadiendo sus mentes confusas.

¿En qué momento la vida se convirtió en un asunto serio?

—El agente Artos ha venido a casa con una orden de registro —empieza a decir Amaia—. El cadáver que han encontrado es el de Gonzalo Bergeron, ya te dije que habían denunciado su desaparición en Madrid… Sospechan de mi hermano. Ahora, seguramente, estarán poniendo la casa patas arriba para encontrar el arma del crimen.

—¿Y la grabadora?

Amaia rebusca en su bolso y extrae la grabadora como si fuera un trofeo. Se la tiende a Alejandro, que, componiendo un gesto de extrañeza, la coge.

—Guárdala tú. Escóndela. No pueden encontrar la grabación. Estos fueron los últimos instantes de Gonzalo, estoy segura.

—Crees que Mikel lo mató. —No es una pregunta, es una afirmación. Amaia se encoge de hombros, reprime las lágrimas—. No, joder. Mikel estaba mal, pero es incapaz de matar a una mosca.

—Eso quiero creer, pero después del mensaje que me dejó en el contestador… creo que Mikel mató a Gonzalo. Eso significaría que

sigue vivo y es algo que me alivia, la verdad. Esta grabación iría en su contra, lo que me parece raro es que la escondiera debajo de una tabla rota, como si quisiera que alguien la encontrara, en lugar de llevársela a donde sea que haya ido. Pero no me fío de Artos, no podemos decirle nada de esto, ¿vale?

—Antonino siempre fue un poco raro. Creo que se hizo policía y se quedó en Coaña para imponer y para que le hicieran un poco de caso.

—Pues parece que está deseando encontrar algo con lo que incriminar a mi hermano. Lo he visto en sus ojos. Pero igual, si Mikel es sospechoso de asesinato, espabilan y dan con su paradero. Solo quiero que esté vivo, Alejandro, por raro que parezca, me da igual lo que haya hecho. Si Gonzalo mató a Anne, pues… no sé, ¿quiénes somos para juzgar si no nos hemos visto en esa tesitura? ¿Qué haríamos contra alguien que nos arrebata de la peor de las maneras a la persona a la que más hemos querido? Yo no puedo soportar ni una sola pérdida más, no puedo perder a Mikel —zanja, derrumbándose, y ahí donde normalmente Amaia ha encontrado el vacío a lo largo de estos últimos años, los brazos de Alejandro la arropan envolviéndola en un cálido abrazo.

Transcurren los minutos, la hora azul ha dado paso a la noche. A Alejandro le parecen segundos. Cerca de Amaia, el tiempo no es más que humo.

—Alejandro… —murmura Amaia, deseando a Alejandro en silencio tanto como él la desea a ella. Pero, para que ocurra algo entre ambos, si acaso existe esa posibilidad, tiene que ser sincera. Revelarle lo que lleva años quemándole y él merece saber—. Me gustaría hablarte del verano en el que yo también desaparecí. No es justo que no sepas por qué te dejé de la noche a la mañana sin respuestas. Por qué no contesté a tus llamadas ni a tus cartas. Por qué no volví a Coaña.

—Amaia, han pasado diez años y ahora no es el momento de…

—Déjame hablar, por favor. Déjame soltar lastre y luego… luego ya veremos. Necesito ausentarme durante unos minutos de Mikel, de lo que sea que hizo y pensar en mí. En nosotros. Porque te veo y aún veo un nosotros, Alejandro, aunque, a lo mejor, cuando lo sepas todo, eres tú el que quiere desaparecer y no volver a saber nada de mí.

Capítulo 45

Coaña, Asturias
En la casa azul – Agente Artos

—¡Hemos encontrado algo!

La voz procede del piso de arriba. El agente Artos, que se encuentra en el salón revuelto con la vista clavada en la casa de su tía María Luisa, se relame los labios y espera paciente a que le muestren la pequeña pistola enfundada en una bolsa de pruebas que él mismo ha dejado en el hueco de una tabla de madera rota donde hace tres meses también dejó la grabadora que, por el momento, no han hallado. Eso significa que Amaia la ha descubierto y que, con la excusa de ir a buscar una chaqueta, se la ha llevado. Artos la ha subestimado. Gonzalo, sin saberlo, hasta le hizo un favor permitiendo que Mikel grabara su escueta conversación. Parece, exactamente, lo que les interesa que parezca. Hablan en plural, pero no mencionan a nadie, podría haber sido cualquiera, algún veraneante que babeaba por Anne y que, junto a Gonzalo, hicieron desaparecer a Anne. Y Mikel mató a Gonzalo. Eso es lo exactamente lo que parece, sí, lo que Artos tiene que hacerles creer.

Que Amaia se quede con la grabadora no es malo, al contrario, no la necesita, y eso hará que crea todo cuanto él le diga. Cuando lleven la pistola a balística, determinarán que fue la que mató a Gonzalo. Y que en ella se encuentran las huellas de Mikel. Solo las de él, incluso en el gatillo, apretado firmemente con el dedo índice de su mano derecha cuando parecía estar muerto. Artos ha tenido mucho cuidado y no ha permitido que durante este tiempo se haya contaminado. Así es como funciona el juego y así debe seguir, hasta el punto de enloquecer a Amaia. Y si es a ella a quien ahora quiere, pues se la servirá en bandeja. No puede quedar ni un solo cabo suelto, aun cuando Mikel, el hilo conductor más poderoso, siga en paradero desconocido.

Artos piensa que, mientras él se escabulló de la casa azul a esperar a que se hiciera de noche para que nadie lo viera y así recorrer libremente cada estancia dejando pruebas por aquí y por allá y eliminando otras además de llevarse los cadáveres, Mikel logró levantarse y huir. Pero con el golpe en la cabeza que le propinó, lo más probable es que, después de un rato aturdido, cayera muerto en algún barranco y fuera pasto de los animales salvajes que habitan los bosques. Por eso no lo han encontrado. Sí, eso fue lo que ocurrió, se convence cada noche para poder conciliar el sueño, pese a levantarse empañado en sudor a las tres, siempre a las tres de la madrugada. Mikel está tan muerto como Gonzalo. No hay nada que temer. Nada. También saldrán ilesos de esto; el presente tiene la capacidad de ensombrecer el pasado, aunque todavía haya gente que lo recuerda como si hubiera ocurrido ayer. Esa gente… esa gente que se empeña en meterse donde no los llaman o en cometer estupideces solo para perdonarse a sí mismos, termina con un balazo incrustado en la masa encefálica apagándoles la vida con la misma rapidez con la que un soplo extingue la llama de una vela.

Capítulo 46

Coaña, Asturias

María Luisa

Durante el tiempo que María Luisa estuvo interna en el centro psiquiátrico, amenazaba al resto de locos con que, si le hacían algo, conseguiría su rifle y les volaría los sesos. La agresividad que mostró en ocasiones, a espaldas de los empleados, la ayudaron a sobrevivir en un lugar en el que muy pocos tienen algo que perder. Por eso les llaman locos, aunque ellos no sepan que lo están.

Ahora que la casa azul se ha quedado vacía, baja las escaleras y entra en la cocina. Abre el horno y lo apaga. Que no se le queme el pitu. Camina en dirección a la despensa, cerrada con llave, porque no es alimento lo que ahí guarda, sino un rifle con más años que las pirámides. Una reliquia que había pertenecido a su abuelo, quien le enseñó a utilizarlo siendo muy niña, como si presintiera que algún día tendría que usarlo. Ese día, cree María Luisa, está cerca, aunque espera no tener que apretar el gatillo. Pero tiene que estar preparada. Está convencida de que su abuelo también tenía el don, aunque jamás lo compartió con ella, quizá para no llenarle la cabeza de ruido, un ruido que llegó de todas formas y se intensificó cuando cumplió los dieciocho y él ya no estaba ahí para ayudarla a comprender por qué veía y sentía lo que el resto no. Era la única persona en la familia que la comprendía, y ella, a su vez, era su ojito derecho que nunca supo gestionar bien el don de la clarividencia y pecó de no ser discreta. Qué pena ir perdiendo a tantas personas por el camino. Personas buenas que cumplen con su ciclo vital y tienen que abandonarnos, dejándonos expuestos a un destino incierto y poco favorecedor. Recuerda las palabras de su abuelo en el lecho de muerte cuando ella tenía dieciséis años:

—Hasta que nos volvamos a encontrar, querida…

… en ese otro plano dimensional que el abuelo, como si se tratara de una fábula infantil, siempre le aseguró que existía. Las almas a las

que hemos amado en el plano terrenal, están destinadas a volver a encontrarse.

Pero cuánto duelen las ausencias pese a la confianza de creer en ese otro mundo en el que todos, tarde o temprano, nos volveremos a reunir, ya sin forma física ni dolor ni preocupaciones, solo nuestra alma libre del caparazón y la paz y el bien que hayamos cosechado en vida. Y cuánto daño hacen según que presencias, se lamenta, pensando en Antonino y en el infierno y en el vacío que le espera, mientras acaricia el rifle como si fuera el amante que la vida nunca le presentó.

Capítulo 47

Coaña, Asturias

En los yacimientos Castro de Coaña

Alejandro, incapaz de pronunciar una sola palabra, se muestra impactado por lo que Amaia le acaba de contar. Es noche cerrada, apenas se ven las caras y ha refrescado, la temperatura ha bajado un par de grados de repente.

Amaia se abraza a sí misma no solo para entrar en calor, sino para intentar temblar menos. Le da la sensación de que lleva días temblando, conteniéndose y esforzándose en controlar su propio cuerpo de la revolución que ha supuesto regresar a Coaña. Le gustaría estar en cualquier otro lugar antes que aquí, en los yacimientos, donde la noche y la bruma lo convierten en un paraje fantasmal.

Por ocupar la mente, se pregunta si Artos y el equipo que haya ido a la casa ya han finalizado el registro y se han largado. Si habrán cerrado bien la puerta. Si lo habrán dejado todo muy desordenado. El corazón se le acelera al visualizar cajones abiertos, camas deshechas, colchones y muebles volcados… las camas donde dormían sus padres y sus abuelos…

Entendería que Alejandro se marchara. A fin de cuentas, no solo ella perdió el bebé. Él también. Y se lo ocultó sin darle opción a decidir nada. Alejandro piensa que ahora podría tener un hijo o una hija de diez años y que su vida sería muy distinta a la que tiene y que la casa en la que vive no estaría tan triste ni sería tan fría.

Piensa, piensa, piensa… piensa que no estaría en Coaña. Que, seguramente, viviría con Amaia en Madrid. Que habría estudiado Arquitectura. Que a lo mejor habrían tenido otro hijo. Y un perro. O un gato. Que se habría esforzado en ser un buen padre. El mejor. Y que nunca habrían tenido la necesidad de intentar olvidarse ni encontrar lo que tuvieron en otras bocas que no les saciaron lo suficiente y todo les habría ido bien.

—Alejandro…

Alejandro levanta la mano y se tambalea hacia atrás, como si el peso de lo que le acaba de contar le hubiera golpeado en el pecho. Una parte de él querría abrazar y proteger a la Amaia de veinte años que perdió a la criatura. Decirle que todo iría bien, que él siempre estaría con ella. Pero la otra parte, una pequeña a la que se resiste, detesta que le ocultara la verdad partiéndole el corazón en dos y haciendo que se pasara años preguntándose qué hizo mal para que ella se largara, el motivo real de su ruptura, si es que a lo que ocurrió se le puede llamar ruptura. En realidad, lo que habían tenido nunca terminó. Se rompió, sí, pero jamás terminó.

«Espera —le quiere decir Alejandro—. Espera, no estoy preparado».

Pero antes de que le dé tiempo a hablar, el teléfono de Amaia rompe el silencio.

—Es Artos.

—Cógelo.

—¿Sí? —contesta Amaia, sin dejar de mirar a Alejandro que, cabizbajo y envuelto en sombras, parece que esté asumiendo una derrota.

—Amaia, el registro ha finalizado —contesta el policía—. Tengo malas noticias. Sé que es tarde, pero ¿puedes acercarte al cuartel?

—Voy contigo —decide Alejandro cuando Amaia, aturdida, cuelga la llamada.

—No hace falta, no…

—Quiero ir. Quiero estar contigo —dice al fin, con todo el significado que esas tres palabras entrañan, con los ojos brillantes y el corazón hecho trizas por la vida que nunca existió.

Capítulo 48

Coaña, Asturias

En las dependencias de la Policía Local

El agente Artos le ha pedido a Alejandro que se quede en la sala de espera. Este ha aceptado a regañadientes. Antonino nunca ha sido santo de su devoción; por suerte, no es cliente habitual del bar.

—Te espero fuera. Cuando salgas, estaré aquí —le ha prometido a Amaia, antes de que el agente Artos la condujera hasta una sala con un espejo espía donde la espera un inspector de mediana edad que se ha presentado como inspector Pelayo, al mando de la investigación. Amaia, que jamás habría imaginado que hubiera una dependencia así en el cuartel del pueblo, está nerviosa, se le nota en cómo se retuerce las manos sobre la mesa, gesto que observa Pelayo y, por eso, ella trata por todos los medios de detener.

—¿Un café, Amaia?

Es todo cuanto el agente Artos dice y dirá en los veinte minutos que va a durar el interrogatorio. Ella niega con la cabeza. Artos y Pelayo toman asiento.

El inspector Pelayo deja encima de la mesa una grabadora similar a la que usó Mikel para grabar el intento de confesión de Gonzalo. El hombre, con la boca apuntando en dirección al micro, deja constancia de la fecha y la hora en la que se inicia el interrogatorio. Sigue hablando, más para la grabadora que para Amaia, que escucha con atención sintiendo el pánico creciendo dentro de ella conforme Pelayo avanza:

—Tras el registro de la propiedad conocida como la casa azul sita en la calle More del pueblo de Coaña, Asturias, se ha hallado una pistola de idénticas características a la que terminó con la vida de Gonzalo Bergeron, una 6,35 milímetros bastante antigua. La desaparición del señor Bergeron, en adelante la víctima, fue denunciada por su madre en Madrid la noche del 9 de marzo de 2018. Después de realizarle la autopsia, se sabe que el asesinato se cometió hace tres meses, presuntamente el mismo día en que desapareció.

Señorita Vila, ¿cuándo fue la última vez que vio a Mikel Vila, su hermano?

—En el funeral de nuestros padres, hace dos años.

—¿Hablaban a diario? —Amaia niega con la cabeza—. Hable, por favor —le ordena.

—No —niega, clavando la mirada en la grabadora.

—El agente Artos me ha comentado que su hermano le mandó un SMS en el que le decía: «Sigo aquí», motivo por el que usted ha regresado a Coaña, y del que no ha obtenido más respuestas. Pero ¿cuándo fue la última vez que hablaron por teléfono?

Amaia inspira hondo, trata de serenarse, lo intenta con todas sus fuerzas, pero es posible que la estén espiando. Que, tras ese espejo que le devuelve un reflejo exhausto y triste, a lo mejor se esconde un especialista que está analizando cada uno de sus movimientos. Y va a saber que miente. Que omite información, lo que la convertiría en cómplice. Por lo tanto, está encubriendo a Mikel y eso también es delito. Podría ir a la cárcel.

Amaia chasquea la lengua contra el paladar y ladea la cabeza antes de decir:

—No me acuerdo.

—¿Tenía Mikel Vila problemas con la bebida?

—Sí.

—¿Con las drogas?

—Sí.

—¿Considera a su hermano un hombre agresivo?

—No. Tiene un carácter fuerte, es impulsivo, pero… no, Mikel no es agresivo.

—¿Lo cree capaz de asesinar a un hombre?

La pregunta la pilla tan desprevenida, las maneras del inspector son tan bruscas, tiene tan poco tacto, que Amaia se queda muda y, de pronto, evoca la última vez que vio a Anne. A la voz de Anne se le acopla la de Mikel, como si fuera cierto que ambos pertenecen a un plano superior que no se puede ver, dictándole las palabras que tiene que escuchar:

«Ni siquiera tú vas a poder salvarme esta vez».

«Pero lo voy a intentar, Mikel. Lo voy a seguir intentando», dice para sus adentros con todo su empeño, como si hubiera creado un mundo interior solo para Mikel y ella. Una burbuja indestructible en la que nadie más puede entrar.

—Repito, señorita Vila —rompe el silencio el inspector Pelayo, esta vez con severidad—. ¿Cree a su hermano capaz de asesinar a un hombre? —repite, masticando cada palabra.

—No, claro que no —contesta al fin con un hilo de voz. Ahora preferiría estar en los yacimientos sola, de noche, sin luna que

alumbre el paraje de película de terror, antes que aquí—. Mi hermano ha desaparecido y dudo que haya sido por voluntad propia. A mi hermano le han tendido una trampa, inspector —se rebela Amaia, mirando intencionadamente al agente Artos, que tensa la mandíbula e inspira tan hondo que se le inflan las aletas de la nariz.

—¿Y quién cree que ha podido tenderle una trampa? —inquiere el inspector mirándola con desconfianza.

—El verdadero asesino de Gonzalo Bergeron.

—El verdadero asesino... —repite Pelayo curvando los labios hacia abajo—. Parece tenerlo muy claro, señorita Vila.

Amaia lucha por estabilizar su respiración. Siente como si la sala se inclinara y brillara de forma cegadora. Piensa en la expresión «cegada por la ira» y la entiende. Entiende que la furia produce un fuego en tu interior que te hace perder el mundo de vista.

—Porque mi hermano no es ningún asesino —logra decir con dificultad, como si las palabras se le atragantasen. Su mirada ahora está borrosa por las lágrimas que intenta contener—. Mi hermano es un hombre roto por la desaparición de su novia de juventud hace diez años en este maldito pueblo. ¿Y qué hizo la policía? ¿Qué hizo, inspector? Han transcurrido diez años y no se ha vuelto a saber nada de lo que le ocurrió a Anne. La gente olvida rápido, pero mi hermano no. Mi hermano trató de buscar la verdad. Pasarán diez años más y el caso habrá prescrito, pero, para sus compañeros, prescribió en cuanto vieron que eran unos incompetentes que solo son capaces de poner multas por exceso de velocidad.

—Señorita Vila, ese caso no nos acontece. Ahora nos…

—Sí, ahora lo que nos acontece es el asesinato de Gonzalo Bergeron. Y a mí lo único que me importa es encontrar a Mikel. Mi hermano no tiene nada que ver, pero si por fin os vais a esforzar un poquito en encontrarlo por la suposición de creerlo culpable, adelante, culpadlo. A ver si ahora dais con su paradero —los reta, envalentonada, dejando atrás a la mujer asustada y deshecha—. ¿Dónde han encontrado el arma?

Ahora la que se muestra recelosa es Amaia y vuelve a mirar al agente Artos con premeditación. El inspector Pelayo comprime los labios y asiente. Lee el documento que tiene delante:

—En la segunda planta, habitación número 3, la de las dos camas. Debajo de una tabla de madera rota en el suelo.

«Mienten. La pistola no estaba ahí cuando yo la he buscado esta misma tarde, hace apenas unas horas. Ahí no había más que pelusa y polvo».

Pero se tiene que tragar las palabras. Aceptar que sí, que tanto a Mikel como a ella les han tendido una trampa y que ahora tiene la seguridad de que su hermano no apretó el gatillo que segó la vida de

Gonzalo.

Capítulo 49

Coaña, Asturias

Amaia, angustiada por Mikel, por lo que podría haber hecho, por no saber si está bien, si está mal o si ya no existe, sale al frío exterior, donde una corriente de aire pese a estar a principios de junio la azota en la cara. Parece que el verano nunca vaya a llegar a este rincón del mundo.

Alejandro la espera apoyado en al capó de su coche. Sus miradas se entrelazan durante unos segundos que caen sobre ellos como piedras.

—No hacía falta que me esperaras.

—Nos queda una conversación pendiente.

—Ahora no puedo hablar de eso. No me han creído. Creo que algo no les ha cuadrado y van a ir a por mí. A por mi móvil, por ejemplo, donde hay constancia de que he mentido, de que, aunque Mikel y yo lleváramos tiempo sin hablarnos, se puso en contacto conmigo antes de que se lo tragara la tierra. Antes de su «Sigo aquí» que Artos leyó —le cuenta en un susurro—. Eso, sumado a que sus huellas estén en el arma que han encontrado en casa, son pruebas de que Mikel mató a Gonzalo. Y es una trampa, Alejandro. Es una trampa porque esa pistola no estaba donde me han dicho que la han encontrado cuando yo he salido de casa. Alguien la ha dejado ahí.

—No tiene sentido. Si alguien la ha dejado ahí para incriminar a Mikel, significa que él no mató a Gonzalo. Y, lo más inquietante, Amaia, es que su asesino ha estado esta tarde en tu casa.

A Amaia se le corta la respiración solo de pensarlo.

—Pensaba que estarías furioso conmigo. Por haber tardado diez años en contarte lo que pasó. Porque sé que habrías estado conmigo. Pero se me juntó todo de golpe, no supe gestionarlo bien y lo más fácil fue huir. Es una excusa muy mala, lo sé, y ojalá retroceder en el tiempo porque ahora haría las cosas de manera distinta… Pero en ese momento necesité huir también de ti, aunque no del recuerdo. Del recuerdo es imposible huir y he tenido que volver y verte para darme cuenta de que el sentimiento sigue intacto. Lo que tuvimos fue… no,

no fue, es. Sigue siendo muy especial.

Amaia percibe una tempestad en los ojos de Alejandro. En su interior se está librando una batalla por la distancia que ha habido entre ellos, una brecha que, aunque lleva años dando muestras de su existencia, se inició la mañana en la que ella fue al bar esperando encontrarse con su padre y no con él, y que, poco a poco, se ha ido deshaciendo a lo largo de estos días. Porque hay imanes imposibles de separar. Alejandro y Amaia son esos imanes. Podrían pasar veinte, treinta, cincuenta años… y la llama seguiría viva. Ambos lo saben, a pesar de que las circunstancias que han traído hasta aquí a Amaia no sean las más halagüeñas para que puedan volver a vivir su amor en paz.

Alejandro, pensativo, se frota el mentón, baja la guardia y sus ojos condensan una tristeza insondable. Amaia se acerca a él, pero Alejandro retrocede cuando ve a Artos salir del Ayuntamiento, escudriñándolos sin disimular como el cotilla que es.

—Vamos a tu casa —le dice con la voz entrecortada.

Capítulo 50

Coaña, Asturias

Agente Artos

Hay algo que al agente Artos le inquieta, y es la desconfianza hacia él que ha percibido en Amaia. No es la primera vez que piensa que la ha subestimado, que hay algo en ella que le hace temblar, pero no debería preocuparse por nada. No ha errado. Ha seguido cada paso con suma meticulosidad. El juego sigue en marcha. Atisba el triunfo al final de la partida. Todas las pruebas están en contra de Mikel, es lo único que importa. Que esté vivo o muerto ahora es lo de menos. En el caso de que esté vivo, si es inteligente seguirá escondido y no volverá a ser el grano en el culo en el que se convirtió cuando empezó a colarse en lugares prohibidos escuchando conversaciones privadas y haciendo demasiadas preguntas a quien no debía. Con la seguridad de que Gonzalo está muerto, su cuerpo tendido en una camilla de metal en el depósito, el secreto sigue a salvo. Y así es como tiene que seguir hasta el fin de sus días.

Aparca el coche frente a la casa familiar. Su madre lo espera en la puerta. Siempre sabe que su hijo está a punto de llegar antes siquiera de que dé la curva.

—Qué tal, mamá —la saluda con desgana.

—Bien, hijo. ¿Y tú? Trabajas demasiado. ¿Te caliento la cena?

—No tengo hambre. Me voy a dar una ducha.

—Bueno, pero algo tendrás que cenar, que te me estás quedando en los huesos. Te he lavado el uniforme de repuesto. Lo tienes planchado y doblado encima de la cama —le dice, elevando la voz, mientras Artos, sin prestarle atención, sube las escaleras.

—Gracias, mamá.

Cuando Artos abre la puerta de su dormitorio, la aparición de Anne se le presenta con una risa histriónica cargada de maldad. Era puro veneno cuando vivía, los trataba mal, más que mal, como si fueran basura. Hay cosas que ni la muerte cambia. Mientras él ha envejecido

y engordado, aun cuando su madre sigue viéndolo como aquel chico delgaducho y débil que fue, ella se ha quedado anclada en los bellos dieciocho.

—Gracias, mamá —se burla el fantasma malicioso de Anne. Para Artos, cada visión, que no es más que una creación de su mente enferma atormentada por lo que le hicieron, es tan real que le hace pensar que está loco, tan loco como su tía María Luisa—. Qué vergüenza. Qué vida tan deprimente. ¿Es que no te das cuenta? A tu edad y viviendo con tu madre, que te lo hace todo. Tú no sabes ni freír un huevo frito. ¡Inútil! ¡Inútil! ¡Vago! ¡Inútil! ¡Inútil! ¡Vago! ¡Inú…!

Artos se sienta en un rincón de la habitación y empieza a gimotear, hasta que la voz de la aparición que lo atormenta se va desvaneciendo.

—Cállate. Cállate, eres una zorra, merecías desaparecer. ¡Lo merecías! Nos tenías a todos hartos, ¡hartos! No eras más que una calientapollas sin escrúpulos.

—Antonino, ¿con quién estás hablando? —le pregunta la madre desde el otro lado de la puerta, sin atreverse a invadir la intimidad de su hijo.

No puede más. Artos no puede más. Si tuviera valor, abriría la ventana y se lanzaría al vacío, pero es cobarde hasta para matarse.

—Con nadie, mamá. Con nadie… —murmura, con los ojos rojos de cansancio y de tormento, mirando el vacío de su dormitorio decadente de techos abuhardillados que no ha cambiado desde que tenía doce años.

Capítulo 51

Coaña, Asturias

En la casa azul

—¡Cómo lo han dejado todo!

Amaia se lleva las manos a la cabeza en la que está siendo la noche más larga de su vida. Tiene ganas de llorar. Todo le duele. Todo. Especialmente la incertidumbre y darse cuenta de que el ser humano no tiene el control de nada.

—Tranquila, te ayudaré a recoger —se ofrece Alejandro con tono conciliador—. Pero antes, ¿qué te parece si me acerco a Navia a buscar unas pizzas y una botella de vino? En el Sotanillo cocinan de maravilla, tienes que probarlo.

—No te molestes, no tengo hambre.

—Son solo diez minutos de coche, Amaia, no es molestia, y tienes que comer para recuperar fuerzas. Iré llamando para que vayan preparando las pizzas. Volveré enseguida, ¿vale?

—Gracias. Por ser tan bueno.

Alejandro sacude la cabeza, clava la mirada en el suelo, intimidado por Amaia. Quiere soltar todo lo que lleva dentro, porque ambos saben por experiencia que mañana puede ser tarde, que el mañana podría no existir y no quiere quedarse con las ganas:

—Yo tendría que haber luchado más por ti, Amaia. Tendría que haber ido a Madrid, plantarme delante de tu puerta hasta que me abrieras y me contaras qué pasaba y no rendirme con tanta facilidad. Porque me acomodé, me resigné y me quedé aquí. Tú hiciste las cosas mal, pero yo también. —Ahora lo comprende. Ahora, cuando parece que la desaparición de Mikel lo llena todo y da la sensación de que el mundo que conocían se derrumba, es cuando se da cuenta de lo fácil que es hablar desde el corazón—. Teníamos veinte años. Si ahora con treinta a veces dudamos de nuestras decisiones, imagina con veinte. No sabíamos nada. Y lo que pasó fue… fue demasiado, sobre todo para ti. Nos superó. Y lo entiendo y te perdono, aunque no hay nada

que perdonar. Ya no.

—Las mentiras, por pequeñas que sean, acaban ocupando demasiado espacio —reflexiona Amaia componiendo una mueca de dolor.

—Exacto. Y quién sabe… Si te hubieras quedado conmigo, a lo mejor en algún momento nos habríamos separado, pero ahora… —Alejandro titubea, es solo un segundo, porque tiene tan claro que quiere estar con Amaia, que la ve y sigue sintiendo cosas que jamás ha sentido por nadie, que no duda en continuar hablando con la intención de no volver a perderla—: Todo es como debe ser. Quiero dejar atrás el pasado y enamorarme de la Amaia que eres ahora y que tú te enamores de quien soy yo ahora. Somos distintos. Ya no somos los mismos que hace diez años; la vida te cambia. —Amaia asiente emocionada—. A lo mejor nos hemos idealizado, suele pasar con el primer amor. Cuando hay distancia de por medio y los años pasan, empiezas a pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, ¿no? Pero ahora, si es lo que quieres, tenemos una nueva oportunidad. Y sabremos si lo nuestro va hacia delante o se quedará como una bonita historia del pasado. La mejor.

—La mejor… —repite Amaia, cabizbaja, conforme con cada palabra que ha pronunciado Alejandro con miedo y con dulzura, y aunque no saber qué depara el destino siempre impone, quiere arriesgarse. También quiere recuperar lo que perdió, como si Coaña tuviera la capacidad de recomponer los pedazos rotos que creyó dejar por el camino y abrirle los ojos.

Alejandro la mira con el rabillo del ojo y asiente inspirando profundo. Ya está todo dicho. Se siente satisfecho por haber sido capaz de sincerarse; él, que es de pocas palabras y le cuesta abrirse. Apenas le ha dado tiempo a asimilar que Amaia ha regresado, que está aquí y por tiempo indefinido, aunque este no sea su lugar y solo se haya resignado a quedarse hasta descubrir qué le ha pasado a Mikel. Dónde está. Quién sabe si esta vez volverá a romperle el corazón. Habrá que correr el riesgo, piensa, de camino al coche, al tiempo que Amaia, atenta y desde el interior de la casa, no mueve ni un solo músculo hasta que oye el motor alejándose calle abajo. Es entonces cuando sube las escaleras precipitadamente y abre puerta por puerta maldiciendo a la gente que ha estado poniendo patas arriba su casa con el mismo poco tacto con el que le ha hablado el inspector Pelayo. Ha dejado su dormitorio y el de Mikel para el final, y, por segunda vez en el mismo día, se agacha e introduce la mano en el hueco, ahí donde se partió la tabla de madera, que han dejado apoyada contra la pared.

Es imposible. Imposible.

No hay más hueco en el que buscar, así que ahora no le cabe la menor duda de que la pistola no estaba ahí cuando ella subió a coger

la grabadora, ahora en manos de Alejandro.

Una idea empieza a asentarse en su cabeza. Solo ha podido ser el agente Artos. ¿Pero por qué? ¿Qué tiene que esconder? ¿Acaso él…? No. No, no puede ser. Ha debido de ser otra persona, piensa, con la cabeza a mil revoluciones. ¿Cuánta gente habrá entrado hoy en casa? Podría haber sido cualquiera. Un policía es justo, busca la verdad, aunque la verdad termine tragándose a las personas.

Antes de abandonar el dormitorio, Amaia mira por la ventana. Otra vez la cortina de la ventana de la segunda planta de la casa de María Luisa moviéndose ligeramente, sin que ahí parezca haber nadie. Siente un escalofrío recorriéndole el espinazo como una serpiente trepando por ella hasta afianzarse en la nuca.

Mientras baja las escaleras, unos golpes en la puerta le hacen dar un respingo. Todavía no han transcurrido ni cinco minutos desde que Alejandro se ha ido, no puede ser él. ¿Se habrá dejado la cartera o el móvil y se ha dado cuenta a medio camino? Confiada, abre la puerta. Al otro lado no está Alejandro, sino Jaime, que la mira con expresión sombría.

—Hola, Amaia. ¿Puedo pasar?

—Son las once de la noche, Jaime.

—Ya, perdona, tendría que haberte avisado de que vendría. Es que… he venido antes, en cuanto la policía se ha ido, pero no me ha abierto nadie, así que me he ido a dar una vuelta y ahora, al ver tu coche aparcado, pues…

—Pasa —se rinde Amaia, invitándolo a sentarse en el sillón. Ella se acomoda frente a él, que observa el desorden que hay a su alrededor sacudiendo la cabeza y pensando, deduce Amaia, en lo enrarecido que está el ambiente desde que Mikel desapareció hace tres meses, el mismo tiempo que Gonzalo lleva muerto, su cadáver abandonado en el granero de los hermanos Arruza.

—Qué fuerte todo, ¿no? —Amaia comprime los labios y asiente—. Gonzalo… joder, era un buen tío, no sé para qué vino aquí.

—Jaime, ¿qué recuerdas de la noche en la que Anne desapareció? —pregunta Amaia con intención.

Jaime tuerce el gesto.

—Poco, muy poco. Creo que yo estaba con Ricardo y Xoan. Con Alejandro cuando lo dejabas libre —comenta con cierto retintín que crispa los nervios de Amaia.

—¿Crees?

—Sí. Era habitual perdernos a lo largo de la noche. Que si uno iba a mear al prado, que si otro tenía suerte y desaparecía por ahí con alguna chica… el botellón hacía estragos —ríe, rascándose la nuca.

—Estragos, ya.

—Bueno, sé que esa noche Mikel y Anne discutieron. Es lo que dice

todo el mundo.

—¿Y Gonzalo? ¿Qué recuerdas de Gonzalo?

—Nos relacionábamos poco con él. Él iba más con Antonino… o sea, el agente Artos. Y con dos tíos más mayores que ya no viven aquí. Asier y Fede.

A Amaia no le suenan esos nombres. Siempre había tanta gente en verano… el pueblo se llenaba de vida, es imposible acordarse de todos.

—Y luego están los hermanos Arruza que han sido los que han encontrado el cadáver de Gonzalo —apunta Amaia.

—Esos dos, sí. El día que salieron de prisión, Adela, no sé si conoces a Adela, comentó que Rufus y Edgar le parecían sospechosos. Que podrían haberle hecho algo a Anne.

—Conozco a Adela. Por desgracia.

—Ya. Últimamente no sé qué le ha dado con el tema, pero está cada dos por tres buscando culpables. Que si primero Mikel… —Jaime baja la mirada y sacude la cabeza—. Luego los Arruza... Si te sirve de consuelo, yo nunca pensé que Mikel le hiciera nada a Anne. La quería mucho. Y tampoco creo que haya matado a Gonzalo.

—¿Anne era buena persona, Jaime? —pregunta Amaia, dispuesta a exprimirlo al máximo.

—Sé que no es lo que te gustaría oír porque os llevabais bien, pero no, Anne no era buena persona. Era algo que solo sabíamos los de aquí. Lo hablé con Mikel cuando vino a vivir a Coaña. Pensé que saber que Anne le había sido infiel con varios tíos de algunos pueblos de los alrededores ya no le haría daño después de tantos años, pero pareció enloquecerlo un poco más.

—¿Enloquecerlo?

—Desquiciarlo. Perdona. No atino mucho con las palabras, y menos a estas horas, que estoy reventado del trabajo. Anne odiaba Coaña. Nos odiaba a todos. A todos menos a Alejandro, al que llamaba cariñosamente cuñado. Luego, cuando llegaba el verano, se convertía en otra Anne, en la Anne de la que Mikel estaba enamorado hasta las trancas.

—Nunca habría dicho que Anne fuera tan…

—Maliciosa. Sí, maliciosa. Esa es la palabra. Se metía con todos, pero con Adela era con quien más se pasaba. Le hizo la vida imposible y creo que, si Adela es como es, buena parte de culpa la tuvo Anne. Le hacía la zancadilla provocando que se cayera en mitad del pasillo del colegio, delante de todos. La insultaba. La humillaba. Escribía cosas sobre ella en las baldosas del baño, en el espejo… la llamaba bruja. Loca. Rara. Adela la Rara era el mote que más usaba contra ella, incluso delante de los profesores. Y un día, en el patio, tendríamos catorce o quince años, Anne empezó a tirarle piedras sin que nadie

hiciera nada por evitarlo, hasta que la directora la detuvo y la expulsó una semana. Si ves a Adela, fíjate en la cicatriz que tiene en la frente. Es pequeña, pero se ve. Un recuerdo de aquel día en el que terminó con la cara ensangrentada y llorando a lágrima viva. El mote Adela la Rara fue sustituido por Carrie. La gente se reía. Nadie ayudó nunca a Adela. Temían a Anne y no querían convertirse en el blanco en el que volcara su frustración. Con los años, te das cuenta de que una persona así hace lo que hace por inseguridad —aclara, encogiéndose de hombros.

—Pero si Anne era muy dulce, no lo entiendo…

—Se comentaban cosas… cosas que han caído en el olvido.

—¿Cómo qué?

—Que su padre abusaba de ella desde que era una niña. Y que su madre miraba hacia otro lado.

—No —niega Amaia—. No, eso es imposible. Su madre era amiga de la mía. Y mi madre sabía ver a las personas.

—Bueno, quién sabe lo que pasa de puertas para adentro, Amaia —reflexiona Jaime—. A veces, cuanto más brilla una persona, más oscuridad anida en su interior.

—Eso te ha quedado muy raro, Jaime.

—Es lo que pienso. Anne os mostró su mejor cara a Mikel y a ti. Pero también tenía fisuras. Taras. Llámalo como quieras. Vuestra presencia le iba bien, creo que Anne solo era feliz en verano, porque su padre trabajaba fuera. De junio a septiembre se iba a trabajar a Francia, y eso, sumado a la presencia de Mikel, hacía desaparecer toda la amargura que la acompañaba. El resto del año no, y era tan déspota, que, si ella estaba mal, el resto teníamos que pasarlo peor —añade, y esta vez parece que cada palabra ha escupido un odio desmedido hacia Anne, aun habiéndolo disimulado delante de Amaia —. En fin, el pasado, en el pasado se queda, ¿no crees?

Amaia no dice nada. Mira a Jaime con atención, aunque tiene ganas de que se vaya, perderlo de vista y que no vuelva a irrumpir en su casa. Esta es la segunda vez que se presenta de noche. Y no le gusta. Menos mal que ya no tiene la copia de las llaves.

—Será mejor que me vaya —murmura, cabizbajo, adivinando los pensamientos de Amaia.

—Espera. Una pregunta más…

—Tú dirás.

—¿Crees que en los yacimientos pasan cosas extrañas? ¿Que ese lugar tiene algo sobrenatural? —Jaime, tenso, abre mucho los ojos. Parece no entender por dónde van los tiros. Amaia no sabe cómo formular la pregunta que le ronda al mencionar el lugar en el que Jaime aparece posando en su fotografía de perfil de Facebook, detalle que omite—. Anne y Mikel discutieron y ella se largó. A los dos, antes

de desaparecer, testigos poco fiables los vieron por los alrededores de los yacimientos… era un lugar especial para ellos, lo frecuentaban bastante.

—Ya. Mikel visitaba los yacimientos a menudo… pero era por Anne. Era Anne quien estaba obsesionada con ese lugar.

—¿Anne?

—Brujería. Anne creía en la brujería y ese era uno de los motivos por los que sentía tanta aversión hacia Adela. Pensaba que, si no se metía con ella y le infundía miedo, Adela le haría algo y se quedaría calva, en Babia para siempre o peor aún…

—Muerta.

—Que es lo que terminó pasando —se lamenta Jaime, visiblemente incómodo, poniéndose en pie.

Amaia querría decirle a Jaime que no lo saben. Porque el cuerpo de Anne nunca apareció. Pero se limita a callar porque las esperanzas de que siga viva se esfumaron hace muchos años.

Amaia acompaña a Jaime hasta la puerta pensando seriamente en volver a visitar a la madre de Anne para intentar averiguar si lo que le ha dicho es cierto, si su padre abusó de ella, algo que le pone los pelos de punta al recordar a Pascual como un buen hombre, tranquilo y trabajador.

En el momento en que Amaia abre la puerta para que Jaime se largue, aparece Alejandro con una caja de pizza en una mano y una botella de vino tinto en la otra. Mira confuso a Jaime. Se ven a diario, se consideran amigos, pero, por un momento, el cambio de escenario desubica a Alejandro. Le extraña. Que Jaime estuviera en la casa azul cuando estaba Mikel, era normal. Jaime era con quien mejor se llevaba, pero ¿qué pinta con Amaia, con quien apenas cruzó unas pocas palabras cada verano que ella venía?

—¿Qué haces tú aquí?

Y, de repente, Alejandro siente rabia. Rabia porque recuerda lo mucho que Amaia le gustaba a Jaime antes incluso de que ellos empezaran a salir. Es posible que siga gustándole ahora; no hay manera de que Jaime encuentre a alguien que le llame la atención. A eso se le llama celos, Alejandro, los mismos que siente Adela por Amaia, porque se lleva toda tu atención.

—Ya me iba, Alejandro. He venido para ver si todo va bien.

—Va bien —acierta a decir Alejandro—. Yo estoy con ella —añade, pasando por su lado y dejando la pizza y la botella de vino encima de la mesa.

—Ah. Anda. Bien, bien… La *doble A* ha vuelto —dice Jaime, sin perder el humor a pesar de todo, algo más propio en Xoan o en Ricardo que en él, que a veces, por culpa de su negatividad, se ofusca y parece que le haya pasado una apisonadora por encima—. Ya nos

veremos, Amaia —se despide, con un pie puesto en el exterior—. Hasta mañana, Alejandro. Nos vemos en el bar.

—Claro, ahí estaré.

Capítulo 52

Coaña, Asturias

Jaime

Jaime camina en dirección a su coche. No tendría que haber venido. Se le nota demasiado. La conversación con Amaia ha adquirido tintes raros que, al igual que a ella, a él también le ha dejado mal cuerpo.

Antes de subir al coche, ve una figura a unos metros de distancia. Unos ojos que lo observan, que se le clavan en la nuca. Podría irse. Hacerle caso a la intuición, esa que falla pocas veces. Pero la curiosidad siempre puede más.

—¿Quién hay ahí?

Nadie contesta. La figura no se mueve. Pero Jaime, cuya respiración agitada es el único sonido que rompe el silencio del paraje, sí. Decidido, va hacia ella, convencido de que no está confundiendo a una persona con el tronco de un árbol. De ser así, se reiría de su propia estupidez, de sus miedos, de su paranoia.

***

Mientras tanto, las luces de la planta baja de la casa azul siguen encendidas. Alejandro y Amaia salen a la terraza, dan un sorbo a sus respectivas copas de vino, un primer mordisco al trozo de pizza de queso de cabra, nueces y miel. Es la primera vez que Amaia prueba esta combinación que, al principio, por la miel, le ha parecido un tanto extraña para una pizza, pero que ahora tiene todos los números de convertirse en su favorita.

***

Jaime avanza por el camino apretando con fuerza las llaves del coche por si tuviera que utilizarlas como arma contra quien sea que esté ahí. Son solo unos metros de distancia, pero, como si estuviera dentro de una pesadilla, el camino parece estirarse cual goma de mascar y no tener fin. Sube la pendiente con pesadez, acercándose cada vez más y más a la figura que sigue inmóvil, protegida por la noche y por este rincón donde no hay ninguna farola que desvele su identidad. Parece que los pies de quienquiera que sea han criado raíces en el asfalto. Cuando por fin consigue identificarla, quien se queda petrificado es Jaime.

—Adela, ¿qué coño haces aquí?

—Shhh… que nos van a oír.

—¿Quién?

—Quienes… —lo corrige—. Los fantasmas de la noche —ríe Adela.

A nadie le sorprendería ver a Adela aquí, en mitad de la noche, porque bien es sabido en Coaña que le falta un tornillo, pero a Jaime no deja de impresionarle su actitud. Parece que no haya crecido. Adela se ha quedado estancada en los diez años.

—Anda, vete a casa, que te puede pasar cualquier cosa aquí fuera.

—A mí no me puede pasar nada. Me protegen los espíritus de la noche. —«Joder. Está peor de lo que pensaba», se calla Jaime—. Oye, Jaime, hay que separarlos. A Alejandro y a Amaia. Sé que ella te gusta, y yo llevo toda la vida enamorada de Alejandro. Podríamos haber tenido algo, pero ha tenido que venir… la muy zorra ha tenido que venir y…

—Adela, Alejandro no siente nada por ti —la interrumpe antes de que siga fantaseando, aunque Jaime sabe que a la locura es imposible hacerla entrar en razón—. Nunca ha sentido nada por ti.

—¡Mientes! —le grita, con la cara roja de ira, metiendo la mano en el bolsillo de su falda y extrayendo una muñeca pequeña hecha de tronquitos. Tiene alfileres clavados en el vientre. Jaime empieza a sospechar que no es la primera ni la única noche que Adela viene aquí, que se oculta tras un árbol cerca de la casa azul sin ser vista, para hacer lo que sea que haga con ese esperpento.

—¿Eso es una muñeca vudú?

—No eres tan tonto como pensaba.

—Estás loca, tía.

Jaime le da la espalda de regreso a su coche, atento a cualquier ruido o movimiento que Adela, imprevisible, pueda hacer. Pero ella sigue quieta y ríe mientras vuelve a clavar alfileres en el vientre de la muñeca. Lo hace con saña, como si creyera que funciona y que en este momento Amaia pudiera estar teniendo retorcijones o algo peor, una úlcera, un cáncer… a saber cuál es la verdadera intención de Adela.

A lo mejor Anne tenía razón, sopesa Jaime. A lo mejor, pese a

opinar que abusar del débil es una acción abominable, si no le hubiera infundido miedo a Adela, esta la habría destrozado. Jaime no cree en brujería ni en magia negra o artes oscuras. Anda ya. Esto es el norte de España, corren muchas leyendas, pero él, racional, solo cree en la maldad de las personas de carne y hueso. Lo que palpa, lo que ve, es lo único que existe. Jaime cree también en las acciones. En las palabras. Y en las malas decisiones impulsadas por el enfado, la rabia, los celos… qué peligrosos son los celos.

—¡No dirás lo mismo cuando Amaia caiga rendida a tus pies!

—¡Estás para que te encierren, Adela! —le devuelve el grito Jaime, desgarrando el silencio sepulcral de la noche, acelerando sus pasos y subiéndose al coche para alejarse cuanto antes de aquí. No sospecha que hay otro par de ojos que lo observan todo desde la ventana.

***

María Luisa, que ha visto cómo Jaime se ha encarado a la perturbada de Adela, podría ser la persona que está buscando para cerrar el círculo que inició la desaparición de Anne.

—Tengo una idea, Mikel, te la voy a contar, a ver qué te parece.

Capítulo 53

Coaña, Asturias
En la casa azul

Poco a poco, la angustia ha ido desapareciendo de Amaia. Desde fuera, da la sensación de que nada le preocupa. Que su día a día está libre de dolor. La compañía de Alejandro, lo que se han dicho o, más bien, lo que él ha dicho, la pizza, que estaba deliciosa, y la cantidad ingente de vino, ayuda a que se sienta, por primera vez en mucho tiempo, relajada y ligera. Es solo una farsa momentánea, una pequeña tregua que da el instante presente, pero funciona.

Los nubarrones se han ido disipando, dando paso a una visión preciosa del cielo: las estrellas titilantes alrededor de una luna menguante que Amaia, en silencio, contempla. Alejandro, sin embargo, solo tiene ojos para ella y recorre su rostro como si intentara memorizarlo, hasta que una duda le asalta:

—¿Qué habría pasado entre tú y yo si el embarazo hubiera seguido adelante?

—Que habríamos sido unos padres desastrosos.

Esa no es la respuesta que esperaba, pero le sirve. Ojalá haber tenido la oportunidad de ser un padre desastroso. Ojalá… Pensar que perdió al bebé en el instante en que Amaia descolgó el teléfono para contactar con él y que nunca pudo llegar a hacerlo, le rompe por dentro. No imagina cuánto debió de sufrir. Ahora sabe que a ella también le dolió. Que Amaia podría haber hecho las cosas de manera distinta o él podría haber viajado a Madrid y no rendirse hasta que le hubiera dado una explicación, pero es pasado. Y ahora están aquí, juntos de nuevo, hablándose sin necesidad de palabras, porque una sola mirada basta para entender que el sentimiento es mutuo, que nunca desapareció por mucho que lo intentaran, y Amaia también está pensando en recuperar el tiempo, si acaso eso es posible, porque hay cosas que nunca vuelven, como la confianza.

—¿Dónde se va la vida que no vivimos? —pregunta Amaia, echándose a reír por lo absurda que ha sonado su pregunta, fruto de haber bebido un par de copas de más—. Vaya, sonaba mejor en mi cabeza.

—Creo que lo mejor es vivir el presente y no comerse tanto el tarro. Las posibilidades de las vidas que podríamos haber tenido son infinitas, Amaia. El progreso de la física cuántica y la búsqueda de la teoría cuántica de la gravedad, sumado al desarrollo de la teoría de las cuerdas, han hecho entrever la probabilidad de la existencia de múltiples universos paralelos conformando un multiverso. Busca información, es de lo más interesante.

Amaia se queda callada y Alejandro, que se arrepiente en el acto del monólogo pedante que ha soltado sobre el multiverso, respeta su silencio. Ella nunca ha fantaseado con la posibilidad de que hubiera otra Amaia en un universo paralelo a este que hizo las cosas mejor. Piensa en otro mundo, en otra vida en la que tuvo el bebé, en la que sus padres no murieron y a Mikel, propenso a las adicciones y a un carácter autodestructivo, no se le fue la cabeza. Entonces, se da cuenta de que todo empezó con Anne. Ella fue la primera ficha de una especie de efecto dominó, provocando una reacción en cadena de otros acontecimientos igual de turbios.

—Uy, Alejandro, estamos empezando a filosofar…

—Como en los viejos tiempos.

—Sí. En los viejos tiempos filosofábamos y luego...

—Luego…

Alejandro se agacha un poco hasta quedar a la altura de Amaia. Enmarca su rostro con las manos. Hay algo aún mejor que un beso, y son esos segundos previos a la promesa palpitante de la colisión. Clava los ojos en su boca entreabierta, deseosa por acogerlo, pero Alejandro, haciéndola sufrir, resistiéndose a romper la emoción del *antes de*…, tarda un poco más, atrapado en la pregunta de si los labios de Amaia sabrán a vino afrutado como el que él nota en el paladar.

Se puede viajar al pasado de distintas formas. Repitiendo momentos, temas de conversación, miradas, emociones a flor de piel deseosas por emerger que te habían abandonado, aunque, ¿quién abandona a quién? ¿Las historias a uno o uno a las historias?

Amaia y Alejandro están como antes, igual que hace años, como cuando, después de debatir y filosofar, se pasaban horas devorándose sin que pareciera que pudieran hartarse nunca el uno del otro. Da la sensación de que nunca se han separado, de que el tiempo se ha congelado… de que siguen siendo los mismos que hace una década.

Al fin, Alejandro presiona sus labios contra los de Amaia; al principio es un roce suave, delicado, que les hace flotar. Poco a poco, el beso aumenta de intensidad. El deseo se intensifica. Las emociones explosionan con la fuerza de una supernova. Amaia entrelaza su mano a la de él y lo conduce al dormitorio. En esta ocasión, no hay fantasmas que la espanten aguardando en la cama con una sonrisa cínica. La estancia está vacía. Todo cuanto importa es lo que está

ocurriendo. El *ahora*. Nada ni nadie va a interrumpir este momento en el que Alejandro se quita la camiseta al tiempo que Amaia le desabrocha el cinturón, arrimándolo a su cuerpo y excitándola al palpar su erección. Él jadea en su oído, le muerde suavemente el lóbulo de la oreja, la desviste con prisas, no puede esperar. Caen en la cama entre risas nerviosas y gemidos roncos sin dejar de besarse, Alejandro encima de Amaia cubriéndola con todo su cuerpo, como si fuera el escudo con el que poder enfrentarse a un mundo que en los últimos años ha sido un desierto. Un vuelco en el estómago, como si muchas mariposas estuvieran revoloteando en el que dicen que es el segundo cerebro que influye en nuestro estado de ánimo y regula nuestras emociones, se apodera de la pareja cuando él se hunde en su interior. Son tantos los sentimientos que despiertan en un segundo… tanto el calor placentero, el anhelo resuelto, la necesidad de volver a ser quienes fueron…

—Te quiero —le susurra ella, enredando las manos en su pelo y olvidando, por un momento, el olor a muerte de estos últimos días infernales y la ausencia que tanto duele. Esa ausencia…

—Te quiero —le corresponde él, sintiendo que, por un momento, han vuelto a convertirse en un solo ser, profiriéndole una caricia en la mejilla y descansando la cabeza en su pecho tras un orgasmo que los ha catapultado a las estrellas, esas que siguen brillando, aunque nadie les preste atención.

Capítulo 54

Coaña, Asturias

En la casa azul

Alejandro duerme profundamente. Su respiración es pausada. Solía decir con humor que ni una banda de cornetas y tambores pasando por su calle serían capaces de despertarlo. Parece tan relajado… tan feliz. Pese a la inconsciencia, sus labios se curvan ligeramente hacia arriba dibujando en su rostro una sonrisa. Juntaron las dos camas, como hacían Mikel y Amaia cuando eran pequeños, y han tenido espacio de sobra para descansar.

Amaia no sabe qué hora es, cuando un ruido procedente del exterior la desvela. Se incorpora con pesadez, con agujetas en partes de su cuerpo que no creía posibles y una sonrisa boba que se esfuma en cuanto el ruido se intensifica y la realidad de su estancia en Coaña vuelve a su mente llenándolo todo. Es difícil dejar espacio para algo más, aunque ese «algo más» sea Alejandro.

Amaia se levanta poco a poco y sin hacer ruido, contemplando el amanecer desde la ventana. Hace frío y una bruma ligera, gris y lechosa, que dentro de un rato se teñirá de rosa y de naranja, envuelve el paisaje difuminando el contorno de las cosas. No debe de faltar mucho para que amanezca, piensa Amaia.

A medida que desciende las escaleras hasta el piso de abajo, el ruido se convierte en algo más real y cercano. Lo ubica detrás de la puerta de entrada. Amaia no pregunta. Anoche no cerraron la puerta con llave, por lo que abre de sopetón sorprendiendo a María Luisa, que no cae al suelo de puro milagro. En una mano sujeta un recipiente de cristal con aceite y en la otra una brocha. La madera de la puerta de la casa azul brilla y huele… huele raro. ¿Estaba María Luisa untando la puerta con aceite?

—Es un aceite especial —aclara María Luisa, como si embadurnar de aceite las puertas de los vecinos a las seis de la mañana fuera de lo más normal—. Estoy untando tu puerta con este aceite especial —recalca— para repeler a posibles enemigos.

Amaia cierra los ojos. Inspira hondo una, dos, tres veces… No quiere hablarle mal a la mujer que, a la vista está, necesita ayuda psicológica. Intenta ver más allá de una mente que desvaría, de una mujer mayor e indefensa a la que se la ha tachado de loca y de rara desde siempre, porque nunca ha tenido reparo en reconocer que ve cosas que los demás no ven. La vida no ha debido de ser fácil por ser como es, intuye Amaia, mirándola en silencio y recordando la cruz de sal que tenía en el lado derecho de la puerta de su casa hace unos días. Aún se pregunta para qué.

—María Luisa, sé que son días raros, difíciles… pero no necesito este tipo de ayuda. Se lo agradezco, de verdad, pero no es necesario que me llene la puerta de… de aceite.

—Un aceite especial —apunta María Luisa, levantando la mano con la que sujeta la brocha empapada de aceite cayendo en la baldosas grises del suelo. Lo está ensuciando todo.

—Vuelva a la cama. Es muy temprano…

—Déjame terminar. Me falta el marco. El marco es lo más importante.

—Como quiera… —se rinde Amaia, cerrando la puerta con delicadeza.

Ya en el salón, frunce el ceño y mira a la vecina desde la ventana, mientras busca en Google para qué sirve dibujar una cruz de sal en el lado derecho de la puerta.

—Así que es para ahuyentar la lluvia —lee Amaia divertida.

Mientras tanto y sin que Amaia le quite el ojo de encima, María Luisa, concentrada, como si lo que estuviera haciendo fuera de vital importancia, sigue embadurnando la puerta de aceite. Contra más empapada, mejor, aunque con solo rozarla los dedos queden pringosos.

¿Qué componente llevará ese aceite para que sea especial?

Cinco minutos más tarde, la mujer baja las escaleras y contempla la puerta desde la distancia. Parece conforme, satisfecha con el trabajo realizado. Finalmente, cuando Amaia la ve alejándose en dirección a su casa, se retira de la ventana. Desvelada por completo, empieza a preparar café. Quiere que, cuando Alejandro se despierte, calcula que en una o dos horas para abrir el bar, la casa azul huela a hogar. A un lugar del que no querrías salir jamás, como cuando sus abuelos vivían y la abuela se desvivía por todos. A café recién hecho y a tostadas. A mermelada casera. A instantes sencillos, los más valiosos, a pesar de las cosas malas que pasan y seguirán pasando ahí fuera y que ningún aceite untado en una puerta como quien unta mantequilla en una tostada, va a poder evitar.

Capítulo 55

Coaña, Asturias
Amaia

El asesinato de Gonzalo Bergeron no ha tardado en salir a la luz. Y lo ha hecho con detalles de lo más escabrosos. Su fotografía de perfil en Facebook en una pose relajada y sonriente desde un yate, copa los titulares de todos los periódicos del país ligado al pueblo de Coaña donde ni siquiera su madre, en pleno ataque de histeria al recibir la noticia de la muerte de su hijo, sabía qué había ido a hacer.

«En un lugar tranquilo con poco más de tres mil trescientos habitantes donde nunca pasa nada y todos se conocen…».

«¿Que nunca pasa nada?», se indigna Amaia recordando a Anne.

El nombre de Mikel Vila va asociado al de Gonzalo como su presunto asesino. A Amaia le duele en el alma que mancillen de esta forma el nombre de su hermano y que desconocidos de todo el mundo critiquen desde el anonimato unos actos que ella duda que cometiera. *Supuesto, presunto e hipotético*, son las tres palabras que más han usado los periodistas en cada una de las noticias que Amaia ha leído con el corazón en un puño en diversos portales de internet.

El agente Artos y el inspector Pelayo no la han vuelto a molestar, apartándola de los resultados que han confirmado que la pistola hallada en la casa azul es la misma de la que salió la bala que acabó con la vida de Gonzalo, y que las únicas huellas dactilares que hay en ella pertenecen a Mikel, detenido en el pasado por delitos menores, hurtos y escándalos en la vía pública. Por culpa de su mala cabeza, sus datos constan en la base policial y las coincidencias no invitan a ninguna discusión. A ojos de todos, Mikel es culpable. Fue quien, teóricamente, asesinó a Gonzalo y, sabiendo que los hermanos Arruza cumplían condena en prisión y tardarían en descubrir el cuerpo, lo escondió en el granero antes de huir. Solo Amaia sabe que alguien puso el arma debajo de la tabla rota de la habitación, que el arma no estaba donde Pelayo le dijo que la encontraron cuando ella salió de la casa azul. Que a Mikel han querido incriminarlo en algo que, tal vez, porque Amaia ya no pone la mano en el fuego por nadie, él no hizo.

Cuando Amaia lee que, tras la autopsia, el cuerpo de Gonzalo será

trasladado a Madrid y que el funeral se celebrará en dos días, piensa en la posibilidad de ir. Jaime le dijo que cuando Gonzalo vivía en Coaña solía salir con un par de tipos más mayores que también se fueron del pueblo, Asier y Fede, si mal no recuerda sus nombres. Seguro que irán al funeral, elucubra, esperanzada por la posibilidad de hablar con ellos.

Capítulo 56

Cinco meses antes

Coaña, Asturias

Enero, 2018

Incontables eran las ocasiones en las que Mikel y María Luisa hablaban de Anne. Y no solo de Anne y su desaparición, sino de mucha otra gente que desaparecía a diario y la prensa se hacía eco. La mujer se quedaba embelesada mirando sus fotografías en los informativos o en los periódicos que Mikel le compraba, e intuía dónde estaba esa gente. Qué le había ocurrido. Cómo habían sido sus últimos instantes. Ella veía esas cosas, aunque la clarividencia iba debilitándose con la edad y no era tan efectiva como le gustaría cuando el caso le tocaba de cerca y se convertía en algo más personal. Con Mikel podía hablar sin tapujos; él la creía. Con el resto de la gente… no, con el resto no podía compartir su don, aunque cuando era jovencita pensaba que sí, que era algo bueno que podía ayudar a la gente. Como en tantas otras cosas, María Luisa se equivocó. Confiar en quien no debes aplaca el poder que te otorga el don de poder ver más allá.

A menudo, María Luisa pensaba en el Triángulo de las Bermudas, el lugar donde no solo la gente desaparece, también barcos y aviones. ¿Cómo es posible perder gente así, de la nada? ¿O hasta un barco y un avión? ¿Tiene el mundo una especie de borde o de barranco, y si caes en él te pierdes para siempre?

—He visto algo, Mikel —le dijo María Luisa una tarde de tormenta en la que Mikel fue a su casa a tomar café.

—Y yo, María Luisa. Veo a Anne por todas partes —confesó. No era la primera vez—. No sé si fue buena idea regresar aquí, si me estoy volviendo loco… Es muy duro. Mucho. No puedo sacármela de la cabeza.

—Ella te está llamando. Me faltan datos, porque, como bien sabes, cuando algo me toca de cerca me cuesta ver con más claridad, pero Anne reclama tu atención ahora que has vuelto, lo ha hecho siempre.

No descansa en paz, los culpables siguen libres. Pero sus caras se me siguen apareciendo difusas, deformes como el diablo, y no soy capaz de identificarlos.

—¿En plural?

María Luisa asintió compungida.

«Podría ser cualquiera. Podrías estar hablando con ellos a diario y no saberlo», se mordió la lengua para no meterle más delirios de los que ya tenía. No quería que Mikel también tuviera ruido en la cabeza, si es que acaso algo así se puede contagiar igual que la gripe.

Luego, quieta y con los ojos cerrados como si estuviera en trance, María Luisa escondió el pulgar y el meñique en la palma de su mano y formó el número tres con los dedos sobrantes. El dedo meñique parecía querer salir también, como si una mano invisible lo empujara para que María Luisa formara el número cuatro en lugar del tres, pero tampoco fue capaz de levantarlo del todo, así que no le dio importancia. Tres… Tres habían sido los culpables de la desaparición de Anne que, desde siempre, había sido muerte, pero nadie se atrevía a formular la palabra.

—Tres —murmuró Mikel.

—Podríamos ir a los yacimientos —propuso la mujer—. Es un lugar con una energía especial, tú lo sabes. Se abren portales a otros mundos en fechas señaladas y es ese lugar el que veo, el que se me presenta cuando pienso en Anne. Soy, por así decirlo, su conducto, pero no me muestra todo lo que debería mostrarme para descubrir qué ocurrió, como si para su espíritu también fuera confuso. Como si una parte de ella, de la energía que se ha quedado anclada en el mundo terrenal, no supiera que está muerta. —A Mikel se le erizó el vello de la nuca. María Luisa siguió hablando—: Castro de Coaña. Es muy significativo para vosotros, ya lo hemos hablado varias veces.

—Sí. Anne y yo paseábamos mucho por allí cuando no había turistas. A ella le obsesionaba un poco el lugar. Nos gustaba estar solos entre las ruinas, respirar la calma que transmite... en cada ruina se percibe su historia. Las vidas pasadas que albergó. Tenías razón cuando decías que desprendía una energía única, María Luisa.

Mikel la miró con ternura. Sentía pena por la mujer, por una vida marcada por la soledad y las desdichas. La sociedad no está preparada para la gente que es diferente, especial. La repudia, la margina sin piedad. Entonces, pensó en las miradas de desprecio que él mismo recibía en el pueblo, los cuchicheos a sus espaldas. El veraneante alcohólico y drogadicto que se había vuelto loco y había matado a su novia de juventud, deshaciéndose tan bien del cuerpo que ni siquiera una decena de sabuesos habían sido capaces de dar con sus restos. Muchos lo pensaban todavía.

—Yo nunca he creído que fueras una perturbada, María Luisa —

dijo con sinceridad tras un silencio cómodo y natural—. Me gustaba hablar contigo. Antes y ahora. Siempre me gustaron tus historias. Decían que era fantasía, invenciones, leyendas… pero yo sé que eran reales. Que lo son, que hay otros mundos… otros mundos mejores que este en los que no hay violencia ni maldad.

—Mikel, regresemos a Castro de Coaña e invoquemos a Anne, a ver qué puede contarnos su espíritu. Solo así obtendremos las respuestas de lo que le ocurrió aquella noche. Aquí nadie te dirá nada, de poco sirve seguir a los tipos de los que desconfías ni intimar con ellos. Te quedarás sin respuestas por muchas visitas que hagas al cuartel o por muchas conversaciones que intentes escuchar en las sombras, ¿entiendes? Todos tienen sus secretos y se protegen los unos a los otros. Y estás llamando demasiado la atención, Mikel, me da miedo que te hagan daño —sentenció, zanjando la conversación y recogiendo las tazas de café, una manera sutil de decirle a Mikel que estaba cansada y que lo mejor era que se largara de su casa. El joven le llenaba la cabeza de ese ruido del que siempre había tratado de huir. Tenía visiones feas, tan feas… cada vez que Mikel se presentaba en su casa con la buena intención de hacerle compañía, lo veía con la cabeza llena de sangre. Sangre corriendo en regueros oscuros por su rostro cada vez más demacrado, sangre entrando por sus labios y saliendo a borbotones, sangre en los ojos, sangre manando de su cabeza destrozada… Cada vez que Mikel llamaba a la puerta, María Luisa lo veía muerto. Muerto como Anne.

Capítulo 57

Presente

Coaña, Asturias

Amaia & Alejandro

Cuando Amaia le cuenta a Alejandro su intención de ir a Madrid para acudir al funeral de Gonzalo e intentar hablar con Asier y Fede sin tener la seguridad de que vayan a estar presentes, él intenta disuadirla:

—No me parece buena idea. ¿Y si su madre te reconoce? No creo que le guste la presencia de la hermana del que cree que ha matado a su hijo.

—Ya, pero dudo que me reconozca. Yo no me acuerdo de ella, no me acordaba ni de Gonzalo. Que yo sepa, no tenía relación con Mikel, nunca vino a casa. En verano Coaña se llena de gente, tú lo sabes mejor que nadie, y después de tantos años... no, es imposible que me reconozca —insiste.

—Bueno, Gonzalo no era de nuestra pandilla. Cuando éramos pequeños jugábamos juntos porque íbamos al mismo curso, lo normal, pero él siempre prefirió ir con gente más mayor y a los catorce o quince nos distanciamos. Aun así, lo más probable es que Gonzalo también perdiera el contacto con Asier y Fede. Me acuerdo de ellos. Creo que se fueron a vivir a Bilbao. Eran problemáticos, estilo Rufus y Edgar pero elegantes. Más discretos. Vamos, unos jetas de manual. Con los de Coaña no se metían, pero siempre buscaban problemas con chavales de otros pueblos.

—¿Y si fueron ellos, Alejandro? Si Gonzalo iba con Asier y Fede, lo más lógico es que ellos tres…

—No sé, Amaia —duda Alejandro—. Si te empeñas en ir, te acompaño.

—¿Y el bar?

—El primo de Xoan viene a echarme una mano de vez en cuando.

Lo contrato en verano, cuando hay más gente. Le diré que me cubra y, si puede, voy contigo a Madrid.

—Gracias. Es muy importante para mí.

—Lo sé. Decidas lo que decidas, no te voy a dejar sola.

Hay algo de resquemor en sus palabras, en su mirada esquiva, pero Amaia prefiere pasarlo por alto. Para qué echar más leña al fuego, piensa, porque nadie mejor que ella sabe lo importante que es dejar el pasado atrás, donde nadie lo recuerde ni lo encuentre. Quizá pecó de querer ser demasiado sincera con él en vista de que el fuego entre ambos no se había extinguido. Puede que Alejandro hubiera sido más feliz en el desconocimiento, aunque eso habría supuesto esconder uno de los motivos por el que ella, a su manera, como Anne y como Mikel, también desapareció.

Capítulo 58

Coaña, Asturias

Adela

¿Que se van a Madrid? ¿Juntos, como una pareja?

No.

No lo puede permitir.

¡Será zorra!

¿A cuento de qué se van a presentar en el funeral de Gonzalo? ¿Es que esta mujer no tiene vergüenza?

Amparada por la oscuridad de esta madrugada sin luna, Adela se acerca sigilosa a la casa azul. No hay luz. Mira en dirección a las ventanas de la casa de María Luisa. No percibe que nadie la observe. Esa vieja cotilla siempre tan atenta a todo…

Son las tres de la madrugada, hasta las brujas malas duermen, ¿no? Ella sabe cuándo la ven y cuándo no. Lo percibe. Y sabe que ahora no la está viendo nadie.

Se agacha, invisible tras el lateral del coche de Amaia.

«¿A qué se dedicará?», se pregunta, admirando la carrocería resplandeciente de lo que parece un coche carísimo con matrícula francesa. Ella no entiende de estas cosas, pero debe de costar un pastizal. Aunque viendo cómo viste, igual que las parisinas que Adela solo ha visto en las películas, deduce que tiene dinero.

¿Por qué a las malas personas les sale todo bien?

Levanta el cuchillo que ha traído con la premeditación de quien sabe qué va a hacer, y pincha una rueda. No contenta con reventar una, va hasta la siguiente y la apuñala con saña, riéndose por lo bajini del ruido que hace, porque le recuerda a un pedo.

Sin intuir peligro alguno de ser descubierta, se incorpora y va hasta el otro lateral. Pincha las otras dos ruedas. La gente solo tiene una de recambio, así que ha jodido a Amaia a base de bien. Ahora las cuatro ruedas emiten un silbido al unísono que rompe el silencio denso de la noche y la carrocería se derrumba unos centímetros en el asfalto. Sin embargo, a Adela le falta algo para que Amaia tenga ganas de tirarse de un puente. Coge con fuerza el mango del cuchillo y se desahoga de

lo lindo rayando todo el lateral de la parte del conductor, desde el capó hasta el maletero. Contempla su obra de arte.

—Aquí falta algo —musita, dándose toquecitos en la barbilla con la punta afilada del cuchillo.

Camina hasta el otro lateral y escribe en letras mayúsculas: ZORRA.

«¿Me estaré delatando?», se preocupa, cuando ya está hecho y no hay vuelta atrás.

Termina de escribir la letra «A» y llega a su fin el martirio que produce en sus oídos el chirrido del metal, con el riesgo que eso conlleva al haber sido tan escandalosa.

Se le ha ido por completo de las manos.

Pero entonces la casa azul cobra vida. Se ha encendido la luz de una ventana de la planta superior. Adela, con el corazón desbocado como cuando era niña y cometía una trastada por la que su madre, rozando el maltrato, la castigaba encerrándola dos días en su dormitorio sin comer, guarda el cuchillo en el bolso y sale corriendo siguiendo la misma trayectoria que recorrió junto a Anne diez años atrás.

Capítulo 59

Coaña, Asturias

En la casa azul

—¿Qué es ese ruido? —se sobresalta Amaia, levantándose como un resorte de la cama.

Alejandro ni se inmuta, duerme profundamente y no ha oído nada. En un par de horas sonará el despertador, ya lo tienen todo preparado para emprender el viaje hasta Madrid para acudir al funeral de Gonzalo, que se celebra por la tarde, a las seis.

Amaia echa un vistazo por la ventana. A simple vista, no ve nada extraño. Ni a nadie. Ninguna figura merodeando por los alrededores con la mirada fija en las ventanas de su casa. Hasta la casa de María Luisa está completamente a oscuras; esta noche la cortina no se mueve. Pero está segura de que ha escuchado algo, de que el ruido ensordecedor y chirriante ha sido real. Ha ocurrido. Como metal… metal quebrándose.

Inquieta, baja las escaleras, abre la puerta y sale a la calle en pijama y descalza. Va hasta el coche de Mikel maldiciendo las piedrecitas que se le clavan en la planta de los pies desnudos. Está en perfecto estado. Sin embargo, cuando se detiene frente al lateral de su BMW, lee con un vuelco en el estómago la palabra ZORRA escrita con saña en la carrocería, más baja de lo normal porque las cuatro ruedas están pinchadas. Han sido acuchilladas sin piedad.

—Jo-der.

Amaia entra en casa sin tan siquiera cerrar la puerta, sube las escaleras y vuelve al dormitorio.

—Alejandro. Alejandro, despierta.

—Mmmm…

—Alguien ha pinchado las ruedas de mi coche —le dice en una exhalación, sacudiéndolo suavemente por el hombro—. Y me ha escrito en un lateral «ZORRA».

—¿Eh?

Alejandro, confuso, se despereza lentamente y mira a Amaia como

si aún estuviera dentro de un sueño. Emite un gruñido y, seguidamente, como si le supusiera un esfuerzo equivalente a levantar cien kilos de peso, se levanta de la cama. Baja las escaleras tambaleante y sale a la calle mirando con la misma incredulidad que Amaia la rayada de la carrocería de su coche y las ruedas pinchadas. Un nombre se le atraviesa y se le atraganta.

Adela. Esto lo ha hecho Adela.

¿Pero por qué? ¿Para qué?

—¿Quién ha sido? —se pregunta Amaia, más para sí misma que para Alejandro. La existencia de Adela es tan insignificante para ella, tan poquita cosa, que no la tiene en cuenta.

—Adela.

—Zorra… —murmura Amaia, recordando que esta es la palabra que utilizó para definirla, no solo a ella, también a Anne.

«¿Te crees el ombligo del mundo? Eres como Anne. Las dos igual de zorras», le dijo.

—No te preocupes. Iremos en mi coche. Y, cuando volvamos de Madrid, llamaré al mecánico para que lo venga a buscar —la tranquiliza Alejandro—. Va, tranquila… volvamos a la cama.

—Bueno, después de todo lo que ha pasado últimamente, un coche destrozado es lo de menos —se consuela Amaia, mirando al frente y a ambos lados de la calle, por si Adela sigue merodeando cerca, al tiempo que roza con la yema de los dedos el contorno de las letras grabadas con inquina en la carrocería.

Z. O. R. R. A.

Capítulo 60

Diez años antes

Coaña, Asturias
Madrugada del 24 de junio de 2008 – La noche de San Juan

—¡Zorra! ¡Puta zorra, ven aquí! —escupían al unísono.

A lo lejos, fuegos artificiales.

Y risas.

A lo lejos… tan lejos…

Anne se sentía cada vez más débil. La ropa rasgada, sucia, la piel sucia… y sangre… sangre que procedía de los arañazos que tenía en los brazos, en las manos, en las piernas…

No podían volver a alcanzarla. Porque si lo conseguían… si lo volvían a conseguir, ya no tendría fuerza para librarse de ellos.

¿De dónde salía tanta sangre? ¿Cómo había llegado a esta situación? Había niebla en su cerebro. Tenía las rodillas raspadas de tanto tropezar y caer a causa de los nervios y del camino pedregoso, sangre del puñetazo que le habían propinado en la nariz, del golpe en la cabeza, del forcejeo salvaje…

Había podido escapar, pero ¿por qué la seguían? ¿No se habían cansado? ¡¿Qué más querían hacerle?! ¡¿Por qué no la dejaban en paz?! ¡¿Por qué no paraban y la pesadilla llegaba a su fin?!

Ella solo quería llegar a casa. Tumbarse en su cama, esa cama que ahora le parecía tan inalcanzable como volver a ver salir el sol.

Lo sabía. Sentía en las entrañas que su fin estaba cerca. Era cuestión de minutos, horas… la vida se le estaba escapando. No cesarían hasta atraparla. No podían arriesgarse a que al día siguiente Anne fuera al cuartel a poner una denuncia.

Un coche pasó por su lado. Iban dos o tres chicos, la vista nublada por las lágrimas le impedía verlos con claridad.

¿Había gritado?

¿Les había pedido ayuda?

¿Se había esforzado lo suficiente para que se detuvieran y la ayudaran?

Pasaron de largo ignorando unas súplicas que no llegaron a emerger de su garganta. Tenía tanto miedo… parecía una pesadilla en la que no podía gritar, pedir ayuda, luchar, y pronto, muy pronto, se quedaría sin fuerzas hasta para seguir corriendo.

No podía ser real. No podía estar pasándole a ella.

Las fuerzas le empezaban a fallar mientras las pisadas tras ella retumbaban en sus oídos cada vez más fuertes, más amenazantes, más cerca.

Maldecían a gritos con una violencia desmedida, seguros de que no había nadie que pudiera desenmascararlos ni impedir lo que estaba a punto de ocurrir. El resto del mundo celebraba la noche de San Juan. No existía nada más que eso, nadie aparecería de la nada para salvarla.

Anne habría querido ser sorda para no oír los gritos, el odio visceral con el que querían darle caza, envalentonados por la ingesta de alcohol y el consumo de droga. Cualquiera diría que no podían tenerse en pie, pero sabían bien lo que hacían. Lo sabían. La habían pillado desprevenida. Y a eso se le sumaba la agitación de haber encontrado al fin el momento, desatando la cólera que anidaba en el interior de cada uno de ellos, la misma cólera que los había empujado a actuar, a desear cometer un crimen abominable.

—Lo siento —murmuró Anne entre lágrimas. No le salía la voz, que sonaba como un graznido—. Lo siento mu-mucho… —repetía entre sollozos, toda ella temblando de puro terror, en un intento por acallar sus voces y encontrar su perdón por años de mala conducta que, al final, habían desembocado en una locura transitoria para la que no estaba preparada.

Para la que no había escapatoria.

—¡Zorra! ¡Ven aquí! ¡No podrás esconderte!

Estaba llegando. Ya casi estaba llegando. Su única esperanza era que en los yacimientos Castro de Coaña se abriera un portal a otro mundo que se la llevara lejos de la locura de este. Un mundo paralelo al que conocemos más benévolo, en el que podría estar a salvo. Las leyendas tienen que tener algo de verdad, ¿no? Anne recordó a su madre contándole las leyendas de los yacimientos desde que era una niña.

«Mamá no miente nunca, Anne», le decía.

Por eso tenía que ser verdad.

«El portal me salvará. El portal es mi única esperanza».

Bendita inocencia, Anne…

Los cuentos para niños no son más que eso. Cuentos.

Y luego estaba Mikel, ya no eran niños que creían en la magia, pero él le aseguraba que…

… durante la noche de San Juan, se abren portales a otros mundos.

Es una noche mágica en la que puede pasar de todo. De todo, no hay límites. Porque quien cree en la magia, está destinado a encontrarla.

Mikel era el único que, desde niño, le había prestado atención a su vecina María Luisa, la rarita del pueblo, la loca, ahora interna en un centro psiquiátrico. Solo ahí, donde habitaron los celtas hace siglos, Anne podría encontrar un lugar seguro donde estar a salvo y que nadie volviera a verla nunca más.

Solo necesitaba creer.

Creer para poder ver.

Si creía con todas sus fuerzas, vería…

En momentos como ese de consternación, la esperanza, aunque se mezcle con la paranoia que nos hace creer en quimeras, es lo único que puede salvarnos.

Capítulo 61

Presente

Viaje a Madrid

Falta hora y media para llegar a Madrid, donde ya tienen reservada una habitación en el céntrico Hotel Santo Domingo para pasar la noche.

—¿Te parece si paramos? Necesito café en vena —propone Alejandro, mirando con el rabillo del ojo a Amaia, perdida en sus pensamientos.

—Claro, vamos con tiempo de sobra.

El restaurante de carretera, con una gasolinera a pocos metros y varios camiones estacionados en el aparcamiento, no se distingue del bar donde se detuvo Amaia cuando le faltaban pocos kilómetros para llegar a Coaña. De eso solo hace dos semanas. Mayo se evaporó ante sus ojos sin que su presencia en el pueblo la haya aproximado a su hermano. Junio ha llegado con la promesa de un clima cálido y la proximidad de las vacaciones de verano, pero sigue sintiendo a Mikel lejos de ella.

Alejandro pide un par de cafés con leche en la barra y se sienta a la mesa frente a Amaia, mirándola con ojos escrutadores como dos polígrafos. Ella sonríe, aunque no tenga ganas. Tiene sueño y está cansada.

—¿Qué os pasó?

—¿Cómo?

Amaia no entiende la pregunta de Alejandro. La camarera les trae los cafés, que ambos agradecen con un gesto de cabeza, y Alejandro vuelve a la carga:

—A Mikel y a ti. ¿Qué os pasó?

Aunque es un tema que a Alejandro no le incumbe de manera personal, a Amaia le fue más fácil contarle por qué se fue de Coaña sin un adiós. Esto es algo entre Mikel y ella, algo que no llegaron a remediar, y que, si él no aparece, se convertirá en uno de tantos asuntos sin resolver que quedan entre los vivos y los muertos por

dejarse engullir por el orgullo y no saber perdonar a tiempo.

Capítulo 62

Dos años antes

París
15 de abril de 2016 – 14.15 h

Amaia había quedado para comer con Gabriel, un atractivo propietario de una de las inmobiliarias de lujo más prestigiosas de París. No vendían una casa o un apartamento cuyo precio no fuera superior al millón de euros.

Amaia llegaba quince minutos tarde a su cita, aun sabiendo que la agenda de Gabriel era de lo más apretada. Pero prisas, las manos llenas (móvil, bolso, documentación…), escaleras de piedra empinadas y tacones de aguja de doce centímetros, no es una buena combinación. En el último peldaño de la escalera de piedra del edificio en el que se encontraban las instalaciones de la agencia de publicidad, Amaia resbaló y cayó. Se torció el tobillo derecho, que se puso rojo y empezó a hincharse de manera alarmante. Dar dos pasos seguidos resultaba un suplicio. Peor que un dolor de muelas. A duras penas llegó al restaurante, ubicado a la vuelta de la esquina, donde Gabriel, pese a su tardanza, la esperaba con una sonrisa. Amaia le gustaba mucho. Con un poco de suerte, sería la mujer a la que le pediría mano con un anillo que había pertenecido a su familia desde principios del siglo XX.

—Tendrías que haberme llamado. Vamos al hospital a que te miren el tobillo —le dijo con preocupación.

—No, no, estoy bien. Vamos en taxi a mi casa, solo necesito una bolsa de guisantes congelada y un masaje —propuso Amaia sugerente, antes siquiera de haber terminado el postre.

Así hicieron. Gabriel, quien no se cansaba de halagar el apartamento de Amaia, decorado con un gusto exquisito y unas vistas a la Torre Eiffel de lo más codiciadas, la ayudó a quitarse las medias y los zapatos de tacón. Sin embargo, el tobillo, que ya no podía hincharse más, era lo que menos le apetecía tocar.

—Coge una bolsa de guisantes del congelador, por favor —le pidió Amaia, tumbándose en la cama y cerrando los ojos con la intención de vaciar la mente y no pensar tanto en el dolor.

Pero Gabriel, poco acostumbrado a que le dieran órdenes, ignoró la bolsa de guisantes y el tobillo y se tumbó con cuidado encima de ella. La miró con picardía. La empezó a besar. En los labios, en el lóbulo de la oreja, en la clavícula. Bajó con sutileza el cuello de la blusa, luego el sujetador, y siguió besando sus pechos y la línea de su vientre, hasta llegar al ombligo. En el momento en que Amaia entró en su juego, con la espalda arqueada dejándose llevar por el placer, sonó el teléfono.

Eran las cuatro y media de la tarde.

—Debería contestar, puede ser del trabajo y… —murmuró, intentando incorporarse, pero Gabriel fue más rápido y la sujetó de las muñecas, impidiendo que se levantara.

—Ahora no…

Los labios de Gabriel se acercaban a su sexo cuando el teléfono dejó de sonar e, inmediatamente, quienquiera que hubiera al otro lado de la línea volvió a insistir.

—Gabriel, para… debe de ser algo importante.

Gabriel compuso un gesto de fastidio, pero dejó que Amaia, descamisada y despeinada, se levantara a contestar la llamada. El nombre de su hermano Mikel centelleaba en la pantalla. A Amaia le extrañó. Tenían una buena relación, se veían siempre que ella viajaba a Madrid y él vino a visitarla a París y se quedó en su apartamento dos semanas, pero no era habitual que la llamara. A Mikel no le gustaba hablar por teléfono, siempre decía que él era más del cara a cara.

—Mikel —contestó Amaia con la respiración acelerada, no solo porque Gabriel la había puesto a mil, sino por lo mucho que le costaba dar un paso sin que el tobillo no le doliera.

—Amaia…

La voz de Mikel se quebró. Amaia supo enseguida que algo malo había pasado y el corazón empezó a latirle tan frenético que creyó que iba a explotar. Sí. Había pasado algo malo, muy malo, uno de esos sucesos que tu imaginación catastrófica fabrica pero que casi nunca ocurren... hasta que ocurren y los recibes como si te cayera encima un jarro de agua helada.

***

Cuenca
15 de abril de 2016 – 12.05 h

Mikel apenas recordaba cómo había llegado a Cuenca. La noche se

le había ido de las manos, no era la primera vez que le ocurría. Solo tenía la seguridad de que había salido con Pedro y de Pedro ni rastro.

A las ocho de la mañana, la Guardia Civil lo detuvo por exceso de velocidad. Fue tal el nerviosismo y la confusión de Mikel, que condujo unos cuantos kilómetros más sin detenerse, tal y como le advertían las luces del coche policial que iba detrás. La persecución por las calles de Cuenca agravaron el delito de conducir bajo la influencia de estupefacientes y con un nivel de alcohol en la sangre que casi dispara el sensor del alcoholímetro. Por si eso no fuera poco, Mikel se encaró con los dos agentes, que no se lo pensaron dos veces a la hora de esposarlo y llevarlo a las dependencias policiales, donde tenía derecho a realizar una llamada.

Ya había cumplido los veintiséis, pero se sintió como un crío de tres necesitado de papá y mamá para que lo sacaran del apuro.

—Tranquilo, Mikel, llamo a tu padre para que venga y vamos para allá —le dijo su madre, quien llevaba tiempo ocultando la pena y la angustia que sentía al ver cómo la vida de su hijo se descarriaba sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

Pero los padres de Mikel y Amaia nunca llegaron a las dependencias policiales de Cuenca, donde el hijo los esperaba sollozando, muerto de sueño y de cansancio, con los ojos rojos y el alma partida en mil pedazos, a medida que la euforia de las drogas se iba disipando y fue capaz de verlo todo con más claridad, derrumbándose en el acto.

—Qué he hecho… qué he hecho —lloriqueaba Mikel, ante la mirada de desprecio de los agentes y las risas de un par de presos, acostumbrados a entrar y salir de comisaría como quien entra y sale de un bar.

Mikel no tardó en enterarse de que había habido un accidente de tráfico en la A-3 a la altura del término municipal de Villares del Saz. Y que los dos ocupantes del vehículo que habían fallecido en el acto a causa de una fuerte colisión, eran sus padres. El corazón de ambos, atrapados bajo el amasijo de hierros en el que se había convertido el coche, se detuvo alrededor de las dos y cuarto del mediodía, justo en el mismo instante en que, a poco más de mil trescientos kilómetros, Amaia resbalaba en el último peldaño de unas escaleras de piedra empinadas y se torcía el tobillo.

Capítulo 63

Presente

Viaje a Madrid, en un bar de carretera

Cuando Alejandro se enteró del fallecimiento de los padres de Mikel y Amaia, era tarde. El funeral ya se había celebrado. Habría viajado a Madrid, aunque temía volver a ver a Amaia, y más en esas trágicas circunstancias. Así que Alejandro se limitó a escribirle un mensaje a Mikel que jamás contestó. Con Amaia no sabía cómo contactar. Lo único que sabía de ella era que vivía en París porque algo oyó por el pueblo, pero no tenía su número. Podría haberlo conseguido, pero… en fin.

La vida.

Ahora, sentado frente a Amaia, que tiene los ojos vidriosos a causa del recuerdo, puede sentir la herida con la que tendrá que convivir y el arrepentimiento por todo lo que le dijo a Mikel en el cementerio, delante de todos los asistentes, cuando los operarios introducían los ataúdes en sendos nichos, uno al lado del otro.

—Le dije que él los había matado. Que estaban muertos por su culpa, por su mala cabeza, por su egoísmo. Fue como despertar después de estar un par de días en coma, como si no fuera yo quien estuviera viviendo esa desgracia. Le pegué. Empujé a Mikel, cayó al suelo. No derramó ni una lágrima. No se resistió ni se defendió. Solo me… me miró con lástima, una lástima que no pude soportar y… Me abalancé encima de él y seguí golpeándole, mientras le gritaba que era un asesino. Tuvieron que sujetarme y apartarme, porque, en ese momento, lo habría matado. Se me fue la cabeza. Se me fue… —rememora Amaia entre lágrimas, frenando en seco su relato para darle un sorbo breve al café. La camarera, desde detrás de la barra, mira mal a Alejandro pensando lo que no es, que él está rompiendo con ella, que le ha sido infiel, o a saber qué película se estará montando dentro de su cabeza para ocupar el rato muerto en el que no ha entrado ningún otro cliente—. Obviamente, nuestra relación se acabó. Arreglamos el tema de la herencia y volví a París. Mikel se quedó en Madrid, en el piso de nuestros padres, hasta que un año después

volvió a Coaña. Me llamó para decírmelo y para preguntarme si me parecía bien que alquilara el piso de Madrid a una pareja que estaba interesada. Le dije que me importaba una mierda lo que hiciera con el piso, con la casa de Coaña y con su vida. Colgó. Y luego, en marzo, llegó el mensaje en el buzón de voz. Y a finales de mayo, pocos días antes de que yo volviera a Coaña, el mensaje: «Sigo aquí».

—¿Por qué te dijo que no ibas a poder salvarlo esta vez?

—Supongo que dijo eso porque al final fui yo quien lo tuvo que sacar de las dependencias policiales de Cuenca. Antes de llamarme para comunicarme el accidente, lo destrozó todo. Pegó a un par de presos. Le rompió la nariz a un agente. Tuvo suerte de que no lo denunciaran, de que diera con gente comprensiva que en su lugar también habrían tenido un momento transitorio de locura. Le permitieron llamarme cuando se calmó. Al día siguiente fui a recogerlo y estaba ido y yo desolada… Aún no podía creer que mis padres estuvieran muertos, ni siquiera sabía qué hacían todos en Cuenca, pero Mikel balbuceó algo así como: gracias por salvarme. Lo repitió un par de veces.

—Joder, Amaia. Siento todo lo que…

—Ya, ya está. —Amaia barre el aire con la mano y sacude la cabeza. Lo que menos necesita ahora es compasión. Odia que se compadezcan de ella, odió a Gabriel por esa misma mirada compasiva que ahora le dedica Alejandro—. Me he repetido tantas veces que fue un accidente, que mis padres tenían su destino final escrito en ese momento y en ese lugar, al que habrían acudido por otros motivos ajenos a Mikel, que ha empezado a doler menos. Ya no lo culpo. No sé en qué momento dejé de culparlo y de sentir rencor, simplemente pasó y ya está, pero pensar que es posible que Mikel también esté muerto, me mata. Porque no pude hacer las paces con él. Decirle que le quiero, que es mi hermano, que siento mucho lo que le hice en el cementerio… Que… que siento mucho lo que hice. —A Amaia la voz se le quiebra poco a poco hasta doler. El nudo atenazándole la garganta aprieta, aprieta cada vez más fuerte, más intenso…—. Que él no tuvo la culpa… no, no la tuvo, solo estaba enfermo… solo necesitaba a alguien que le tendiera una mano para salir del pozo en el que se había metido.

De nuevo la asalta la certeza de que la desaparición de Anne fue el suceso que lo desencadenó todo. Que Mikel enloqueciera, que sus padres murieran, que ella se alejara de Coaña, del amor, de la vida que no se permitió elegir…

Capítulo 64

Coaña, Asturias
María Luisa

—¿Estás de acuerdo, Mikel? Porque, cuando lo haga, no habrá vuelta atrás. Todo se va a precipitar y no sé… en realidad, no sé si es lo que quieres.

María Luisa inspira hondo y murmura muy bajito:

—Que se callen las voces, que se callen. Que vuelva el silencio, que vuelva. Que todo termine. Que quien hizo daño pague las consecuencias. ¿Sí? ¿Eso es lo que quieres, Mikel? ¿Seguro? Pues allá que voy. Vuelvo en un rato.

María Luisa sale de casa y se detiene frente a la casa azul. No hay vida en su interior, poco queda del brillo del aceite especial con el que bañó la puerta de entrada, y a la mujer le parece volver a ver a Antonino tras la ventana de una de las habitaciones del piso superior haciendo de las suyas.

Pero no, en la casa azul hoy no hay nadie.

Amaia y Alejandro han salido temprano hacia Madrid, lo raro es que María Luisa no se haya enterado.

—Antonino… qué bruto, qué monstruo, qué fuerte te dio en la cabeza, Mikel, qué fuerte…

Baja la calle More a paso de caracol.

María Luisa, eres ágil, pero ¿quién volviera a tener las piernas de una de veinte, eh?

Gira a la derecha, avanza despacito bajo un sol de junio abrasador ignorando a los vecinos que encuentra a su paso y que la miran como siempre la han mirado, como si no fuera más que una chiflada que habla sola y oye voces y ve cosas que no existen. Y entonces, María Luisa piensa en Adela, pobre Adela, en que solo ella sabe cómo se siente la joven.

Deja atrás la Parroquia Santa María de Coaña donde unas ancianas congregadas cuchichean sobre María Luisa en cuanto la ven pasar, y se mete por un camino de tierra flanqueado por campos donde pastan las vacas que conduce a la calle Real. Y ahí, cuatro casas más adelante, se detiene frente al buzón con la pintura verde

descascarillada de la casa de Jaime.

—Que se callen las voces, que se callen… —sisea María Luisa, asegurándose de que no haya nadie cerca que pueda estar viéndola, al tiempo que introduce la mano en el bolsillo del delantal y extrae la tarjeta de memoria de una cámara que ya no existe y que perteneció al muerto, Gonzalo Bergeron—. Ahí va, Jaime. Mikel dice que sabrás qué hacer con esto. Espero que tenga razón.

Capítulo 65

Madrid
En el funeral de Gonzalo Bergeron

Después de dejar las maletas en la habitación del hotel, Amaia y Alejandro han comido en Casa Ciriaco, restaurante mítico situado en la calle Mayor cerca de la Catedral de la Almudena, donde han degustado sus famosos callos a la madrileña. Luego, han regresado al hotel a darse una ducha y a cambiarse de ropa.

Hacía años que Alejandro no se ponía un traje chaqueta y mucho menos una corbata que le ha tenido que anudar Amaia, cuyos ojos han recorrido su cuerpo imaginándolo así, tan guapo, esperándola en el altar. Ha emitido un suspiro sin que Alejandro haya adivinado qué se le pasaba por la cabeza en esos momentos. Y, lo que ha sido un día relajado en el que Amaia y Alejandro han paseado por las calles de Madrid cogidos de la mano como una pareja más, se convierte en un torbellino de emociones al llegar a las puertas de la iglesia y mezclarse con los familiares y amigos de Gonzalo Bergeron.

A lo lejos, han visto a Amparo, la madre, deshecha y aturdida bajo los efectos de algún tranquilizante, sin poder apartar la mano de la tapa del ataúd donde reposan los restos de su hijo. Lo que no esperaban, es que hubiera periodistas esperando en el exterior de la iglesia.

El funeral de Gonzalo Bergeron, el banquero asesinado en su pueblo natal, Coaña, *supuestamente* por Mikel Vila, aparecería en la crónica de sucesos de la mayoría de los periódicos del país y en los informativos.

—Pobre mujer —se lamenta Amaia, entrando en la iglesia junto a Alejandro y mirando a su alrededor en busca de Asier y Fede, por si sus caras les suenan vagamente de haberlos visto durante algún verano, pero confiando también en que Alejandro los reconozca sin problema.

—Ha pasado mucho tiempo, es complicado —murmura Alejandro, levantando la cabeza y dirigiéndola a los asistentes, vestidos de riguroso luto, sus gestos compungidos de pena y de rabia por una muerte temprana en circunstancias violentas e injustificables.

De entre toda la palabrería del párroco, Amaia se queda con una frase: «Amar implica sufrimiento, pero siempre merece la pena». Mira con el rabillo del ojo a Alejandro, quien ahoga un bostezo de puro aburrimiento, y una imperceptible sonrisa se dibuja en sus labios. No está sola. Años evitando amar con todo su corazón para ahorrarse el dolor que a veces implica, y ahora moriría por volver a vivir un amor inocente y sin sombras como el que sintió por el mismo hombre que, viniendo con ella a Madrid, le ha demostrado que, pase lo que pase y aunque aún queden rencillas, siempre podrá contar con él.

Cuando la misa llega a su fin y la iglesia se queda durante unos minutos en silencio, de los primeros bancos salen seis hombres que cargan el ataúd sobre sus hombros hasta la salida. Alejandro mira con atención a los dos que se colocan en la segunda fila y le da un codazo suave a Amaia.

—Esos de ahí son Asier y Fede —le susurra al oído.

Capítulo 66

Madrid
En el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena

Ha costado, pero por fin Alejandro y Amaia tienen a Fede y a Asier frente a ellos. Se encuentran en la salida del cementerio, donde los aullidos de la madre, que se niega a separarse de la tumba de su hijo, enmascara los murmullos de los más rezagados.

—Qué putada, Alejandro —se lamenta Fede, prestando especial atención a Amaia, como si creyera haberla visto antes pero no sabe ni cuándo ni dónde.

—Es Claudia, una amiga —se adelanta Alejandro, precavido, inventándose una nueva identidad para Amaia, porque no querría que Asier y Fede la increparan por ser hermana de Mikel. Con un poco de suerte, en verano iban a su rollo y tan colocados, que lo más probable es que nunca se fijaran en Amaia, quien ha pasado desapercibida porque, ¿quién va a sospechar que la hermana del *supuesto* asesino de Gonzalo haya asistido al funeral?

Por otro lado, a Amaia le da un vuelco el corazón. Porque Claudia es un nombre que le encanta a Alejandro. Siempre decía que, si llegaba a tener una hija, la llamaría así.

—¿Nos hemos visto antes? Me suenas mucho, Claudia.

—A mí también —interviene Asier frunciendo el ceño.

—Tengo una cara muy común —alega Amaia, sin que Asier y Fede noten sus nervios.

—No tan común —le guiña un ojo Asier, que no parece tan afectado como Fede por el asesinato de Gonzalo.

—¿Tenías contacto con Mikel? —pregunta Fede, volviendo a centrar su atención en Alejandro, mientras Amaia, en un segundo plano, trata de mantenerse imperturbable ante la conversación que están a punto de iniciar.

—Venía al bar cada tarde. Se juntaba con Xoan, Ricardo y Jaime.

—Vaya pájaros —sacude la cabeza Asier.

—No son peores que Mikel —comenta Fede, mirando con severidad a su amigo.

—Sé que las pruebas son obvias; de hecho, demasiado obvias, ¿no creéis? —empieza a decir Alejandro en voz baja—. Pero tengo motivos para creer que a Mikel le han tendido una trampa. —Fede y Asier se miran con complicidad. Parecen estar sopesando las palabras de Alejandro—. Desapareció el mismo día en que se deduce que mataron a Gonzalo.

—Pero Gonzalo mató a Anne. Mikel tenía todo el derecho a cargárselo. Ojo por ojo… —les sorprende Asier, que recibe un codazo de Fede, quien parece no estar de acuerdo con su amigo.

—Lo dices bastante convencido, Asier —tantea Alejandro, centrando toda su atención en él e ignorando a propósito a Fede, quien a cada minuto que pasa parece más incómodo.

—Es que…

—Asier, tío —le recrimina Fede.

—Joder, Fede, Gonzalo ya está muerto, ¿qué le va a pasar? Nosotros siempre supimos que Gonzalo tuvo algo que ver en la desaparición de Anne.

Fede pone los ojos en blanco, le fastidia que Asier esté hablando más de la cuenta con Alejandro, que no es más que un conocido del pueblo, ellos nunca fueron amigos de él.

—¿Estás seguro de que solo fue Gonzalo? ¿De que no hubo más implicados en la desaparición de Anne? —inquiere Alejandro, y de nuevo los amigos de Gonzalo se miran, decidiendo si hablar o no. A Alejandro se le nota que ha venido al funeral no por compromiso o porque tuviera una estrecha relación con el fallecido, que no era el caso, sino para encontrar respuestas; sin embargo, le importa un comino lo que piensen de él.

—A ver, Fede no estaba esa noche en Coaña, pero yo sí —confiesa Asier, mirando con el rabillo del ojo a su amigo, con quien ha hablado del tema mil veces, pero eso es algo que ni Alejandro ni Amaia sabrán —. Medio pueblo estaba colado por Anne, pero había otro tanto por ciento que la odiaba y había varios que se la tenían jurada. Uno de tus amigos, sin ir más lejos.

—¿Uno de mis amigos?

—Jaime. ¿Era Jaime, Fede?

Fede asiente en silencio, mirando a Alejandro con gravedad, como si supiera más de lo que está dispuesto a contar. Sus labios están sellados, Fede consideraba a Gonzalo un buen amigo desde que no levantaban un palmo del suelo, aunque hacía año y medio que no se veían.

—¿Que Jaime se la tenía jurada a Anne? ¿Por qué?

—Tío, ¿pero tú en qué mundo vives? ¿Seguro que eres de Coaña, como nosotros? —se burla Asier. No obstante, se desvía del tema de Jaime y vuelve a la noche de San Juan de 2008—: Me acuerdo de la

noche de San Juan, la de 2008, cuando pasó lo de Anne. Gonzalo estaba con nosotros y, de pronto, desapareció. Lo vi yéndose con alguien, y no me preguntes con quién ni la hora, porque ni idea. No le di importancia. Pero después de la desaparición de Anne, no volvió a ser el mismo. Se notaba que había algo que le preocupaba.

—Hasta que vino a vivir a Madrid y encauzó su vida —apunta Fede, pensativo, mordisqueándose una uña.

—Has mencionado a Jaime. ¿Por qué Jaime se la tenía jurada a Anne? —quiere saber Alejandro, consciente de que indagar en el pasado y en lo que le ocurrió a Anne es clave para descubrir el paradero de Mikel, que es lo que más le interesa a Amaia ahora.

—Antes de que Anne desapareciera, Gonzalo nos contó que se había liado con Jaime.

—Hombre, liarse no sería la palabra, Asier… —rectifica Fede.

—Ya. Ya, es verdad. El caso es que nos pasamos la tarde riéndonos de lo que Anne le había hecho.

—¿Anne con Jaime? ¿Y qué le hizo?

Alejandro mira a Amaia desconcertado. Asier sigue yéndose de la lengua ante la desaprobación de Fede:

—Sí, tío, ¿no sabías nada? Joder, yo pensaba que lo sabía todo el pueblo. Básicamente, Anne había dejado a Jaime en pelota picada en mitad de un descampado. Se llevó su ropa y el chaval tuvo que recorrer medio pueblo hasta su casa como su madre lo trajo al mundo. Por suerte, era de noche, pero se ve que hacía un frío de cojones y algún vecino lo vio.

Amaia sacude la cabeza, piensa en su hermano, en el daño que Anne le hizo, en lo mal que lo vio la noche de San Juan en la que discutieron. Mikel lo sabía. Tenía sus motivos para estar dolido y cabreado con Anne. Sabía que Anne lo había engañado, que había estado con otros… Mira con el rabillo del ojo a Alejandro intentando descifrar algo que le diga que él también…

«No pienses en eso —se reprende Amaia internamente—. Ahora no, no es el momento».

—¿Sabéis si alguien más, aparte de Jaime, se la tenía jurada a Anne? —vuelve a preguntar Alejandro, ajeno a la batalla interna de Amaia.

—Uff… —resopla Asier—. Gonzalo, claro, con Gonzalo también tuvo un *affaire* unos meses antes de San Juan. No sé si fue antes o después de lo de Jaime, mi memoria no da para tanto… Anne estuvo con Gonzalo una o dos veces, él quería más, pero ella se rio de él. Se reía de todos, tío, menuda… ¿Y con Antonino? ¿Puede ser, Fede?

—Bah, qué va, a Antonino lo tenía loco, pero nunca tuvo nada con ese. Se ha hecho policía, ¿no?

—Sí, es Policía Local en Coaña —confirma Alejandro con un nudo

en la garganta.

—En fin, que Anne se rio de todos ellos e hizo muchos enemigos en el pueblo, tío, esto es así —zanja Asier, sin filtros y sin fijarse en cómo las mejillas de Amaia se encienden de rabia.

—Espero que encuentren a Mikel —desea Fede, dándole una palmada en el hombro a Alejandro a modo de despedida.

—Sí. Nosotros… yo también —acierta a decir Alejandro, antes de que los dos amigos se alejen cuchicheando entre ellos—. Bueno… pues aquí ya no tenemos nada más qué hacer, ¿no? ¿Vamos a tomar algo y a cenar por el centro?

—Sí. —Amaia clava la vista al interior del camposanto, donde la madre de Gonzalo sigue arrodillada frente a la tumba invadida por coronas de flores que poco a poco irán desapareciendo. Tiene la espalda encorvada, como si estuviera preparándose para recibir más golpes, latigazos invisibles que la marquen de por vida, pese a no haber golpe más fuerte que la pérdida de un hijo, y si a eso le sumas que las situación ha sido poco esclarecedora, el dolor se multiplica—. Ha merecido la pena venir, Alejandro. Y creo que…

—Crees que… —la anima a seguir, en vista de que Amaia se ha quedado muda.

—Creo que sé quién fue. Quién más fue, además de Gonzalo.

—¿De quién desconfías?

—De Artos. Antonino. ¿Quién, si no, dejó el arma en la habitación para incriminar a Mikel? No estaba ahí cuando me fui, Alejandro, ya te lo dije, no estaba ahí… y es la manera que tiene Artos de que mi hermano cargue con las culpas… esté donde esté. Y de Jaime… Sobre todo, desconfío de Jaime.

—¿Jaime? Pero si es un buenazo. Él fue quien denunció la desaparición de Mikel, quien más preocupado estaba por él. Aunque Anne le hiciera esa gamberrada, de la que yo no sabía nada, por cierto, es imposible que Jaime tuviera algo que ver en lo que sea que le pasó.

—Ya… Pero es que tenía una copia de las llaves de mi casa —rebate Amaia tensando el semblante—. Ha venido dos veces, la primera entró sin permiso, dándome un susto de muerte. Además, le cuesta mirarme a la cara. Cuando me habla, no me mira a los ojos, y puede ser una tontería, un detalle sin importancia, pero eso siempre me ha dado mala espina en las personas. Y, como dices, también es quien más relación tenía con Mikel, ¿no? ¿Y si Mikel se acercó a él a propósito, sabiendo que fue uno de los que hicieron desaparecer a Anne? La preocupación se puede fingir, Alejandro. Y Jaime podría haber estado fingiendo todo este tiempo.

Capítulo 67

Coaña, Asturias
En casa de Jaime

El bar sin Alejandro detrás de la barra no es lo mismo. Es, para Jaime, el único hombre con un poco de sesera en el pueblo, aun cuando es incapaz de quitarse de la cabeza el desprecio con el que lo trató anoche en casa de Amaia. Le molestó que fuera a verla. No tendría que haber ido a verla. Pero si Alejandro no tiene nada que temer, se lamenta. Amaia, muy a su pesar, nunca se fijaría en alguien como él. Está a años luz de su alcance.

Esta tarde, al acabar la jornada, Jaime se ha tomado un quinto junto a Xoan y Ricardo. Qué aburrimiento de rutina. Qué cansado está de que cada día sea igual, de sentirse tan solo… Jaime parece estar viviendo siempre en el mismo día, como en una de sus películas favoritas, la de *Atrapado en el tiempo*, protagonizada por Bill Murray, aunque si hay una película que ha visto en bucle como siente que es su vida, esa es la de *Regreso al futuro*. Así que hoy Jaime se ha largado del bar sin dar explicaciones a los diez minutos de haber llegado. Ricardo reía y Xoan le ha soltado despectivamente cuando salía por la puerta:

—¡Jaime, tío, que estás *amariconao*!

Qué pocas luces tienen los muy imbéciles. En el fondo, no se diferencian tanto de los hermanos Arruza, esos a los que tanto critican.

Es lo que tiene ver a diario las mismas caras, Jaime, que al final la conversación se acaba y te cansas de la compañía. Hoy, además, el escenario era distinto, no solo por la ausencia de Alejandro. Tampoco estaba Adela, a quien Xoan y Ricardo les gusta chinchar, una manera estúpida de pasar el rato. Como si esos dos no tuvieran defectos…, rumia Jaime, estacionando el coche delante de su casa.

Sale del coche y lo primero que hace es abrir el buzón, porque aunque Jaime reniegue de su rutina, considera que es algo que lo mantiene cuerdo y estable. Pero al abrir la portezuela, no hay facturas o folletos de publicidad, sino una tarjeta de memoria que Jaime coge como si fuera un explosivo capaz de estallarle en la cara. Y eso es lo

que va a hacer, le va a estallar en la cara, pero él todavía no lo sabe. Cómo es posible que un objeto tan minúsculo pueda albergar algo tan grande capaz de destrozarte.

—Pero qué… ¿qué es esto?

Jaime siente que se le corta la respiración, porque *esto*, sumado al asesinato de Gonzalo y a la desaparición de Mikel, no puede ser nada bueno. Mira a su alrededor con desconfianza por si quien lo ha dejado anda cerca para asegurarse de que la tarjeta ha llegado a su destinatario. Él. Pero no hay nadie, solo Fernando, el vecino mayor de la casa de al lado, regando los geranios que sobresalen de la valla pintada de rojo, indiferente a su llegada y a lo que sea que contenga la tarjeta que Jaime sostiene con recelo.

Se rasca la cabeza, ahí donde la alopecia se está empezando a ensañar con él, y avanza con rapidez hasta la entrada de su casa como si temiera que alguien le fuera a atacar por la espalda. Abre la puerta y busca el ordenador portátil. Le da tan poco uso que, cuando lo encuentra, tiene que expulsar una fina capa de polvo y enchufarlo al cargador. Pasados cinco minutos, abre la tapa, lo enciende, y, cuando la pantalla cobra vida, introduce la tarjeta en la ranura correspondiente.

Le sale un archivo mp4: ANNE.

¿Quién le ha dejado esto en el buzón?

Tras una inspiración profunda que no logra calmar los nervios ni evitar el sudor que le perla la frente, dirige el dedo índice al archivo de vídeo y lo pulsa dos veces. El vídeo se abre como una puerta al pasado. En la parte inferior aparece la fecha de grabación: 24/06/2008.

La madrugada en la que Anne desapareció.

La persona que grababa, corría y temblaba; Jaime contempla inquieto un plano secuencia que le provoca un ligero mareo, como le ocurrió cuando fue al cine a ver *El proyecto de la bruja de Blair*.

Un vuelco de terror en el estómago se apodera de Jaime cuando oye los gritos y las risas de los descerebrados que, sí, está seguro, persiguen a Anne por los alrededores de los yacimientos Castro de Coaña. El paraje, rodeado de frondosos árboles, es oscuro y siniestro. Durante los siguientes segundos, la imagen tiembla con tal intensidad, que da la sensación de que la cámara va a terminar cayendo junto al que la sostiene.

Y entonces…

… Jaime reconoce la voz de Gonzalo, que es quien sostiene la cámara, al chillar lleno de odio y de rabia:

—¡Zorra! ¡Puta zorra, deja de correr, joder, ven aquí!

Reconoce a Antonino:

—¡Ahora no te ríes, eh! ¡Serás puta! ¿Tienes miedo, Anne? ¿Tienes

miedo?

Y reconoce la risa de un tercero, rezagado detrás de Gonzalo y de Antonino, tan borracho que apenas es capaz de vocalizar, que de repente se adelanta a los otros dos, gira la cabeza y le hace un guiño al objetivo de la cámara:

—¡No te escondas! ¡Vamos a pasarlo bien, Anne, hoy vas a ser tú la que corra por el pueblo en bolas!

No. No. No. No.

—No puede ser. No puede ser, yo no estaba ahí… joder, yo no estaba ahí, no me acuerdo de nada —le dice al vacío con la peor de las angustias y los ojos anegados en lagrimas—. ¡Yo no hice nada, joder, no me acuerdo de nada! —chilla para sí mismo, histérico, con el corazón latiéndole a mil, dando un golpe sobre la mesa que hace que el portátil se tambalee.

La cámara sigue grabando, pero Gonzalo ya no la sostiene. La ha dejado en el suelo, volcada, el contorno de una brizna de hierba se intuye en la esquina derecha de la pantalla. Ahora el plano es estático, aunque torcido, no hay pulso tembloroso que siga sosteniendo la cámara que sigue grabando lo que, como animales, bestias salvajes sin derecho a seguir respirando, le hicieron a Anne.

Gonzalo.

Antonino.

Jaime.

Todo se reduce a una imagen oscura congelada en el tiempo.

Empujan a Anne al suelo, se abalanzan encima de ella, que llora, se resiste, les pide perdón, perdón por todo lo que les ha hecho… Parecen poseídos, como si no fueran conscientes de sus actos, porque, si fueran conscientes de lo que están haciendo, de lo que hicieron, ¿lo habrían hecho?

Son monstruos. Esa noche se convirtieron en monstruos.

Jaime va a estallar; los gritos de Anne desde el pasado son insoportables. Su agonía, la desesperación… Una desesperación que se va desvaneciendo, mientras ellos siguen forcejeando encima de ella sin que tenga la fuerza suficiente para deshacerse de sus garras. Anne, rendida, se queda quieta, pensando que si se resiste puede ser peor… que si cierra los ojos la pesadilla llegará a su fin.

—¡Si te resistes es peor!

Jaime no sabe quién dijo eso. Si Antonino, Gonzalo o… o él. Anne les había puteado mucho a lo largo de los años. Mucho. Con Gonzalo se había liado un par de veces, después le dio por ignorarlo, insultarlo, decirle que no valía para nada, que la tenía pequeña… Fue diciéndole a todo el que la escuchara que Gonzalo la tenía pequeña. Buff… Gonzalo la odiaba.

A Antonino lo calentaba para luego dejarlo con las ganas y reírse

de él. Una noche, en el pub *Conde*, Anne le dio un bofetón delante de mucha gente.

A Anne le encantaba reírse de ellos, y ellos, por vergüenza, agachaban la cabeza, asumían y callaban.

A Jaime, sin ir más lejos, una tarde, después de provocarlo, lo llevó a un descampado con la promesa de liarse (todavía no habían cumplido los dieciocho años), le dijo que se quitara la ropa y que le diera la espalda. Anne, entre risas y con malicia, cogió toda su ropa, deportivas incluidas, y salió corriendo dejando a Jaime como su madre lo trajo al mundo con toda la vulnerabilidad que estar desnudo implica. Ya había anochecido, no se enteró mucha gente, pero la que sí, siguen riéndose de lo que Anne le hizo. Alguna vez, rememora ahora Jaime, Antonino, Gonzalo y él comentaron que tenían que darle su merecido, pero eso… eso fue ir demasiado lejos, y lo peor es que el alcohol y los porros que Asier le pasó a Gonzalo provocaron que se mostraran agresivos. Que le hicieran daño. Que al día siguiente, por lo menos él, no recordaran nada.

¿Pero cuánto daño le hicieron?

Jaime sigue con los ojos clavados en el vídeo en el que nada ha cambiado. Antonino, Gonzalo y él siguen haciéndole a Anne lo que les da la gana, hasta que el objetivo de la cámara capta algo nuevo e inesperado que llama su atención.

Una cuarta persona.

Hubo una cuarta persona a quien Jaime no es capaz de identificar. No lo reconoce. Unas deportivas se plantan delante de la cámara con una determinación que a Jaime le hace sospechar que, quienquiera que fuera, no estaba bajo los efectos de la droga y el alcohol como ellos. El tipo no habla, no se le ve la cara… en todo momento le da la espalda al objetivo.

Pies grandes, espalda ancha…

Podría ser cualquiera.

—Sácanos de ahí —le pide Jaime entre lágrimas, pese a ser consciente de que nada de lo que diga ahora va a cambiar el pasado —. Sácanos de ahí —repite frotándose la cara—. Ayuda a Anne… ayúdala…

El cuarto chico aparta a Antonino. Bien. Aparta a Gonzalo. Genial. Y aparta a Jaime, que cae de espaldas al suelo entre jadeos, la mirada al cielo estrellado, sí, esa noche el cielo estaba estrellado, algún que otro fragmento se cuela en su memoria, y, a lo lejos, estallan fuegos artificiales.

Pum. Pum. Pum.

Se oyen a lo lejos. Muy lejos…

Anne no se mueve. Ha dejado de gritar, de luchar por su vida, de

resistirse…; sin embargo, de su garganta Jaime alcanza a oír un jadeo lento y agónico que le pone los pelos de punta.

El cuarto chico, una silueta salvaguardada por la oscuridad de la noche que sigue de espaldas a la cámara, en lugar de socorrer a Anne, de levantarla, de darles la paliza que merecen…, se coloca encima de ella y…

—Joder… Joder…

Han transcurrido… Jaime no lo sabe. Tres minutos, cuatro, cinco, diez…, desde que el cuarto chico se colocó encima de Anne moviéndose encima de ella como un puto león enjaulado.

Jaime se ve a sí mismo desenfocado, tumbado e inconsciente, como Gonzalo, que debía de estar cerca de la cámara, que seguía grabando, grabando todo lo que sucedió…

Antonino y el cuarto chico se largaron entre risas, como si no hubieran hecho nada malo. Pasaron por delante de la cámara sin reparar en ella, dejando a Gonzalo y a Jaime abandonados a su suerte en los yacimientos.

Jaime frunce el ceño, extrañado. Anne sigue tumbada, apenas se mueve, pero llora… llora y está viva. Estaba viva cuando Antonino y el cuarto desgraciado se marcharon mientras Gonzalo y él seguían inconscientes.

A través de la pantalla, Jaime ve a Anne respirar lentamente y con dificultad, pero ellos no la mataron ni escondieron su cuerpo. Ellos fueron unos cabrones que abusaron de ella mientras el resto del mundo, ajeno a esta desgracia, estaba de fiesta a pocos kilómetros de distancia, y el recuerdo de sí mismo diez años atrás abriendo los ojos desconcertado, le devuelve al momento.

Abrió los ojos. Eran… no lo recuerda, puede que las cuatro, las cinco de la mañana… y ahí no había nada. Ni nadie. Anne no estaba, Gonzalo tampoco, y esa cámara él no la recuerda. Gonzalo se la llevó al despertar antes que él, sopesa Jaime. Entonces, Jaime, desorientado, se levantó, preguntándose cómo había llegado hasta ahí y por qué tenía la bragueta abierta. Se prometió no volver a beber en su vida y mucho menos fumar porros. No recordaría nada de lo que había hecho en estado de embriaguez hasta hoy, hasta que alguien le ha dejado la tarjeta de memoria en su buzón, alguien que lo culpa y que quiere que sienta vergüenza de existir.

Esa mañana, Jaime regresó a casa. Sus padres dormían. Nadie lo vio llegar. Se tumbó en la cama y durmió diez horas, doce…; cuando salía de fiesta sus padres le permitían levantarse tarde. La época estival existía para que los chavales se divirtieran, y en ese sentido, sus padres eran muy permisivos. Lo extraño es que ni Gonzalo ni Antonino le dijeron nunca nada, si bien es cierto, cae en la cuenta Jaime, que ese verano se distanciaron. ¿Pero a lo mejor ellos tampoco

recordaban lo que habían hecho? Si la cámara era de Gonzalo y al despertar se la llevó… él lo sabía. Gonzalo fue consciente de lo que hicieron, debió de verlo, se fue a vivir a Madrid en cuanto tuvo ocasión dejando atrás lo que hizo, y ahora está muerto. Ayer esta tarjeta no estaba en su buzón y Gonzalo lleva meses muerto, por lo que ¿quién se la ha dejado?

—No me acuerdo de nada —sigue gimoteando, la angustia haciéndose grande en su pecho, golpeándole en pleno plexo solar, mientras el vídeo no se detiene y él sigue mirando la pantalla como si hubiera caído en un hechizo, como quien se engancha a una peli lenta en la que no ocurre nada, solo por la necesidad de ver cómo acaba.

Aún no hay nada claro.

¿Quién se llevó a Anne?

En el minuto quince del vídeo que Jaime tiene delante, Anne seguía tumbada con la ropa rasgada, la falda levantada y sangre en sus piernas.

La luna ha rotado hasta el paraje inhóspito alumbrando mejor que cuando apareció la cuarta y desconocida figura que decidió añadir más dolor al dolor, mientras el cielo sigue llenándose de fuegos artificiales.

¿Anne consiguió escapar? ¿Se largó por su propio pie antes que él, antes que Gonzalo?

No. Eso no fue lo que ocurrió.

Mira, mira atentamente, Jaime, sigue mirando…

Quien se acerca a Anne no repara en la cámara que, volcada en el suelo, sigue grabando. La imagen no es muy nítida, pero se intuye que dirige una mirada a Jaime y seguidamente a Gonzalo, sumidos en un sueño tan profundo, que no suponen ningún peligro. El contorno de su perfil al principio no es claro hasta que se agacha al lado de Anne y su identidad deja de ser un secreto para convertirse en un giro de guion que Jaime no habría esperado jamás.

—Pero qué… —Jaime se queda sin voz. Abre los ojos con tanta sorpresa, que parece que se le vayan a salir de las órbitas—. No puede ser. No puede ser. Joder… Joder, no, no puede ser. Hostia, Mikel, hostia…

Capítulo 68

Coaña, Asturias
A la mañana siguiente
Adela

El cadáver de Adela cosido a puñaladas y escondido detrás de unos arbustos, lleva poco más de cuarenta y ocho horas esperando ser descubierto. Nadie ha echado de menos a Adela, ni siquiera su madre. Nadie ha denunciado su desaparición.

A Adela la han encontrado a las siete y media de la mañana de un día soleado de principios de junio que parecía ser uno más. Lo típico: un vecino mayor de Coaña paseaba con su perro, un enorme Mastín que se ha separado de él y ha corrido campo a través hasta detenerse al lado del cadáver.

Los ladridos desesperados del perro han despertado a medio pueblo, también a María Luisa, puesto que el lugar de reposo momentáneo de Adela pertenece al campo verde, siempre verde gracias a la lluvia frecuente en el norte, que hay detrás de su casa y que a la mujer le gusta contemplar.

El vecino ha llamado al agente Artos. En Coaña, cuando pasa cualquier cosa, siempre llaman a Artos, quien ha contestado a la llamada sentado en pijama a la mesa de la cocina con el desayuno que su madre le ha preparado como cada mañana.

—Antonino, escucha, soy Martín, el de la casa de la fuente… —ha empezado a decir el vecino con voz temblorosa. Artos pone los ojos en blanco. Querría decirle que no le llame Antonino, que para él y para todos es el agente Artos. Pero qué le vas a decir a un hombre que te ha visto en pañales, alma de cántaro…

—Martín, dime.

—Es Adela. Creo que es Adela.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—No, no, es que Adela está… está muerta. No he tocado nada, eh, tengo al perro aquí ladrando como un loco, pero la han… yo no sé, Antonino, pero está llena de sangre, sangre seca, así que debe de llevar unos días aquí, a la intemperie, y encima del vientre tiene un muñeco raro como hecho de troncos y tiene un cuchillo clavado que…

A Artos, que le había dado un sorbo al café creyendo que Martín lo llamaba por alguna tontería, le asalta una náusea.

—¿Dónde está?

—Aquí en el campo, eh… —Martín mira a su alrededor hasta fijar la vista en la casa de María Luisa—. Detrás de la casa de tu tía.

—¿De María Luisa?

—Eso es.

—Martín, no te muevas de ahí, voy para allá. No toques nada.

—Espero en el camino, a ver si puedo llevarme al perro de aquí, que la visión no es agradable, Antonino.

Artos cuelga la llamada.

Mientras sube a toda mecha las escaleras en dirección a su dormitorio para ponerse el uniforme, marca el número al que debería llamar con el otro teléfono, el desechable, porque así acordaron, por seguridad, pero lo tiene escondido en el despacho del cuartel, necesita salir de dudas inmediatamente y no hay tiempo para formalidades.

La voz al otro lado contesta al cuarto tono, y lo hace en un susurro y sin tan siquiera echarle en cara que no le llame como debe hacer desde el otro teléfono.

—Qué pasa.

—¿Por qué hablas en un susurro? ¿Con quién estás?

—A ti qué te importa.

—Oye, tú… ¿Te has cargado a Adela?

—¿A Adela? ¿Para qué?

—Martín, el de la casa de la fuente, acaba de encontrar el cadáver de Adela, creo que en el campo que hay detrás de la casa de mi tía.

—¿De tu tía la loca?

—Sí. Ahora voy para allá. ¿Has sido tú?

—Que no, Antonino, joder, no tengo ni puta idea de lo que ha pasado.

Es la primera vez que Artos se atreve a colgarle el teléfono, dejándole con la palabra en la boca. Como si no tuviera suficiente con el inspector Pelayo detrás del asesinato de Gonzalo, aunque tras interrogar a Amaia y a los hermanos Arruza se ha quedado sin hilos de los que tirar y sin sospechosos, ahora con esto no se lo va a quitar de encima en la vida.

***

María Luisa lleva asomada a la ventana media hora. Ha visto pasar varios coches policiales y al alelado de su sobrino Antonino.

—Estos están en el prado de atrás, donde hemos escuchado el ladrido del perro, Mikel. Qué pena no poder ver desde aquí y no, no me lo pidas, no voy a salir de casa. No quiero juntarme con esa gente… no quiero ver a Antonino. ¿Oyes el jaleo que hay? ¿Qué habrá pasado? Ahí es donde siempre se esconde Adela para hacer sus paparruchadas con el muñeco vudú.

***

Artos sería capaz de mandar a su madre al otro barrio con tal de salvarse las espaldas, pero lo que le han hecho a Adela es abominable. Criminalística se llevará el cuchillo a analizar, si bien Artos sabe que ahí no encontrarán huellas, que quien ha apuñalado con saña a Adela se habrá encargado de no dejar rastro. Las primeras hipótesis apuntan a que Adela lleva un par de días muerta. Encima de su vientre, tal y como le ha dicho Martín, han hallado un muñeco hecho de troncos repleto de alfileres.

—Vudú —medita el inspector Pelayo en voz alta—. Artos, ¿crees que el asesinato de Gonzalo y el de esta pobre chica están relacionados? ¿Es posible que haya sido Mikel?

Artos quiere que se lo trague la tierra y lo escupa lejos de Coaña.

Se limita a inspirar hondo y a encogerse de hombros. Esto se le está yendo de las manos, aunque es bueno que Pelayo siga desconfiando de Mikel, esté donde esté.

—¿Quién vive en esa casa? —le pregunta Pelayo a Artos.

—María Luisa Benito. Mi tía.

—Ve a hacerle una visita. A ver si ha visto u oído algo raro.

***

Artos, obedeciendo a las órdenes de Pelayo, llama al timbre de su tía María Luisa, que abre en bata y camisón.

—¿Puedo pasar?

—No. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué hay tanto jaleo?

—Han encontrado el cadáver de Adela.

María Luisa ni se inmuta.

—¿Otro asesinato?

—Eso me temo.

—Qué mal haces tu trabajo, Antonino. Qué vergüenza.

—Eh…

—Qué vergüenza, Coaña no está segura con alguien como tú —sigue despotricando María Luisa, mirando a Artos de arriba abajo con desprecio.

—¿Ha visto u oído algo raro hace aproximadamente dos noches?

—No. Aquí todo es muy aburrido.

Artos dirige la mirada a la casa azul.

—No están —se adelanta María Luisa.

—¿No están?

—Amaia y Alejandro. Se fueron hace dos días.

—Pero el coche de Amaia sigue ahí.

—Se irían con el de Alejandro, a mí qué me cuentas.

En vista de que no va a conseguir que María Luisa hable, Artos se despide y se acerca a la casa azul. Desciende la pendiente donde los coches de Mikel y Amaia están aparcados uno detrás del otro. En el de Mikel no ve nada raro; sin embargo, comprueba con estupor que el BMW de Amaia tiene las cuatro ruedas pinchadas, la carrocería rayada y en un lateral han escrito con un objeto punzante: ZORRA.

—Con un cuchillo —elucubra Artos, tras hacerle unas cuantas fotos, de regreso al escenario del crimen. Tiene la seguridad de que el cuchillo que ha acabado con la vida de Adela es el mismo que han empleado para destrozar el coche de Amaia.

Capítulo 69

Madrid
En el Hotel Santo Domingo

—¿Quién te ha llamado? —le pregunta Amaia a Alejandro, que ha ido al cuarto de baño a contestar la llamada.

—Mi madre.

—¿Tan temprano?

—Pensaba que ya íbamos de regreso a Coaña. Tiene ganas de verte. Podríamos cenar en casa de mis padres mañana, ¿qué te parece?

Amaia, aún en la cama, no contesta, se limita a dirigir la mirada al techo. Una parte de ella querría aparentar normalidad, ir a cenar con los padres de Alejandro, con quienes tan a gusto se sentía en el pasado, hablar del presente, rememorar viejos tiempos, pero la otra… la otra, la que lleva años sin comprometerse con nadie, cerrándose al amor y a la amistad y perdiendo oportunidades de sentirse querida, esa parte que se ha acostumbrado a la soledad, desearía salir corriendo. Sin embargo, no puede irse de Coaña sin saber qué le ha pasado a Mikel. Dónde está. Si está vivo. O… muerto. No es la primera vez que Amaia se siente atrapada y aterrada, pero sí es la primera vez en la que no ve una escapatoria posible para ella.

—¿Amaia?

—¿Eh?

—¿Quieres?

—¿Quiero qué?

—¿Ir a cenar una noche de estas con mis padres?

—Sí, claro. Ya me dirás cuándo.

—Oye, ¿nos damos una ducha? Desayunamos algo y nos ponemos en marcha.

—Vale.

En el momento en que Alejandro entra en el cuarto de baño, el móvil de Amaia vibra en la mesita de noche. Un wasap procedente de un número desconocido que no tiene guardado en la agenda.

Amaia, tenemos que hablar.

¿Mikel?

No. Soy Jaime.

Capítulo 70

Coaña, Asturias
En la entrada de la casa azul

—Mmmm… interesante —murmura el inspector Pelayo junto a Artos, examinando el coche de Amaia—. Que criminalística analice si el arma blanca que ha matado a esa muchacha tiene restos de carrocería gris —le indica a un agente—. Amaia no nos dijo toda la verdad, Artos. Sabe dónde está su hermano. Ese bestia se ha cargado también a esa pobre chica, puede que lo descubriera y…

El inspector se calla de golpe, comprime los labios, sacude la cabeza y cierra los ojos, como queriéndose sacar unas imágenes que se le presentan muy vívidas en la cabeza.

—Con el debido respeto, inspector, ¿no cree que estamos anticipándonos a lo que ha podido suceder? Al fin y al cabo, no hay ni rastro de Mikel Vila —dice Artos, en un intento por apaciguar las aguas.

—Quiero una orden de registro para poder requisarle el teléfono móvil a la señorita Vila. Quiero saberlo todo de ella. Dónde estaba el día en el que su hermano desapareció, si hay llamadas, wasaps, más mensajes que ese que te enseñó, el de la paparruchada de «Sigo aquí», lo que sea…

—En marzo, Amaia estaba en París —resuelve Artos—. Regresó a Coaña a finales de mayo, el día 28, si no me equivoco, pero en marzo estaba en París —especifica.

—¿Y por qué tardó tanto en volver tras la desaparición de su hermano?

—Mikel y ella no tenían apenas relación, inspector. Amaia nos lo dijo cuando la interrogó.

—No he perdido la memoria, agente, pero no me creo nada. Si no vino en marzo, es porque ella conoce el paradero de Mikel y vino dos meses más tarde para no levantar sospechas o ayudarlo. Es su hermana, lo está protegiendo. ¿Quién no protegería a un hermano, aunque este sea un asesino despiadado, eh?

«¿Qué haces defendiendo a Amaia?», se pregunta Artos, mordiéndose la lengua para no hablar más de la cuenta ni levantar

más sospechas en Pelayo, con Mikel en el punto de mira, sabiendo que su tía María Luisa lo observa escondida tras los visillos de la ventana de la planta superior de su casa.

***

—Ese inspector no me gusta, Mikel. Ya, ya, a mí no me gusta nadie, blablablá, pero es que nos va a traer problemas… Tú quieres resolverlo todo en *petit comité* y lo entiendo, claro que lo entiendo, sí, sí, en el lugar donde empezó todo, lo sé, pero yo estoy muy mayor para tanta guerra. Porque esto es una guerra y en una guerra nadie gana nunca, Mikel. Nadie. Tampoco tú. Vas a perder más de lo que ya perdiste, *chicu*.

Capítulo 71

En un bar de carretera a 60 kilómetros de Coaña, Asturias
Horas más tarde

Cuando Coaña aún no ha olvidado el macabro hallazgo del cuerpo de Gonzalo, el asesinato de Adela ha corrido como la pólvora consternando a todos los vecinos, que empiezan a desconfiar los unos de los otros. El verdugo anda suelto, podría ser cualquiera, cuchichean en las calles, en la plaza, a las puertas de la iglesia, negándose a hablar con los periodistas que merodean por ahí con sus cámaras y sus micrófonos invasivos.

El cuerpo de Adela ha sido trasladado al Anatómico Forense de Oviedo, donde le están realizando la autopsia. Las pruebas de criminalística determinarán en apenas unas horas que el cuchillo empleado para apuñalar a Adela se utilizó también para mancillar el BMW de Amaia. La madre de Adela, que extrañamente no ha derramado ni una sola lágrima al conocer la noticia, como si la ausencia de la hija la liberara de una especie de carga que solo ella conoce, reconocerá el cuchillo. Es el que falta en el soporte de la cocina, el más grande.

¿Por qué Adela salió de casa con un cuchillo que ha terminado matándola?

En el arma solo hallarán unas huellas, y son las de la propia Adela, acuchillada quince veces con saña. No tuvo posibilidad de defenderse de su asaltante, por lo que el inspector Pelayo sigue defendiendo su teoría de que ha sido Mikel Vila, también presunto asesino sin escrúpulos de Gonzalo Bergeron.

Las comisarías de Asturias están empapeladas con la cara de Mikel. Hay procesada una orden de busca y captura, pero Pelayo elucubra que ha debido de esconderse tan bien, que van a tardar en dar con su paradero.

Y, mientras tanto, Alejandro y Amaia, ajenos a la tragedia pero por poco rato, hacen una última parada en un bar de carretera, cuando están a una hora de distancia de Coaña.

—Pensaba que era Mikel, que me volvía a escribir —sigue dándole vueltas Amaia al wasap de Jaime.

—¿Pero qué querrá decirte Jaime?

—Pues espero que algo sobre Mikel, si no, no tiene mucho sentido, ¿no?

El camarero, detrás de la barra, sube el volumen de la televisión. Cuando un reportero menciona el pueblo de Coaña, Alejandro y Amaia, instintivamente, levantan la cabeza en dirección a la pantalla.

—Están en… —A Amaia se le atraganta el café—. Alejandro, ¿ese no es el campo que queda detrás de la casa de María Luisa?

—Joder. Creo que sí. No abundan los sauces llorones y ese es uno de los pocos campos que tiene uno…

El reportero señala una zona concreta del campo, oculta por arbustos y separada del resto por un cordón policial, donde todavía se intuyen los restos de sangre seca del cadáver que han retirado hace unas horas.

Alejandro y Amaia, sacudidos por la noticia, escuchan con atención:

—Cuando el pequeño pueblo de Coaña, en Asturias, aún no se había recuperado de la conmoción que supuso el hallazgo del cadáver de Gonzalo Bergeron, que llevaba desaparecido desde el 9 de marzo y cuyo funeral se celebró ayer en Madrid, hoy ha saltado la noticia de que el cadáver de Adela Álvarez, de treinta años, ha aparecido a escasos metros de donde me encuentro. Un vecino que paseaba con su perro esta mañana ha sido quien ha dado la voz de alarma al descubrir el cuerpo. Todavía no hay sospechosos y el caso, por el momento, se encuentra bajo secreto de sumario.

Alejandro y Amaia se miran consternados. Ni siquiera escuchan al camarero decir, como si buscara complicidad en los dos únicos clientes que hay en el bar, lo loco que está el mundo.

—Cuánta maldad —añade el camarero, sacudiendo la cabeza, cuando en el programa dejan atrás Coaña y dan paso a otra noticia de actualidad.

—Voy… voy un momento al baño —dice Amaia con la voz entrecortada, aunque Alejandro, de lo impactado que está, ni la ha oído.

Amaia entra en el cuarto de baño. Saca su móvil del bolso y lo primero que hace es eliminar el mensaje de Mikel. «Sigo aquí» desaparece, como si nunca hubiera existido. También elimina del buzón de voz el confuso mensaje que su hermano le dejó hace tres meses.

—Voy a hacer algo malo… —sisea Amaia, repitiendo las palabras de Mikel, y, aunque no espera que Jaime conteste a su llamada, marca el número desde el que le ha mandado el wasap esta mañana.

Suena un tono, dos… Amaia se impacienta, baja la tapa del retrete y se sienta, sin poder controlar el temblor en las piernas.

—¿Amaia?

—Jaime. Estamos llegando a Coaña, nos hemos enterado de lo de… de lo de Adela. ¿Qué ha pasado?

—Es una puta locura. Estoy en el bar de Alejandro, aquí no se habla de otra cosa. Primero Gonzalo, ahora Adela…

—¿De qué tienes que hablar conmigo?

Jaime inspira hondo, con miedo. Amaia alcanza a oír al otro lado de la línea el ladrido de un perro, el motor de un coche. Jaime no está delante de Xoan y Ricardo, que siguen sentados a la barra del bar de Alejandro con sus botellines de cerveza. Miran a Jaime a través de la puerta de cristal y comentan lo raro que es que alguien le llame al móvil.

«¿Se habrá echado novia?», se preguntan los muy zopencos entre risas. Jaime ha salido a la calle para atender la llamada de Amaia con una privacidad que, estando dentro del bar, no tendría.

—¿Es por Mikel? —se impacienta Amaia, tras un silencio que dura demasiado.

—Es por un vídeo. Un vídeo en el que aparece Anne la noche en la que desapareció.

—¿Hay un vídeo? —inquiere Amaia en una exhalación.

—Tenemos que hablar de ese vídeo, Amaia. ¿A las diez en mi casa?

A Amaia le da la sensación de que un hoyo sin fondo se abre bajo sus pies y que, en cualquier momento, la va a engullir. Las paredes del cubículo del baño se estrechan, empiezan a estrecharse tanto que a Amaia le parece que la van a aplastar hasta hacerla papilla.

—¿Amaia?

—Sí. Sí… pásame tu dirección por wasap y a las diez estoy en tu casa —zanja, casi sin aliento debido al peso imaginario que siente que le aplasta el pecho.

Antes de regresar a la mesa con Alejandro, se asegura por segunda vez de que en su móvil no quede rastro de Mikel.

—No puede ser… Adela no puede estar… —balbucea Alejandro, cuando Amaia vuelve a sentarse frente a él—. Oye, ¿te importa conducir? Me tiemblan tanto las manos que no voy a ser capaz.

—Claro, tranquilo, conduzco yo.

Capítulo 72

Coaña, Asturias
En la casa azul

Amaia detiene el coche de Alejandro delante de la casa azul. Desconoce los planes que tiene Alejandro, hecho polvo desde que se ha enterado del asesinato de Adela, pero Amaia ha quedado con Jaime en una hora y lo mejor es que sus caminos se separen aquí.

—¿Seguro que quieres estar sola? No me cuesta nada quedarme, de verdad —comenta Alejandro, preocupado, mientras Amaia coge su maleta.

—Ve a casa, descansa… nos vemos mañana —le dice Amaia, dándole un beso en los labios.

—Como quieras.

Alejandro decide no insistir. Esta noche no, no le quedan fuerzas. Se sube al coche, mete primera y se aleja calle abajo sin mirar atrás, mientras Amaia se adentra en el recinto de su casa. Antes de entrar, como si de una costumbre se tratara, levanta la cabeza y dirige la mirada en dirección a la ventana de la planta superior de la casa de María Luisa. Una vez más, observa con extrañeza un leve movimiento de cortina sin que le parezca que haya nadie detrás.

—Paranoica. Estás paranoica —se reprende a sí misma entre dientes, avanzando por la pendiente en la que están aparcados los dos coches, el de Mikel y el de ella.

Cuando Amaia pasa por delante de su BMW destrozado por Adela, percibe algo extraño. La zona no está como la dejó hace dos días antes de irse con Alejandro a Madrid. Alrededor del vehículo hay varias huellas de botas que antes de pisar la pendiente de su casa han debido de pisar tierra, o barro, y la arenilla se ha quedado impregnada en el pavimento. Han estado merodeando por aquí, deduce, quizá alertados por las rayadas de su coche y las ruedas pinchadas.

—Joder…

Ha hecho bien en memorizar la dirección de Jaime. Cuando Alejandro se ha quedado dormido, agotado de repente, quizá por la noticia del asesinato de Adela, Amaia ha lanzado su móvil por la ventanilla mientras conducía. No ha mirado atrás, pero imagina que el

iPhone ha quedado hecho trizas en el acto. No se fía de Artos, le da mala espina. Y mucho menos del avispado inspector Pelayo. Amaia sabe que no bastaba con eliminar el mensaje de Mikel del buzón de voz y su SMS engañoso: «Sigo aquí». Porque en los archivos eliminados que son fácilmente recuperables por la policía, era donde con más ahínco iban a buscar en caso de que al final consiguieran una orden para requisarle el móvil, un temor que la ha estado acechando desde que estuvo con Pelayo y Artos en aquella sala de interrogatorio del cuartel.

El interior de la casa está como siempre. Nadie ha entrado, qué alivio. Amaia sube hasta el segundo piso acompañada de sus fantasmas, deja la maleta en la habitación y, con la intención de destensarse y abandonar durante un rato la angustia, entra en el cuarto de baño a darse una ducha caliente.

***

22.00 horas
En casa de Jaime

Ni un alma en las calles de Coaña. Eso es lo que ha pensado Amaia de camino a casa de Jaime, que la recibe raro, esquivando su mirada y alarmantemente pálido, como si algo le hubiera sentado mal o estuviera enfermo. Tiene la frente perlada de sudor y unas profundas ojeras, y, en el momento en que Amaia llama al timbre y él le abre la puerta, mira a ambos lados de la calle como si esta cita tuviera que ser secreta.

—¿Pasa algo, Jaime? —pregunta Amaia, desconfiada, antes de poner un pie en el interior de la casa de Jaime.

—No. No. Pasa, venga, rápido.

—Estás nervioso.

Jaime no contesta, pero la mira como si quisiera meterse en su cabeza, saber qué piensa. Amaia no se siente segura y maldice no tener un móvil a mano con el número de emergencias a punto, por si a Jaime se le ocurre hacerle algo.

—Antes… me has dicho que había un vídeo de Anne. De la noche en la que desapareció.

—Sí. Ahí lo tienes. Puedes verlo —confirma Jaime, señalando el ordenador portátil que ha dejado encima de la mesa—. Siéntate —le ordena, colocándose al lado de Amaia y clicando dos veces sobre un archivo mp4 titulado ANNE.

Amaia, que tiembla de arriba abajo, empieza a mirar.

—¿Quién llevaba la cámara?

—Gonzalo.

—Gonzalo Bergeron… —cae en la cuenta Amaia. ¿Cómo ha llegado la tarjeta de memoria hasta Jaime si Gonzalo está muerto?

Desde el pasado, a Gonzalo se le oye gritar:

—¡Zorra! ¡Puta zorra, deja de correr, joder, ven aquí!

Mientras la grabación muestra a Anne, muerta de miedo, corriendo como alma que lleva el diablo por las cercanías de los yacimientos, Amaia, consternada, se lleva la mano a la boca por la violencia que condensa el momento inmortalizado por una cámara que nadie recordaba que estaba ahí.

A continuación, Amaia reconoce la voz del agente Artos cuando todo el mundo lo llamaba Antonino y no imponía tanto como él cree que impone ahora.

Jaime cierra los ojos con fuerza. Necesita salir de aquí.

—No puedo verlo… no puedo verlo otra vez.

—Ese… ese eres tú, Jaime —le reprocha Amaia con dureza—. Pero qué… joder.

—Yo no recuerdo nada, Amaia. Te lo juro. No recordaba haber hecho eso, yo no… —Jaime se aclara la garganta, los ojos se le humedecen; lleva más de veinticuatro horas sin dormir—. Ahora vuelvo.

Amaia, más pendiente del vídeo que de la trayectoria que sigue Jaime (sube las escaleras, abre una puerta, la cierra…), llega hasta el momento en que la cuarta persona, una sombra sin identidad, aparece de la nada, aparta a Jaime, a Gonzalo y a Antonino, que para Amaia sigue siendo el agente Artos (hizo bien desconfiando de él) y se abalanza contra una indefensa Anne.

Amaia aparta la mirada de la pantalla mientras el cuarto chico viola a Anne, un cuerpo sin alma, roto, despojado de alegría y sueños, hasta que…

… todo llega a su fin.

El cuarto chico al que Amaia no identifica, se marcha entre risas junto a Artos, mientras Jaime y Gonzalo yacen inconscientes sobre el césped. La luna rota hasta detenerse en el paraje muerto para otorgarle la luz que ha perdido, con una Anne agonizando, de rabia y de dolor, desconocedora de que esos son sus últimos instantes de vida. Cuando Amaia espera que la grabación llegue a su fin, tiene ante sus ojos el golpe, tan impactante como el que, de pronto y sin esperarlo, recibe en la cabeza, y este no forma parte del pasado, no, este golpe es real, y ha dolido.

¡BAM!

Amaia, tan centrada en el vídeo que no ha escuchado los pasos de

Jaime, cae desplomada al suelo, la silla en la que hasta hace unos segundos estaba sentada, vuelca estrepitosamente encima de ella.

Tras unos segundos de aturdimiento, le devuelve la mirada a Jaime que, paralizado, sostiene el bastón con el que la ha golpeado.

—Pero qué… ¿Qué has hecho, Jaime?

Amaia, aturdida, se lleva la mano a la cabeza, de donde mana un poco de sangre. Justo en el momento en que Jaime tiene la intención de propinarle otro golpe, uno que la haga perder el conocimiento como tenía previsto con el primero, ella se impulsa hacia arriba golpeándolo con la silla que arrastra consigo. Jaime trastrabilla y cae al suelo. Ya no hay determinación en su mirada, hay miedo, un miedo que envalentona a Amaia, quien, como si hubiera adquirido el poder de anticiparse al futuro, sabe que esta noche uno de los dos va a morir.

Y, sabiendo de lo que Jaime es capaz, Amaia decide que no va a ser ella.

Capítulo 73

Coaña, Asturias
María Luisa

María Luisa lleva un rato sentada en la silla balancín que perteneció a su abuelo con los ojos cerrados, en trance. El salón está a oscuras. Nada puede distraerla. La funda con la que venimos al mundo enferma, se deteriora, termina desapareciendo, pero nuestra energía es eterna. Tal y como le dijo María Luisa a Amaia hace unas semanas en la casa azul, nunca abandonamos del todo los lugares donde hemos amado la vida. Es como si en esa silla balancín, María Luisa sintiera la energía especial de su abuelo, muerto desde hace décadas, y ambas energías, la de él y la de ella, únicas e incomprendidas en un mundo racional que si no ve no cree, fluyeran para hacer cosas extraordinarias.

—Está pasando. Tal y como te dije que pasaría. Tal y como me mostraron las visiones. Está pasando, Mikel, ahora. Ya. Tienes que hacerlo ya, antes de que Amaia salga de esa casa.

Capítulo 74

Coaña, Asturias
En casa de Jaime

Amaia, sentada a horcajadas encima de Jaime, le propina con violencia un puñetazo y, por cómo ha sonado, parece que le ha roto el tabique nasal. Jaime ahoga un grito de dolor, se retuerce, desesperado, con la intención de escapar de Amaia. Se siente impotente como un insecto atrapado en una telaraña, porque jamás pensó que Amaia tuviera tanta fuerza, que iba a poder con él.

A estas alturas de la historia, Jaime, nada debería sorprenderte, ¿no te parece?

—Estás loca, tía, joder, ¡estás loca! —vocifera, fuera de sí, golpeando a Amaia en las costillas. Ha sido una mala decisión.

El bastón con el que Jaime ha iniciado esta absurda pelea, termina en manos de Amaia, que se pone en pie liberando a Jaime de su cuerpo aplastándole el tórax y cortándole la respiración. Seguidamente, levanta el bastón, cuya empuñadura metálica refulge bajo la luz incandescente de la lámpara…

… y entonces, todo se precipita.

A Jaime no le da tiempo a levantarse, a apartarse ni a huir, cuando Amaia, de un solo impacto, le revienta el cráneo.

Un último espasmo.

Y Amaia, como si no hubiera tenido suficientes imágenes traumáticas grabadas a fuego en la retina, contempla cómo a Jaime se le escapa la vida.

***

Transcurridos unos minutos que han parecido horas y con el cadáver aún caliente de Jaime en mitad del salón, Amaia guarda en el bolso la tarjeta de memoria de la cámara con la que Gonzalo grabó los últimos momentos de vida de Anne, limpia el bastón, el arma del

crimen, y todas las superficies que ha tocado. En el momento en que va a abrir la puerta con la manga de la sudadera cubriéndole la mano entera, llega hasta sus oídos el inconfundible sonido que emiten varios mensajes enviados a la vez.

Del bolsillo izquierdo de los tejanos de Jaime sobresale su móvil, al que Amaia, con curiosidad se acerca. Al ver que los seis SMS proceden del móvil de Mikel, se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, como si delante de ella no yaciera un hombre muerto, y abre los mensajes con el corazón latiéndole a mil.

SIGO AQUÍ

Amaia, sé lo que has hecho.

Te espero mañana.

A medianoche.

En los yacimientos.

Destruye este móvil.

Capítulo 75

Coaña, Asturias
Artos

El agente Artos se está llevando a la boca un Gelocatil para el dolor de cabeza que el inspector Pelayo le ha provocado, cuando su móvil emite varios pitidos. Son SMS. ¿Quién manda SMS habiendo wasap? Proceden de un número que no tiene guardado en la agenda y los mira con desconfianza, como si fueran un virus. No obstante, cuando lee en el último mensaje el nombre de Mikel, algo en su interior vibra de emoción.

SIGO AQUÍ

Estoy vivo.

Deja en paz a Amaia.

Esto es entre tú, él y yo.

Mañana a medianoche.

Os espero en los yacimientos.

Mikel.

La emoción de Artos se desvanece en cuanto habla con él, el cuarto hombre, el que ni Jaime ni Amaia han sabido identificar en el vídeo.

—¿Que está vivo? Joder, Antonino, dábamos por sentado que

estaba muerto, ¿no?

—Pues lo rematamos —espeta Artos con fingida seguridad—. ¿Qué va a hacer contra nosotros? No tiene nada, no hay pruebas de lo que le hicimos a Anne ni sabemos qué pasó con ella, ¿no? Nosotros nos fuimos, dejamos a los perros de Jaime y Gonzalo ahí y de Anne no se volvió a saber más. Serían ellos, se les iría la olla, pero se les veía tan…

—Tan como si no supiera nada.

—Nos la colaron a todos y Gonzalo quiso hacernos parecer culpables. Que le jodan. Que les jodan a todos. Además, el juego marcha bien. No como esperábamos, pero… Tenemos al imbécil de Pelayo donde queríamos, desconfiando de Mikel, por lo que, si le pego un tiro, será en defensa propia. Era él o yo, alegaré. Y no nos pasará nada. Se acabó.

—Más te vale, Antonino. Me voy a dormir. Estoy hecho mierda, tío. Mañana hablamos.

Capítulo 76

Coaña, Asturias
Amaia

Amaia no ha pegado ojo en toda la noche, por la necesidad de ver en bucle el vídeo de Anne. Sus últimos instantes de vida. Como si mereciera esa condena. Como si tuviera que revivir en su propia piel la pesadilla de aquella noche de San Juan de 2008 que lo cambió todo. Parece que la necesidad de regresar al pasado se impone por encima de todo, aunque sea a través de unas imágenes de mala calidad y tan oscuras, que si no conoces a los individuos que aparecen en ella es difícil identificarlos. Por lo tanto, elucubra Amaia, ¿ella conoce al cuarto chico? ¿Se acuerda de él? Se ha fijado en los detalles, en las zapatillas que llevaba puestas, unas Converse negras muy comunes, en los tejanos desgastados, pero, por más que haya detenido el vídeo una y otra vez, sigue sin saber de quién se trata.

—Lo viste, Mikel… Has visto el vídeo… lo has visto hasta el final.

A las ocho de la mañana, alguien llama a la puerta de la casa azul, sobresaltándola. Amaia, con el corazón en la garganta del susto, extrae la tarjeta de memoria, se la guarda en el bolsillo de los tejanos, apaga el portátil y lo esconde en un armario de la cocina.

Al abrir la puerta, se encuentra con las miradas del agente Artos, la última persona que Amaia quiere ver ahora mismo, y del inspector Pelayo. A Artos le da la sensación de que Amaia, con esos ojos grandes e inquisitivos le está diciendo: «Sé lo que hiciste», pero se limita a tragar saliva y a dejar que sea Pelayo quien dirija la conversación. Amaia, por su parte, intenta disimular el temblor que se apodera de su cuerpo y piensa: «Lo han encontrado. Han encontrado a Jaime, se me ha pasado algo por alto y…».

—Buenos días, Amaia, se te nota cansada. ¿Podemos pasar? —saluda el inspector Pelayo con altivez, tuteándola y alejándose del formalismo con el que le habló cuando apareció el cadáver de Gonzalo.

En cuestión de segundos, Artos y Pelayo invaden el salón, ese que vivió tiempos mejores en el pasado, la risas de su familia, las conversaciones, varias celebraciones en esa mesa ahora vacía…

—¿Sabéis algo de mi hermano? Porque me parece que no estáis…

—Y a mí me parece que no nos has contado toda la verdad —la interrumpe Pelayo, plantándole delante de las narices un papel—. Traigo una orden para requisarte el móvil, Amaia. Creemos que has estado en contacto con Mikel. Que estás en contacto con él y conoces su paradero. Y es nuestro principal sospechoso no solo del asesinato de Gonzalo Bergeron, sino también del asesinato de la señorita Adela Álvarez.

Amaia esboza una risa seca y breve.

—Pues preguntadle al chorizo que me robó el iPhone en la Gran Vía de Madrid.

Artos y Pelayo se miran confusos.

—Podéis buscar por toda la casa. No lo vais a encontrar —añade Amaia con tranquilidad, con la seguridad de que no van a hacer tal cosa—. Y no hay nadie más desesperado que yo en dar con el paradero de Mikel, por lo que eso de que no estoy diciendo toda la verdad y tal, o que he estado en contacto con él… no. No es así. No sé nada de Mikel.

Pelayo ahora tendrá que ir por la vía lenta, rumia con fastidio. Nueva orden, contactar con la compañía telefónica y reclamarles el listado de las últimas llamadas al número de Amaia. Eso incluye wasaps, SMS, datos de localización… todo lo que haya pasado por el dispositivo móvil durante los últimos tres meses. Normalmente, las compañías son más lentas que el caballo del malo. No obstante, Pelayo se guarda esa información para él. Un civil no tiene por qué saberlo.

—¿A qué fuiste a Madrid?

—Al funeral de Gonzalo. Fui con Alejandro, él quería ir.

—Eso sí que es raro… —murmura Pelayo—. Ir al funeral del hombre al que, supuestamente, ha matado tu hermano —Amaia, exasperada, resopla y sacude la cabeza, reprimiendo las ganas de gritarle que a Mikel le han tendido una trampa, que el arma que mató a Gonzalo y encontraron en la casa no estaba cuando ella se fue. Alguien la puso ahí para incriminarlo y ese alguien, ahora a Amaia no le cabe la menor duda y lo mira con desprecio, fue el agente Artos—. ¿Y qué le ha pasado a tu coche, Amaia? Ruedas pinchadas, carrocería rayada, ese insulto tan feo… Encontrarte el coche así debe de joder mucho, ¿no? ¿Tienes el seguro a todo riesgo? ¿Cubrirá los daños?

Amaia se encoge de hombros.

¿Necesita un abogado?

Pelayo chasquea la lengua contra el paladar. Amaia mira a Artos, quien parece incómodo pero, al mismo tiempo, da la sensación de que está disfrutando de la situación.

—¿Sabes qué pasa, Amaia? Que el cuchillo que acabó con la vida de Adela se empleó antes para pincharte las ruedas y destrozar la

carrocería de tu cochazo. ¿Cuánto cuesta ese BMW, eh? ¿Sesenta mil? ¿Setenta?

—Eh, eh, ¿adónde quieres ir a parar? —le frena Amaia—. La noche antes de que Alejandro y yo nos fuéramos a Madrid, alguien destrozó mi coche, sí, oí el ruido y bajé a ver qué pasaba. Me encontré el coche así, destrozado. Alejandro dedujo que había sido Adela. —Amaia elude que Adela estuvo en su casa insultándola, llamándola *zorra* a ella y a Anne, sin respeto alguno por los muertos—. Pero nos fuimos a dormir. Y a la mañana siguiente, viajamos a Madrid con el coche de Alejandro. A Adela cuándo… ¿cuándo murió?

—Cuándo la asesinaron —apunta Pelayo—. Fue un asesinato. Y ocurrió entre la noche del 11 de junio y la madrugada del 12.

—El día 12 es cuando Alejandro y yo nos fuimos a Madrid.

—No te estoy acusando de nada, Amaia —resuelve Pelayo—. Pero es posible que esa pobre chica, Adela, tuviera la mala suerte de ver a tu hermano, que no debe de merodear lejos de aquí, poco después de arruinar tu cochazo, y este se ensañara con ella.

—Qué equivocados estáis. Mikel no es un asesino.

—Eso ya lo veremos. Que tengas un buen día.

—Esperad… eh… Agente Artos… me dijiste que un tal inspector Castaño, de la comisaría de Oviedo, te había estado ayudando con la desaparición de mi hermano antes de que le hayáis atribuido injustamente esos asesinatos… —Amaia mira con suspicacia a Pelayo, seguidamente a Artos, y añade—: ¿Qué dice el inspector Castaño al respecto? ¿Está al día de vuestras pesquisas?

Pelayo arquea las cejas, mira interrogante a Artos, que se ha quedado sin habla.

—Debes de estar confundida, Amaia. El inspector Castaño lleva tres años muerto; de hecho, yo ocupé su cargo —aclara Pelayo inseguro.

—Ah. Vaya. Pues sí, me habré confundido. Gracias por aclarármelo y por vuestra visita. Si, por lo que sea, localizáis mi móvil, que a lo mejor han puesto a la venta en Wallapop o a saber, me avisáis, ¿vale? Era un iPhone 8 plateado. Cualquier otro dato que necesitéis para encontrarlo, me lo decís, aunque espero que pongáis más empeño en encontrar a mi hermano.

Amaia observa con satisfacción cómo Artos y Pelayo salen de la casa azul desprovistos de la chulería y la seguridad con la que han entrado.

Capítulo 77

Coaña, Asturias
En casa de Carmen, la madre de Anne

Amaia tiene la necesidad de que el tiempo transcurra con rapidez, por lo que se ha propuesto ocupar todas las horas del día para que la espera hasta la medianoche en la que Mikel la ha citado en los yacimientos no se le haga eterna.

Es inútil preguntarse cómo Mikel sabía que estaba en casa de Jaime, lo que había hecho…, el momento exacto en el que tenía que enviar los SMS dirigidos a ella, adelantarse a su curiosidad, a que se acercaría a leerlos antes de huir en la furtividad de la noche tras cometer el asesinato.

Amaia apagó las luces y corrió las cortinas antes de salir por la puerta de la casa de Jaime. Pisoteó el móvil hasta destrozarlo, tal y como le había dicho Mikel en el mensaje, recogió los pedacitos, y los arrojó en el contenedor que hay al lado de la iglesia. A estas horas de la mañana, el camión de la basura ya habrá pasado, no tiene nada que temer, no es una mujer que inspire desconfianza, salvo al inspector Pelayo. Y, de todas maneras, se ha largado de la casa azul tan confuso, que al final resultará ser un pelele. Como todos.

Inspira hondo antes de llamar al timbre de la casa en la que Carmen vive sola con sus ausencias. Le abre la puerta confusa, no esperaba la visita de Amaia.

—Amaia, ¿qué tal? No sabía que seguías en Coaña…

—Aquí sigo, Carmen, aunque por pocos días.

—¿No se sabe nada de Mikel?

En esta ocasión, Carmen no lo pregunta con preocupación, sino con cierta inquina que pone en alerta a Amaia.

—No. Y él no ha hecho nada, Carmen, le han tendido una trampa. No sé cómo probarlo, pero…

—Pasa, pasa, anda, que tengo café recién hecho y pareces agotada.

—Gracias.

Todo está como la última vez que Amaia entró en esa casa. Una especie de templo dedicado a la memoria de Anne.

—Pobre Adela… —empieza a decir Carmen—. No tuvo una vida

fácil. Desde siempre se comentó que le faltó oxígeno al nacer, que no andaba muy cuerda, pero que haya terminado asesinada por algún salvaje es… y aquí en Coaña, Amaia, en nuestro pueblo, si es que una ya no puede estar tranquila en ningún sitio.

—Los lugares seguros han dejado de existir, es una pena.

—¿Conocías a Adela?

—De vista. No la recordaba.

—Ella siempre iba a su aire. No era sociable. Aquí se metían mucho con ella y Anne… yo sé que mi Anne no se portó bien con Adela.

—Algo he oído.

Carmen le sirve una taza de café, Amaia introduce un terrón de azúcar, lo remueve y le da un sorbo.

—Carmen, estaba pensando en… Anne escribía un diario, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podría leer algo de lo que escribió?

—Ahí no hay nada, solo desvaríos, amoríos adolescentes, bromas de niños y esas cosas…

«Bromas de niños…», se muerde la lengua Amaia, recordando que Asier les contó que Anne había dejado a Jaime como su madre lo trajo al mundo. Una broma bastante pesada, en su opinión, que provocó que Jaime odiara a Anne con toda su alma. Y no era el único.

—Pero aun así, me gustaría comprobar algo.

Carmen deja ir un suspiro.

—¿Te puedes creer que la policía ni siquiera entró en su cuarto? No caí en su momento, pero, a lo largo de estos años, te vas fijando mejor en los detalles y he visto muchas series y películas policíacas en las que, cuando un adolescente desaparece, lo primero que hacen es buscar en su habitación. Se llevan diarios, ordenadores… nada de eso hicieron con mi Anne. No hicieron lo suficiente.

—¿Hay algo relevante en el diario, Carmen?

—Espera un momentito.

Carmen sube las escaleras. A Amaia le da tiempo a terminarse el café, mientras contempla cómo el azul del cielo se enturbia en pocos minutos llenando la cocina de sombras. En nada empezará a llover. La cruz de sal en el lado derecho de la puerta que suele dibujar María Luisa para ahuyentar la lluvia no sirve de nada.

A Amaia le duele la cabeza, ahí donde Jaime le dio fuerte pensando que la derribaría. Se palpa el chichón. Por suerte, el cabello, que anoche terminó impregnado de sangre que se lavó a conciencia con champú de lavanda nada más llegar a casa, cubre la herida.

—Aquí lo tienes. —Carmen deja sobre la mesa un diario de tapa dura con la cubierta rugosa llena de florecillas—. Anne no era muy constante a la hora de escribir, pero… bueno, léelo y saca tus propias

conclusiones. Tengo que ir un momento al huerto.

—Gracias. Y… Carmen, ¿qué tal se llevaba Anne con su padre?

—Habladurías, son habladurías. La gente debe de aburrirse mucho para inventar esas cosas sin tener en cuenta el daño que pueden hacerle a una familia —contesta Carmen con desdén, los labios comprimidos parecidos a un puchero infantil—. A ver, bien no se llevaban, porque Pascual era muy estricto y la niña difícil y rebelde, pero no le hizo nada de lo que dicen que le hizo. Si no, Anne habría escrito algo en su diario y, como vas a poder comprobar, no hay nada.

—Vale… —se conforma Amaia, esperando a que Carmen se vaya para empezar a leer.

Capítulo 78

Navia, Asturias
Xoan & Ricardo

Ricardo y Xoan se encuentran en el pueblo de Navia, a cuatro kilómetros de Coaña, trabajando en la reforma de una casa de campo que en otros tiempos fue un establo, extrañados por la ausencia de Jaime. Lo raro es que, siendo el más cumplidor de los tres, no haya dado señales de vida ni para decir que está enfermo.

—Nada, tío, móvil apagado o fuera de cobertura —se extraña Xoan cuando lo llama por sexta vez.

—A ver si le ha pasado algo, Xoan —empieza a preocuparse Ricardo, al tiempo que le da un mordisco al bocadillo de chorizo del almuerzo.

—Normal no es, no —murmura Xoan, más para sí mismo que para su socio.

—¿Me acerco a su casa?

—No, voy yo, tú acaba con esa pared —decide Xoan con un mal presentimiento.

***

Coaña, Asturias
Siete minutos más tarde, en casa de Jaime

El Volkswagen de Jaime está aparcado frente a la casa, lo que indica que no ha salido. Xoan ve a Fernando, el vecino de al lado, liado con las flores de su jardín. Lo saluda con un gesto de cabeza y, cuando Xoan llama al timbre y nadie contesta al otro lado de la puerta, decide acercarse a él, a ver qué tiene que contarle.

—Fernando, ¿qué tal?

—Aquí, hijo, con los achaques de siempre y triste por la muerte de la Adela, pobre moza.

—Ya, una faena.

—¿Y lo de Gonzalo, eh? Aquí en Coaña nunca pasa nada, Xoan, no entiendo ahora por qué… Ah, bueno, hace diez años desapareció la moza de Carmen, Anne, pero…

—Fernando, ¿has visto a Jaime? —le interrumpe Xoan, antes de que al vecino le dé por rememorar hasta las multas.

—No, pero ayer hubo *xaréu*[2] en la casa.

—*¿Xaréu?*

—Sí, sí, y mira que ando un poco sordo, pero oí como golpes. No le di importancia porque ya sabes que Jaime siempre anda reformando algo, cuando no es un mueble de la cocina cambia de televisor porque el anterior le parecía *pequeñu*, o se lía a colgar cuadros.

—Voy a mirar.

—Si te puedo ayudar en algo, Xoan…

—No hace falta.

Xoan rodea la casa, a ver si con un poco de suerte la puerta de la parte trasera está abierta. Salta la valla, ignora el jardín descuidado y lleno de malas hierbas en el que Jaime tiene en mente construir una piscina, aunque con el mal tiempo que suele hacer en Asturias, poco la iba a aprovechar, le advierte siempre Ricardo.

Xoan echa un vistazo por el cristal de la puerta que da a la cocina. Ni rastro de Jaime. Lleva la mano al pomo, lo gira, la puerta está abierta.

—¿Jaime? ¿Jaime? —lo llama, a medida que avanza por la cocina, las botas sucias de la obra manchando las baldosas. Hasta que se detiene en el arco revestido de madera por el que se accede al salón, y ve a Jaime tendido en el suelo. No le hace falta acercarse y tomarle el pulso para saber que está muerto. Tiene la cara destrozada y la cabeza…—. Joder, lo han reventado. Hostia, hostia, hostia…

Xoan se lleva las manos a la cabeza. Jaime tiene un socavón en la cabeza del tamaño de un melón, seguramente provocado por un objeto contundente, deduce. El único ojo que tiene abierto está rodeado de un halo rojo e inyectado en sangre. Una hendidura negra y brillante destaca en medio de la piel hinchada.

Xoan no toca nada. Coge el móvil y marca el número personal del agente Artos, que para Xoan siempre será Antonino, pero le salta el buzón de voz. Debe de estar en alguna zona con poca cobertura. Cuelga sin dejarle ningún mensaje en el contestador.

—Este inútil nunca está cuando se le necesita, joder —espeta entre dientes.

Capítulo 79

Coaña, Asturias
El diario de Anne

De lo que Amaia lleva leído del diario de Anne, ha llegado a una dolorosa conclusión: nunca quiso a Mikel. Todo lo que parecía sentir fue fingido; Anne no sentía nada, no lo quería como él la quería a ella. Mientras Mikel se pasaba todo el año suspirando por ella y por la llegada del verano e ignorando al resto de chicas, Anne no dedicaba ni un minuto de su pensamiento en lo que tenían. Para Anne, Mikel no era más que un entretenimiento de verano. Y ya ni eso. Porque pensaba dejarlo.

Y era cruel. Anne era cruel, carecía de empatía, algo que Amaia no sospechaba… no del todo. A veces, vemos lo que queremos ver. Tenemos la verdad delante y una venda en los ojos que nos ciega. Esa ceguera, a su vez, puede resultar muy peligrosa, saca lo peor de nosotros. Porque nos provoca impotencia, rabia, nos impulsa a cometer actos atroces para los que no suele haber vuelta atrás.

Anne escribió sobre sus atacantes sin sospechar todavía lo que serían capaces de hacer. Que fueran borrachos o drogados y, por eso, Jaime no recordaba nada de lo que ocurrió, no les libra del crimen que cometieron minutos antes de que a Anne se la tragara la tierra. Anne plasmó en el diario líneas breves y algo infantiles para los diecisiete, dieciocho años que tenía. Tampoco tuvo reparo en hacer realidad cada palabra humillante más allá de las páginas. Cada una de las cosas que Anne escribió, las soltó con arrojo por la boca y esos cerebros de mosquito le declararon la guerra hasta que vieron en la noche de San Juan la ocasión perfecta para ir a por ella. La mayoría de jóvenes seguían de fiesta y Artos, Gonzalo y Jaime conocían la trayectoria que seguía Anne para llegar a casa, conocedores de que pasaría por las cercanías de los yacimientos, una zona oscura y solitaria que linda con un bosque espeso.

Amaia sigue leyendo el diario con un nudo en la garganta:

Gonzalo es imbécil. Un niñato infeliz que cree que, por haberse liado dos veces conmigo, me voy a casar con él. Jajajaja. Besa mal, te mete la lengua hasta la campanilla, qué asco. Le huele el aliento. Y la tiene pequeña. Lo voy a ir diciendo por ahí, que Gonzalo la tiene pequeña, ya verás qué risas nos echamos.

Me cuesta coger el boli de la risa. Ha pasado media hora desde que me he llevado al bobo de Jaime a un descampado. Le he dado un beso en los labios, se ha puesto cachondísimo, le he dicho que se ponga de espaldas, que se quite la ropa… ¿Qué quieres? ¿Un *striptease*?, me ha preguntado el muy cateto. Jajajajajajaja. ¿Se puede ser más idiota? ¡Síííí!, le he gritado, y el tío va y me da la espalda, se quita la ropa, lanzándomela como las novias lanzan el ramo hacia atrás, para ver quién es la siguiente en casarse, y la he ido recogiendo una a una… camiseta, sudadera, tejanos, calcetines… me he llevado hasta las deportivas. Y los calzoncillos de Snoopy. ¡De Snoopy! Qué cutre. Luego, he echado a correr como si me siguiera un lobo jajajajajaja y entonces he escuchado a Jaime gritar: ¡Aaaaaaanne! Pero Aaaaaanne, ¿qué haces? Jajajajajaja Lo he dejado en bolas, tendrá que recorrer medio pueblo en pelota picada hasta llegar a casa. Ya me estoy imaginando la cara de los padres cuando lo vean… jajajaja no puedo seguir, me tiembla la mano de tanto reír, pero a ver cómo lo miro mañana en los pasillos del insti. Hostia, esto es épico, se tiene que enterar todo el mundo, qué risas…

—Risas, risas, risas… risas a costa de los demás, ¿no, Anne? —farfulla Amaia sacudiendo la cabeza—. No me extraña que Adela te llamara zorra, Anne… no me extraña —se lamenta.

Amaia, ¿es que aún no has aprendido que nunca llegamos a conocer del todo a las personas? ¿Que solo nos permiten ver un pequeño porcentaje de lo que son?

Sigue leyendo, sigue…

Definitivamente, Alejandro, el único tío que merece la pena en el pueblo, pasa de mí. Y me acerco y le provoco, pero no es como los demás, que babean con cualquier tontería que les hagas… Él no me ve como yo le veo y odio, lo odio, cuando me llama *cuñada*. ¿Cuñada de qué, si Mikel me importa una mierda? Alejandro casi no sale de fiesta y solo piensa en Amaia, tan imbécil como su hermano. ¿Qué le ve? Joder, no es para tanto, yo estoy más buena que ella. Bueno, ayer

Alejandro sí salió un rato por la noche. Y ni borracho consigo lo que quiero. Estuvo un rato con Jaime, luego con Gonzalo… y, cuando estaba sentado a la barra del pub *Conde* con Xoan y Ricardo, dos memos que te miran como si te estuvieran desnudando con la mente, le cogí de la mano y me lo llevé a los baños. No opuso resistencia, así que me dije, esta es la mía. Le brillaban los ojos, no se tenía en pie. Alejandro, le dije, ¿te gusto? No contestó. Le rodeé el cuello con los brazos, le acaricié la nuca, ladeó la cabeza, se dejó hacer… y entonces, cuando tenía la boca muy cerca de la suya, pero a punto, a punto, apareció el imbécil de Antonino, me dio un empujón que casi me tira al suelo y todo se acabó. Cuando me di la vuelta, Alejandro ya no estaba. Lo fui a buscar, lo encontré a punto de salir del pub y cito lo que me dijo: Yo contigo no quiero nada, Anne, y deberías dejar de hacer eso… no está bien. Por Mikel.

El alcohol me sienta fatal, me hace cometer locuras, y le grité delante de todo el mundo que a mí me importa una mierda Mikel, que lo que quiero es estar con él. Dios, qué vergüenza, tengo que dejar de beber cubatas. Y entonces, volvió el pelmazo de Antonino, pasadísimo, creo que iba fumado, y me dijo entre risas: yo estoy disponible, Anne, y me tocó una teta. Le di un guantazo que sonó en todo el pub y todas las cabezas se giraron en nuestra dirección. Antonino me llamó puta. Creo. Y me dijo que esto no iba a quedar así. Me reí en su cara de idiota. Pero ahora aquí, sola, escribiendo esta mierda, no me río. No, no hace gracia. Si el único chico con el que quiero estar no me corresponde, ¿qué sentido tiene?

—Joder… —murmura Amaia en una exhalación, volviendo a la hoguera de la noche de San Juan que Mikel miraba fijamente con los ojos rojos cuando Anne, tras la discusión, se largó para no regresar nunca. La mirada cómplice que Mikel le dedicó a Amaia, las palabras que no brotaron de su garganta, y ella, tan joven, tan ingenua, dijo «no puede ser», creyendo que el mundo se le venía abajo al suponer precipitadamente que entre Anne y Alejandro había habido algo—. Te equivocaste, Mikel, joder… o Anne te confundió y te mintió o…

¿De qué sirven las preguntas ahora?

—Amaia, ¿has terminado? —irrumpe Carmen.

—Sí. Sí, ya he leído todo lo que…

—Supongo que te habrá molestado lo de Alejandro —deduce Carmen, quien ha leído tantas veces el diario, que se lo sabe de memoria—. Entre Alejandro y Anne nunca pasó nada, por mucho que ella lo intentara, así que tranquila. Él siempre te fue fiel, no como… —Carmen inspira con fuerza. Lo que iba a decir, muere en su cabeza —. No merece la pena remover el pasado.

—Éramos unos críos, Carmen —alega Amaia comprensiva, restándole importancia a todo lo que ha leído, aunque la procesión va por dentro y oculta el incendio que se está propagando a toda velocidad y sin control en su interior.

—Sí, sí… críos, exacto. Erais críos… —«¿Cuántas *cosas de críos* acaban matando y destrozando a una familia entera?», se plantea Carmen internamente, lamentando no haber podido hacer más por su hija—. Bueno, pues si has acabado…

Amaia cierra el diario y se lo devuelve a Carmen, que lo abraza como si fuera la hija que perdió. Amaia se levanta, dispuesta a marcharse, no sin antes preguntarle:

—Carmen, podrías decirme dónde viven los hermanos… —Tiene el apellido en la punta de la lengua, Artos los mencionó, fueron quienes encontraron el cadáver de Gonzalo, pero ahora mismo se ha quedado en blanco y no le sale—. No me acuerdo del apellido, pero son los que encontraron el cuerpo de Gonzalo en un… ¿en un granero?

—Ah. Sí, los hermanos Arruza, Rufus y Edgar. ¿Para qué, Amaia? No son buena gente, han estado en la cárcel.

—Necesito hacerles unas preguntas.

—No creo que sea buena idea, tienen fama de peligrosos —se empeña en disuadirla Carmen.

Y precisamente por eso, porque no es buena idea y porque de toda la vida se ha dicho que los hermanos Arruza son lo peor que ha visto Coaña, Amaia necesita hacerles una visita. Puede que ellos tengan lo que busca.

—Tranquila, Carmen, sé defenderme —sonríe Amaia, con la imagen de Jaime incrustada en la cabeza.

Capítulo 80

Coaña, Asturias
En casa de Jaime

A Xoan se le está agotando la paciencia. Llamadas breves de Ricardo, que a ver qué pasa, por qué no vuelve si hace ya dos horas que se fue de Navia y a este paso la pared queda hoy sin enyesar. Excusas de Artos, voy para allá, no tardo nada, pero hace cuarenta minutos de eso y ni rastro. Y, mientras tanto, el cadáver de Jaime en el interior de la casa pudriéndose, Xoan evitando a Fernando, el vecino, que por suerte decide no meterse.

Finalmente, a las once y media de la mañana, Artos salta la valla y le viene con la excusa de:

—Lo siento, tío, lo siento. Es imposible sacarse de encima al puto Pelayo. Qué tío más pesado, qué obsesión le ha entrado con Amaia, yo creo que le mola.

—Entra —le ordena Xoan, sombrío.

Artos obedece y, aunque él es un asesino de poca monta al que nada parece afectarle, encontrarse así a Jaime, con el cráneo destrozado con una violencia desmedida que le recuerda al asesinato de Adela, lo desarma por completo.

—¿Habrá sido Mikel? —le pregunta Xoan, situándose a su espalda.

Artos no sabe qué pensar.

¿Por qué arriesgarse a salir de su escondite para matar? ¿Qué sentido tiene? ¿Qué hizo Adela para merecer morir?

—Mikel no es un asesino —masculla Artos—. Solo quería quedar con Gonzalo para sonsacarle información, tener pruebas de… de lo que pasó con Anne. La de veces que el puto Gonzalo nos dijo que tenía pruebas, que nos podía joder... ¿Pruebas de qué? Si no dejamos rastro, y, ya ves, al final… Pero no, Mikel no pretendía matarlo. Si yo no hubiera actuado, ahora mismo se sabría todo —añade altivo.

—Íbamos muy pasados de coca y alcohol, Antonino, a saber si no le hicimos a Anne más de lo que creemos… Un mal golpe y… Pero esta noche nos veremos las caras.

Artos asiente y mira de reojo a Xoan que, confuso por el asesinato de Jaime, parece haber perdido toda la autoridad. Porque de los

cuatro violadores de Anne, dos están muertos. Solo quedan ellos: Xoan y Antonino.

—Quienquiera que haya sido, va a pagar por esto —añade Xoan, apartando la mirada del muerto—. Yo me voy a currar, haz lo que creas conveniente.

—Mira, lo mejor será cerrar la puerta e irnos de aquí como si no hubiera pasado nada. Ya veremos esta noche con qué nos encontramos. Mikel sabe demasiado, consiguió escapar, y si sobrevivió a ese golpe, que te juro por mi madre, Xoan, que nadie sobrevive a un golpe como el que yo le di, nos puede joder. ¿Y si es verdad que Gonzalo tenía pruebas? ¿Y si ahora esas pruebas las tiene Mikel? Tú y yo sabemos que no matamos a Anne y juraría que estaba viva cuando nos fuimos, dejando a Gonzalo y a Jaime durmiendo la mona, pero si hay pruebas de lo que le hicimos, seremos un blanco fácil para que nos culpen.

—Sin cuerpo no hay delito. Y el cuerpo de Anne nadie sabe dónde está. Pobre de Mikel que se le ocurra tendernos una trampa. Aunque creo que sabe lo que somos capaces de hacer.

—Ya… Y, bueno…, uff, esto… —balbucea Artos rascándose la nuca con nerviosismo—. Joder, qué marrón. A ver, sabiendo lo que hay aquí, podemos volver mañana y dar el aviso. Estoy harto de cadáveres, hostia puta, no me voy a sacar de encima a Pelayo en lo que me quede de vida.

—Nosotros lo empezamos, Antonino, ahora toca apechugar. ¿Vale? Limpia el suelo, que lo he dejado hecho un cristo. Nos vemos a medianoche.

—En los yacimientos, donde empezó todo.

—Y donde esta noche acabará —sentencia Xoan, dirigiendo una última mirada al cuerpo inerte de Jaime cada vez más azulado y putrefacto.

Capítulo 81

Coaña, Asturias
En la propiedad de los hermanos Arruza

El primero en ver a Amaia, que sin coche está caminando más que cuando callejeaba sin rumbo fijo por París, es Rufus, que le da un codazo a Edgar, centrado en expulsar por la boca aros perfectos con el humo del cigarrillo.

—Edgar, ¿esa de ahí no es la hermana del chalado de Mikel?

—¿Qué hace aquí?

Edgar lanza el cigarrillo consumido hasta el filtro al suelo, lo pisotea y recibe a Amaia de brazos cruzados, con la ingenua intención de imponerle.

—¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí? —masculla entre dientes.

Amaia les dedica una sonrisa amable. Se los había imaginado más fuertes, el cuerpo lleno de tatuajes, sí, tienen unos cuantos, bastante cutres, por cierto, pero no son más que dos pobres diablos con las caras hechas un cristo llenas de cicatrices. Los ve tan escuchimizados, que a Amaia le da la impresión de que una ráfaga de viento los podría tumbar.

—Vaya, ¿así recibís a las visitas?

—Perdona a mi hermano —se disculpa Rufus—. Es que no está acostumbrado a recibir a damas. Eres Amaia, ¿verdad? La hermana de Mikel. Nos acordamos de ti, pero la última vez que te vimos eras…

—Una cría, sí. Era una cría —se ríe Amaia, para al instante añadir con seriedad—: Al grano. ¿Vendéis armas?

Rufus y Edgar se miran confusos, con los ojos muy abiertos. De repente, parecen asustados.

—¿Armas? ¿Para qué quieres tú un arma?

—*Una dama* necesita un arma para defenderse de los malos, ¿no creéis? Y sé que vosotros tenéis alguna guardada por ahí… —deduce, señalando la cabaña de madera construida sin licencia en un terreno rural.

—Te va a costar cara. Y es del mercado negro, por lo que…

—Perfecto. Es justo lo que busco, que no esté registrada.

—Oye, tú no habrás… —empieza a decir Edgar, pero se calla en

cuanto Rufus le da otro codazo antes de entrar en la cabaña y salir con una Glock 18 con selector de tiro que, además de permitir disparar en semiautomático, también dispara en modo automático, por lo que la convierte en una ametralladora. Es un modelo que no está disponible para el público general en la mayoría de países, y eso la convierte en un arma muy valiosa en el mercado negro en el que los hermanos Arruza se mueven como peces en el agua aunque a veces los pillen con las manos en la masa.

—Tres mil quinientos. Viene con balas —le dice Rufus, tendiéndole el arma, que Amaia examina antes de meter la mano en el bolso y sacar un fajo de billetes que los hermanos Arruza miran como los piratas miraban los tesoros desterrados.

Amaia ya venía preparada. De camino, ha parado en un cajero y ha sacado cuatro mil euros, que le entrega a Rufus.

—Cuatro mil. Quinientos más por vuestro rápido y eficaz servicio y por vuestro silencio.

Los hermanos tragan saliva mientras ven a Amaia alejarse. Nunca han tenido muchas luces, pero no hace falta ser Sherlock Holmes para saber que algo malo va a volver a pasar en Coaña. Algo muy muy malo…

Capítulo 82

Coaña, Asturias
En el bar de Alejandro

Faltan cuatro horas para la medianoche

Esta vez, Amaia se ha dejado el paraguas en casa y entra en el bar de Alejandro empapada. Llueve a mares. No hay nadie en el bar. En unos días, esto cambiará, empezarán a llegar los veraneantes, y Alejandro necesitará un par de camareros extra que le echen una mano. Él la mira desde detrás de la barra con los ojos entornados echándole en cara que:

—¿Qué le pasa a tu móvil? Te he llamado cien veces, Amaia, estaba preocupadísimo, podrías haberme dicho algo.

—Y tú podrías haber venido a casa —resuelve Amaia con naturalidad, aunque lo cierto es que se ha pasado buena parte del día fuera—. Y el móvil… creo que me lo robaron cuando fuimos a dar un paseo por Gran Vía —miente Amaia, haciendo dudar a Alejandro, que frunce el ceño extrañado, convencido de que, de regreso a Coaña, cuando pararon en el bar de carretera donde se enteraron del asesinato de Adela, su móvil, un iPhone plateado, estaba encima de la mesa. Pero el Alejandro que Amaia conoce es despistado, así que espera que se calle, no desconfíe, y no haga más preguntas—. ¿Me pones un café?

—¿A las ocho de la tarde?

—¿Y por qué no? —Amaia mira a su alrededor mientras Alejandro prepara el café de espaldas a ella. Necesita estar despierta. Este será su séptimo café—. Pensaba que el bar estaría más animado… ¿Jaime y sus socios no vienen sobre esta hora?

—Sí, estarán al caer, pero todo está… no sé, el pueblo está raro —contesta Alejandro, seco y sombrío, mirando sin querer mirar el taburete vacío que solía ocupar Adela.

Alejandro le sirve el café.

—¿Leche? —Amaia asiente, abre un sobre de azúcar, lo disuelve en el café—. Te noto cansada.

—Lo estoy. He dormido poco y mal y esta mañana he recibido la visita de Artos y del inspector ese, Pelayo, con una orden para requisarme el móvil.

—Muy apropiado que te lo hayan robado, ¿no?

Alejandro, ¿tú también desconoces que la compañía de teléfono le puede facilitar a la policía los datos que buscan, invadiendo la privacidad del usuario, aun siendo necesario en la persecución de delitos para dar con la verdad?

—Y… he estado en casa de Carmen —cambia de tema Amaia, dándole un sorbo al café—. He leído el diario de Anne.

—¿Anne tenía un diario?

—Aquella noche de San Juan, Mikel me hizo creer que Anne y tú…

Alejandro, en silencio, hace memoria. Imposible acordarse con claridad de aquella noche. Pero sí se acuerda de que hace unos días, Amaia le dijo que aquella noche fue a por su chaqueta, que posiblemente fue la última persona en hablar con Anne, algo que la hacía sentir mal porque no se lo había dicho a la policía, que luego volvió, estuvieron juntos durante parte de la madrugada… Sin embargo, la realidad es que Alejandro confunde fechas y no lo recuerda, algo bastante normal teniendo en cuenta que han pasado diez años y que lo que crees que hiciste una noche, podría haber sido otra, y así hasta entrar en un bucle sin respuestas claras.

—En fin, yo… —retoma la conversación Amaia tras un breve silencio—. Me avergüenza decírtelo, haberlo pensado siquiera, pero llegué a creer que te habías liado con Anne.

—Ella lo intentó —confirma Alejandro sin tapujos. Si Amaia hubiera tenido el valor de preguntárselo hace diez años, la respuesta habría sido la misma—. Lo intentó varias veces, pero no creí que fuera importante decírtelo porque siempre la rechacé. Siempre. Entre Anne y yo nunca pasó nada, a mí no me gustaba. Estaba colado por ti, ¿recuerdas?

—Ya… ahora lo sé.

Ahora, cuando ya no hay vuelta atrás para según qué actos atroces, Amaia.

—¿Por qué no se lo dijiste a Mikel? Me mentiste, Alejandro. Me mentiste cuando escuchamos la grabación en la que Gonzalo confirmaba que Anne le había sido infiel. Me dijiste que, si tú hubieras sabido algo, se lo habrías dicho a mi hermano. Nunca le dijiste nada, aun sabiendo que se había liado con otros y que incluso lo había intentado contigo. Permitiste que Mikel viviera cada verano en una mentira.

—¿Y qué quieres que te dijera en aquel momento? Estabas hecha polvo por la desaparición de tu hermano y lo de Anne... ha pasado tanto tiempo que es una estupidez volver a eso. ¿Qué importa ya si le

era infiel a Mikel? ¿Qué importa? Y sigues estando mal por Mikel, Amaia, mírate. Quería hacerte ver que él también me importaba. Y no me hables de mentiras, porque tú… te fuiste ocultándome que estabas embarazada. Que…

Alejandro se calla de golpe al ver a Xoan y a Ricardo entrar por la puerta. Casi es lo mejor, no querría haber dicho algo de lo que después pudiera arrepentirse ni echarle en cara nada, aun cuando es difícil sacarse de encima la espinita que Amaia le dejó.

Xoan y Ricardo miran a Amaia como se miran a las forasteras, con cierto recelo, y la saludan con un gesto tosco de cabeza. Hoy no hay barullo, no hay risas, no hay, lo que comúnmente se dice, el cachondeo habitual. Solo Xoan sabe por qué. Ricardo vive feliz y tranquilo en la ignorancia. Por el momento.

—Qué pasa, Alejandro… Amaia… —empieza a decir Xoan, más apagado de lo normal, al tiempo que Amaia lo analiza con disimulo. Mentalmente, está comparando a Xoan con el cuarto chico que apareció de la nada dándole la espalda al objetivo de la cámara y se abalanzó encima de Anne. Amaia congeló la imagen en ese instante en tantas ocasiones, que tiene su silueta oscura y borrosa grabada a fuego en la memoria y no dista mucho de la del hombre que tiene sentado en el taburete de al lado. En diez años la gente cambia, pero podría tratarse de él. Ricardo es más bajo, tiene una cabeza inusualmente grande, la espalda más estrecha, los pies pequeños. Xoan se asemeja bastante al chico que ella desconoce que ni Jaime fue capaz de identificar. Xoan podría ser el chico de hace diez años que violó a Anne y salió impune.

—La hostia cómo llueve —suelta Ricardo, sentándose en un taburete, componiendo como siempre un gesto de dolor por las dichosas lumbares.

—¿Y Jaime? —quiere saber Alejandro, sirviéndole dos botellines de cerveza.

—El cabrón no ha venido a trabajar hoy —contesta Ricardo—. Xoan ha ido a verlo a casa, estaba en cama con gripazo y no se ha dignado ni a avisarnos. Para mí que ayer, que se fue muy pronto del bar, quedó con alguna y se fue a dormir a las quinientas, pero como nunca cuenta nada, pues a saber.

«¿Por qué mientes?», se calla Amaia, con el corazón latiendo tan rápido que parece que se le vaya a salir del pecho, sin dejar de escudriñar a Xoan. Si es cierto que Xoan ha ido a su casa, ha descubierto el cadáver de Jaime, tal y como ella lo dejó, tendido en mitad del salón. Entonces ¿por qué le ha dicho a Ricardo que Jaime está en cama con gripe cuando sabe que está muerto? ¿Qué esconde?

«Es él —le dice su intuición, ese Pepito Grillo que todos llevamos dentro—. Xoan es el cuarto chico del vídeo».

—¿Me ha salido un tercer ojo en la frente o qué, Amaia? —le pregunta Xoan con prepotencia, y Amaia aparta la mirada para centrarla en Alejandro, pero ni siquiera él es capaz de apaciguarla esta vez.

—Oye, Amaia, ¿qué tal se vive en París? —interviene Ricardo, aliviando un poco la tensión.

—¿En París? Pues… bien, se vive bien, normal —contesta desconcertada.

—Pero todo tiene que estar carísimo, ¿no? Los alquileres, la comida, los restaurantes… creo yo, eh.

—¿Y en qué lugar no está todo carísimo? —arguye Amaia.

—Ahí le has dado. El euro ha sido nuestra ruina —conviene Ricardo—. Lo que daban de sí cien pelas y lo poco que haces ahora con sesenta céntimos de mierda. ¿Y las casas, eh? Cincuenta millones de pelas una mansión. Ahora eso son… Trescientos mil, que es una pasta, pero cualquier casa vale eso, hasta las que están para reformar de arriba abajo. El cambio no es justo, el euro es una putada.

—Habla bien, Ricardo, que estás delante de una señorita refinada —lo amonesta Xoan con retintín, clavando sus ojos en los de Amaia de una manera inquietante que le provoca un vuelco en el estómago.

—Bueno… —Amaia, incómoda, termina de un sorbo el café—. Ha parado un poco de llover, me voy antes de que vuelva a caer un diluvio.

—¿Quieres que luego me pase por tu casa? —propone Alejandro. Ricardo suelta una risilla burlona, mientras Xoan, que hoy no está para pullas ni mamarrachadas, sigue mirando a Amaia con tirantez, como si le estuviera perdonando la vida—. Mañana sin falta llamo al mecánico para que te arregle el coche, ¿vale? Él mismo lo irá a buscar con la grúa a tu casa.

El coche… Amaia ya ni se acordaba del coche con toda la carga que lleva encima.

—Genial. Y hoy mejor no vengas. Mañana, ¿vale? Necesito dormir veinticuatro horas seguidas.

En eso Amaia no miente. Pero la cama tendrá que esperar.

—Ni que hubiera jet lag en Madrid —suelta Xoan.

—A este ni caso, Amaia, que lleva un día de perros —ríe Ricardo.

***

Diez minutos más tarde

Xoan deja el segundo botellín de cerveza a medio beber y, sin quitarse de encima la mala sensación que le ha dejado la presencia de Amaia y su mirada inquisidora, sale a la calle. Se resguarda bajo el alero de la entrada del bar de Alejandro, busca el contacto de Artos en la agenda, dejando atrás las *llamadas secretas* que se hacían desde móviles desechables, y se lleva el dispositivo a la oreja.

Artos contesta casi de inmediato:

—No se me ha olvidado. Espero librarme pronto de Pelayo. Para mí que este tío no tiene casa. O a ver si el que le va a molar soy yo.

—No es por lo de esta noche, Antonino, se trata de Amaia.

—¿Qué pasa con esa?

—Que me da mala espina, tío… estoy en el bar de Alejandro. Cuando he llegado, estaba Amaia. Yo no la había visto bien hasta hoy, incluso hemos hablado un poco, pero me ha mirado como… joder, como si supiera algo. Como si lo supiera todo.

—Estamos paranoicos por lo de esta noche. Tú tranquilo, que yo voy armado y sé cómo defenderme. ¿O es que después de lo de Gonzalo sigues sin fiarte de mí? Tienen a Mikel en el punto de mira, tal y como me pediste, el juego marcha bien.

—Déjate de juegos, esto ha dejado de ser un juego desde que he visto a Jaime con el cráneo reventado.

—Mañana lo soluciono. Podríamos enterrar el cadáver. Que nadie se entere.

—¿Eres gilipollas, Antonino? Jaime merece un entierro digno. Bueno, te dejo, que Ricardo me está mirando raro. A medianoche en los yacimientos.

—No hace falta que me lo repitas tanto, que me acuerdo —se despide Artos con fastidio, cansado de que Xoan lo trate como si fuera idiota.

Cuando Xoan vuelve al interior del bar, Alejandro no está tras la barra.

—¿Y Alejandro? —le pregunta Xoan a Ricardo.

—Ha ido a tirar la basura.

Alejandro vuelve al poco rato y mira con extrañeza a Xoan. El contenedor de basura queda al lado de la entrada donde Xoan ha estado hablando por teléfono con Antonino. No quiere más problemas ni cargar con más cadáveres, aunque el de Adela y el de Jaime no le conciernen, pero si Alejandro ha escuchado su breve conversación con Antonino, podría convertirse en una molestia.

Capítulo 83

Coaña, Asturias
María Luisa

Falta una hora para la medianoche

—¿Que qué he visto, dices? Sangre, Mikel. Eso es lo que he visto. Eso es lo que veo cada vez que te miro. Sangre, sangre, sangre… —María Luisa se tapa los ojos, sacude la cabeza con rapidez—. Y más sangre. Lo que has hecho no está bien, te lo dije desde el principio. Amaia, a pesar de todo, es tu hermana, ella siempre ha querido salvarte, ¿es que no lo entiendes? Si hizo todo lo que… Ya, pues vaya manera de salvarme, estás pensando… Pero es que es la verdad. Y aún sigue haciéndolo, ¿es que no lo ves? Mírala. Mírala, con cuidado, que no te vea. Yo, la verdad, no sé qué hace tanto subir y bajar escaleras, tanto entrar y salir del cuarto en el que dormíais de mozos… esa chica no está fina, no. Pero lo mismo dicen de ti y de mí, ¿verdad? Que no estamos finos… Si supieran, Mikel… si la gente supiera… Hay cuerdos que están más locos que los locos, pero el truco para que no los pillen es que lo saben disimular mejor, dicen lo que quieres escuchar y son expertos en manipular a las personas.

Capítulo 84

Coaña, Asturias
En los yacimientos Castro de Coaña

A medianoche

Ya lo decía Carlos Ruíz Zafón en su novela *Marina*: El camino al infierno está hecho de buenas intenciones.

Y parece que el camino ha sido largo, muy largo, lleno de trampas, baches, imprevistos, muertes, ausencias y desconfianza, hasta llegar hoy aquí, al punto de no retorno.

***

Amaia llega al territorio celta con la respiración agitada y el arma comprada a los hermanos Arruza a buen recaudo en la cinturilla. Poco a poco, sus ojos se adaptan a la oscuridad del paraje y mira a su alrededor en busca de Mikel sin osar llamarlo en voz alta, no vaya a ser que se trate de una trampa. Ese pensamiento aún no ha desaparecido, no del todo, y por eso avanza como si levitara, sin apenas hacer ruido. Porque podría ser cualquier otra persona la que le ha escrito desde el móvil de Mikel. Porque podría ser Artos o Xoan. Y su finalidad no sería otra que la de hacerla desaparecer como intentó anoche Jaime, sin tener en cuenta que su acto de valentía le costaría la vida.

***

Xoan y Artos han llegado diez minutos antes de la medianoche. Están escondidos detrás de una de las plantas circulares de los yacimientos. Por suerte, la lluvia ha dado una tregua, pero el cielo nocturno se asemeja a una mancha de petróleo de lo oscuro que está. Las nubes enturbian el cielo impidiendo ver las estrellas; es una noche muy distinta a la noche en la que Anne se evaporó, y, aun así, ambos instantes parecen convivir en el mismo espacio, como si fuera cierta la existencia de los planos dimensionales.

—¿Ves algo? —le susurra Xoan a Antonino.

—Aquí no hay nadie y odio este lugar, hostia, lo odio con toda mi alma.

—Shhh… Habla más bajo, joder.

***

«… odio este lugar, hostia, lo odio con toda mi alma», alcanza a oír Amaia, buscando la procedencia de la voz. No tarda en ver un brazo sobresaliendo de detrás de una de las estructuras circulares de los yacimientos.

Aguza el oído y toda su atención se centra en el punto en el que ha visto a alguien agazapado tras las piedras:

«Shhh… Habla más bajo, joder».

Xoan. Y Artos.

Son ellos.

Y entonces, Amaia se teme lo peor.

Siempre han sido ellos.

Desde el «Sigo aquí» hasta la citación a medianoche en los yacimientos.

Ahora, la seguridad de que Mikel está muerto y que sus asesinos están aquí, cerca, a su alcance, la sacude de tal modo, que saca el arma de la cinturilla, le quita el seguro y…

***

¿Jaime está muerto? ¿Cómo es posible?

Desde que Alejandro ha oído *por casualidad* la conversación telefónica que Xoan ha mantenido con Antonino, no se ha sacado de encima la opresión en el pecho, la manera más común en la que la

angustia nos visita, poniendo nuestro mundo patas arriba, ese mundo que creíamos seguro y estable y que puede tambalearse en menos de lo que dura un pestañeo.

Alejandro, trastocado, teme que Amaia corra peligro. Que Xoan y Artos sean en realidad unos asesinos, cuando es gente que crees conocer porque los has visto a diario desde que no levantabas un palmo del suelo, y al final te percatas de que no los conoces lo más mínimo. Alejandro también tiene miedo de que hayan arrastrado a Amaia hasta aquí, y por eso le ha dicho que esta noche no vaya a hacerle compañía.

Tras recorrer los últimos metros por el camino de tierra con los focos apagados, Alejandro sale del coche. Se adentra en los yacimientos y mira a su alrededor, pero el paraje está tan oscuro que es incapaz de distinguir nada. Los contornos de cada uno de los elementos del territorio celta lo confunden, edificaciones en ruinas, árboles, todo se mezcla… pero a Alejandro le parece ver dos siluetas sentadas tras una de las estructuras de piedra circulares y una tercera persona acercándose a ellas.

¿Quién es?

¿Eso que sujeta en alto es una pistola?

De repente, suena un disparo.

Y el mundo se detiene ante los ojos de Alejandro, al ver que una de las siluetas en las que ha reparado se desploma.

***

—Ya ha empezado —murmura María Luisa, observándolo todo tras el tronco de un árbol centenario de los muchos que ocupan este trozo tupido de bosque—. ¿Cuándo nos toca salir, Mikel? ¿Espero? Pero qué les va a hacer, señor… qué les va a hacer… se le ha ido la cabeza del todo.

***

Da igual que te quede un año, tres meses, un mes, dos días, un minuto… La vida viene con spoiler. Sabemos que vamos a morir. El cuándo, el dónde y en ocasiones la manera, es el gran misterio, el giro de guion que nadie es capaz de predecir.

Salvo Xoan.

Xoan, que ha visto cómo Amaia se ha plantado frente a ellos, ha apuntado a la frente de Artos y, sin darle tiempo a reaccionar, le ha

disparado con la puntería de un profesional provocándole la muerte en el acto, sabe que va a morir. Y, cuando eso ocurre, hasta el más hijo de puta es capaz de cambiar, de dejar atrás el orgullo y la maldad y suplicar por su vida.

A Xoan se le presentan todas las respuestas que a veces, en secreto, nos hacemos. Sabe que no le queda mucho. ¿Un minuto, dos, cinco? Que va a ser aquí, en los yacimientos, donde tanto dolor le provocó a una niña. Ahora, a sus treinta años, se da cuenta… Anne era una niña... ¿La manera? De un disparo, claro, alguien como él no puede acabar de otra manera. ¿Pero en manos de Amaia? No… eso sí que no se lo esperaba.

—Amaia… Fuiste tú. Tú has matado a Jaime.

—No me quedó otro remedio. Él me atacó primero, solo me defendí.

—Y a Adela. ¿Por qué a Adela?

—Porque era más molesta que una hemorroide, se metió con quien no debía. Lo habéis jodido todo, Xoan, ¿es que no te das cuenta? ¿Qué le habéis hecho a mi hermano? Yo estaba tan tranquila en París… había olvidado toda esta mierda hasta que me dejó aquel mensaje en el buzón de voz diciéndome que iba a hacer algo muy malo... Y luego el SMS que me dio esperanzas. ¡Joder, han pasado diez años, no tendríamos que estar aquí!

—Mikel fue quien removió la mierda. Él se lo buscó —resuelve Xoan con voz temblorosa—. Pero entonces… tú… tú nos has citado aquí.

Amaia aparta la mirada de Xoan para centrarla en el cadáver de Artos, cuyos ojos siguen abiertos, fijos en el vacío en el que lo ha sumido la muerte, con un agujero en la frente del tamaño de un hormiguero.

—No. Fuisteis vosotros quien me citasteis aquí.

—Te juro que no.

De los nervios, a Xoan le da por reír. Ambos están de mierda hasta el cuello, no le queda otra que ponerse de parte de Amaia para que no se le ocurra disparar el gatillo.

—Eh, Amaia, no dispares, ¿vale? Podemos hablar. Podemos hablar y arreglar lo que sea. Nadie tiene por qué enterarse de que Jaime está muerto. Solo lo sé yo y nos podemos deshacer del cuerpo. Te puedo ayudar. Soy el único que puede ayudarte a salir de esta, Amaia. Sabes… ¿sabes lo que le hicimos a Anne?

—Hay un vídeo, Xoan.

«Hostia puta. Gonzalo no iba de farol. ¿Pero cómo ha llegado ese vídeo hasta Amaia?», se pregunta Xoan.

—Violasteis a Anne —sigue hablando Amaia—. Tú remataste lo que Gonzalo, Artos y Jaime intentaron hacerle al seguirla hasta aquí,

humillándola y atemorizándola. Debió de sentir tanto miedo… Tanto… ¿Por qué le hicisteis eso? ¿Porque estaba continuamente riéndose de vosotros? ¿Porque os rechazaba una y otra vez y os hacía sentir unos mierdas, que es lo que sois? En el vídeo se os ve a los cuatro. También a ti, Xoan —zanja, mintiendo en esta última parte, porque lo suyo le ha costado reconocer a Xoan como el cuarto violador, pero necesita que lo reconozca. Que le diga que sí, que era la silueta que apareció de la nada y apartó a los otros para "disfrutar" de Anne él solo en lugar de socorrerla, sin sospechar que había una cámara en el suelo que lo grabaría todo. Todo, hasta el momento en que Gonzalo se despierta, Anne ya no está, solo queda Jaime, recoge la cámara del suelo, la apaga y se va.

—Joder, éramos unos críos, Amaia, y estábamos borrachos y fumados… solo Antonino y yo recordamos lo que pasó y por partes, tampoco creas que mucho… Jaime no recordó nunca nada y Gonzalo… no sé, no volvimos a hablar del tema y a los pocos años se largó a Madrid. Hasta que Mikel volvió, nos siguió, empezó a ponerse pesado y a hacer preguntas incómodas. No sé cómo acabó atando cabos, llamando a Gonzalo y… Gonzalo iba a delatarnos, Amaia. Iba a contar lo que hicimos esa noche. No nos quedó otro remedio que…

—Erais unos críos, sí, ibais borrachos y drogados, pero esa excusa no me vale. Matasteis a Anne —tantea Amaia.

—No, eso sí que no, a mí no me cargues con su muerte —se apresura en decir Xoan. La única baza que le queda para salir de aquí con vida y que Amaia, que lo mira como si la locura le saliera por los ojos, no dispare, es la desconfianza. Incriminarla. Darle la vuelta a la tortilla. Elucubrar, aunque no esté en lo cierto, aunque solo sea para distraerla y alargar el momento—. A nosotros no nos cargues con las culpas, que cuando nos fuimos, te juro por mi madre que Anne estaba viva. ¿Qué pasó, eh, Amaia? ¿Tú lo sabes? ¿Dónde estabas esa noche?

—Amaia estaba conmigo —irrumpe Alejandro para sorpresa de Amaia y Xoan, que ve en su presencia su salvavidas—. Amaia, baja el arma, por favor… Joder, Antonino…

Alejandro le da la espalda al cadáver. Ha estado escuchando parte de la conversación entre Amaia y Xoan, concretamente desde que ella le ha dicho:

—Violasteis a Anne.

Aun así, le cuesta creer que Amaia haya sido capaz de quitarle la vida a Artos. Quizá, si hubiera llegado antes, cuando Amaia ha reconocido ser la asesina de Adela y de Jaime, sus pensamientos hacia ella cambiarían. Y sus sentimientos… bueno, esos quizá se desvanecerían para siempre…

… *a pesar de.*

Xoan se incorpora con las manos en alto en señal de rendición,

mientras Amaia, que no sabe qué decir, mira con el rabillo del ojo a Alejandro. Finalmente, baja el arma y la distracción va a salirle muy cara, porque Xoan aprovecha para arrebatársela y matar dos pájaros de un tiro.

Sí, esos dos pájaros son Amaia y Alejandro, la *doble A*.

***

—¿Deberíamos intervenir, Mikel? Toma, toma la escopeta, cógela tú que yo no quiero mancharme el aura de sangre. Así, muy bien, cuidadito con ella, eh, que es más vieja que yo y pesa como el demonio…

***

Amaia, rápida de reflejos, se resiste a que Xoan se apodere de la Glock, y llevan lo que a Alejandro le parece una eternidad forcejeando.

—¡Parad! —les grita Alejandro sin atreverse a intervenir, cuando se percata de que a Amaia apenas le quedan fuerzas para seguir luchando contra Xoan—. ¡Parad, joder, que la pistola se puede disparar sola, puede…!

¡BANG!

El temblor que ha provocado el disparo de una escopeta en el aire se extiende por todo el terreno, y el silencio que le sigue es todavía más aterrador que el propio estruendo. Por un momento, el bosque y los yacimientos se han sumido en un profundo y oscuro letargo.

Amaia, Xoan y Alejandro parecen haberse convertido en estatuas tras el estallido, que ha sonado con tal fuerza, que ha debido de despertar a todos los habitantes de Coaña.

Ahora, quien aprovecha el momento de distracción y confusión es Amaia, que, sin tener en cuenta la presencia de Alejandro, porque llegados a este punto ya no le importa echar su vida a perder, recupera el control de la Glock y dispara contra Xoan una, dos, tres veces en modo ametralladora hasta que se queda sin balas.

Xoan, aún de pie, aunque por poco tiempo porque las rodillas le empiezan a flaquear, abre la boca sanguinolenta y se lleva las manos al vientre, ahí donde las balas le han perforado la piel.

Sangre. Sangre. Sangre.

Del vientre de Xoan mana muchísima sangre, como María Luisa predijo en sus recurrentes visiones. El cuerpo de Xoan cae desplomado hacia delante, impactando cerca de los pies de Amaia que, sin inmutarse, dirige la mirada hacia donde ha sonado el disparo.

***

Ya está, Mikel, ya está. Has conseguido lo que querías.

La ley del Talión.

Ojo por ojo…

… y el mundo acabará ciego, dijo Gandhi.

Los cuatro violadores de Anne están muertos sin que hayas tenido que tocarles un solo pelo ni te remuerda la conciencia, Mikel. Amaia, la hermana mayor sobreprotectora, ha hecho el trabajo sucio por ti. Como siempre. A pesar de que le dijeras horas antes de que te quedaras sin voz, que esta vez no iba a poder salvarte.

Capítulo 85

Tres meses antes

Coaña, Asturias

9 de marzo de 2018

El día en el que Mikel

volvió a nacer

Tras una honda bocanada de aire como si hubiera regresado de entre los muertos, Mikel abrió los ojos desorientado y con dificultad, hasta que se percató de que seguía en el sótano de la casa azul donde había bajado con Gonzalo.

¿Cuándo había sido? ¿Había pasado media hora? ¿Minutos? ¿Horas? ¿Dónde estaba la grabadora con su confesión? La grabadora que Artos, tras escuchar la breve conversación entre Gonzalo y Mikel, decidió esconder debajo de la tabla de madera suelta del dormitorio para que alguien la descubriera, incriminando solo a Gonzalo de la desaparición de Anne. Bajo esa misma tabla de madera en la que, tres meses más tarde y con Amaia en el pueblo, Artos también escondió el arma que acabó con la vida de Gonzalo para culpar a Mikel, en paradero desconocido. Ya se encargó Artos, pensando que Mikel estaba muerto, de llenar la pistola con sus huellas.

Pero Mikel no estaba muerto. Solo lo parecía.

Mikel se llevó la mano a la cabeza, de donde había manado mucha sangre… notaba su sabor metálico en el paladar, la sangre se le había deslizado por toda la cara. A un lado, descubrió con estupor el cadáver de Gonzalo, los sesos derramados en la pared.

Tenía la sensación de estar dentro de una pesadilla. Durante una milésima de segundo, a Mikel se le pasó por la cabeza que había sido él quien lo había matado, porque eso es lo que pensaba hacer y se le ocurrió cometer la locura de adelantárselo a Amaia dejándole un

mensaje en el buzón de voz, pero entonces… entonces se levantó, sintiendo un hormigueo recorriendo todo su cuerpo y un dolor lacerante en la cabeza, y empezó a recordar fragmentos de lo que había ocurrido.

Él no había matado a Gonzalo. Aunque le habría gustado.

El agente Artos irrumpiendo en el sótano…

Antonino.

«Él ha matado a Gonzalo. Me ha dejado tirado aquí pensando que yo también estaba muerto».

A Mikel no le salía la voz ni para quejarse. Era incapaz de pronunciar una sola palabra, le dolía horrores la garganta, como si una mano le estuviera oprimiendo con fuerza el cuello. No le quedó más remedio que sufrir en silencio, un silencio que ocuparía sus días a partir de ese momento mientras despacio, muy despacio, abandonaba el sótano y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, empezó a subir las escaleras.

Tenía que salir de ahí. Artos podía regresar en cualquier momento para rematar la faena, y si descubría que seguía con vida… no tendría tanta suerte. Hacía tiempo que Mikel había dejado de creer en las segundas oportunidades.

Llegó al salón. Casi arrastrándose, abrió la puerta. En el exterior lo esperaba María Luisa, como si hubiera sabido lo que iba a ocurrir antes de que ocurriera.

—Hay que darse prisa, Mikel, vamos. En mi casa estarás a salvo, nadie se atreve a entrar en la casa de la loca de Coaña.

Nadie vio a Mikel entrar en casa de María Luisa. Lo ayudó a subir al dormitorio de la segunda planta, lo acostó en la cama y le limpió la sangre de la cabeza y de la cara.

—Qué animal es. Qué animal más malo, más bruto… Qué fuerte te ha dado en la cabeza, Mikel, qué fuerte.

Mikel la miraba con una expresión que oscilaba entre la súplica, el agradecimiento y el terror.

—¿Qué te pasa? ¿No puedes hablar?

Mikel contestó de la única manera que podía, sacudiendo la cabeza. Padecía disfonía espasmódica debido a los espasmos de los músculos que controlan las cuerdas vocales, pero ni María Luisa ni él entendían de medicina, así que carecían de la respuesta correcta. La causa de la disfonía es desconocida, pero en ocasiones se desencadena por un fuerte estrés psicológico, como el que había padecido Mikel, y, en la mayoría de casos, se desarrolla a raíz de un problema en el cerebro y el sistema nervioso que puede afectar a la voz.

—Necesitarías puntos, que te viera un médico, pero yo… yo no sé coser heridas, Mikel, ¿qué hago?

Mikel la agarró de la mano intentando calmar a María Luisa, que

suficiente lo había ayudado ya. No quería poner su vida en riesgo. Era la única persona en el mundo en la que podía confiar, más que en su propia hermana. La mujer terminaría desinfectando una aguja en alcohol para proceder a cerrar la herida que Artos le había provocado en la cabeza con poca destreza y muchos nervios, pero cicatrizó bien sin tener que lamentar infecciones posteriores.

De madrugada, María Luisa, escondida tras el visillo de la ventana del dormitorio en el que Mikel dormía, vio a Artos aparcar una furgoneta blanca. Su intención era cargar con dos cadáveres, pero a estas alturas de la historia sabemos que solo encontró el de Gonzalo. El policía sufrió un ataque de nervios al descubrir que Mikel no estaba en el sótano.

Artos se esmeró en limpiar la sangre de Mikel, temeroso del momento en el que tendría que decirle a Xoan que había fallado. Que no tenía ni idea de dónde estaba Mikel, si había sobrevivido al golpe o no… En el sótano, Artos también borró sus huellas y dejó premeditadamente los restos de los sesos de Gonzalo que Amaia acabaría encontrando.

Una hora más tarde, María Luisa observó a su sobrino cargar con el cuerpo de Gonzalo enrollado en una alfombra, meterlo en la furgoneta sin delicadeza, como si fuera un saco de patatas, alejarse calle abajo en la clandestinidad de la noche, y el resto es historia.

***

Cuatro días más tarde
En casa de María Luisa

Mikel comía como un pajarito, le costaba tragar hasta el agua que María Luisa le daba con una caña, y apenas podía tenerse en pie, por lo que llevaba cuatro días sin moverse de la cama.

—Hay que quitarse esa ropa, Mikel, huele a muerto, y tendrías que darte una duchita. Yo te ayudo. Lavo la ropa, puedes ponerte una bata que tengo mientras tanto. Oh, ya, ya, debería comprarte algo… porque entrar en tu casa puede suponer un riesgo, sí, aunque por aquí nadie parece haberse dado cuenta de tu ausencia. Claro, al tiempo, alguno de tus amigos acabará denunciando tu desaparición. Ah, sí, que tú no tienes amigos, que no puedes fiarte de ninguno. Sí, sí, lo sé, hijo, lo sé…

Mikel, con ayuda de María Luisa, se desvistió. Al quitarse los

tejanos, su móvil y la tarjeta de memoria cayeron del bolsillo y aterrizaron en el suelo.

—¿Qué es esto? —le preguntó María Luisa, refiriéndose a la tarjeta de memoria que sostenía, mirándola como si fuera un objeto extraterrestre.

«Gonzalo me dio esa tarjeta antes de que Antonino apareciera como un espectro en el sótano. Es la prueba de lo que le pasó a Anne», le costó recordar a Mikel, incapaz de expresarlo con palabras. Era frustrante y desesperante tener la explicación en la punta de la lengua y que no le saliera la voz.

—Oye, ¿este móvil no será localizable, no? —Mikel negó con la cabeza. Se lo arrebató a María Luisa y descubrió con alivio que estaba apagado—. ¿Te ves capaz de escribir? Veo cosas, las adivino antes de que pasen, pero no soy todopoderosa, Mikel. Y leer la mente nunca se me ha dado especialmente bien, me agota demasiado.

El trazo de Mikel era tembloroso pero legible. Le pedía a María Luisa un ordenador más o menos actual para poder ver el contenido de la tarjeta. Fuera cual fuera. A María Luisa le sonaba a chino. ¿Qué podía contener ese trasto de plástico siendo tan pequeño?

—¿Cómo voy a conseguir un cacharro de esos? ¿Son muy caros?

***

Dos meses más tarde
15 de mayo de 2018

Hacía dos meses que Jaime había denunciado la desaparición de Mikel. Abelino, un hombre mayor con demencia, el testigo poco fiable, había asegurado verlo caminando por los alrededores de Castro de Coaña. Sí, era cierto, había visto a Mikel alguna vez, era un lugar que solía frecuentar casi tanto como el bar de Alejandro, pero no el 9 de marzo, que fue cuando desapareció. Jaime diría que, desde ese día, Mikel no había vuelto al bar, que era raro, que algo le había pasado, y por eso, a la semana, denunció su desaparición sin que Artos le hiciera demasiado caso.

Del asesinato de Gonzalo no se sabía nada. Su desaparición no había llegado hasta Coaña, así que todavía era imposible relacionar a Mikel y a Gonzalo.

Artos había escondido muy bien el cadáver de Gonzalo, aunque eso solo lo sabían María Luisa y Mikel. Puede que estuviera enterrado en

el bosque, pero cada vez que Mikel lo insinuaba con gestos, María Luisa aseguraba que no, que si pensaba en él veía paja, mucha paja alrededor de su cuerpo sin vida, y que su sobrino lo había dejado a la vista para que, llegado el momento, lo encontraran.

—Creo que está en un granero —le dijo a Mikel, mudo, pálido y ojeroso, cada vez más escuálido, tanto, que parecía que algo dentro de él se estuviera pudriendo. Y a todo esto se le añadían sus recurrentes dolores de cabeza y pesadillas.

Los días transcurrían con lentitud. Y, a mediados de mayo, cuando Mikel se había olvidado de la tarjeta que Gonzalo le había entregado, María Luisa entró como un torbellino en la habitación con un ordenador portátil.

—Me lo ha prestado una amiga. Es de su hija, tiene uno nuevo y este casi no lo utiliza. Ya, ya, que yo no tengo amigas… bueno, he tenido que hacer un trabajillo para conseguirlo. ¡No! ¿Pero cómo piensas esas cosas, Mikel? Mente enferma. Le he leído la mano. Le he dicho que todo le irá estupendamente, para qué decirle que en dos años un virus letal que aparece en mi mente como una corona, se la llevará al otro barrio y no conocerá a sus nietos. La pobre. La gente cree que quiere conocer el futuro, pero no, Mikel, eso no es verdad. A la gente le aterra el futuro, casi tanto como la muerte, la gran desconocida, y es más feliz en la ignorancia. En fin, toma, me ha dicho que tiene batería, así que… bueno, ¿tú manejas estos chismes, no? Porque yo no tengo ni idea. ¿La tarjetita esa que parece de juguete? La metimos en el primer cajón de la mesita de noche, mira, aquí está, ¿no te acordabas?

Mikel encendió el ordenador. A María Luisa todo ese mundo seguía sonándole a chino. Introdujo la tarjeta en una ranura, en la pantalla apareció (como por arte de magia, diría María Luisa) un archivo mp4 (¿*Eme pe* qué?, preguntaría María Luisa). Debajo del fichero, un nombre: ANNE.

María Luisa y Mikel empezaron a ver el vídeo.

Al terminarlo, a ambos les latía el corazón muy deprisa y sus respiraciones irregulares se entremezclaban hasta el punto de parecer una sola.

A Mikel, un regusto ácido le trepó por la garganta, obligándole a salir corriendo de la habitación para ir al cuarto de baño a expulsar por el retrete todo el disgusto, la rabia, la impotencia, la incredulidad, el miedo, la inseguridad, la mentira, la traición, el horror de lo que había visto en el vídeo. Sentía que el pasado se la había jugado de la peor de las maneras.

Cuando Mikel, debilitado, regresó a la habitación más pálido que nunca, en su mente frágil como el cristal ya se estaba empezando a fraguar un plan para traer de vuelta a Amaia.

—Mikel… yo no vi venir eso —le dijo María Luisa, que seguía trastocada y con los ojos clavados en la pantalla del portátil, como si de ese *trasto* pudiera volver a salir *algo* como por arte de magia que lo cambiara todo, que les diera a entender que el vídeo que habían visionado era una broma, un montaje, un teatrillo… que nada de lo que habían visto era real—. Yo eso no… no lo vi. Si lo hubiera visto, te juro por mis muertos que te lo habría dicho aunque te destrozara.

Capítulo 86

Presente

Coaña, Asturias
En los yacimientos Castro de Coaña

Amaia deja caer la Glock al suelo al ver a Mikel caminando hacia ella con María Luisa a su espalda. Los hermanos se miran como si se estuvieran viendo por primera vez. Y puede que así sea, porque les cuesta horrores reconocerse.

—Mikel… —lo llama Amaia con la voz quebrada debido a la emoción, mientras Alejandro sigue en *shock*, incapaz de procesar lo que acaba de ocurrir y de reconocer en Amaia a la chica dulce de sus veranos más felices.

«¿Quién es esta mujer que ha matado a sangre fría a dos hombres? ¿Por qué lo ha hecho?».

Alejandro no entiende nada. Todavía.

Mikel, en silencio y cargando con la escopeta, que a su lado, de tan escuálido como está parece aún más grande, analiza la situación. Todos están muertos. Los que iniciaron la pesadilla de Anne no podrán hacerle daño a nadie más y ahora… ¿ahora qué? ¿Qué es lo que le sigue al horror, a la inquietante verdad? ¿Qué hay después del fin?

Mikel y María Luisa se sitúan delante de Amaia mientras Alejandro parece ausente. Amaia da un paso al frente con los brazos extendidos para darle un abrazo a su hermano. Solo por él ha regresado a Coaña librando una lucha incesante contra sus propios demonios. Solo por él… Por su «Sigo aquí» que la llenó de esperanza. Pero Mikel, contrariándola, se aparta como si pudiera contagiarle un virus letal. Y la mira… la mira fijamente como si fuera…

«Un monstruo. Eres un monstruo, Amaia», le dicen sus ojos.

—Amaia, él quiere… —empieza a decir María Luisa, pero Amaia la interrumpe bruscamente:

—¿Por qué no habla él? Mikel, ¿qué pasa? ¿Por qué no me hablas?

—Porque no puede. Lleva meses sin poder hablar —le explica María Luisa con una calma fingida—. Pero él solo quiere… Mikel

quiere saber dónde enterraste a Anne.

—No… yo no… yo no hice nada, no sé de qué me hablas.

Amaia, acorralada, sintiendo una bola de fuego atravesándole el pecho, mira a Alejandro.

—Hay un vídeo —añade María Luisa—. Lo has visto. Te hemos llevado hasta él. Y te has visto. ¿Por qué, Amaia? ¿Por qué, en lugar de ayudar a Anne, la mataste? Mikel necesita respuestas. Las preguntas y la culpa lo han consumido durante demasiados años, ¿no crees?

Amaia mira a su hermano. Está roto, llorando, de su garganta emerge un sonido ronco, casi animal, que recuerda a un pez desesperado boqueando fuera del agua para sobrevivir, ante la imposibilidad de expresarse con palabras y decirle a su hermana todo lo que querría.

—Por amor. Todo lo que he hecho ha sido por amor. —Amaia señala los cadáveres de Artos y Xoan, piensa también en Jaime, a la espera de que las autoridades lo descubran muerto en su casa, en el final horrible y lleno de violencia que le dio—. Por… por el bebé que llevaba dentro. —Amaia mira a Alejandro y logra confundir a Mikel, que no tenía ni idea de que su hermana había estado embarazada—. Y por ti, Mikel, la hice desaparecer por ti, para que no te hiciera más daño, porque ella… Anne era veneno, esos monstruos tenían razón. Era veneno y te estaba destrozando. ¿Es que no te dabas cuenta de que te estaba alejando de mí?

Capítulo 87

Diez años antes

Coaña, Asturias
Madrugada del 24 de junio de 2008 – La noche de San Juan
En los yacimientos Castro de Coaña

La desaparición de Anne

Odiar sin que se te note, también te convierte en una mala persona.

Anne lo acaparaba todo. Lo quería todo. A costa de lo que fuera, especialmente haciendo daño a los demás, rompiéndoles el corazón sin que le importara lo más mínimo. Y esa noche de San Juan, entre fuegos artificiales, música y jolgorio, Anne discutió con Mikel y lo destrozó. Cuando Anne se largó, Amaia se acercó a su hermano. Anne le había sido infiel en contables ocasiones, el mayor temor de Mikel se había hecho realidad. Pero bastó una mirada para que Amaia supusiera (erróneamente) que también había estado con Alejandro. Acarició su vientre. Ella ya sabía que ahí había un latido sin haberse realizado aún un test de embarazo. Y se volvió loca.

—Empiezo a tener un poco de frío, voy a casa a por una chaqueta y ahora vuelvo —le dijo Amaia a Alejandro.

En ocasiones, hay una diferencia abismal entre lo que contamos y lo que ocurrió en realidad.

Amaia tardó tres horas en regresar al descampado, cuando la fiesta estaba a punto de llegar a su fin y de la hoguera no quedaban más que las brasas. Pero nadie se dio cuenta. Hacía rato que Mikel se había largado a casa, la mayoría de jóvenes estaban borrachos, no se enteraban de nada, y a Alejandro el alcohol le pesaba el doble porque estaba poco acostumbrado a beber, así que esa noche perdió la noción del tiempo. No tenía ni idea de si Amaia había tardado tres horas o quince minutos, no fue algo que recordara ni que tuviera en cuenta, creyéndose años más tarde cualquier cosa que ella le dijera.

Amaia, tras una breve conversación con Anne que ocurrió tal y como le contó hace unas semanas a Alejandro, la vio marcharse con Adela, esa chica rarita y fea que ni siquiera le caía bien. Lo que eludió de su relato, es que las siguió entre las sombras. Al poco rato las vio separarse, cada una por su lado. Amaia creyó que había llegado el momento, *su* momento, pero Gonzalo, Jaime y Artos entraron en escena.

¿De dónde habían salido?

Todo estaba muy oscuro y era confuso, por lo que Amaia fue incapaz de reconocerlos al principio. Pero esas voces llenas de odio, de rabia… había una que le sonaba, la de Jaime, pero no lo sabría hasta más adelante. Con dos de ellos, Gonzalo y Artos, Amaia no había hablado nunca. No sabía ni cómo se llamaban. Se les veía muy perjudicados, apenas vocalizaban y, aunque corrían rápido, no paraban de tropezar y caer. Empezaron a perseguir a Anne. A insultarla hasta alcanzarla, a forcejear…

«Estos imbéciles van a hacer el trabajo por mí», llegó a pensar Amaia, escondida tras un árbol del frondoso bosque que linda con los yacimientos celtas, un territorio que ella conocía como la palma de su mano, pues había paseado cientos de veces por ahí con su abuelo desde que no levantaba un palmo del suelo.

Anne consiguió escapar.

Por poco tiempo.

La pesadilla no terminaría ahí.

Y otra vez echaron todos a correr, incluida Amaia, que al reparar en la presencia de un coche creyó que todo se iría al garete. No obstante, el coche pasó de largo y los tres jóvenes continuaron persiguiendo a Anne de manera enfermiza, delirante… la violencia más temida, la de los que no son capaces de detenerse, pensar con claridad y darse cuenta de que lo que están haciendo es una locura.

Amaia, casi sin aliento, corría detrás de los chicos atravesando el bosque sin que repararan en su presencia, hasta que…

… a Anne le dieron caza…

… y a Amaia se le disparó un latido.

Se abalanzaron como hienas hambrientas sobre el cuerpo indefenso, maltratado y tembloroso de Anne.

Y al cabo de un rato, llegó otro chico, un chico al que Amaia, sentada detrás de un árbol con las rodillas pegadas al pecho, no vio.

Diez años más tarde y gracias a un vídeo, descubriría que era Xoan.

A los pocos minutos, Amaia oyó unas risas.

Risas ebrias, escandalosas, que rompían la paz del bosque.

¿Había terminado todo?

¿Cómo estaría Anne?

Seguiría… ¿seguiría viva?

Desde el lugar en el que estaba escondida y desde donde había escuchado el infierno por el que había pasado Anne, era incapaz de ver nada, así que se arriesgó a cambiar de posición. No parecía haber nadie. Solo quedaba Anne.

Así que Amaia avanzó a tientas y, al ver dos cuerpos tendidos en el suelo cerca del de Anne, dudó, mientras las risas de los dos que se habían largado se desvanecían en la noche.

Jaime y Gonzalo estaban tendidos en el suelo. Inconscientes, Amaia sabía que podía hacer lo que le diera la gana, que no iba a haber consecuencias, que esos dos despertarían y no recordarían nada. Lo que Amaia no vio, era que el objetivo de una cámara grabaría el instante en el que se agachó junto al cuerpo de Anne en el momento en que la luna rotó iluminándola por completo, desvelando su identidad.

Anne estaba inmóvil, tan inexpresiva como una piedra. Tenía los ojos abiertos y vacíos, como si el alma que reflejaban hubiera huido. No miró a Amaia, pero, al poco rato, le extendió una mano. Esta flotó en el aire hasta que Amaia la cogió. Estaba fría y rígida, y Amaia se aferró a ella.

No fue más que un engaño, Anne.

Amaia no estaba ahí para salvarte. Ni siquiera se le pasó por la cabeza sacarte de los yacimientos, llevarte al hospital, ayudarte a denunciar a tus violadores…

—No te lo voy a perdonar nunca —empezó a decir Amaia, deshaciéndose con violencia de la mano de Anne—. ¿Por qué con Alejandro? —inquirió, abriendo las palmas de sus manos y mirándolas como quien mira un arma letal que le da miedo y seguridad a partes iguales. Anne cometió el error de no negarlo; el *shock* de lo ocurrido parecía haberla dejado sin habla—. ¿Por qué con mi hermano? Crees que puedes ir por ahí tratando a la gente como una mierda, pero… te has equivocado con nosotros. —Amaia llevó sus manos al cuello de Anne. Su piel presentaba el leve resplandor de una perla de agua dulce. Empezó a apretar—. ¿Te divierte ir por ahí haciéndole daño a la gente, Anne? —Amaia siguió apretando fuerte, cada vez más fuerte, más, más…—. El mundo está lleno de personas malas y, con el tiempo, la crueldad va en aumento. Al mundo le sobra gente mala y dañina como tú, Anne.

Amaia siguió presionando el delicado cuello de Anne con una rabia inusitada. En lugar de ver morir a Anne, la mirada de Amaia, nublada por las lágrimas, estaba centrada en la luna llena. Cuando volvió a mirar a Anne, estaba muerta. Había apretado tan fuerte, tanto,

dejando caer el peso de su cuerpo sobre el cuello de Anne, que le había triturado la tráquea. Qué manera tan fea de morir. Ahora Anne no era más que un caparazón vacío que no volvería a hacerle daño a nadie…

Amaia no sintió nada.

Nada.

Ni pena ni remordimiento. No hace falta morir para dejar un caparazón vacío, libre de alma y sentimientos.

Y eso, como el odio que no se nota que sientes, también nos hace malas personas.

Amaia se levantó y agarró a Anne por los tobillos.

Pesaba tan poco…

Gonzalo y Jaime seguían durmiendo la mona.

Seguidamente, saliendo del encuadre del objetivo de la cámara de vídeo de Gonzalo que Amaia no sabía que la había grabado, arrastró a Anne hasta las profundidades del bosque haciéndola desaparecer para siempre, creyendo ingenuamente que su secreto estaría a salvo y ella, con el tiempo, libre de la culpa.

Capítulo 88

Presente

Coaña, Asturias
En los yacimientos Castro de Coaña

—Me equivoqué. Si pudiera volver atrás… Yo solo quería que no te causara más daño, Mikel, y lo que hice fue llevarte al abismo. Porque la noche en la que hice desaparecer a Anne, la parte buena que había en ti también desapareció, Mikel, y lo siento… lo siento tanto… —se rompe Amaia.

—Dónde está —insiste María Luisa.

—Bajo tierra —contesta Amaia, incapaz de mirar a Alejandro ahora que se sabe la verdad—. En el refugio subterráneo que el abuelo nos enseñó, ¿te acuerdas? El búnker que utilizaban en la Guerra Civil.

Mikel asiente y, cargando con la escopeta, echa a correr a través del bosque. Amaia, seguida de María Luisa y Alejandro, que no tienen ni idea de dónde ubicaron sus antepasados el refugio, encuentran a Mikel retirando la hojarasca que esconde la trampilla de metal oxidado.

Mikel es incapaz de levantarla, las lágrimas cargadas de impotencia surcan su rostro demacrado. Alejandro se agacha a su lado y le dice en la madrugada más surrealista de su vida:

—Yo te ayudo. Solo hace falta que dé un poco de sí y ya estaría…

Mientras tanto, Amaia le pregunta a María Luisa en un susurro:

—Iré al infierno, ¿verdad, María Luisa?

María Luisa se encoge de hombros. Parece que va a dar la callada por respuesta, pero al cabo de un rato, cuando entre Mikel y Alejandro consiguen abrir la trampilla, le dice al oído:

—Hay muchos infiernos, Amaia, y no hay que morir para visitarlos. Hay infiernos en este mundo y en el otro, yo he estado en unos cuantos, y eso que no he decidido sobre la vida y la muerte de ninguna persona como has hecho tú. Padeciste la muerte de tus abuelos, la de tus padres… la desaparición y el declive de Mikel… Ya

has vivido en el infierno, el de la ausencia de las personas a las que más has querido. Y ese, Amaia, es el infierno que más hay que temer.

Mikel mira a María Luisa con determinación. La mujer asiente, comprende, mira a Amaia, que está llorando.

—Quiere que bajes con él.

—Es… —Amaia mira la escopeta que Mikel carga a duras penas—. Mikel, ¿quieres matarme?

—Podemos solucionar esto de otra manera… —irrumpe Alejandro con desesperación—. Mikel, vamos a Oviedo, Amaia se entregará por el asesinato de Anne, de Xoan, de Artos… ¿Verdad, Amaia? Joder, no me puedo creer que hayas hecho… Joder. Vas a entregarte, ¿sí? Cumplirás condena y… no hay que llegar tan lejos, ella no tiene que… —Pese a todo el mal que Amaia ha sembrado, Alejandro no concibe un mundo en el que ella no exista—. Amaia, no puedes morir.

—Sí puedo, Alejandro. Debo. Es lo que merezco —se rinde Amaia, agarrando la mano que le tiende su hermano, quien vuelve a mirar a María Luisa y le sonríe.

—Mikel, ha sido un placer coincidir en esta vida contigo —se despide María Luisa—. Volveremos a vernos en la siguiente. Oh, no te preocupes por la escopeta, nunca le he tenido mucho cariño. Las cosas son solo eso, cosas. Has sido un buen amigo. Gracias.

Mikel asiente conteniendo la emoción. María Luisa ha sido como una madre para él, su mejor amiga durante estos últimos meses. Amaia, arrastrada por su hermano hacia las profundidades del bosque, testigo de guerras, lágrimas, amores, juegos, penas y dramas, mira por última vez a Alejandro.

La trampilla se cierra con un estrépito que sobresalta a Alejandro, que se pellizca en el antebrazo porque esto no puede ser real, debe de tratarse de una pesadilla… Sí, es una pesadilla. Está durmiendo, abrazado a Amaia, ella nunca ha matado a nadie, es incapaz de matar a una mosca, y esto no está ocurriendo.

—Está ocurriendo, Alejandro. Lo siento en el alma, pero está ocurriendo. Es real y te pesará toda la vida —sentencia María Luisa como si le hubiera leído el pensamiento—. A veces, no nos queda más remedio que dejarles marchar para seguir avanzando.

—Pero no podemos permitirlo, María Luisa, ¿es que nos hemos vuelto locos? Es que…

Alejandro frena en seco cuando oyen un disparo. Al minuto, suena otro. Y después… después nada. Silencio. Un silencio denso que despierta los sentidos y el mínimo ruido que emite el bosque se intensifica.

María Luisa suspira y sonríe mientras Alejandro, contrariado, no soporta más el nudo que le oprime la garganta, rompe a llorar desconsolado y le ocurre como cuando estás a punto de morir, que por

sus ojos pasa un caleidoscopio de emociones encontradas al evocar cada momento vivido con Amaia. Hasta que María Luisa levanta la mano, dice adiós y se lleva toda la atención de Alejandro. Sin duda alguna, María Luisa ve algo a través del fino velo que separa nuestro mundo del de los muertos que Alejandro es incapaz siquiera de intuir.

—María Luisa, ¿a quién le estás diciendo adiós…?

—Ya está, Alejandro, ya está. Están juntos y en paz. Por fin están juntos… Y en paz.

***

Coaña, Asturias
Dos semanas más tarde

El inspector Pelayo regresa frustrado a Oviedo sin haber encontrado al culpable de los asesinatos de Adela, Jaime, Xoan y Artos, que a Pelayo no le caía nada bien y lo consideraba un agente nefasto, pero nadie merece acabar con un balazo en la frente por algún ajuste de cuentas, según las primeras y únicas hipótesis. Nada concluyente.

Por si eso fuera poco, a la desaparición de Mikel se le suma ahora la de su hermana Amaia. Ambos se encuentran en paradero desconocido igual que aquella chica, Anne, que se esfumó como la niebla diez años atrás. Pero Mikel y Amaia son mayores de edad, pueden hacer lo que les dé la gana, porque no se les imputa de ningún cargo. Ya no. No obstante, no todo es malo. Pelayo ha podido comunicar a sus superiores que el agente Artos tuvo algo que ver con la muerte de Gonzalo Bergeron. Aún quedan muchas incógnitas en el aire que es posible que jamás se resuelvan, pero María Luisa, esa mujer que parece estar loca pero a Pelayo le pareció más cuerda que muchas personas que presumen de tener la cabeza bien amueblada, se encargó de que la memoria de Mikel quedara libre de culpa, al confesar que vio a su sobrino Antonino falsear las pruebas y cargar con el cadáver de Gonzalo enrollado en una alfombra. Artos no tuvo muchas luces al volver a dejar la alfombra con la que había ocultado el cuerpo sin vida de Gonzalo en el salón de la casa de su madre. Pelayo pidió una orden para requisarla y el luminol hizo su magia, absolviendo a Mikel, *esté donde esté*, del asesinato de Gonzalo.

Y respecto a Amaia…

¿Quién va a sospechar de ella?

Sin embargo, en los yacimientos no hallaron la Glock que acabó con la vida de Artos y Xoan, la antigua escopeta de María Luisa regresó *como por arte de magia* a la despensa, y, mientras el BMW de Amaia que Adela destrozó en un ataque de celos, seguirá aparcado en la pendiente de la casa azul durante años, el coche de Mikel se evaporó la misma madrugada en la que él perdió la vida en el refugio subterráneo del bosque, abrazado al esqueleto de Anne.

***

Alejandro, inquieto y ojeroso por las noches que lleva sin dormir, llama al timbre de la casa de María Luisa, que lo recibe con prisas porque tiene un pitu de caleya en el horno y no se puede despistar, que si no se le quema.

—Alejandro, hijo, dichosos los ojos. Ya han venido los veraneantes, eh, debes de tener el bar lleno. Aprovecha, que luego en invierno llegan las vacas flacas.

—Amaia… —balbucea Alejandro mirando hacia la casa azul—. En el bosque dijiste que estaban juntos y en paz. Juntos, o sea que…

—Pero no te dije quienes, Alejandro. Nunca llegué a decirte quienes…

Cinco años más tarde

Tempus fugit

Capítulo 89

París
2 de mayo de 2023

SIGO AQUÍ

Avenue Elisée Reclus, 9, sexta planta

Alejandro recorre los últimos metros que le separan de ese SIGO AQUÍ cargado de significado, abrumado por la majestuosidad que desprende la ciudad de París, concretamente esta gran avenida con vistas a la Torre Eiffel rodeada de edificios señoriales.

Se detiene frente al distinguido portal número 9 con el corazón desbocado, llama al timbre de la sexta planta y abren sin preguntar.

No hay ascensor, algo muy común en la mayoría de edificios de París que fueron construidos en el siglo XIX o antes, por lo que Alejandro empieza el ascenso hasta la sexta planta más nervioso de lo que nunca se ha sentido, al tener la esperanza de volver a ver a Amaia.

A pesar de…

Alejandro no ha tenido con quien compartir el misterio. María Luisa, que desde la madrugada surrealista que vivieron en los yacimientos se convirtió en su mejor amiga y confidente, cruzó al otro lado hace ocho meses, con la promesa de que encontraría la manera de ponerse en contacto con él. Pero no ha debido de esforzarse demasiado, porque, durante este tiempo, Alejandro no ha sentido la presencia de la mujer, si acaso alguna extraña corriente de aire aun teniendo todas las ventanas cerradas.

El pueblo no es lo mismo sin María Luisa, sin sus visiones, su cruz de sal para ahuyentar la lluvia y que la aguanten los gallegos, su pitu de caleya horneándose y sus ungüentos raros en la puerta.

Alejandro no es el mismo sin ella.

Sí, las ausencias pesan y, con el paso de los años, se multiplican convirtiéndose en losas pesadas que no nos queda más remedio que arrastrar.

Al fin, Alejandro llega a la sexta planta. Está temblando de arriba abajo, no lo puede evitar. Una mujer abre la puerta de sopetón, sin que a Alejandro le haya dado tiempo de llamar al timbre, como si hubiera visto su indecisión desde la mirilla. No es Amaia. A la mujer que lo mira como si lo conociera, no la ha visto nunca.

—Perdón… creo que… creo que me he equivocado —se disculpa Alejandro, con ganas de salir corriendo.

—No, no —se apresura en negar la mujer, de unos treinta años, sonrisa amable y facciones dulces—. Me llamo Eloise. Tú eres Alejandro, ¿verdad? —pregunta con un fuerte acento francés—. Pasa, te están esp…

—Eloise, *je suis tombé*[3]! ¡Pupa pie! —chilla un niño, interrumpiendo a la mujer y abrazándose a su pierna, hasta que se da cuenta de la presencia de Alejandro, levanta sus ojillos rasgados de color pardo y compone un puchero.

A Alejandro se le corta la respiración.

Los latidos de su corazón siguen haciendo de las suyas.

Ese niño… es como estar mirándose en un espejo, como estar viendo la versión del niño pequeño que fue.

—*Maman va mourir* [4]—espeta el niño, ante la incomodidad de la mujer y Alejandro, que no sabe francés pero las palabras le resultan familiares.

—Qué… ¿Qué ha dicho?

—Perdona —se disculpa Eloise, mientras coge al niño en brazos—. Adelante, Alejandro. Pasa, por favor. Lo mejor será que lo veas por ti mismo.

Eloise, que sigue cargando en brazos al niño que no le quita el ojo de encima a Alejandro, cruza un gran salón, tan solemne como el edificio que lo alberga, y abre una puerta corredera. Quienquiera que esté al otro lado, le da permiso a Eloise, que se aparta y deja entrar a Alejandro, dedicándole una sonrisa amarga cargada de tristeza y resignación.

Y entonces la ve, tumbada en la cama, con veinte kilos menos a como la recordaba, los labios agrietados, la piel macilenta, y una mirada sin luz que anuncia que la visita sin retorno al otro lado está cerca.

Y todos los *a pesar de*… se esfuman.

Porque todo en esta vida vuelve.

El bien que haces.

Y el mal. Especialmente, el mal.

Cuando Amaia le preguntó a María Luisa si iría al infierno, ella le

contestó que había muchos infiernos y no es necesario morir para visitarlos. Tenía razón. Fue lo primero que a Amaia se le pasó por la cabeza cuando le diagnosticaron tarde, demasiado tarde, un cáncer de mama con metástasis en los huesos y en el hígado que, en las últimas semanas, ha viajado hasta su cerebro.

—Ven, Alejandro. Siéntate —le pide Amaia, dando una palmadita sobre el colchón. Hasta su voz suena distinta. Débil, ronca, sin fuerza —. No sabía si vendrías. Tenía mis dudas, pero…

—¿Cómo se llama?

Amaia sonríe y en su sonrisa se puede vislumbrar todo el amor que siente hacia su hijo, todos los momentos vividos desde que salió de sus entrañas y lo vio por primera vez.

—Alejandro. Como tú. Pero le llamamos Alex. El doce de marzo cumplió cuatro años.

—Es…

—Es tu hijo. Por eso estás aquí. Por él. Para llevártelo contigo. Para cuidarlo. Para ejercer de padre. Serás un padre genial, lo sé, os vais a querer tanto… tanto… Porque yo me tengo que ir, Alejandro. No quiero dejar a mi hijo, pero… —Amaia se detiene. Al dolor físico se le suma el del alma, y para ese no hay sedantes—. Cuando dejé atrás Coaña y todo lo que había pasado y volví a París, me enteré que estaba embarazada. En Madrid no tuvimos mucho cuidado, ¿recuerdas? Me dediqué en cuerpo y alma a él. A nuestro hijo. Por eso no morí con Mikel en el refugio. Por eso mi hermano, como si intuyera que se estaba gestando una vida en mi interior, me dejó vivir.

—Pero sonaron dos disparos.

—Uno al aire. El otro… Mikel se mató. Se mató y no pude hacer nada por salvarlo.

—Y luego escapaste. Eliminaste las pruebas. Te llevaste el coche de Mikel y…

—Ya. Ya está. Después de que supieras todo lo que había hecho, lo mejor era que creyeras que había muerto. Me avergonzaba demasiado que hubieras visto quién era en realidad, esa versión fea y mala de mí que he estado ocultando media vida. Ahora, todo el mal que hice… todas las vidas que arrebaté… lo estoy pagando. Lo estoy pagando muy caro, como si estuviera maldita, y perdóname por no haberte dicho nada sobre Alex… a quien no podré ver crecer. ¿Hay mayor castigo que ese? Yo creo que no. No me preocuparé cuando salga de fiesta y llegue tarde a casa, no lo veré estudiar hasta las tantas hasta graduarse, echarse una novia, dos, tres…, casarse… no seré abuela, no… No podré estar con él. Pero Mikel me perdonó. Me voy en paz con el perdón de mi hermano. Y eso es todo. Al pasado hay que dejarlo en paz. Al presente no hay que echarle nada en cara, el

presente es sabio, y el futuro… no hay que temerle, porque en el futuro están las respuestas. El motivo de todo. Siempre, Alejandro, siempre y pase lo que pase, hay que mirar hacia delante. ¿Cuidarás de Alex? ¿Le querrás? Estarás… ¿Estarás a su lado siempre como no podré estarlo yo? Por favor.

De todos los momentos que la imaginación de Alejandro había fabricado desde que recibió el mensaje de Amaia, este era el más improbable. Alejandro inspira hondo y, emocionado, lleva su mano a la de Amaia, ese primer (y único) amor imposible de borrar.

Acaricia la piel áspera de su mano durante unos segundos. Recorre su rostro como si intentara memorizarlo, pese a saber que en sus sueños seguirá apareciendo la Amaia sana y vital de la que se enamoró. Contempla con una pena inmensa sus pómulos exageradamente marcados, la piel, esa piel que tantas veces acarició, está repleta de manchas y es tan fina, tanto, que da la sensación de que los huesos la vayan a atravesar.

En realidad, la decisión ya está tomada desde que su mirada se ha cruzado con la del pequeño. Pero Amaia necesita escuchar que:

—Cuidaré de Alex… de mi hijo. Lo protegeré con mi vida. Estaré siempre con él. Siempre. Te lo juro.

—¿Me dejas despedirme de él?

—¿Qué? Hoy…

—No te preocupes, Alejandro. Está todo preparado, hasta os he reservado una habitación de hotel por si decides quedarte unos días en París. Eloise sabe lo que tiene que hacer, ella te ayudará con el papeleo. Alex tiene su maletita preparada desde que te mandé el mensaje. Es hoy. Hoy empezáis una nueva vida. Juntos. Tienes que saber que le encanta *Spiderman*. Todos los superhéroes, en realidad. Y los unicornios, nunca le niegues un unicornio, atesora una bonita colección. Le gusta la naturaleza. El campo. La lluvia. Ponerse sus botas de agua y saltar sobre los charcos. Y las hamburguesas del McDonald's —ríe—. Ver las estrellas. Adora ver las estrellas… No se duerme sin su mantita. Le tienes que contar un cuento cada noche, darle un beso en la frente y dejar la puerta entreabierta antes de salir. Y, si quiere dormir contigo, en tu cama, dile siempre que sí y abrázalo muy fuerte. Aunque a veces es un poco caprichoso y terco, muy terco, el enfado le dura poco. Es pura bondad. Como tú. Alex, afortunadamente, no es como yo, es como tú…

—Pero, Amaia, tú…

—A mí me queda una semana. Dos, siendo muy optimista, aunque no se sabe, podría quedarme una hora, y no quiero que Alex me recuerde así ni que me vea morir. No quiero, Alejandro. Quiero que recuerde a la madre enérgica y sana que jugaba con él, que le hacía cosquillas y le contaba cuentos por las noches… que tenga la imagen

de la madre que no se sentaba en el banco del parque a ver las horas pasar, sino que se columpiaba y se tiraba del tobogán con él y hacía castillos de arena que luego otro niño le destrozaba de una patada —le cuenta, riéndose al recordar algún instante íntimo entre Alex y ella, hasta que un ataque de tos la asalta. Alejandro coge el vaso de agua que hay en la mesita de noche y se lo tiende. Amaia bebe, carraspea y añade—: No quiero que me recuerde así, muriéndome, apagándome día a día… Mi cerebro no… ya no funciona bien y hoy puedo hablar con lucidez, pero mañana… no sé cómo estaré mañana. El otro día le dije a Eloise que llamara a mi madre, fíjate… Así que no sé cómo estaré en diez minutos. Llama a Eloise. Que entren. Tengo que despedirme de mi pequeño.

—Amaia…

—Sin dramas. Sin dramas, Alejandro, por favor… Sé que esto es un *shock* para ti, sí, es muy fuerte, pero… es lo que hay. Lo siento —murmura Amaia con los ojos anegados en lágrimas.

Alejandro, impactado y sin poder desprenderse del temblor que lo sigue sacudiendo de arriba abajo, sale de la habitación. Eloise y Alex lo esperan sentados en el sofá del salón. El niño se acerca a él y le pregunta con naturalidad:

—¿Tú eres mi papá? Mami habla de ti.

—Sí. Me llamo como tú, pero me llaman Alejandro.

—A mí Alex.

—Alex. ¿Te puedo dar un abrazo?

El niño duda, pero solo durante un breve instante. Le dedica a Alejandro una sonrisa dulce y pilla, extiende sus bracitos y entierra la cabeza en el pecho de su padre. Alejandro le revuelve el pelo cariñosamente y tiene una extraña sensación de *déjà vu*, como si este simple gesto lo hubiera hecho antes. O llevara haciéndolo toda la vida.

Amaia, desde la cama, los observa emocionada. Es uno de esos momentos que se te graban y te llevas cuando las luces se apagan y se cierra el telón.

«Todo les irá bien —piensa—. Serán muy felices juntos. Así es como tenía que ser».

—Alex, ¿nos despedimos de mamá? —sugiere Eloise mirando con gravedad a Alejandro, que deduce que lo tenían todo muy bien planeado, aunque es una despedida terrible porque, prácticamente, van a arrancar al niño de los brazos protectores de su madre y de todo cuanto conoce y quiere.

—Ven con mamá —le pide Amaia a Alex con voz débil. El niño salta sobre la cama y se abalanza encima de Amaia sin delicadeza alguna. En el rostro de Amaia se dibuja una mueca de dolor que disimula cuando su pequeño la mira con ojos curiosos—. Hemos hablado mucho de este momento, ¿verdad? Sabes que mamá no puede

quedarse, que el cuerpo de mamá está muy malito y pronto volaré hacia las estrellas. Peeeeero... seguiré a tu lado. Cuidándote. Protegiéndote. Siempre. ¿Me dices dónde?

El niño ríe y se señala el pecho izquierdo, ahí donde late el corazón.

—Eso es. ¿Y dónde más?

—En las estrellas.

—Cuando veas una estrella parpadear, seré yo, mandándote una señal desde el cielo para recordarte que te quiero mucho mucho mucho… hasta el infinito y más allá.

—Te quiero, mami.

—Te quiero, mi amor. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Has… siempre has sacado lo mejor de mí, Alex. Yo no creía que podía ser tan buena hasta que llegaste tú.

Eloise aparta la mirada, el niño no puede verla llorar, lo sabe, pero… cuánto cuesta reprimir las lágrimas en un momento como este. El nudo en la garganta es tan fuerte que duele.

—Oye, vigila a tu padre, eh. Que se porte bien.

—Sí, mami.

—Él te quiere mucho. ¿A que os parecéis? Sois igual de guapos. Y vais a estar superbién juntos, ya verás. Os lo pasaréis genial.

De repente, imprevisibles como suelen ser los niños, a Alex le empieza a temblar el mentón y los ojos se le llenan de lágrimas. Amaia lo envuelve en un cálido abrazo y con voz calmada le susurra al oído:

—No es malo llorar. No es malo… a mí también me da mucha pena separarme de ti, Alex… mucha.

¿Cómo le cuentas a un niño de cuatro años que harías lo que fuera por expulsar el maldito cáncer de tu cuerpo y quedarte con él toda la vida? ¿Cómo le haces entender que a veces, mal que nos pese, el tiempo se escurre como arena entre los dedos sin que nosotros, simples mortales, podamos evitarlo?

***

Media hora más tarde, Alejandro y Alex, la nueva *doble A* que a partir de ahora será inseparable, recorren las imponentes calles de París cargando con una maleta de *Spiderman* tan llena de sueños como de ausencias, mientras Amaia contempla durante sus últimos minutos de vida los destellos del atardecer cayendo con su pátina dorada sobre la Torre Eiffel.

NOTA DE LA AUTORA

Contiene spoilers

Leer al finalizar el libro

Barcelona, 2 de mayo de 2023

¿Recuerdas que en la Nota de Autora de *600 noches después* te conté que había dejado una novela a medias para subir a la azotea de Nueva York con Eve y Aidan en la Noche de Fin de Año de 1999? Bueno, pues esta novela que acabas de leer es la que dejé a medias y retomé con entusiasmo porque, a medida que iba leyendo lo que tenía escrito sin tener aún muy claro el final, me dije: «¿Por qué la abandoné pensando que no funcionaba?». Todos tenemos ese momento de bloqueo, supongo, y cada historia tiene su momento y el momento de esta llegó más de un año después de haberla empezado a escribir, inspirada por la frase de Ana María Matute: Nunca hubiera podido imaginar que una ausencia ocupara tanto espacio, mucho más que cualquier presencia.

Hacía tanto que la había dejado atrás (más de un año), que la leí desde la distancia y me enganchó. (Espero que a ti te haya pasado lo mismo). Además, estaba bastante avanzada, así que, a medida que releía lo que había escrito en enero de 2022, iba cambiando conversaciones y situaciones, sabiendo al fin qué era lo que quería para el final. Un final que ni siquiera yo esperaba cuando empecé a idear la trama, la verdad.

El caso es que volví a retomar *Así es como empieza la ausencia* a principios de abril de 2023, cuando me había propuesto, tras años intensos enlazando un proyecto con otro, tomarme un mes de descanso tras finalizar un proyecto que me ha tenido liada (y muy entretenida) durante algo más de un año. Total, que al empezar a leer esta historia, intuí que el descanso tendría que esperar. Me enganché a Amaia, a Alejandro, a María Luisa, a Mikel, ese personaje que está sin estar… y a todo lo que aún les quedaba por contar. Hasta hoy, que te escribo a ti. Y estoy feliz de haber aplazado el descanso y estar escribiéndote esta *nota*. Feliz de haber vuelto a esta historia y haber

sabido cómo encauzarla, que no siempre es fácil y en algunas entrevistas siempre he dicho que, la mayoría de autores, tenemos más novelas guardadas en el cajón o sin terminar que publicadas, y, ojalá, si de verdad merecen la pena como me pareció que esta lo merecía al darle una segunda oportunidad, logremos retomarlas y que vean la luz.

Aclarar que me he tomado algunas licencias con fines narrativos. La libertad más importante que me he tomado para esta ficción, es que en los yacimientos Castro de Coaña no se puede entrar libremente como hacen nuestros protagonistas, que entran y salen de los yacimientos históricos como perro por su casa. No es real. En el enclave, que merece mucho la pena visitar, realizan recorridos guiados dentro de un horario marcado, los grupos tienen que hacer reserva, abre de miércoles a domingo de 10.30 a 16.30 y, salvo los miércoles, que la entrada es gratuita, el resto de días hay que pagar entrada. Toda la información está en la web del Ayuntamiento de Coaña.

Amaia, cuando visita a los hermanos Arruza en el capítulo 82, no ha podido parar en un cajero a sacar dinero, porque en Coaña no hay. Sí hay en pueblos cercanos como Navia, Boal, Ribadeo… pero recordemos que en esa parte de la historia Amaia tiene el coche con las ruedas pinchadas.

El bar de Alejandro es ficticio, pero está inspirado en el bar Medal de Coaña (desde 1960). Aunque las calles y algunas casas sí existen, y si buscas la calle More en Google Maps verás la casa azul que me ha inspirado para que sea la casa “de Mikel y Amaia”, todos y cada uno de los personajes, así como los hechos, son ficticios. Cada personaje tiene su manera de ser, de hablar y de pensar, y, como tal, no se corresponden conmigo ni con los vecinos de Coaña, los de verdad, los que te encuentras por sus calles, te sonríen aunque no te conozcan y te tratan con mucha amabilidad.

Dicho esto, muchísimas gracias, una vez más, por tu tiempo y tu lectura. Mantén el final en secreto, por favor, y anímate a compartir tu opinión en Amazon y/o en tus redes sociales. Me encantará saber qué te ha parecido. Espero que hayas disfrutado de esta nueva historia y que nos volvamos a encontrar, más pronto que tarde, en la siguiente.

Nos vemos en los libros.

Y en redes sociales.

Instagram & Twitter: @bylorenafranco

[1] Relájate.

[2] Jaleo, alboroto.

[3] Me he caído.

[4] Mamá se va a morir.